



300

ANT

XIX

72

Boltman

— 5 —

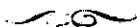
ANA BOLENA.

ANA BOLENA,

—♦♦♦♦—

NOVELA HISTÓRICA,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS.



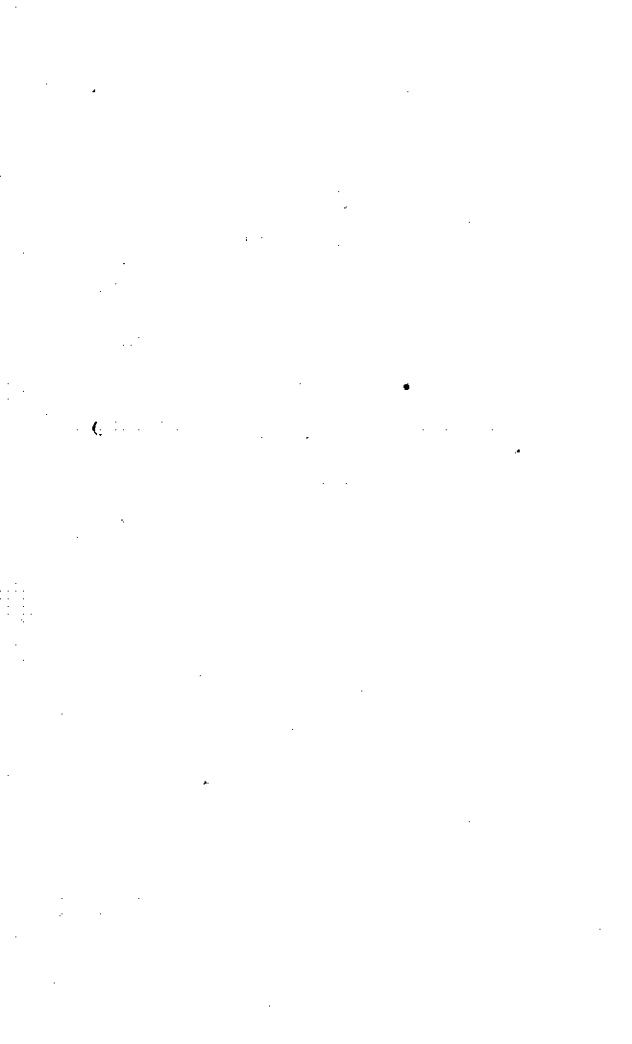
ADORNADA AL CASTELLANO

por

D. J. M. de P.

Málaga 1849.

Establecimiento Tipográfico-Literario de D. José
García, calle de Granada, núm. 51.

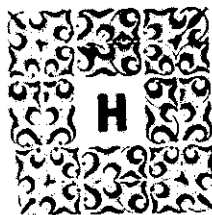




ANA BOLENA.



I.



Habia amanecido una de las más hermosas mañanas del mes de julio: un sol brillante que se elevaba poco á poco con magestad al través de transparentes celajes aun no disipados, lanzaba sobre la tierra de Inglaterra sus

encendidos ardores, anunciando un día de saluroso estío. Eran las diez de la mañana y cada cual entregado á sus tareas miraba transcurrir el tiempo demasiado pronto, porque para el trabajador es el tiempo su más precioso tesoro: no así para unos cuantos personajes que discurrían, retratando el fastidio y el aburrimiento en sus rostros, interin que paseaban por la plataforma de los jardines del magnífico castillo de Windsor: eran prisioneros franceses. Estamos en el año 1514, y estos prisioneros de que hablamos eran procedentes de la famosa jornada en que Enrique VIII de Inglaterra había abatido el poder de su contrario el de Francia. Un crecido ruido que se aumentaba vino á sacar á aquellos hombres de su distraccion, fijando desde luego los ojos hacia la parte de donde provenia: eran pisadas de caballos, y estos conducian al lucido cortejo que acompañaba al cardenal Walsey, primer ministro y valido del monarca, que se adelantaba hacia el palacio para entre-

garse á los negocios del estado y concurrir á la audiencia que poco despues de levantarse daba el rey. Infinitos prelados, grandes y cortesanos rodeaban á aquel hombre que en sus altivas miradas, en su aire superior y en el modo con que á cada cual dirigia la palabra, daba á conocer la superioridad que sobre ellos ejercia.

Ya al llegar frente por frente del lugar que dejamos citado al principio, adelantó la mula sobre que cabalgaba, y despues de mirar con prolija atencion dijo:

—Señores: por pronto que se reciba una noticia, siempre es tarde cuando la noticia es buena; así pues, yo me apresuro y tengo en ello una satisfaccion, á haceros saber está para concluirse un tratado de paz con vuestro reino, y dentro de poco obtendreis la libertad, de lo cual me ocupo incesantemente.

—Dios haga sea eso que decis cuanto más pronto, porque no és este estado para hombres acostumbrados á otro muy

distintos.

—¿Pues que hechais de menos, caballero Bussy?.. ¿Que puede atormentaros tanto?

—Señor; el fastidio y el aburrimiento sin contar la vergüenza.

—¡Vergüenza! Que vergüenza puede haber à unos valientes que sobradamente han probado que lo son, porque la suerte haya sidoles contraria en algun lance de la vida? Verdaderamente que si por algo teneis que lamentar la jornada de las espuelas, és por haber sido poco diestros en servir de las vuestras. Ea pues, sosegaos, caballero Bussy; dad treguas à vuestro enojo y desarrugad ese ceño adusto con que entolda vuestras miradas, que no tardareis mucho en conocer que tambien en Inglaterra hay amigos de vos y de todos los valientes, y goces nuevos que tanto hechais de menos.

—No creo tengan mucho alhago para mi.

—¿Y por que?

—Porque no puedo vivir à gusto en

un pais en donde se ha hecho viudo á mi costado de su constante compañera la espada.

—Ya la obtendreis nuevamente, y con ella tornarás á vuestro primitivo humor.

No meditaron mas contestaciones: el alto personaje hizo un cumplido á los prisioneros y siguió adelante dando la vuelta al castillo para apearse en su patio principal. Muy en breve cruzó seguido de su corte, galeria y salones hasta llegar al gabinete de despacho de su coronado dueño: detuviéronse los cortesanos en la ante cámara, y sin hacerse anunciar abrió la mampara y presentóse al Rey. Contaba Enrique de Valois en la época en que empieza este relato, á lo mas unos veinte y tres años: naturalmente propenso al amor y alhagado de continuo por un ministro, si bien sábio, sa-
gaz y ambicioso, no era extraño que en el momento en que éste se presentara lo hallase entretenido en union de su querida Isabel Blouset, en hojear una por una las laminas de cierto cuaderno venido de

Florenzia, y que eran por cierto bastante obscenas.

—Hola! sois vos Waisey: muy bien venido: llegas al mejor tiempo para admirar como yo estas figuras que habia recibido: acerca una silla; ven.

El ministro, que fundaba su valimiento y el absoluto imperio que sobre el monarca ejercia, mas que en otras cosas en aquellos placeres, lejos de desaprobare la idea aprocsimase en el instante y comenzó á admirar el bello colorido, la originalidad de los pensamientos y lo bien delineado de los contornos. No rebajó ni creyó ofendida su dignidad eclesiástica al contemplar aquellos grabados bastante licenciosos, ni la púrpura que arrastraba se amancilló, porque el joven rey ciñó en aquel momento la cintura de su querida con su brazo y ni aun porque de rato en rato, estampase algun beso sobre las nevadas sienas de su amada: es cierto tambien que al mismo tiempo el monarca apoyaba familiarmente su otro brazo en el hombro del favorito.

Concluyóse la última de las Hojas, y Walsey dirigiéndose al rey diciéndole: ¿Y ahora señor, V. M. me dará su permiso para que pasemos á ocuparnos de asuntos de mayor importancia?

—Haz lo que quieras, habla lo que te parezca, con tal de que concluyas pronto.

—Seré muy breve. Tengo pruebas irrecusables de que el católico Fernando abusa de nuestra confianza, y que mientras desprecia los tratados que lo une con la Inglaterra, entabla y arregla otros nuevos con nuestra enemiga la Francia.

—Es una traición sin duda: pero no nos apuremos por eso: estiendo inmediatamente las órdenes necesarias para que nuestras tropas estacionadas en Guisena, entren por la Navarra y todo lo lleven á sangre y fuego: veremos si asolando su tierra conoce mi poder.

—Señor, permítame V. M. le haga presente que el estado de nuestro ejército no es el mas á propósito para romper esas hostilidades: concéntrese muy rápidamente.

pues os consta que el rey Fernando nos dejó solos en la guerra. Hay otro medio mas eficaz. Entablemos nuestras negociaciones directamente con la Francia, puesto que Luis XII merced á lo muy avanzado de su edad, solo anhela la paz á cualquiera costa. Hay mas todavía: tengo precedentes muy favorables, porque merced á varias comunicaciones que allí he dirigido, he logrado poner estos asuntos en un estado tan honrable, que la misma Francia solicita la alianza, y el duque de Lengueville ha llegado hasta á avisarme secretamente, que su monarca á pesar de su ancianidad, volveria á casarse nuevamente.

—En ese caso varía la cuestion: démosle pues á mi hermana Maria.

—Esa misma era mi idea; pero es tan niña todavía!...

—Convengo en ello; pero el sacrificio de sus diez y seis años bien lo mereco el poseer un reino tan hermoso y floreciente como es la Francia.

—Con que V. M. segun eso no duda

en que acepte por esposo al anciano rey?

—Se lo haremos aceptar de grado ó fuerza: está dicho, mi querido Walsey; mi hermana Maria será la esposa de Luis XII: arregla el negocio, y cuanto mas pronto mucho mejor, no haga el diablo se nos vaya el novio de entre las manos.

El gran ministro, el hombre privilegiado, el rey en accion aunque sin titulo, Walsey por fin, habia ascendido al primer puesto de Inglaterra desde la tala de carnicero de su padre, y todo por su sagaz habilidad. Siendo no mas que catedrático en la universidad de Oxford, habia ascendido á la dignidad de obispo de Lincoln, merced á la proteccion que debió á varios otros prelados de cuantia, de quienes habia sabido grangearse el mayor afecto por su afable caracter, por sus modales distinguidos y por su talento perspicaz que siempre demostró: tras de esta primera distincion fue elevado á la de Dean de York, beneficiado de los obispados de Hereford, de Worcester y Bah y por último canceller

de Inglaterra, cardinal, amigo y confidente de Enrique VIII: lo que este trabajara y los esfuerzos que, ayudado de las luces de que el cielo lo habia dotado, hubo de hacer hasta tocar el punto mas culminante de su ambicion, deidad preciosa, tras de la cual corria frenéticamente, puede calcularse fácilmente, comparando su infimo nacimiento en el lugar que ocupaba. Pero él habia llegado á poseer el secreto de manejar el carácter del Rey, y he aqui toda su ciencia: esta fue siempre su principal tarea, y bien recojió el fruto en los veinte y cinco años que duró su favor. Arbitro de todos los destinos en general, miraba á sus piés á la nobleza que abatida los besaba; á los grandes que lamian su mano cuando mas los tiranizaba; á todos en fin, porque él jugaba á su capricho con los que pisaban un escalon mas bajo que el que él ocupaba, moviéndolos á su antojo como el jugador mueve las figuras sobre el tablero: hé aqui Wolsey descrito en dos palabras. Era una serpiente enroscada nec-

siblemente sobre el cetro, que lamia la mano del rey, pero que mordía á todos los demás.

No le faltaba razon al ministro para temer que la princesa Maria se opusiese decidida y energicamente al casamiento que se la preparaba; porque enamorada ciegameute y con toda la esfervescencia del primer amor, su jóven corazon no sabia comprender que los deberes que impone el nacimiento deben hacer olvidar las afecciones del alma: ella ignoraba existia esa ley bárbara que obliga á los reyes y á los principes á secar de sus corazones el germen de un cariño desinteresado, siendo victimas las mas veces de las conveniencias sociales, de los intereses de los pueblos ó de la ambicion real. Carlos Braudon, duque de Suffolk habia sabido ganarse la voluntad de la princesa, si bien de tal suerte, que aquella pasion que á ambas dominaba, habian logrado tenerla oculta á los ojos de Enrique y á los de todo el mundo. Dotada la princesa Maria de algunos de los

defectos de su hermano, si bien dulcificados estos por la natural debilidad de su seso, era fogosa en sus pasiones, si bien su fogosidad no aparecía sino como una vivacidad agradable. La tenacidad que hacia del hermano un ser intratable y áspero, en la hermana podia denominarse tan solamente capricho; así que una vez comunicádosele el proyecto, comenzó por rechazarlo enojada contra su hermano, y pretendió sostenerlo y aun lo sostuvo por algunos dias; pero por fin hubo de ceder, tanto á la perseverancia de Wolsey que no dejaba de insistir, como á la tierna voluntad de Enrique que hizo de la cuestion un punto de honor porque le convenia que el tratado se arreglára cuanto antes.

Las negociaciones pues se entablaron desde luego por el duque de Len-gueville, y muy pronto el mas feliz resultado coronó aquella empresa emprendida por el sagaz ministro. Nombróse la corte que debia acompañar á Francia á la nueva reina, y para presentarla al esposo

real, fué nombrado el caballero Suffolk, que se consoló en algun tanto de la pérdida que sufría en no llegar á ser cuñado de Enrique VIII, con la segura prenda de obtener el ser amante de la mujer coronada: la hermana de Enrique á quien el deber y las exigencias sociales obligaban á vender su mano al viejo heredero de S. Luis, reservó su corazón para el amante de su infancia, y la que tal vez hubiera sido virtuosa de otro modo, fué criminal de este, porque el alma no conoce ni distingue entre lo que manda el honor y lo que el amor ordena: és libre enteramente en su albedrío.

• Celebróse el matrimonio en Abbeville, el día 9 de octubre: la corte celebró el fausto acontecimiento con el mayor alborozo, pero los antiguos servidores al mirar enlazado á su monarca con una esposa de 16 años, no pudieron menos de esclamar compungidos y dolorosos.

—No podía nuestro rey haber deseado una muerte mas apetitosa ni mas linda: convengamos en que nuestra reina es hermosa; pero su amor será un veneno que lo conducirá muy pronto al sepulcro: el heredero del trono ciñerá muy pronto sus cienes con la corona de Francia.

Y no se engañaban por cierto los que de este modo aseguraban lo que debia suceder: á muy poco tiempo començose á notar que la variacion de costumbres que la jóven esposa habia introducido en las del anciano monarca, hacian el efecto que era de esperar: su salud decaia poco á poco, y el rey se acercaba al sepulcro embebecido en los lazos que lo esclavizaban: loco de amor por la inglesa que ciñendo su cuello con los delicados brazos al parecer delirantes y ébrios de amor, solo contribuian á apretar cada vez mas su cuello hasta lanzar el último suspiro. No habia mas que una sola voluntad; Maria: no habia mas que un mandato dentro del alcazar co-

ronado que dirigiera aun los mas ligeros caprichos, y este mandato era el de Maria: el rey solo pensaba en cumplir á toda costa con los deberes de recién casado: no habian transcurrido diez dias, y yá el duque de Angulema, secretamente habia sido prevenido de que muy en breve su planta pesaria sobre el último escalon del trono de S. Luis.

No falta quien haya asegurado, que el referido heredero de la corona que debia titularse Francisco 1.º, perdidamente de su madrastra, hubiera acometido cualquiera empresa arriesgada, violenta y escandalosa, á no haberlo impedido con sus energicos consejos el caballero Grignolo; que incesantemente con sus advertencias contenia los deseos del príncipe.

Todo esto es muy dudoso y aun más diremos inexacto, porque atendido el carácter de Francisco, puede decirse que bajo la apariencia de la galanteria mas refinada, ocultaba una suspicaz vigilancia que tenia nada mas que á cuidar de sus intereses materiales. Luisa de Sa-

lova celosa tambien del porvenir de príncipe, ni un solo momento durante el dia dejaba solo á la Reina, y por la noche confiaba su vigia al cuidado de Mad. de Aumont, dama de honor de fidelidad á toda prueba, la que só pretexto de los deberes de etiqueta, dormia en la misma habitacion.

En esta situacion las cosas, el fastidio devoraba cada vez mas á la reina de Francia; así es que escribió varias veces á su hermano Enrique, quejándose del aislamiento á que estaba condenada, y de que rodeada de súbditos á los cuales ni aun casi entendia, no tardaria mucho en que el tedio que experimentaba la hiciese hasta enfermar. Que en este concepto, le suplicaba, hiciese venir de Inglaterra algunas doncellas de honor, que departiendo á su lado, contribuyeran á distraerla de aquel aburrimiento que rayaba en melancolia.

Entre las jóvenes que componian el mas bello ornato de la corte de Inglaterra, aunque de muy corta edad toda-

via, no tiene duda que Ana Bolena era la primera que descollaba por su interesante figura, por sus pocos años, por la gracia picante de sus palabras, y en fin, porque adornada de todos los dotes que la naturaleza puede dispensar, sus hechizos eran sin cuento y sus simpatías generales para todos cuantos tenían la ventura de tratarla. Hay quien ha pretendido afirmar, que la niña Ana mereció la distinción de ser la primera elegida, al resultado de cierta intriga de amor de su madre... esto es muy espinoso tratar de creerlo ni aun averiguarlo, porque en aquella época en que la corrupción no era tan descarada, y en que los monarcas no hacían alarde de tener queridas públicas, es hasta temeridad lanzarse á formular una acusación en contra de un hecho envuelto entre las sombras del misterio. Hay causas legales al mismo tiempo en que poder apoyar aquella elección. La familia Bolena, era una de las más antiguas y nobles de Inglaterra, y todos sus indivi-

duos habian ejercitado y aun ejercian cargos respetables y distinguidos, que elevándolos á una esfera superior, poníanlos en la clase de los que podian mejor merecer distinciones de esta especie. Sir Tomás Bolena, padre de nuestra lady, habia sido encargado en varias embajadas; en los registros de la ciudad de Lóndres hallábase varios nombres de otros tantos individuos de la familia que habian desempeñado el cargo de corregidor de la misma; lady Bolena, era una Howard, y nieta del duque de Norfolk... todos estos títulos hacíanla acreedora al título de dama de honor de la reina de Francia.

Ana Bolena habia recibido su educación dentro de las cerradas tejas de un claustro; pero desde pequeña, rehusando tomar el velo y odiando con todo su corazón la vida monástica, habia logrado de sus padres la presentaran en el mundo; verificóse su salida del convento, y desde sus primeros pasos por la carrera social, desde la primera vez

que fue presentada en los grandes salones de la aristocracia inglesa, ratificóse á sí misma de las grandes esperanzas que abrigára su corazón, satisfecha de que aquel mundo había de humillarse ante sus plantas: sueños lisongeros y nacarados que la habían acompañado siempre: dó quiera que sus lindos ojos se volvieran, hallaba una víctima, despojo de sus destellos: dó quiera que su juguetona sonrisa se decantaba, hallaba un adorador que suspirando noches y días por su hermosura, hubiera sacrificado su vida por conseguir su cariño.— Llegó por fin á Francia, y no bien presentada en París, cuando el primer cuadro que se presentó ante su vista, fue la muerte del anciano rey Luis XII, acaecida á los dos meses cabales de su casamiento. A este acontecimiento siguióse la proclamacion de Francisco de Angulema, inmediato sucesor de la corona, en virtud de la esplicita confesion de la reina Maria, en que declaraba no quedar en tinta. No ha faltado, entre los historiadores con-

temporáneos, quien haya querido suponer, que Maria deseosa de conservar la posesion del trono, fingió hallarse embarazada; pero tal asercion es fabulosa, y como prueba mas auténtica que otra cualquiera, puede presentarse el casamiento secreto, que muy pocos dias despues de fallecido el monarca, se efectuó entre la viuda y el duque de Suffolk, matrimonio, que fue despues aprobado sin gran violencia por Enrique VIII en virtud de varias cartas en que Francisco I intercedió para obtener el perdon de aquella falta. El rey de Inglaterra, que era hombre en cuyo corazon no cabia por mucho tiempo, desaparecidas las causas de estado á las cuales solia sacrificarlo todo, el resentimiento de causas semejantes y que se entregaba con prontitud á los efectos de su ólio ó sus simpatias, habia amado siempre al duque, su nuevo enñado; asi es que se avino á abrazarlo cordialmente, prefiriendo de buen grado fuese él el que obtuviera la preferencia entre todos los grandes de su corte.

Una vez restituida á Inglaterra la hermana de Enrique, Ana Bolena continuó formando el número de las damas de honor de la reina Claudia, esposa del nuevo rey de Francia.

Diez largos años pasó en aquella corte la graciosa niña, olvidada y sola, sin un protector, sin una mano benéfica que la hiciera brillar aun mas allá que lo que ella podia conseguirlo por su gracia y donosura. Teniendo por único consejero á Saya, anciana nodriza, y á un viejo criado, los que no bastaban para imponer esto á las descaradas licencias de aquella juventud cortesana, velase precisada, ayudada de su talento á recabar dentro de sí sola toda la fuerza que tan necesaria le era para sostener intachable su virtud. Y esto no obstante aquel carácter, alegre, suspicaz, y picante, causas que al parecer parecian aducir en su contra para formular acerca de ella un desacertado juicio.

Poseía esta encantadora muger cierta gracia natural, que la hacia doblemente

interesante por cuanto que no estudiada y si natural, veíase en aquella sonrisa que duró en sus labios, tanto como su vida, la celestial espresion de las angélicas virgenes. Sus cabellos negros cual el azabache, rizados y ondulantes que descendian sobre su nevada garganta y sus purpúreas mejillas, resaltaban admirablemente dibujando los mas bellos contornos: sus ojos de una espresion magnetica, vivos, deslumbrantes como el lucero luminar, eran rasgados y arqueábanlos dos cejas divinamente delineadas sobre aquel rostro de alabastro. Sus manos transparentes y bien formadas no descubrian mas imperfeccion que una uña un poco deforme del dedo pequeño de la mano izquierda. Su dentadura era blanca como la nieve, y formada por unos dientes demasiado pequeños, mas si se examinaban detenidamente se notaba no estar colocados estos con la mayor regularidad: asimismo si á cierta luz se fijaba mucho la atencion, llegábase á notar tener una de las clavi-

en las mas saliente que la otra. Incomprendible es de todo punto, llegar á creer que por estos tan pequeños defectos, remunerados superabundantemente por multitud de hechizos, que ni hay pluma que los describa, ni imaginacion que los alcance, hayan existido hombres, que, enemigo de esta memorable muger por causas de otra especie, la hayan pintado como un mónstruo horrible de fealdad y de defectos: cegacion estúpida y brutal á que arrastra el mezquino espíritu de partido, que hace trocar lo feo por lo hermoso: los vicios por las virtudes; la ignorancia por el talento, desfigurando asi hasta los anales de la historia que manecillan y hacen aparecer ante los ojos del lector como apócrifos embustes.

No seremos por cierto nosotros los que intentaremos hacer de Ana Bolena un ser creado por nuestro capricho ni por nuestro gusto; no: imparciales para juzgarla en todos sentidos denunciaremos sus faltas, asi como sus bellas prendas, si bien las primeras, en general, nacie-

ron siempre de la excesiva bondad de su corazón.

Mas para entrar á describir detalladamente el carácter de esta muger haremos primero, como advertencia ciertas aclaraciones necesarias á nuestro entender.

En aquellos tiempos en que no desarrollada todavia la literatura ilustrada moderna, la fértil poesia de nuestros dias, y por consiguiente no conocido su lenguaje que llamamos chistoso por lo picante de sus sales, debia sorprender y con razon el lenguaje propio, natural de Ana Bolena, muger que recrecida de su siglo por su perspicaz talento, avanzaba algunos pasos mas aun á los que se sentaban por muy doctos; de aqui la gran revolucion que operó esta singular muger en una corte en que *las agudezas de los vencedores de Marignan, pesaban tanto como sus corazas.*

Mas posterior, cuando Francisco I retornó á su corte despues de la batalla de Pavia, hizo acercar á su trono á los hom-

bres de mas luces, á los literatos, á los poetas, y estos consiguieron con facilidad destronar el partido de los hombres de la espada; y puede decirse que si Rabelais y Marot dieron movimiento á las letras, Margarita de Valois y Ana Bolena se lo dieron á la conversacion. Sin estas cuatro palancas de la regeneracion francesa, ni Moliere ni Mad. Saviguè, hubieran alcanzado el laurel que eructen en el siguiente siglo: ellas materializaron nuestras farsas, fueron los que cercenaron del espinoso camino que debian sus sucesores atravesar, los abrojos y las malezas, poniéndoles claramente á la vista el encantado mosaico de las vistosas flores del jardín del Parnaso.—Difícil es colegir por las tres ó cuatro cartas, que sorprendidas por el Cardenal Campeggio de la correspondencia de Ana Bolena con Enrique VIII de Inglaterra, han visto la luz pública, del humor festivo de nuestra heroína ni de sus dilatados alcances; pero afortunadamente hállanse impresas algunas otras, que desde la cor-

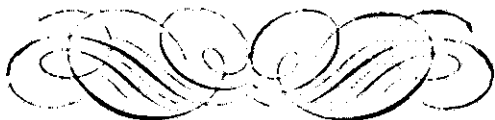
te de Francia dirigia la señorita Bolena á mis Ana Savage su amiga y condiscipula. únicos documentos por los cuales á duro trabajo, podremos conseguir dar ilusion á nuestra historia: porque si bien ellos dicen lo bastante para coordinar el órden de los sucesos, no son tan estensos en pormenores como deseáramos para llenar cumplidamente nuestra mision.

Vamos pues, á ver salir á la señorita Bolena de su infancia, para lanzarse en medio de ese tumulto social en donde las pasiones mas esfervescentes combaten nuestra mísera existencia.

Hechas las anteriores advertencias, nuestros lectores no se asombrarán de cierta libertad de expresion que en las mencionadas cartas hallará, porque ya hemos demostrado que Ana Bolena trabajaba, sin saberlo ella misma, en la total reforma del language culto: esta misma circunstancia contribuirá á ponerlo al alcance con mas facilidad del carácter de la muger, que merced á ella mis-

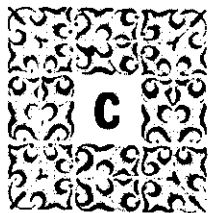
ma, logró levantarse hasta el trono de Inglaterra, de donde mas tarde la fortuna, el azar, el hado adverso, el fatalismo cruel, que derriba de un soplo la felicidad y la ventura, habia de hacerla rodar hasta el enlutado cadalso.





II.

Primera carta de la señorita Bolena á su amiga mia Ana Savage.



Creo que dentro de muy poco voy á trocarme en francesa hasta las uñas de los dedos, querida Mancy mia. Por esta venturosa tierra no falta quien lo asegure y lo afirme; añadiendo que de dos años á esta parte se ha operado un

gran cambio en mi persona dias pasados, al salir de la real capilla oí una voz detrás de mí, una voz que callandito decía:

—Yo no me equivoco fácilmente, y con menos motivos aun de los que ecsisten, me atreveria á asegurar que esta linda niña será algun dia el mas precioso ornato de nuestro corte.

Y no me digas acusándome de amor propio que tal vez no seria dirigido á mí el galante cumplido: porque para convencerte y convencerte, creo que bastará el prudente reconocimiento que en seguida practiqué sobre las edades de todas mis compañeras: solamente yo era la que estaba en el caso de ser llamada niña; luego es muy probado que era á mí á quien aquel adorador, que de hoy más, ya se que tengo entre la multitud, pretendia manifestar sus sentimientos.

Desde el dia de ayer he sido agregada á la servidumbre de la princesa Mar-

garita, y esto me contenta extraordinariamente, porque no podia habituarme á la austera severidad de la Reina Claudia. La princesa es muger de humor, de despejo y de donaire, y halla todos sus placeres al lado de los hombres ilustres por sus talentos: es partidaria acérrima de los poetas y de los músicos, tanto que por estas inclinaciones tan plausibles, nosotras la llamamos la decima musa y la cuarta gracia: te confesaré que le envidio estos epitetos honoríficos.

El gran pintor Reux, que es al mismo tiempo un hábil maestro en el canto, la dá lecciones de laud. Harto indulgente conmigo y haciendo de mí una particular distinción, me dispensa el honor de asistir á ellas: de modo que yo, que no tengo muy mala voz ni menos tengo torpes los dedos, me adiestro al mismo tiempo que ella, lo que nos proporciona el cantar lindos tercetos á la hora en que el sol declina, sentados sobre algun banco de césped del jardin reservado á las doncellas de honor: todo

esto es muy poético; muy sublime, y está en absoluta conformidad con mis ideas.

Escribo á la par que á ti, y sir Tomás, mi padre, haciéndolo conocedor de esta mudanza que he sufrido en mi posición. Porque soy feliz... muy feliz: prefiero una y mil veces la confidenta ó amiga de una princesa, que no la portegada sirviente de una reina: no se aviene á mi genio esa dependencia servil: las almas grandes como la mía no saben tascarse con paciencia el freno de la servidumbre. No duda que estos sentimientos tendrán en el corazón de mi padre, acogida, porque ellos prueban que tengo ambición.—No teñas: ambición noble: no vayas á entender quiero manifestar la ambición de los hombres: hacer fortuna: juntar capitales: mi ambición es de otra especie: y así como aquella otra no tiene otro camino para alcanzarse que batallar con la espada, ó inmortalizarse con la pluma, nosotros pobres mugerts, no tenemos otro sendero

que el matrimonio: pues esta es mi ambicion: un matrimonio, pero que me haga honor: entiendes: para nuestra buena suerte Dios nos ha concedido las ventajas de agradar: no es lo mas malo: confio y espero y..... alla veremos.

No obstante, te aseguro mi querida Maney, que preferia vivir soltera á encontrarme en la situacion de cierta elevada dama, que con sus miradas lánguidas y su tono sentimental, cautiva el cinismo del rey y de toda la grandeza: la huella que hace en el corazon de nuestro monarca, es cada dia mas profunda, al mirarlo yo, como toda la corte palidecer y enfermar, acreciendo en él por momentos los celos que el marido le hace concebir, casi doy gracias al cielo de permanecer soltera, mas bien que causar en mis atractivos el mal ajeno, y vivir rodeada de las asechanzas y suspiros de dos mil adoradores: cada mañana al despertar elevo al Señor mis gracias y canto mi libertad que no quiero vender á tan penoso precio.

En este país venturoso, tipo de la cortesania y buen gusto, sin embargo bastante insípido, así es, que cuando con mi buen humor les hago reír, dícenme que soy una hada inspirada con la gracia de los ángeles: llámanme la señorita de *Boulon*, motivado de un tenido por sabio profundo, protonotario del rey, se le ha puesto decir que este es el verdadero apellido de mis antecesores: yo lo escucho, me callo y ni contradigo ni me enojo.

Entre las muchas prendas que á mis ojos hacen recomendable á la princesa Margarita, una de las que me la hacen amar mas decididamente, es la grande oposicion y disgusto que manifiesta á los torneos: ese espectáculo brutal en que por mero placer esponen los hombres su vida, y hasta el rey mismo no se escusa de tomar parte en tales diversiones: nosotras inseparables en gustos y pareceres, por todas partes repetimos que no debiéranse poner en uso esos simulacros de la guerra en que están á punto de

incumbir los grandes y el monarca, cada vida debe ser tan respetada. Y á propósito de lo que te digo; háce pocos días me repetía enojada la condesa de Chateaubriand, que era una niña sin gusto, y que no sería mi parecer el que conseguiría destruir el imperio de una moda recibida y aceptada por todos.

—Cierto es, señora, le repliqué enojado, que soy tan niña que aun no he cumplido quince años: pero creo que me será permitido esperar cumplir los diez y ocho y aun los veinte: cuando llegue este tiempo, que no es por cierto ningún siglo, ya vereis si ayudada de las que cuentan mi edad, derribamos esas modas.

Esto provocó la hilaridad de la princesa Margarita, que al mirar mi seguridad reía desamparadamente.

—Mirad, señor: decía ésta á su hermano el rey: aquí teneis una niña, que se propone meter un arma en vuestra corte, y revolucionar vuestros estados: pero os diré mas; soy su mas ciega de-

fensora y su mas admiradora discipula.

—Muy bien; replicó el rey: no tiene duda que si vosotras alzais la bandera de la revolucion, veré mi tranquilidad comprometida, y sabe Dios hasta dónde llevaréis el número de vuestros partidarios: pero ya que se trata de la señorita *Boulen*: Si dos gallardos mancebos, tan gallardos como nobles y esforzados quisiesen batirse por sus ojos, qué diria ella?

—Sí, sí: qué diriais, Ana querida? añadió la princesa.

—Diria... diria que un disparate, una tontería: porque en la alternativa de decidirme por uno de los dos, mi eleccion recaeria en el muerto.

—Aguda salida: pero si el que quedase vencido no fuese muerto y sí solamente herido, qué harias al llegar el caso de que os pidiese una recompensa?

—En ese caso lo enviaria á Franfort, á que aprendiese á enamorar por otro estilo: á aprender sus máximas por principios.

Desde el dia en que tuvo lugar la escena que te acabo de explicar, suele decir el rey á la princesa Margarita: traednos á esa niña que quiere enviar á sus amantes á Alemania para que aprendan á enamorar. Ya ves si esto puede llamarse con razon estar en moda.

Mas ya he cumplido mis quince años: creo que este dia dichoso debe hacer época en la vida de una muger: he llegado ya á esa edad florida y llena de ilusiones: á esa edad en que es la muger una rosa, cuyo capullo despliega sus hojas al brillante y saludable rocío, haciendo sus galas en el pensil de los amores. Y no bien los he cumplido cuando empiezo á notar diferencia en la conducta de todos los que me rodean: no esquivan el elegirme para pareja en los bailes: me prodigan mil elogios: me dicen que soy bonita: ¡Cuánto alhaga oír repetir esta palabra! No me incomoda mas sino que habiendo crecido mucho en poca tiempo, ios que antes me llamaban niña, ahora ya me confunden con las que tienen diez

y ocho años, equivocacion que me asano por corregir.

Ayer dió un baile la princesa Margarita, y en el tuve el honor de que el monarca me eligiese para su pareja: sabes bien que he sido aficionada siempre á esta diversion, y que mi aplicacion desde pequeña ha hecho que sea una profesora: por lo visto el monarca hubo de elogiar mi ligereza, y esto puedes calcularte el diluvio de lisongeros, de aduladores que me acarrearía eu derredor, durante el baile y aun despues de concluido: Mr. de Chissey, siguióme hasta mi asiento manifestando en alta voz, y con agravio de muchas damas de prez, que yo era la gala del salon.

¡Qué hechicera es! Decia: Seguramente no puede haber felicidad mas completa que gozar del fuego de sus hechiceros ojos.

Oh! pues yo prefiero su graciosa sonrisa, repuso Mr. de Pomperant, que está al servicio del condestable.

—No disputeis por Dios, lo mejor

son los ojos.

—No, la boca.

—Sostendré siempre lo contrario: lo mas hechicero son los ojos.

—Pues yo sostengo que su sonrisa.

Ambos acrecen en su disputa, se acaloran y sucesivamente aquellos dos caballeros se enfurecen pasando á los de-nuestos y jurando que sabrán obligar á su contrario mal de su grado á confesar su derrota: las baladronades se prodigan, porque esto es la comidilla de la corte.

—Amengua tu vanidad, decia el uno, seguro de que aun te quedará la suficiente para que te cueste la vida.

—Y tú, provéete de valor, porque bien lo necesitas.

—Yo puedo prestarte un poco del que te falta, y aun asi me quedará el sobrado para superarte.

Ambos finalizaron la contienda aplazándose para el siguiente dia en que debian batirse, y se separaron para contarle cada cual á los enemigos del adversario.

—Mr. Chissey decía: aconsejádle no lleve á cabo su empeño, porque soy yo.... yo su adversario.

Llegó hasta mí la nueva de estos acontecimientos y juzgué de mi deber informar de todo al rey, el que hizo llamar a su presencia á aquellos dos locos, convencido de que tanto ruido acabaría por transigirse fácilmente.

—Señores, les dijo luego que se hallaron reunidos: Tengo para mí, en que para legitimar la causa porque vais á entablar vuestra querrela, será justo nombrar un juez que decida de si el asunto lo merece: supuesto el caso, también espero que, nombrado por mí ese juez, acatareis su fallo, sea cual sea, sin mirar la calidad del que falla.

Prometiéronlo ambos por su palabra de honor, y el rey continuó:

—Pues bien; ese juez, ese árbitro séalo la señorita *Boulton*.

—Gran ocasión por cierto para que veamos como sale de su empeño esta niña; prorrumpió madama de Chateaubriand, li-

songeada con la idea de acobardarme: todo al contrario; levantéme, y adelantándome hácia los disgustados amigos, les ordené me espusieran sus quejas: oídas que fueron con la mayor atención, dirigí la palabra á los dos poco mas poco menos en estos términos.

— Señores, confieso que ante semejantes disparos y locuras, me es difícil mantener imperturbable mi seriedad de juez, no obstante la recta balanza de mi justicia no se inclinará á un lado mas que á otro, porque ninguno de los dos espone cosa que valga un ardite: á pesar de todo, obligada á dar una sentencia, cumpliré con mi encargo, imponiendo la pena en proporcion del delito. Vos, Mr. Chissey, que tanto elogiáis la dulzura de mis ojos y tanto apreciáis sus miradas, sabed que si insistis en batiros, quedareis privado para siempre de ellas, y sin derecho ninguna para reclamarlas: y vos, Mr. de Pomperant, que defendeis tenazmente el valor de mi sonrisa, sabed igualmente que si vuestra espada continúa en

posicion h6stíl, no tornareis á hallar en mis lábios mas que reconvencciones y enojos. Creo que para lo espuesto por vosotros es pena suficiente; mas si lajola apariencia de una causa tan leve quereis ventilar y llevar á cabo la reparacion de anteriores agravios y envegecidos odios, á engañando á la justicia me hacéis cómplice de vuestras cuestiones personales, reclamaré contra vosotros toda la rectitud de S. M. del que impetro la gracia de ser severo con vosotros.

—Y el rey os asegura, señorita, que no lo impetráis en vano; ea pues, señores; reflexionad en lo dicho, y no olvidéis que si el fallo pronunciado no basta á disminuir vuestras rencillas, están en eminente peligro vuestras personas y fortunas.

Lo cual, concluí yo, sería comprar á un excesivo precio el esfuerzo plicer de recibir una estocada; das las manos y un abrazo, y terminese este asunto.

Aquellos dos locos se abrazaron cordialmente, al par que los otros aluta-

dores cortesanos elogiaban y aplaudían la sabiduría de mi sentencia; la escena fue muy celebrada y dió lugar á muchas conversaciones. Yo acepté la compañía de los dos amigos, y me paseé con ambos por las régias galerías. Tornó el baile á seguir y segunda vez fui elegida por el rey para danzar con él.

La refinada malicia y los bastardos pensamientos que abundan tanto dentro de ese círculo dorado y deslumbrante que se llama grandeza ó aristocracia, comenzaba á colegir y dar siniestras interpretaciones á la circunstancia de reincidir el monarca en el capricho de bailar conmigo: cruzábanse las miradas de inteligencia, las sonrisas irónicas y en todos los grupos se citaba ya como favorita de Francisco I, á la señorita Ana Bouden. Aquellos que hasta entonces se habían ocupado en componer ó comprar versos para la amada del monarca, ó los rasgaban ó los escondían como inútiles ya, creyendo realizada su desgracia.

Mis talentos hasta entonces reconoci-

des eran ceatados por la banda de ambiciosos que llegaban sumisos á mis pies á prodigarme inciensos, y cada cual veía próximo su engrandecimiento debido á mi medracion. Era aquello una comedia, que para hacer mas positiva á los ojos de aquellos tontos, la princesa Margarita corroboraba, manifestando hacia mí aquella especie de respeto que media entre la hermana de un rey la amante de su hermano: y de tal manera conseguimos una y otra representar nuestros respectivos papeles, que hasta el mismo Mr. Duprat, gran canciller del reino, juzgó de indispensable necesidad tomar serios informes; pero no juzga vuelva á reproducir su curiosidad, mediante mis respuestas.

Mal se aviene con mi altivez esas sospechas injuriosas que contra mí han osado levantar; pero si bien al presente guardo el rencor á que me provocan dentro del fondo de mi alma, puelo que amanezca un dia en que yo les haga conocer cuán poco contaron con un orgullo y vanidad.

- Eres el tipo de la moda, porque tú lo estas, más que nadie: decíanse la princesa, y pienso no se equivoca, porque con efecto me ha tocado mi vez y estoy en moda para todo el mundo.

Esta mañana han concurrido cien grandes a visitar á la amable princesa: suprimo decirte que los dos primeros fueron los ex-desafiados Mr. de Pomperant y Mr. de Clissey: sería difícil ni enumerárteles ni citar todos sus nombres, y me limitaré á decirte que hasta el mismo rey ha delinquido en el pecado: tanto me estigaron, que me he visto obligada á contar y tocar el laud delante de todos: la admiracion en todos ha crecido, y mis palabras se repiten sin cesar, anhelando todos que yo me digne dirigirles una siquiera: á manera de abejas que rodean y zumban al rededor del panal que elaboran, así me rodean sin dejarme apenas vivir: movido de esto, el rey se ha aproximado á mí diciendome:

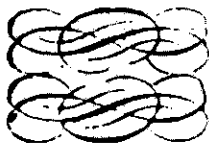
- Voy viendo señecita, que de aquí

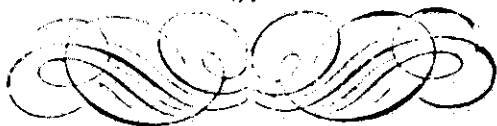
á poco vais á lograr arrebatarme toda mi corte, por lo que me veo yo obligado á formar parte de la vuestra. Mas señores, para lograr agradar á esta nueva magestad, nos es necesario no vestir la armadura ni ceñir la espada: sino aguzar el ingenio y trocarnos en sábio. Introduzcamos tambien nuestra moda, á imitacion de Clemente Marot, y aprendamos la música y la poesia para alcanzar alguna ventaja.

Te repito Nancy mia, que estoy de moda.

El grande, el sublime, el célebre pintor Boux, que se ocupa en pintar un magnifico cuadro para Fontainebleau, de orden del rey, ha prestado mis facciones á uno de sus ángeles: nuevo motivo para que acrezca mi popularidad, quieren todos copias del cuadro, aunque el rey dice que no quiere le roben el mejor adorno de la obra: mira pues, como en el porvenir, entre las venideras generaciones, voy á ser co-

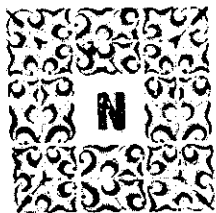
socida é immortalizada: confesándote con ingenuidad mis sentimientos, te diré que este triunfo me agrada, pero me afecta.





III.

Segunda carta de la señorita Bolema á su amiga mis Ana Savage.



Nancy mia: Cuando comiences á leer esta carta habrás de sorprenderte: de asustarte: yo creo que estoy soñando, puesto que dudo si es realidad lo mismo que teco... Admirate, amiga mia, admirate .. el rey de Francia sus-

pira por mí. No estrañes de que lo diga tan de repente, porque esto tiene por objeto el que participes de la turbacion que á mí me acompaña desde que no he tenido motivo para dudarlo. Escucha ahora los pormenores.

Asegúrase que aquella dama lánguida y sublime, aquella condesa que aprisionaba el corazon del rey, madama Chateaubriand en fin, despues de luchar y reluchar con las infinitas peticiones de sus amantes, ha dado la preferencia al condestable de Borbon, lo que ha producido la mas acendrada odiosidad entre este personage y el desairado monarca. Como los príncipes tienen mil medios á su alcance para humillar á sus competidores, entre otras cosas Francisco I ha elevado á la alta coteria de almirante á Mr. de Bonnivet, hartándolo de oro, solo porque este cortesano es aborrecido del de Borbon. Y como Bonnivet es hombre de estrategia, muy enredador, hábil diplomático, y por tanto sagaz embustero, es el instrumento inmediato para mortificar al

condestable. Una de las jugadas mas lindas que ha hecho con su dueño, pues depende del Señorío de Borbon, és edificar un castillo muy inmediato al de su señor, tan extraordinario, tan encantado, tan suntuoso y régio, que la morada del condestable es una miserable choza al lado de su palacio: todo esto, como conocerás, por orden del rey.

Un dia, y cuando se hallaba reunida casi en su totalidad la corte, el nuevo favorito, nos habla de su magnífica posesion, de su brillante parque, sus frondosos jardines... y tanto elogió que el rey indicó tener deseos de verla. Bonivet continuó haciendo presente á S. M. que solo con intento de ofrecérsela y festejarle en ella si de tanta honra lo creia digno, habia propuesto la conversacion de su nueva casa.

Quedó admitido el convite, y se señaló el dia que el rey tuvo por conveniente: todas las damas de honor contaban los placeres que se proponian encontrar en aquella especie de fiesta cam-

pestre: yo tambien los contaba, no quiero engañarte: por fin, el dia prelijado amaneció: bajamos por el Loira hasta Tours, en donde nos esperaban literas, caballos, toda clase de carruages, en los cuales debiamos hacer la corta jornada que nos separaba de Bonnivet, atravesando una deliciosísima campiña: en ella y en ciertos sitios, los lacayos, y sirvientes del nuevo señor almirante, esperaban la régia caravana, con abundantes viveres y refrescos. No puede ponderarse un lujo mas escandaloso ni soberbio. El rey marchaba gozoso, encantado, porque notando el semblante del condestable que se mordía los labios de furor, recogía el fruto de su simulada venganza. En cuanto nosotras las mugeres, que solo dábamos el valor á las cosas por el placer que podiamos encontrar en ellas, nos admiraba todo, y todo lo reiamos y todo era bonito, gracioso, sorprendente á nuestros ojos, ávidos de alcanzar á Bonnivet, por el ansia de juzgar por nosotras mismas de las bellezas descritas

por nuestro huésped.

Ya estamos por fin en Bondivet, y aquí encontramos un espléndido banquete, servido en magníficas vajillas: el palacio está construido según la última moda de nuestra moderna arquitectura: el placer vagaba por todos sus salones, jardines y galerías, y una sola voz inundaba aquel recinto: voz de alegría: el oro, el terciopelo, las sedas y las preciosidades estaban esparcidas con tanta profusión, que si todo aquello no hubiese sido hechura del monarca, hubiera dado envidia aun al monarca mismo, que lejos por consiguiente de ser así, hallaba su mayor placer en admirar cada una de las sorpresas que le presentaban llamando la atención sobre ellas al condestable que lleno de despecho interiormente aplaudía en alta voz porque tal es la costumbre de la corte: mentir mucho y aprisa. Todo lo que el ensañado condestable oponía por despique, era repetir al rey á cada momento.—Esto es magnífico, mas le debe costar muy caro, señor!

Al despuntar la aurora del segundo día debía salirse para una magnífica partida de caza preparada de antemano: las damas también quisieron lucir su gallardía, y hételas que á caballo, despreciando los rigores del sol y los peligros que se encuentran á cada paso en tales placeres, salen rápidas como el viento á perseguir al siervo como el cazador más diestro: yo puedes creer no me quedaría atrás, porque era una buena ocasión para grangearme el aplauso general, cosa que siempre envanece á una muchacha: saltaba fosos, zanjas, barrancos: yo misma no me sé explicarte las locuras á que me entregué. Dos horas después de comenzarse la caza ya cada una de las damas tenía á su lado un caballero: el rey no podía menos de reírse mirando á Mr. de Bonnivet al lado de la princesa Margarita, interin que el condestable se alejaba por opuesto lado al lado de madama Chateaubriand: en esto no hice mucho alto, porque mayor cuidado me distraía en aquellos momentos:

este cuidado era el rey, que dando un golpecito ligero á mi caballo, me hablaba.

—No es cierto señorita, que este camino es muy á propósito para tomarlo al galope!

El monarca no habia aun concluido y yo ya salia como un rayo sin cuidarme de nada. Los árboles desaparecian de mi vista rápidamente, el terreno que mi caballo pisaba quedábase atrás instantáneamente: percibiase ya lejanamente el ladrido de los perros, las trompas de los cazadores, y no obstante yo corria desesperadamente: vuelvo la cara y veo junto á mí á S. M. Cristianísima, al heredero de San Luis, al rey de Francia que me seguia al mismo paso con que yo habia corrido: no obstante, yo no pensaba sino en disfrutar del fresco de la mañana.... mas amiga mia... el fresco de la mañana convirtiöse muy pronto en un calor sofocante y abrasador.

—Nos hemos perdido, dije entonces al rey.

—No os apureis por tan poco: sigamos esta vefeda que ella nos conducirá al lugar de la reunion.—Continuamos corriendo nuevamente, pero en vez de allegar al lugar de la caza, cada vez nos alejábamos doblamente. Un accidente fatal viene à aumentar el susto que me acompañaba. Préndese mi sombrero en una rama, y quedando sueltos mis cabellos, caen menudamente sobre mi cuello y espalda. No pude contener un grito. Apéase el rey, llégase à mí, inquiere con la mayor ansiedad si me he hecho algun mal: me ofrece sus brazos para bajarme un instante; yo tan dócil me arrojo en ellos, y hé aqui que al ponerme en el suelo siento que me estrecha tiernamente: lo creerás?—Pues aun no alcanzaba yo nada de aquello: no sé algunas veces como se encuentra nuestro talento.

Pero si tú eres tan severa como lo es conmigo misma tu amiga, disculparás à una niña sin esperiencia lo que otra hubiera podido adivinar al primer gol-

pe de vista. ¿Cómo era posible que yo me figurase que el rey que no debía pensar más que en su querida, ahora intentaba entretenerse en una nueva aventura? Por lo demás, tú puedes formar el juicio exacto que merecería hacerse y que cualquiera hubiera hecho al ver sentados, recostados mejor diré, á la sombra de un árbol á una jóven de mis años, agitada, encendida, con el cabello suelto y flotante, y á su lado un Rey de veinte y cuatro años, galán, bien parecido, y ya famoso por su practica en *ablandar corazones*... Vamos, soy muy necia.

Sin embargo, procuro reparar mi tocado, y recojo las trenzas de mi cabello: una permanece aun sobre mis rodillas, y esta la agarra el rey, y aplicándola á sus labios imprime en ella un beso: esta accion me avergüenza, me aborruza.... no me digas que es demasiado tarde: lo sé; pero no desperdiciare la leccion.

Disimulé todo lo mejor que pude la impresion que me habia hecho el beso

real, y mostrando en mi semblante el enojo, comprendi bien pronto que él habia bastado para contener al monarca. Dejó desde luego el tono de broma que habia usado hasta entonces y me preguntó:

—Decid, señorita; cuántos años contais?

—Señor, diez y siete.

—No extrañeis mi pregunta, señorita. De esa edad en que todo es bello y mas en una jóven que reúne mil encantos, quizá sereis la única que no tenga un amante preferido: yo, aunque soy rey, veo por mí mismo y me intereso en todo lo concerniente á mis súbditos: rodeada de la gallarda y apuesta juventud francesa, escuchando á toda hora las mas finas protestas de la adoracion que os tributan, permaneceis libre; quiero decir sin entregar vuestro corazon. ¿No os ha hablado vuestro corazon en favor de ninguno?

—No, señor.

—Y sin embargo, todos conocemos

vuestras inclinaciones y sabemos que para vos es la primera prenda el talento.

Mas en nuestra Francia no escasean donceles de gallarda figura, cuna distinguida y valor á prueba, que reunen ademá el ser buenos poetas y dignos del amor de la señorita *Boulen*.

Ten entendido, amiga mia, que el rey hace muy bonitos versos:—Luego continuò.

—Yo por mi parte puedo aseguraros conozco uno en quien habeis hecho tan profunda huella, que daria gustoso su vida por obtener vuestro cariño. Os ama tanto que haria cualquier sacrificio por alcanzar le miráseis con ternura. A estas horas no vive, no suspira, no alienta sino por vos.

—Con que á estas horas: muy bien: mas quién me asegura de asi como ayer dejó á una, haga hoy lo mismo conmigo para asegurarse mañana á otra tercera? Ya lo reflexionaré maduramente porque es negocio de entidad.

—No; porque esa volubilidad de que

lo acusais, desaparecerá al poseer vuestro amor, muy mas dulce y apreciable que otro cualquiera: sí, señorita; porque cuando á la belleza se reúne el talento las impresiones en el corazón son mas profundas, menos perecederas.—Ademas creo no está demás advertiros que este poeta es altamente poderoso...

—Ah! señor: no me habéis de eso: porque su poder aunque fuera posible que escediese al vuestro, no me pondría á cubierto de recobrar mi honor una vez por él perdido.

—Muy pronto juzgais, señorita, pues ignoran todavía qué garantías puede ofrecer y las pruebas que puede daros de un cariño que yo en su nombre os revelo: ni aun saben su nombre...

—Señor; ruegoos que yo no le conozca: su presencia me intimidaría, y tal vez huyendo la vista huyera basta de mi patria.

—Sois demasiado cruel: aplazad á lo menos esa sentencia para cuando la hayais recapacitado menudamente: tomaos al-

gun tiempo, y no olvideis que ese desgraciado os ama mucho, para que una negativa vuestra no cause su desesperacion.

—Señor: desde el momento en que me separé del lado de mi anciano padre, pose mi honor bajo la salvaguardia del honor del monarca francés. Al imprimir sobre mi frente el beso de despedida sir Tomás Bolena, no pronuncié mas palabras que decirme: hija mia, tened presente lo que vais á oír: cuidad de vuestra reputacion hasta tal punto que nunca hagais nada de que podais avergonzaros al confesármelo. —Parti, llegué á Francia, y desde que me veo sola y abandonada á mi misma, procuro llevar á cabo la sagrada palabra que le empeñé: dos revoluciones tengo en el fondo de mi alma escondidas, para precaver los riesgos de cualquiera persecucion: la primera, como os he dicho al principio, apelar á la dignidad real del poderoso Francisco I, salvaguarda de mi honor, apartada como lo estoy de los que están obligados á protegerme y ampararme; mas si es-

te apoyo me faltase, si por acaso confundiéndonse el rey con el hombre desoyese mi clamor, poner por medio del peligro y mi virtud los hondos mares; volver á Inglaterra, generosamente perdonando al que me hubiere ofendido.

S. M. está confuso.

—No llegará ese caso, señorita, porque el rey de Francia es ante todo, rey: ante todo caballero, él os concederá ese apoyo si llegara un caso semejante: no insistiré mas, pero concluiré por rogaros, reflexioneis en el dolor que vais á causar con vuestra repulsa en el hombre que os adora.

—Creed, señor, que ese dolor que suponeis me lastima porque no está en mi mano aliviarle, y quisiera que, si fuese posible, ese personage no fuera tan elevado como decis, porque entonces yo me atreveria á ofrrecerle en cambio la amistad y el cariño de una hermana.

—Oh! si, amistad que él acepta de todo corazon, (esclamó el rvy tomando respetuosamente mi mano) porque quiere

poner de su parte cuanto sus fuerzas alcanzasen para crear en su alma la ilusión de perteneceros en algún modo: un hermano es más que un amigo, y él será vuestro hermano.

Ya que comprendí que había concluido el riesgo, torné nuevamente á mi habitual alegría, porque S. M. cristianísima tuviese un ejemplo de cuán pronto la señorita Bolena sabe olvidar un agravio.

El rey presentóme su rodilla para montar á caballo con la mayor sumisión, y yo después de apoyar mi pié sobre ella, salté ligeramente para evitar el tener que valerme de su ayuda: emprendimos nuevamente el galope, y á muy corta distancia nos encontramos ya con la princesa Margarita, que acompañada aun por el galante Bonnivent: el almirante y decretido almirante, pues ya te he dicho que había obtenido este título, mostrábase confuso, corrido, y con la vista clavada en el suelo.

En otra direccion y á los muy pocos momentos tropezamos igualmente con madama Chateaubriand y con el condestable: el rey dirigió ciertas miradas muy energicas á la condesa, interin que Mr. de Borbon, engreido sin duda del buen éxito de su empresa manifestaba una alegría ecsagerada é insolente: este accidente que aparece ser pequeño, bastó no obstante para robar la diversion en el resto del dia, porque el rey permaneció cabizbajo y de mal humor, razon por la que todo el mundo callaba, escepto el condestable que pretendió tomar la rebancha del mal rato que habia dado Bonnivet con su hijo y su opulencia, ostentando festividad, burla y algazara. Creo que esta ha sido su última majaderia que le valdrá grandes pérdidas.

Aquella noche, y mientras se desnudaba contóme minuciosamente lo ocurrido entre Bonnivet y ella: este personaje llevó su insolencia hasta el último grado: la escena habia sido representada con mas ecsageracion que la ocurrida entre

el rey y yo.— Retiráronse las damas, y nos recojimos en dos habitaciones separadas solo por una puerta que dejamos abierta para mayor seguridad,

Dios fue injusto con nosotras, no permitiéndonos á nuestro seso ninguna defensa: puesto que nos privó de la fuerza con que ha dotado á los hombres, siendo así que estamos expuestas á entrar con ellos en muchas ocasiones: ahora verás si tengo razon para quejarme luego que te haya referido los sucesos acaecidos en aquella noche, y que aun al recordarlo me estremeezo, porque el hecho en si manifiesta hasta dónde llega nuestra desgracia, desgracia que no basta á contener ni remediar ni la virtud, ni la severidad, ni la posicion social, ni el respeto que inspirar debemos cuando observamos una conducta ejemplar é intachable.

Entregadas al sueño mas profundo, entregadas tranquilamente al descanso de aquel dia tan lleno de emociones tan encontradas y distintas, descansábamos en

nuestro primer sueño, apenas por cierto de lo que iba á suceder: porque amiga mía, el atrevido Bonnivet se introdujo en nuestra habitacion, por medio de una trampa abierta en el suelo y que no habiamos advertido nosotras por estar precisamente debajo del lecho de la princesa Margarita. Esta al sentirse estrechada entre los brazos de una persona, se despertó porque en efecto era Bonnivet que violentamente la apretaba ciñéndola sobre su pecho... ni mas ni menos, querida Nancy: en los brazos de Bonnivet, que ciego, delirante, habia llegado hasta allí arrojándolo todo, y hasta el respeto que la princesa merecia, tanto mas cuando descansaba tranquilamente. Cobardía accion, digna por cierto de vituperio. Tanto fue el susto de la princesa, que embargando el terror sus sentidos, ni aun pudo gritar siquiera: no obstante, la desesperacion le prestaba fuerzas, y en medio de la natural agonía producida por sorpresa tan grande, esforzábase á dar un grito, si bien ahogado por el infame, que

procuraba tapar su boca.—Desperté, no podré pintarte que senti al esnechar aquellos abogados gemidos: yo juzgué que asesinaban á la princesa.—Una lucha cruel y prolongada se habia trabado entre el traidor y la victima; mas por buena suerte las uñas y los dientes de la primera contrarestaban las intenciones del segundo, y tanto hicieron, que atolondrado Bonnivet, y envuelto entre las ropas de la cama que la princesa habia logrado rodear á su cabeza, cayó desde el lecho al suelo sin poderse valer: ya entonces la princesa Margarita pudo claramente articular algunas palabras impetrando socorro, y aquellas voces me devolvieron todo mi valor, y saltando de mi lecho me precipité en la primera pieza, que como te he descrito era la habitacion de la princesa. El cuadro habia variado: Bonnivet á los pies de su victima pedia perdon con el ademan mas suplicante, con la fé mas acendrada: así sen los hombres: valientes ante una pobre muger: medrosos ante un peligro cier-

to: ante un riesgo inminente: y nósotras tan débiles á pesar de todo, tan sensibles para con ellos, que aun en premio de un insulto concedemos un favor: un ejemplo de lo que te digo. La conducta de la princesa: si bien dirigia á Bonnivet amargas reconvenciones por su proceder, concediale el perdon, echándole en cara su culpa, pero de un modo que enternecia el escucharla: con bondad, con dulzura, tanto, que arrancó lágrimas de su perseguidor, y tambien de mi.

Amiga mia: Dios ha puesto en el corazon de la muger un fondo de generosidad que supera á todos los agravios por grandes que aquellos sean: el espectáculo de la humillacion de Bonnivet, sus lágrimas y la sangre que vertia de su ojo desgarrado por las uñas de la princesa, moviéndonos á lástima, y al certo rato de lo que te llevo referido, la una y la otra nos ocupábamos en curar su herida, en consolarlo y en ofrecerle que quedaria eternamente oculta aquella escena: no puede tampoco haber cuadros as

vergonzoso que el que ofrece un hombre llorando, que ruega y se retira por su camino subterráneo, y esto obligado por dos mugeres.

Amaneció el siguiente día, y permaneciamos aun sentados hablando de la tal aventura. Muy pronto se cundió la nueva, de que el señor de Bonnivet habia amanecido muy malo, y que por tanto no podia presentarse al rey: esto causó que la fiesta se terminára.

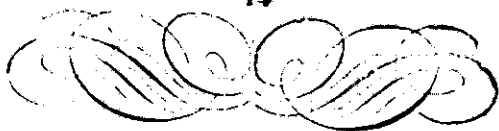
La corte pues, retornó, y Bonnivet aun permanece escondido en su castillo ocultando su cara desgarrada.

Cinco dias no mas hace que nos hallamos en Blois; hay grandes agitaciones entre los cortesanos; todos hablan sobre negocios de estado, y no es extraño, porque lo que sucede es de gravedad: ha muerto el Emperador Macsimiliano, y el rey se cree con derecho á reemplazarlo: quiere ser emperador... ¡emperador!... siempre ambicion: siempre en el hombre esa codicia de ascender mas allá de donde el destino lo ha colocado de todas las

potencias y en todas direcciones llegan multitud de emisarios, hombres doctos y científicos, que tienen largas conferencias con el monarca: el erario francés sufre unos desembolsos cuantiosísimos: el canciller reniega porque no suelta la pluma de la mano: todos los días salen emisarios á desempeñar comisiones secretas. Esto es una verdadera Babilonia. Todo esto no impide que el rey ambicioso, deje de venir un solo día á visitar á su hermana Margarita, y ni tampoco que en cada una de estas visitas me prodigue continuados obsequios y readidos cumplimientos. Manténgalo Dios en su comedido sistema, porque otra suerte me veria obligada, siguiendo el ejemplo de su hermana, á rasgar su rostro con mis uñas, desperfeccionando su cristianísimo semblante.—Es hermoso y amable, Nancy: te lo confieso porque debo confesártelo, y siguiendo siempre tan franca como es mi costumbre serlo para contigo, te añadiré que es necesario un valor á prueba, una virtud esquisita y un

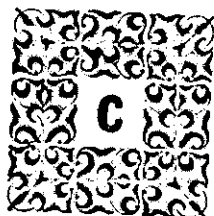
ánimo varonil para que sus suspiros no logren ablandar á la muger mas indiferente: luego, como ya sabes, hace versos lindisimos, y no sé por qué el amor pintado poéticamente tiene tantos encantos á nuestros ojos y se nos impresiona doblemente.—Mas no temas por mí, porque mi corazón es fuerte como un muro y en él no encuentra eco la seducción aun cuando esta sea de estirpe real.





IV.

Tercera carta de la señorita Holcena á su amiga mis Ana Savage.



Cuánto he gozado, mi querida Ana, al presenciar los desengaños del monarca! — Has de saber que despues de los infinitos sacrificios y dispendios hechos por el rey, ha tenido que conformarse á ver pasar el manto de escar-

lata y la corona imperial á otros hombres y á otra cabeza: el joven Carlos I de España ha reunido sobre sus sienes las dos diademas, y ha sido el elegido para mandar el imperio... con franqueza me alegro: ahora Francisco I halla su consuelo en la amistad, y esta parece cimentarse con profundas raíces entre nuestro rey Enrique y el descendiente de San Luis: para abrazarse mutuamente se discuten tratados de gran valia, si bien estos trabajos son dirigidos por dos distintos bandos: al frente del uno se halla el dailie de Caen, hombre docto y juicioso, y que ha escrito, no una memoria, sino un tomo sobre tan importante asunto: al frente del otro, se cuenta al célebre señor Nicolas Newille, el que tambien ha publicado por medio de la prensa sus trabajos sobre tal materia; pero hay tal discordancia entre el uno y el otro, que lo que aquel propone lo desaprueba este, y vice-versa: cada oracion, cada palabra es motivo de una disputa; y estas llegan hasta Lóndres ó Pa-

ris para ser visadas y aprobadas por Walsey, ó por Duprat. ¿Todas estas no son pruebas que presagian una amistad sólida y eterna?

Arreglados todos los preparativos, acordado el severo ceremonial, y firmadas las cláusulas de esta amistad real y el modo de la presentación, los dos reyes, juran en presencia de los embajadores el no rasurar su rostro hasta tanto que se hayan estrechado mutuamente como leales cuñados: pero este juramento ha sido cumplido fielmente no mas que por parte de Francisco I, porque Enrique VIII con notable sorpresa de los nobles antiguos de Francia, se ha presentado sin barba alguna. Walsey, anhelando disculpar á su soberano, ha alegado, que Enrique se ha visto precisado á quitar su barba, porque la reina Catalina, á consecuencia de un susto recibido en la niñez, aborrece tanto los hombres barbudos, que huía del rey como de un condenado.

Con toda puntualidad que el ceremonial exigia, nuestros jóvenes donceles se

presentan á Montreal, interin que Wal-sey, seguido de lo mas lucido de la nobliza de Inglaterra llega á Andret: se escoge el lugar mas á propósito, y mientras que sobre él se erigen tiendas suntuosas adornadas de mil maneras variadas, los caballeros ingleses solicitan y obtienen el honor de ser presentados á Francisco I.

La antigua rivalidad que siempre ha existido entre los jóvenes de la una nacion y de la otra aun se deja conocer en la frialdad inmóvil que conservan los de nuestro país, apartados de los de esta tierra. Pero hé aqui que en aquellos solemnes momentos, una loca, porque tal título merece la que obra como la que tenemos, desciende los escalones del trono atraviesese por medio de aquella falange de puados cortesanos, y vá á caer en los brazos de uno de los extranjeros. ¿Necesitaré decirte quién era esta?—Habras adivinado era yo la loca y el extranjero mi hermano: no ignoro que salto á la etiqueta, pero para mí no existia ningun

ceremonial que me obligara á estrechar á mi corazón objeto tan amado: esto llamó extraordinariamente la atención y no faltó tampoco quien me siguiera tirando de mi vestido: esta fue la severa Mad. d' Aumont.

—Dejad, señora, que abrace á su hermano, exclamó la princesa Margarita.

—Dejad á esa, continuaron á su vez la reina y Mad. de Saboya.

Aquel arrebato de mi juventud, fue la señal de alarma para que desapareciera todo el orden ceremonioso que estrictamente se estaba siguiendo: la risa, el placer, la bulla, los mútuos abrazos entre los jóvenes de ambas naciones..... ya aquello era otra cosa: la confusión acreció bien en breve, y el mismo rey se dió por muy satisfecho de mi calaverada que le habia ahorrado continuar por mas tiempo en el ademan y semblante severo de monarca. Acércate á mi hermano Jorge, y con aquella amabilidad que ningun rey tiene en tan alto grado, le dá su mano y lo hace aceptar la propues-

ta de permanecer dos dias á nuestro lado: mi hermano acepta: cuánta alegría para mí...

Las fiestas han sido numerosas y brillantes y han durado las danzas por espacio de cuatro dias: las dos cortes parecían enloquecidas segun con el desenfreno con que se han entregado á toda clase de placeres. Por mi parte te confieso que no quisiera que hubieran empezado para concluir por la separacion, porque en ella he perdido á mi hermano.

Los motivos que te obligan á recluirte huyendo de la corte no los alcanzo aunque los busco; porque si bien condescenderé en que el furioso Rolando (1), hastiado de su consorte busque entre la multitud de nobles damas una que satisfaga sus caprichos, para que una muger de tu talento no encuentre el riesgo por muy grande que sea en general: así yo lograré-

(1) La señorita Bolena hace alusion á Enrique VIII de Inglaterra.

ra alcanzarla y viviria mas tranquila, porque estaria mas segura de mi misma: eres en demasia prudente y tienes una esencia de virtud digna de todo elogio! Te admiro y te respeto.

Muchas veces yo misma me pongo á considerar lo que seria de mí, si con una cabeza tan ardiente como destornillada cual la mia llegará el caso de hallarme enamorada, quizá me entregaria tan locamente á mi pasion, que iria mas léjos de donde la prudencia y el honor permiten: de todos modos, aun me quedaria un puerto de salvacion seguro, porque te llamaria á mi lado: tú templarias los furores de mi imaginacion y me dirigirias por el escabroso camino que todos lo cruzan, segun se afirma. ¡Es tan encantadora la razon de tus palabras, que casi estoy tentada de coamorarne para tenerte de continuo á mi lado y en la necesidad de prodigarme tus consejos.

Tengo ratos, querida Nancy, en que un fastidio cruel me invade, y en que todo me molesta: no puedo hallarme sola

me incomoda verme acompañada: en una de las pasadas mañanas de diciembre, tuve uno de esos momentos, en que lloraba sin saber por qué y en qué reía sin motivo: mas con una risa que parecia forzada: en efecto lo era.—Al verme así madama de Alenzon me hace diez mil preguntas, a las que no puedo contestar aunque quiera, porque no hallo razon que darle, y acabo por decirle que estoy fastidiada.

—Eso es que vuestro corazon ama á alguno: son sintomas inseparables del amor el fastidio y el pesar.—Esto suele decirme la princesa, añadiendo siempre:—Decidme quién es el afortunado caballero que así os hace padecer y ya vereis cuán pronto sé yo aplicaros el remedio para sanar de la dolencia: la vista del objeto que se ama es tanto mas benéfica y consoladora, cuán es la escasez de ocasiones en que poder verla.

—Señora, es engañais: no amo á nadie.

— Ah! ya os ven predispuesta á comba-
tirme asiduamente: descansad si es un
secreto, porque no seré yo quien trate
de arrancarlo de vuestro corazón: aunque
secreto por mitad callado no es secre-
to, y bien puede colegirse por la apa-
riencia que no yerro mucho en mis cál-
culos: no es ningún crimen; confesadlo
pues, y no vos deis ocasión á que re-
curramos al poder de Francisco I. que
tal vez conseguirá lo que la amistad no
consigue.

— No hagaistal cosa, señora: os lo su-
plico.

— Qué es eso, señora? ¿Qué hablabais
de mí? contestó el rey que tiene un oi-
do tan listo como un escucha.

Por consiguiente suprimo decirte que
la conversacion que se siguió fue acer-
ca de mi persona.

— Es necesario confesar ó convenir en
que mi corte ha perdido todo su brillo,
toda su grandeza, todo lo que siempre
ha tenido de mas lucida sobre muchas
otras para que la *señorita Boulon* no en-

cuentre en ella nada absolutamente que la distraiga: no obstante, yo me atrevería á jurar que dentro de una hora le devolvería su buen humor y su alegría.

—No lo dudaremos, puesto que tenéis en vuestra mano disponer algún gran bardo ó alguna brillante fiesta:—Añadió entonces la princesa Margarita.

—No, pues no habeis acertado: está tan distante de ser tal cosa, el específico de que os hablo, que es de tal calidad, que puede muy bien esta señorita guardarle en su habitación: está encerrado en una caja de la cual le entregaré tambien la llave: allí se la enviaré.

—No sabeis cuánta curiosidad tengo ya por conocer ese tan eficaz remedio!

—Pero si ese remedio es incapaz de llegar á curar la enfermedad fastidiosa del enfermo, qué nos pagareis en cambio?

—Y si gano, qué perderán VV?

Que hemos de poder pagar nosotras, señor, á un magnífico y espléndido monarca, que tenga todo el valor que me-

rece la escelencia de vuestra persona?
 —Pero en fin, id á buscar vuestro remedio, que ya liquidaremos luego nuestras cuentas, y pagará el que sea deudor.

-- Convenidos.

--No bien habiamos vuelto á la habitacion de la princesa Margarita, cuando trageron á ella, una caja grande y muy pesada al parecer, sostenida por cuatro pies, en forma de primorosas columnas.
 —Discurriamos cada una lo que mas nos parecia, sin acertar en nada ni poder aprosimarnos siquiera, cuando entró el rey seguido de un hombre que parecia ser un mercader extranjero:--el rey insistia en que la caja fuera transportada á mi cuarto, y á pesar de nuestra curiosidad y de nuestras réplicas, no hubo mas remedio que ceder: fue llevada en efecto; él mismo eligió el sitio donde debía ser colocada; prodigó mil elogios al orden que él observaba en la colocacion de los pueblos que decoran la habitacion, y sentóse luego inmediato á la chi-

menea:--Ea pues, maestro Huller: veamos el fruto que puede sacarse de vuestra invencion; dijo el dirigiéndose á aquel hombre.

En efecto: el maestro en cuestion abrió la caja, quedando á nuestra vista sorprendido una hilera de teclas de marfil, por lo que llegamos á comprender que aquello era un instrumento: aplicó sobre el teclado sus dedos y recorriéndolos suavemente, produjo un sonido dulce, parecido á cuando tres ó cuatro voces á la vez entonan el mas armonioso coro. A las primeras vibraciones del instrumento sentimos, asi la princesa como yo, cierta especie de deleite que arrebatada nuestras almas, que las sublimaba, que las ascendia á otro mundo mas poético y divinal que este en que vivimos: apoyadas la una contra la otra, casi temblábamos de placer: nos mirábamos en silencio y ninguna de las dos sabíamos comprender qué revolucion era la que se habia operado en nuestros corazones.-- El artista concluyó su tocatá, y aun en

nosotras duraba nuestro éxtasis.

—Y bien, dijo el rey, no os parece grande que solo un hombre pueda producir tan magnético efecto sobre todos los que le rodean?..

—Ciertamente, es maravilloso, repuso la princesa.

—Yo no sabia qué decir: balbuceé algunos conceptos apenas inteligibles.

—Tocadnos alguna cantilena de vuestro país, maestro Hüller.

—El alemán tocaba tan diestramente unas danzas desconocidas de nosotros, tan alegres, tan vivas y al par tan alhagüeñas, que como si la alegría que rebosaba en sus acordes tonos se abrigara en nuestro pecho reíamos sin saber por qué ni de qué.

Concluyó el artista, y el rey dirigiéndose á mí, añadió.

—Y bien, señorita!.. He encontrado ó no remedio á vuestro fastidio?—Eso es vuestro, os pertenece; y el maestro Hüller, antes de regresar á su patria, os enseñará ese arte encantado cuyos efectos

tanto seducan al corazón.

—Si yo no amase á esta señorita, tanto como la amo, sino la considerára como una cosa que me pertenece, y cuya felicidad me engrie, sabed, hermano, (dijo la princesa) que tendria celos; sí, celos ciertamente, porque este regalo, digno de un príncipe como vos, sin duda el mas galante de todos los príncipes, es bastante para despertar lá envidia en cualquiera muger:—Sois dueña, amiga mia, de un obsequio de Francisco I de Francia, por el que podeis envaneceros: puesto que sois la única que en nuestra nacion posea otro semejante.

—Acepto pues, hermana mia el título que me concedéis de galante: mas vosotras mismas, imparcialmente, quiero que confeseis si soy acreedor á reclamar el valor de la apuesta y el precio de la invencion.

—Y cuánto vále?... dije yo temerosa de lo que iba á suceder.

—Un beso?...

—Ciertamente, y estoy seguro que el

Buen Huller no dará su instrumento por moneda que no alcance á tan superior quilate.

—Es muy justo: dijo la princesa.

—Justísimo; concluyó el maestro.

—Sea pues, señor: he perdido.

Presenté mi mejilla al rey é imprimió sobre ellas un beso con lábio ardiente y convulso, pues los sentía temblar á su pesar: mi turbacion me vendia, y temí que aquel momento causára en mí tanta emocion que fuera notada de la princesa.

—Desde aquel dia, todas las mañanas recibo las lecciones del maestro Huller, el que dice que hago progresos muy rápidos en *clavicordio*; así se llama instrumento que te he explicado: con efecto, las horas del fastidio de que me he quejado antes, consigo ahuyentarlas en él, porque al escuchar sus melodias, mi alma sueña ilusiones desconocidas. En medio de ellas hay siempre una amargura que me combate y que hace á mi imaginacion buscar y rebuscar con afán otro

medio de curarla, aunque en vano: esta amargura es el combate de pasiones que luchan en mí, veo las pruebas de amistad de un monarca que posterga ante mis piés su trono y su grandeza: joven, hermoso, con un talento superior á los de nuestro siglo; y no me es posible sino ser ingrata á mi pesar, porque incurrir en la ingratitud sería abrirme la senda para el amor y yo no quiero amarlo, porque no debo hacerlo... Luchó con todas mis fuerzas: mi talento y mi corazón siempre en perenne combate se hallan entregados á una lid en la cual no sé quien de los dos será el vencedor: ¡Cuánto daría por encontrarte á mi lado! por verte junto á mí para que me prodigáras esos sábios consejos que tanto necesito! Quién pudiera acortar las distancias ó poseer la vara mágica para transportarnos mediando el espacio durante las largas noches, y entrelazados nuestros brazos, recibir de tus labios el bálsamo consolador que cicatrizará la herida que abierta de continuo presenta síntomas

de tanta gravedad... Mas en fin: continuamos posponiendo todas nuestras fuerzas al peligro que temo, y no dudo que ayudada de tí, alcanzaré la mas gloriosa victoria sobre mi misma. No dejaré de comunicarte todo lo que me suceda, y tú desde allí no me escasearás tus deseos rengiones. El día en que recibo tus cartas es feliz para mí, y en el momento que las leo, soy tan dichosa... tan dichosa como si te tuviera á mi lado.

Casi siempre celebra la corte la solemnidad de los Santos Reyes en el antiguo castillo de Romarantin, lugar del nacimiento de vuestra reina Claudia. Cuando esta fiesta estaba muy próxima, se nos dió la órden de partir de Blois en el día 5 de enero de este año: (el de 1520) el tiempo era infernal; frio, nieves, y por complemento muchas lluvias: puedes figurarte con cuánto gusto caminaria la lozana juventud de nuestra corte; soplándose los dedos y abrigándose las narices: no debo explicar la situacion de nosotras las mugeres, porque no se

podría pintar suficientemente nuestro mal humor y nuestra seriedad: por lo tanto el viage fue tristísimo.

Yo marchaba encerrada en una litera con la princesa Margarita: esta dormía: muy poco me faltaba para hacerlo yo también: mas oír pronunciar mi nombre por dos caballeros que pasaban por junto á nuestra litera hizome volver de mi letargo: estos, sin duda, ignoraban que yo me hallaba tan inmediata.

— La señorita *Boulen* la reemplazará; decía uno de aquellos gentiles hombres.

— Querreis decir que ya la ha reemplazado.

— Eso es esagerado.

— Pues el rey no cesa ni un minuto de hablar de esa jóven.

— Os digo que no está probado que ella haya cedido á sus deseos.

— ¡Oh! pero no tardara en ceder la partida de caza en que se estraviaron; tiene muchos dias ya de fecha, y el escandaloso regalo que á costa de tantas li-

bras esterlinas ha hecho venir de Alemania.

— Oh! habláis del armonioso instrumento.

— Precisamente.

— Eso no obstante.

— Creedme, es lo mejor que hagamos la corte á esa inglesa.

— Pues prefiero hacerla á esta mejor que á la anterior.

— Yo tambien.

Alejéronse aquellos dos hombres, y no pude por consiguiente oír mas: sola y entregada á mis meditaciones, muy pronto rodaba abundantemente el llanto de mis ojos, y todo el camino fui llorando. No sabia qué partido tomar: qué debia hacer en medio de mi situacion desesperada: ¿Volverme á Inglaterra? ¿Abandonar para siempre aquella corte infecta y maldita en donde así naufragan con tan poca causa la opinion, el honor y la reputacion de una muger?... No: esto hubiera sido confesarme vencida, y en la lucha que mi honra sostiene con-

tra los atrevidos que me ultrajan, no debo ceder: debo llevar adelante la pelea hasta encontrar la ocasion de humillar á mis adversarios.

A la mañana siguiente encontrábame sola en la habitacion de madama de ALENZON, dando lugar á que concluyese sus devociones la princesa, que en aquel momento rezaba en su oratorio: entregada aun á mis reflexiones y á mi melancolía, sorprendiome el rey, el que conoció en mi semblante las muestras de lo que sufría y me preguntó qué tenía: no creí debérselo ocultar, y con efecto relaté la causa de mi tristeza: el monarca manifestó sentimiento de la conducta de sus caballeros. Tanto como hubiera podido hacerlo su mismo hermano: al menos debí creerlo por las apariencias.

—Tranquilizaos, díjome el rey: yo sabré curar ese mal justísimo de que os lamentáis: con dicho bien, señorita en una cosa: han dicho bien en lo de que os amo, porque os amo con toda mi alma: pero reducido á obrar antes como

caballero que como amante, yo ahogaré dentro de mi pecho ese amor, y miraré solo á curar vuestra honra ultrajada: yo daré un mentis á todos ellos que no les dejará la menor duda de cuanto se han equivocado.

—¿Y cuál será ese mentis?...

—Mi partida.

—¿Vais á partir, señor?...

—Sí, á doscientas leguas de este sitio.

Dios que dá á las criaturas al nacer sus distintas afecciones, con almas diversas y con predisposiciones mas ó menos exageradas para esto ú aquello, no quiso hacerme capaz de poder llorar mi padecer: hé aquí por qué yo que continuaba llorando, lo hacia con tal angustia, con tal pesar, con tal dolor, que no obstante que el rey no cesaba de repetirme sus ofertas, protestándome que al siguiente dia saldria para Lyon ó Milan, y que aun seria capaz de promover una guerra tan solo por ocuparse exclusivamente á ella, cada instante acrecian

mis angustias, doblemente acrecentadas por la gratitud que me inspiraba Francisco I al mostrarse tan grande y generoso, posponiendo á mi honor su tranquilidad y aun su existencia. No podia hablar: más deseando dar al rey una muestra de lo grata que su oferta me era, atrevime á estrechar entre las mias su mano... ¡Nunca lo hubiera hecho!... Nunca me hubiera adelantado á tal cosa, porque el rey, interpretando sin duda aquel movimiento, juzgándolo hijo de amor y no de reconocimiento, creyóse ya autorizado para tomarse la licencia de alzarme del suelo, entre sus brazos, tierna y estrechamente, cinéndome sobre su corazón... Hubo un momento de peligro, pero Dios velaba sobre mí: ábrese la puerta del oratorio y aparece la princesa, si bien yo, lista y ágil como una ardilla ya habia escapado de los lazos reales y me hallaba á distancia y hasta fuera de la habitación.—Ha pasado la tempestad, y no obstante; al recordar que el rey con afaun amoroso puso sus dos labios sobre los

mios sellándeles con un beso, me avergüenzo de mi misma, palidezco y tiemblo como si toda la corte, la Francia, el mundo entero lo hubiera presenciado.

Dos horas despues de terminada la escena que acabo de referirte, y la cual abatió doblemente mi ánimo, vinieron á pasarnos recado de ser la hora de concurrir á la comida de los reyes: era esta suntuosa, magnífica, opipara: allí reunida toda la grandeza, el placer brindaba por todas partes: la alegría era general: hasta la reina: la augusta cuanto severa y circunspecta reina Claudia estaba de buen humor y alternaba llanamente con sus cortesanos: Todos reían, te repito: tu pobreza era la única que con los ojos húmedos aun y el corazón rebozando de dolor concurría á aquel espectáculo que en otra ocasion me hubiera hecho gozar tanto y tanto.—Propúsose una diversion por el rey, que era comitente en Siter, asaltar y conquistar la casa del conde de Clermond, al que se concedió tan solo una hora para adoptar los medios de

defensa, previo el arreglo necesario sobre las bases y modo del combate.

Nombráronme árbitra y yo impuse el que me convenia á presenciara aquella diversion, siempre que no se empleáran para la defensa ni el ataque, ni las armas blancas ni la artillería, en contra de la cual invencion estoy declarada enemiga: convínose pues, que la metralla fueran patatas, y á continuacion se compraron y recojieron cuantas pudieron hallarse. Como las señoras no tenian que temer de las balas que se estraviaran, se colocaron á corta distancia del lugar del combate. Enviose un heraldo con la declaracion de guerra, y cumplida esta formalidad, puesto el rey á la cabeza de los sitiadores, mandó una hábil manio- bra, y las trompetas tocaron la señal para el ataque.

Una esesa granizada de huevos y de patatas fue la introduccion de aquel extraño combate. Al principio obtuvieron ventajas les sitiades, porque sus dis-

paros eran mas certeros, y anonadaban bajo un diluvio de harina y de agua fría á los que llevados de su entusiasmo se atrevian á aproximarse al pie de las murallas. Nada era mas ridiculo, creeme, que ver á aquellas legiones formadas de elegantes y perfumados caballeros, entriados y hechos una sopa, prorumpiendo en gritos, no de dolor, sino de trié. —No obstante; las municiones llegaron á escasear en el fuerte, mientras que los de fuera conservaban aun grandes repuestos, redoblando por tanto sus disparos. En tal estado las cosas, logran introducirse por una de las ventanas bajas del edificio unos cuantos caballeros: estas ventanas eran de las cocinas, y las que quedaron muy luego propiedad de los sitiadores, que hicieron huir á patatazos á los defensores que las guardaban: furiosos los de dentro ya no respetan nada: vasos, botellas, platos, cacerolas, todo era combustible útil para utilizarse y para hacerse pedazos contra los del asalto.—Aquello tomaba un ac.

pecto sério: pedimos cesára la lucha: todo inútil; nadie nos oye; tal era la confusión que reinaba.

Iba á retirarme, querida Nancy, de aquel lugar temerosa de alguna desgracia, cuando desde una ventana vi tirar un tizon encendido que dió en la cabeza del rey, y le dejó caer sin sentido.

No creas, Nancy, que nunca pueda yo llegar á familiarizarme con los espectáculos sangrientos; no me digas que esta delicadeza es ridícula en nuestro siglo. La vista de un ser herido, enfermo, ó que sufre, me conmueve tanto, que no puedo dejar de acudir á socorrerlo. La voz de la piedad habla entonces én mí, mas alto que todas las conveniencias y respetos que son debidos á la sociedad en que vivimos. A la vista de una desgracia que puedo evitar, desaparecen de ante mis ojos el rango, la dignidad, los resentimientos, el qué dirán todo no veo mas que desgraciados que tienen necesidad de salvarse con mis au-

sillos. Perdoname, pues, en vista de lo que te dejo dicho, el que corriese, sin saber lo que me hacia, hácia donde estaba el rey, y que tirándome al suelo levantase su cabeza, la colocase sobre mis rodillas, y vendase con mi pañuelo humedecido de lagrimas su ensangrentada herida. Porque yo habia llorado amargamente; yo habia llorado, y sin mas causa, te lo juro, que el riesgo en que veia á un hombre mi semejante: tales mi alma: incapaz de observar esa hipocresia de que van velados todos los actos de tanto palaciego insustancial, y sin corazon como me rodea, y que no obstante conozco es el mejor creado contra las acusaciones de tantas viperinas lenguas como se ensañan en nuestra contra, á veces por el mas frivolo motivo.

Y esta sin duda fue una nueva ocasion que presté á mis enemigos para que añadiesen una injuria mas sobre mi honra... mas qué quieres?... Aquella ocasion fue independiente de mi voluntad. Ciertamente que de todo el enjambre de mu-

geres que se hubieran conceptuado dichas en sacrificar su honor á los caprichos del rey, ninguna hubiera cometido la locura de olvidarse hasta tal extremo de sí misma. — Pero yo las desprecio así como á las críticas venenosas de los cortesanos: soy mas grande que ellos, y á despecho de su torcida intencion siempre sere digna de elevarme sobre tan podridos seres: hay en mi corazon un manantial de virtud que ha de supeditar siempre á todas las asechanzas mejor combinadas y en ella fio: fio, te repito en mi virtud y en mi orgullo: estos dos son los eges sobre que rueda el carro de mi existencia, seguro de no volcar en su marcha, porque son muy fuertes las manos que sujetan las bridas con que se le dá direccion y movimiento. — Créeme, amiga mia: tu Ana no faltará á sus deberes nunca, pero no pudo contenerse y cometió la ligereza que te he contado. Debo decirte tambien que no fui yo sola que acudió al socorro del príncipe: la princesa Margarita acudió tambien al

punto toda llorosa y prorrumpiendo en gritos de dolor Mad de Chateaubriand, no se dió tanta prisa, sin duda por respeto á la reina.

Nuestro dolor ha sido muy fundado, pues que durante tres semanas los médicos han temido por la vida del rey. Hoy se halla convaleciente, aunque necesita muchos cuidados. Cuando sale á tomar el fresco á la azotea de palacio, todas las damas le rodean y le prodigan la mayor ternura. Un enfermo es como un niño: su debilidad lo autoriza á que con él se usen ciertas libertades; así es que todas se esmeran á repetir al príncipe mil muestras de cariño *por humanidad*.—No suelo hacer lo mismo á la par que las demás, porque entiendo muy bien que en aquellos instantes es la *lisonja* la que obra en vez del verdadero afecto.*

La desgracia que ha amagado á la nación debería servir de saludable aviso al rey: pero atendido su carácter, juzgo que el aviso del cielo no será es-

enchado. Despues de los placeres que encuentran estos hombres en matarse, su mas acendrado goce consiste en imitar el matarse; pero como á nadie le gusta ser vencido, no debe asombrar, que sus pasatiempos se conviertan en verdaderos combates; la muerte, que toman por entretenimiento, se desliza furtivamente en medio de sus fiestas y ella de repente se quita la máscara mostrando su descarado semblante, cargando á continuacion con alguna desgraciada victima, y dejando á los demás llenos de afliccion y desconsuelo.

Dos horas hace, querida mia, que te estoy escribiendo y aun no me he determinado á hacerte una confianza que me costará vencerme á mi propia el llegar á estamparla con mi pluma.—Añadiré á mis bellas reflexiones que si el instinto del hombre es el de batirse y destruirse mutuamente, el asunto principal de la vida de la muger, es el amor; yo soy muger y..... sé conmigo indulgente: creo que amo al rey: ya te lo he di-

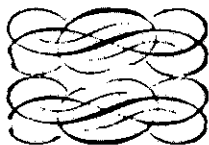
cho: creo que lo amo; pero este amor es un sentimiento dulce y tranquilo que no me será difícil ocultar à los ojos de todo el mundo y hasta de él mismo. En el momento en que sostenia su real cabeza entre mis rodillas, cuando de su herida brotaba su sangre, cuando mis lágrimas regaban su rostro, mi corazón se ablandaba y se desarrollaba tambien un sentimiento que yo no me habia sabido explicar hasta ahora y que no es otra cosa que amor. En aquel instante hubiera dado mi vida, por la suya, porque creia que iba á faltarme la mitad de mi ser al faltar el monarca de la Francia.—Mas hoy que lo veo fuera del riesgo, la prudencia y la reflexion me asisten y no dudo que con su ayuda, no calmaré, pero al menos guardaré en mi corazón una pasión que aun no es nada, pero que pudiera tener amargos resultados.

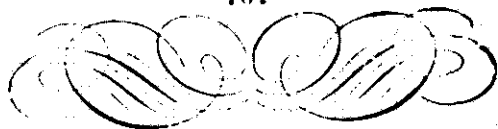
Si fuese posible hermanar el amor del rey con la conservacion de mi honor, tu amiga Ana amaria locamente à

Francisco I: es imposible por tanto, y el honor triunfará.

Reclamo tus consejos y tu perdón si mi delito lo merece, y siendo indulgente como hasta aquí con tu amiga.—El rey acaba de recibir con la mayor sorpresa una declaración de guerra del emperador Carlos V, y él mismo va á ponerse al frente de sus ejércitos. Mi corazón me anuncia que sus armas serán las que triunfen. Me hace sufrir no obstante la idea de los peligros á que se vá á ver expuesto á cada momento, aunque confío en Dios que proteje al inocente que concederá á mis fervientes ruegos y á mis repetidas oraciones, el que vuelva á nuestro lado sano y salvo. Alegrome también de su partida porque así puede que vuelva á mi vida la perdida calma. Hé aquí por que aun no soy digna de lástima; porque el cielo pone al lado del peligro, el medio para salvarse.—Veo que me contestas á pesar de esto con tus palabras de «que tengo un abismo bajo mis pies» «que voy á perecer y sucumbir en la lucha.»

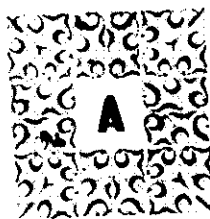
«que mi frágil barquilla vá á naufragar en el insondable mar de la seducción y del amor.....» Pero espero reirme de tu temor, porque soy fuerte, y me reconozco capaz de ganar la palma de la victoria. El espanto de las virtudes salvajes y el cuidado que ponen en huir de los hombres, ¿no reconocerian otra causa que el sentimiento de su debilidad?... Medita despacio acerca de esto, y ya veremos si convienen conmigo.—Adios.





V.

**Cuarta carta de la señorita Bole-
no á su amiga mia Ana Savage.**



miga mia!... Triste, des-
graciada de la muger que
nace al mundo, blanco
infame de lenguas vipe-
rinas y traidoras!... Des-
graciada de la muger,
que desde el momento de abrir sus ojos
á la luz es la victima de la malediscen-

cia de esa turba envidiosa de cortesanos que codician una mirada soberana aun á costa de la pérdida de su honor y su reputacion. ¿De qué me sirve ser honrada? de qué me sirve hacer de mi honor un baluarte inespugnable, si de toda suerte ha de haber alguno que sin causa ni razon concite contra mí la opinion pública?... Vale mil veces mas ser en realidad criminal que sufrir los denuestos que se lanzan al rostro de la infeliz mujer que no tiene otra riqueza que su honor, que sentir un corazon puro y sin mancha latir dentro del pecho que lleva amargamente la injusticia de la infamante sociedad en que vivimos: momentos tengo, Nancy mia, en que me resuelvo á dar con efecto que decir al mundo, en que quiero hacerme merecedora de las criticas infundadas que me dirigen, porque así, al menos tendré el consuelo de enseñorearme, dueña absoluta del corazon de un rey, que obediendo mis menores caprichos hará rodar las cabezas de los que me satirizan y

me injurian: no es mi alma capaz de abrigar mezquinas venganzas; no me he vengado nunca de los agravios que haya podido recibir; he perdonado siempre indulgentemente á mis detractores, pero por muy sublime que sea este proceder, por mucha satisfaccion que resulte al alma, considero que la venganza debe tener sus goces tambien, y libreme Dios de un momento de desesperada resolucion! porque si este momento llega... si mi virtud en asidua lucha con los agravios llega á sucumbir, centenares de victimas serán inmoladas en el altar de mi honra.... Veo tu semblante contraido al leer estas palabras que te escribo, oigo desde luego tus reconvenciones acriminándome y reconviniéndome por abrigar tales pensamientos; pero ¿qué quieres que diga la que se ve rodeada de tantas mentiras como se forjan para deshonrarme? Créelo; la mas impura y desmoralizada querida del último plebeyo, no sería tan rebajada como yo lo soy ante los ojos del mundo.... Miserables!...

Y todo por qué?... Porque ven mi abandono, mi aislamiento, mi horfandad y mi desamparo en medio de una corte viciosa y corrompida, tan escasa en luces, como adelantada en malicia... Ojalá Dios hubiese permitido que al atravesar los mares hubiera dejado de existir en medio de las irritadas olas, más bien que verme reducida á llorar mi desgracia. ... ¡llorar! yo, tu amiga, la que desde sus primeros años ha sido siempre el tipo de la alegría y del buen humor: ¿Por qué no estás aquí, hermano mio, para acallar con tu espada la malediscencia de esos infames que pisotean tu más sagrado tesoro?... el honor de tu hermana!... ¿Por qué, padre mio, me habeis separado de vuestro lado, solo por una vanidad, por un orgullo que tan caro me cuesta alimentaros?...

Mas hasta de reflexiones, y dejando, si puedo, por un momento, estos lúgubres pensamientos, pasaré á narrarte las causas de mi desgracia.

Algunos predicadores venidos de Alemania, han comenzado á propalar por París las doctrinas luteranas. En muy poco tiempo han engrosado su partido y cuentan tal número de sectarios, que la iglesia se ha visto precisada á demandar del rey un permiso especial, para establecer en Francia una inquisición que imite á la española, juez árbitro para castigar las defecciones de los malos católicos, lo que tal vez puede que con sus terrores, sus rigurosas penas y sus crueles tormentos, logre poner coto á los males que pueden ocurrir al estado si continuase este mal. — Entre los que han aparecido acusados ante sus jueces, ha sido uno el infeliz Maret. Prendiéronle en un viaje que hizo á París, y el desgraciado, después de sufrir el tormento, fue arrojado en una prisión en la que debía perecer de hambre. El duque de Alenzon reclamólo, si bien no produjo efecto alguno esta reclamación, porque el tribunal inquisitorial negóse á obedecer la carta que

el rey acompañaba. No obstante: resentido el orgullo del monarca, no ya suplicó, sino que ordenó terminantemente fuese puesto en libertad Marot, el que ya llevaba algunos días de prisión sin alimentar su cuerpo sino con agua, y una cantidad de pan negro y duro.

Ignoro de todo punto, así como todos los demás, si es ó no Marot, culpable del delito que se le achacaba; pero lo cierto es, que desde que ha vuelto, poseído siempre de miedo, no se separa un punto de la princesa, y los relatos que hace de los sufrimientos y torturas que ha padecido, nos horrorizan y asustan. La inquisición, tribunal que nunca deja á sus víctimas y que no perdona ni aun en el sepulcro, furiosa de ver así defraudado su deseo de sacrificar al pobre Marot, lanza sus anatemas al pueblo francés, y hace enérgicas reclamaciones representando la necesidad que existe de castigar á los culpados de cualquier clase y dignidad que sean, si se ha de mantener invulnera-

ble la religion católica: A mucho mas se estiende el daño.

Todas las cátedras divinas desde las cuales solo debian salir palabras piadosas, hanse convertido en otras tantas tribunas de chimografía, de injurias y de infamantes libelos. Mil maldiciones se lanzan envueltas en acusaciones vergonzosas contra la duquesa de Aienzon, y aun contra mí, porque lo que no es ni será lo dan por seguro y positivo. Si Francisco I llegára á dejar viuda á la Francia no sé qué seria de mí: mas esto no amaga poder realizarse, y por lo tanto necio es el ocuparse de tal cosa.

Vista la impotencia de los esfuerzos de nuestros detractores, reconocida por ellos mismos su nulidad y que sus ahullidos han sido desatendidos, han puesto en planta un nuevo método para consumir la obra á que con tantos esfuerzos propenden. Con profusion circulan mil folletos en los cuales, puesto que acestan sus tiros contra una persona tan

elevada como la duquesa, sería acarrearles una perdición segura: me han escogido para víctima: es tan fácil envolver á una desgraciada jóven sin valimiento, sin poder, sin apoyo ni protección! ¡Es tan trivial embestir y derrotar á un enemigo desarmado, que cada día aumentan sus denuestos; y te aseguro, que el lector mas desmoralizado no podia menos de ruborizarse á la lectura de los infames impresos de que te dejo hecha mencion. Esos mónstruos, horror de nuestro siglo y escándalo de la patria que nacer las viera, interpretan, abultan, varian y analizan apasionadamente la menor, mas inocente y sencilla de todas mis acciones. Si no conocieras tanto á tu amiga, si los recuerdos de nuestra infancia, si el profundo conocimiento de mi carácter, mi altivez y mi honor no te acompañara, seguramente que despues de leer los tales folletos, tú tambien unirias, no obstante tu buen corazon y tu alma grandiosa y elevada, tu voz á la voz de esos satélites del demonio para apostrofarme

con el título de cortesana impúdica: Hanme puesto por mote ó sobrenombre la *Hacanea inglesa*, y sus gastados corazones condenan por todas partes que yo soy la mula del monarca. Dicen además que no es de extrañar que los hereges sin fé ni religion hayan encontrado en mí un apoyo y una proteccion, puesto que yo estov á la cabeza de todos, practicando las mayores impietades, impietades que el cielo castigó en mi persona con signos que espresan su ira y su fulminante sentencia. Hace en seguida el autor mi retrato, explicándolo á su modo, y de él resulta que tengo seis dedos en una mano. — Él los ha visto y los ha contado: y no es esto tan solo, porque tambien me adorna con un tumor en el pecho: este no dice que lo ha visto, no sé por qué. Mis dientes están colocados de tal manera que aparecen á primera vista unos sobre otros, y mis cabellos segun mi panegirista son rojos como el carmin ó las llamas del averno. Nunca pudieras tú, Ana querida llegarte á lí.

gurar tales cosas: bien lo sé; pero debo añadirte que no obstante todo, mi persona es la que sale mejor parada de la pluma del escritor. Nacen las calumnias inmensas tegidas para deshonrarme, de la carrera á caballo que di por los bosques acompañada del rey que te conté en una de mis anteriores: desde ese día data mi prostitucion, y desde ese día hasta el presente no he cesado de variar á cada paso de amantes, de los que incluye una lista nominal, en la cual están inscritos casi todos los principales personajes de la corte, á los que no limita el número, porque concluye diciendo hay muchos mas de linage mas oscuro, y por tanto mas desconocidos, que han obtenido mis favores sin precio, y solo por satisfacer mi liviandad: héme pues, aquí, en la obligacion de ruborizarme ante el mundo entero. ¿Qué te parece la conducta de los que se apellidan ministros de Dios? ¿Qué concepto podrá formarse de esta clase de católicos? ¿Qué nombre podrá darse á su celo?

¿Cuánto amor no hacen grangear á sus doctrinas? Yo te aseguro por mi parte que hay sobrada razon para odiair la vilipendiosa ortodoxia de la soborna, pues que autoriza semejantes infamias.—No podré descifrarte, aunque quieta, qué número de folletos se habrá impreso, pero puedo decirte que sí, que se han vendido tantos, que no hay un solo habitante en París que no posea un ejemplar, y todos ellos con sus pretensiones de doctos, leen y releen aquellas fabulosas mentiras fulminadas contra una muger de la nobleza, y no solo las lee ese pueblo que todo lo recibe con avidéz, bueno y malo, sino que lo cree á pié juntillas: ¿cómo no han de creerse razones que se ven escritas en letras de molde?... Asi están los Evangelios y son creídos, é igual verdad se atribuye á los insultos de un malvado, que á la palabra sagrada de los apóstoles de Jesus que habla en sus escritos santos.

Como no hubiera sido completo el triunfo de mis detractores si hubiese fal-

tado la circunstancia de que sus impresos hubieran llegado á mis manos, habi tenido muy buen cuidado por cierto de hacerlos llegar á mis manos, para lo cual enviáronme una docena de egemplares al castillo de Blois, donde me encontraba: puedes comprender fácilmente el dolor de mi alma, y las lágrimas de mis ojos: la princesa sorprendiome en el momento en que yo daba rienda suelta á mi pesar, é hizome mil reflexiones aconsejándome despreciára tales calumnias, dejando al tiempo el cuidado de desmentirlas. No obstante ha escrito una carta enérgica y sentida á su hermano Francisco I, querellándose del hecho y pidiendo para los agresores el mas severo castigo: de aquella orden terminante para hacerlos preuder y enjuiciar: mas por desgracia los actores del folleto han desaparecido, y solo han sido hallados los impresores. ¡Oh! puedes creer que hubiera ahogado en mi corazon todo sentimiento de piedad, y que me hubiera complacido en una atroz venganza. Si

Dios los hubiera puesto en mis manos.

Marot quiere retirarse á Ginebra, y yo suspiro noche y dia por mi pacífica Inglaterra: es mi constante pensamiento, mi incesante ilusion: no hay en esta tierra nada bastante amable que me obligue á querer continuar en los legares en donde he comenzado á sentir las primeras penas de mi vida: nada hay, repito, en Francia que me haga olvidar los tan caros objetos que tengo en mi patria: mis padres, mi querida Ana Savage, mi quietud y mi honra que miro perdida aqui: no dejaré atrás al partir de ella mas que la inclinacion que siento hácia el monarca, de que te he hablado antes de ahora; mas esta no puede equivaler á mi honor, que restauraré con partir á tu lado. No deja de entrar en esto tambien un pensamiento que balancea en mi animo: mi pasion real, esta pasion desgraciada que cada dia me puede ir empujando sin sentirlo yo misma á mi perdicion, está condenada á permanecer eternamente encerrada en

mi alma, lo que me hace vivir en una perpétua lucha. ¿No es mejor por lo tanto poner por medio los mares y la ausencia que es el mayor antídoto para curar los males del corazón?... La fama con sus penetrantes ecos hará llegar hasta mí las nuevas de las victorias que alcanza mi rey Francisco I, y yo lo admiraré por sus hechos. Siendo plausible esta afición; porque amar á los héroes tan solo por sus obras y sin verlos, manifiesta tan solo grandeza y elevación: mi placer por sus triunfos podrá ser manifiesto y no habrá necesidad de disimular y de mentir de continuo para hacer huir los tiros de la malediscencia que sin cesar me acestan en Francia..... Si, si, es mejor partir lejos de aquí, y quiero que sea cuanto antes.

He leído tu última carta con el mas indecible placer, si bien mezclado de sorpresa: yo esperaba, mi querida amiga, que me reconvinieras amargamente, y solo encuentro en sus líneas consejos los mas saludables y dulces, dados en el len-

guage en que habla una madre à su hija. Te juzgué mal, mi querida Ana, porque no debí olvidar nunca que tu sabiduría era incapaz de agriar la amargura que yo ya padecía con cargos severos y amonestaciones recriminantes. Participo de tu asombro en punto à las palabras que dices haber dicho ese gran príncipe à mi padre elogiando mi hermosura y ponderando mis encantos: puedo asegurarte no nos hemos visto mas que el dia de la entrevista régia, esto en el acto de la ceremonia y por muy pocos momentos: creo, pues, que los tales elogios habrán sido de mero cumplimiento. No obstante, si insiste en llamarme à Inglaterra muy en breve me hallaré al lado de mi nunca olvidada Nancy.

La idea de abrazar à mi querido hermano Jorge, me enagena de tal modo, que me hace enloquecer. Y luego, mas que todo, amiga mia, la grata idea de que luego que me vea entre vosotros cesará la malediscencia de lanzar contra mi sus tiros, y que callarán los que es-

cen que tengo seis dedos en una mano y un tumor en el pecho, me hace no vacilar mas en tal determinacion: pongamos á cubierto la honra, que es nuestro primer deber en el mundo.

Por muchos dias, y ocupada mi imaginacion con mis desgracias, que este nombre y no otro debe darse á todo lo que me ha pasado, ni mi imaginacion ha sabido concebir otras ideas que las de la amarga situacion de tu amiga, ni pluma espresar mas conceptos que los que estaban en armonia con los dolores que á su corazon laceraban: te he callado algunas novedades de la corte, que si bien para ti, no muy interesantes, son en mi concepto curiosas: hoy un poco mas tranquila, por la decision de huir de estos lugares que me presta conformidad y valor para llegar hasta el fin, no quiero dejar de diseñarte en algun tanto el cuadro que presenta esta Francia y la actitud de alguno de los personajes que se ven figurar en primer término.

Comenzaré por decirte que el condestable ha hecho traición al rey, pasando-se al lado del monarca emperador, el que por su parte lo ha acogido con algunas caricias mezcladas de promesas, que Dios sabe si llegarán á realizarse. Mr. de Borbon en vez de seguir al ejército, pretestó una enfermedad, con la cual dió lugar á poder tomar de incógnito el camino de Suiza, en compañía del furioso duelista Mr. de Pomperant, á donde llegaron despues de infinitos peligros y riesgos eminentes, por lo que el orgulloso condestable ha adoptado para mote de su escudo, un ciervo alado en señal de la ligereza con que huyó.—El gobierno, sabida su vergonzosa defección, ha dispuesto pintar de amarillo las paredes exteriores é interiores de la casa en donde vivió Mr. de Borbon para perpetuar al pueblo el recuerdo de su traición.

—La princesa Margarita, que adora á su hermano con delirio, ha penetrado la causa, por la cual el rey se ha em-

pañado tanto en ponerse en persona á la cabeza de su ejército: y como para mí esta señora no tiene secreto alguno, me ha confiado que Francisco I bajo la apariencia de su humor guerrero, esconde una curiosidad inaudita unida al deseo de una conquista amorosa, soñada, ideal, poética y quizás parto de ilusiones y quimeras las cartas de Bonnivet dirigidas al monarca, hablan de cierta dama milanesa, que, según él, escede en beldad á todo cuanto hasta de presente se ha conocido en Europa. Yo también, querida Ana, quisiera me fuese permitido ceñir la espada y combatir, no mas que por admirar ese fenix femenino: he aqui explicado el viage del rey francés á Italia.

Ya ves qué origen tendrian las grandes desgracias que pueden ocurrir, si esta campaña tuviese por mala suerte un écsito infeliz.

Parece que Dios ha maldecido á la Francia y á su rey: mirase aquella abrumada de reveses, prócsima á derramar

torrentes de sangre de sus mas predilectos hijos, y este rodeado de males. ¡Pobre principe, tan bueno y tan amable! Qué año tan funesto para él!—El principio de la campaña se inauguró de un modo funesto. La derrota de Rebec, la muerte del gran capitán Riyardo, la de Vandenesse y de otros muchos valientes que hubieran de haber vencido, si Dios escuchara mis ruegos. El desastre habido en Pavia, es golpe tan tremendo para la nacion cristianisima, que tarde ó nunca volverá á reponerse de él, aun con los mayores y mejor combinados esfuerzos. El sentimiento es tan profundo como general, y no es necesario buscarlo escondido en el alma, porque reboza á los semblantes, en los que se retrata la mas amarga desesperacion.

El desgraciado Bonnivet tambien ha pasado á mejor vida, cumpliendo con honor en la demanda: ha sido tan llorado que hasta el mismo condestable, su capital enemigo, derramó lágrimas sobre su sangriento cadáver. Pero de entre

todos los esforzados campeones que han peleado por parte de la Francia, ninguno mas bizarro, mas valiente, mas noble, mas caballero que él mismo: con frente serena, con ademán tranquilo, con la bravura mas heroica, continuaba batallando hasta el final de la accion. No obstante sus muchas heridas, sin querer declararse prisionero, hasta el momento en que conoció que solamente entregando su espada en manos de sus enemigos podia librar de la muerte á los restos de su designada nobleza. ¿No te parece Nancy mia, que tal proceder es admirable, y que ensalza á un rey, que demuestra amar de tal modo á sus vasallos?

El emperador español, al saber la nueva de ser su prisionero el monarca francés, no pudo contener su alegria, si bien procuró disimularla con un mentido enojo, unido á estas palabras.

—No esperaba sucediese otra cosa, porque la temeridad de esos ilusos ha llegado hasta el extremo de presentarme

la batalla, en día tan afortunado para mí.

Debo decirte que la batalla fue dada en el día de San Matias, aniversario del en que fue electo emperador.

Si yo pretendiera ahora diseñarte minuciosamente el dolor y amargura de la princesa Margarita al saber la noticia del estado de salud de su hermano: en su amarga desesperacion, ha decidido partir para Madrid, tal vez á ser el blanco del emperador victorioso: yo, que comprendo muy bien, los sufrimientos de un alma tan sublime y tan hermosa como la suya, respeto su dolor, y creyéndolo de mi deber, estoy decidida á acompañarlo á esta expedicion.

Otro suceso de cuantía ha tenido lugar por este país, sobre el que te repetiré lo que al principio te dije: que Dios ha lanzado una maldicion ó anatema: la reina Claudia ha dejado de existir, lo que no ha dejado de ser un bien pa-

ra ella misma, porque para su carácter, la rota de Pavia hubiese sido un padecimiento moral tanto mas doloroso, que á otros ánimos menos apocados. Pero esta pérdida no deja tambien de alcanzar en gran manera al rey, que aislado en perpétua soledad, prisionero y abatido, se encuentra en una situación la mas amarga. De aqui ha nacido la confirmacion de nuestro proyecto de viaje y la mia de marchar al lado del desgraciado monarca: agradábale mi conversacion, mi alegria, y tal vez mi honor pueda salvarle. Miro ya en tu semblante la impresion que produce en tu alma un arresto reprehensible si se quiere: pero ¿quién sujeta las luchaciones del corazon, cuando este nos ordena ser buenos, caritativos y benéficos? Ríñeme si te place, regaña todo lo que quieras. Yo sé tambien ser grande y despreciar las maldades de la inmunda sociedad cortesana: yo sé anteponerme á consideraciones que me degradan. Marcharé á Madrid, pero creo hacer un bien con este

viage al prisionero rey y á su desconsolada hermana.

Pídenle un rescate á mas de cuantiosísimo denigrante y vergonzoso, el que no creo esté dispuesto á efectuar, porque rebajaria el lustre de su corona: tal vez llegue al extremo obedeciendo los impulsos de su nobleza, de abdicar su cetro en el hijo menor que el cielo le ha dado, despúliéndose de su patria para siempre, idea cruel y desoladora para un padre, para un rey y para un amante de su país.

Ya entre las damas de la servidumbre se cuentan los años de adolescencia del jóven Delfin, y la nueva era que va á empezar para la Francia. Tal es la ingratitud que invade generalmente á todos los que aspiran al emponzoñado álito de las c6rtes. Tal es la vaguedad de las frivolas francesas: tal es en fin, el espíritu de inconstancia y desamor de que saben usar aun para con aquel de cuya mano han recibido repetidos favores.

Por mi parte, amiga mía, te aseguro que preferiera pasar también mi vida desterrada en el ardiente clima de la España y al lado de aquel infortunado príncipe, aunque supiera no había de volver á pisar las riberas del Támesis, si estuviese segura de que mi presencia podía compensar á Francisco I de la pérdida de un trono.

Después de una relación semejante á la que acabo de dejar concluida, debe seguir la solemne protesta que te hago de que lo mismo en Francia que en el país español, mi honor siempre resplandecerá, siempre puro á despecho de todas las acechanzas de mis enemigos, por que me sobra entereza para batallar y vencer: no quiero creer que puedan existir causas mas agravantes, y por lo tanto, menos que en España no encontrase alguna fuente encantada como aquella en que el Ariosto supone beber á sus personajes, no invadirá á mi corazón ningún amor frenético que me enloquezca y me haga olvidar de mi misma.

Debo mucho á la princesa Margarita para que yo no la dé esta muestra de la gratitud que me merece por sus innumerables beneficios: ¿acaso es el amor la única causa que puede obligar á un tener á emprender aventuras de esta clase?... La amistad es móvil también de grandes empresas, y el cínico temor que pudiera tener en circunstancias tales, queda desbaratada, primero con mi voluntad inflexible y con marchar al lado de una mujer de tanto talento como virtudes. Estoy decidida á emprender la marcha, lo que será puesta por obra dentro de dos dias. He podido resistir, Nancy mía á las seducciones de la monarquía rodeada de todo su poder, todo su esplendor y toda su valía, no, nada á bastado á deslumbrarme; pero, hoy que el tólo se ha despojado de su cerco de oro, de sus galas y su lujo, siento que mi corazón se trueca de bronce en cera, á la sola idea de la miseria y el dolor que abruma al hombre prisionero. No quiero que pueda compararse.

me á aquella matrona romana que declaró su pasión á Sifa en medio de una fiesta régia y deslumbrada por el oropel fascinador de la grandeza y fausto; tal pasión es á mis ojos vergonzosa, y yo la repruebo altamente: por el contrario, prefiero parecerme á la amante de Marco, que pensaba en él cuando yacía escondido y sepultado en los pantanos, rodeado de sus innumerables enemigos. Es por lo comun el néctar que embriaga á las mugeres, los goces de las fiestas, los aparatos ostensibles de una riqueza licenciosa y de un inmensurable poderio: sin dejar de ser partidaria de las fiestas, no mas que por la alegría que en ellas se experimenta, tambien podré decirte que el espectáculo de las desgracias, de la sangre, de los sufrimientos, me conmueven doblemente, y tanto mas que los regalados placeres: y es tal la resolución que se opera dentro del fondo de mi alma, que todo lo olvido, todo: traspaso de un salto las embarnizadas barreras de ese jardin en que la

educacion nos enseña á pasar los dias de nuestra vida y colocada al lado de aquel que sufre, gozo con propender á curarlos: es el inefable placer entre todos los placeres, consolar al afligido y recoger con mano cariñosa las lágrimas vertidas por su agradecimiento. Tarde es, amiga mia, y no será tampoco mia la culpa, para variar este carácter y estas inclinaciones: han dejádome formar por mí misma, y he obedecido á mis propios intentos: abandonada y sola en un pais lejano he pisado ya el umbral de esa edad en que se arraigan las primeras sensaciones, sin que nadie se haya tomado el trabajo de cortar en su principio sus buenas ó malas tendencias: tengo veinte años y ya la sábia naturaleza ha hecho de mí una muger con fuerza en el corazon, raciocinio en la mente, y pasiones en el alma: sea pues como haya de ser: suceda lo que quiera y aguardemos al porvenir.

Tengo tantos adoradores en torno mio, que con las iniciales de sus nom-

brés, pudiera formar dos alfabetos completos; pero todos ellos son para mí como el graznido oscuro que lanza el abejorro que revolotea en derredor de la fatigosa abeja: no hay de entre todos ni uno que haya hecho zurco en mi pecho mas que el sin ventura rey y..... no voyas á reñte de mí... el rey es viudo; soy animosa y altiva... ¡Quién sabe! Acaso llegue un día en que el estatuario Just ó su hijo eleven un mausoleo de mármol á mi memoria! Cuanto placer sentiria mi corazón al poder colmar de bienes sin cuento á una familia tan ingrata para conmigo, como amada por mi corazón.—Supongo no contarás en este número Jorge, á mi nunca olvidado hermano, porque yo no lo cuento, ni jamás pudiera contarle..... Para este... para este no habria recompensa suficiente que bastára á remunerar esa pasión con que idolatra á su hermana.—Éstas son ilusiones, Nancy, y por lo tanto debemos apartarla de nuestra mente: yo quiero al presente á un rey, es cierto,

pero un rey cuyo cetro está embargado, cuya corona está empeñada, y cuyo trono está viudo y sin esperanza: no se me acuse en vista de todo de ambicion ni de orgullosa: Si he de llegar algun dia á una esfera superior á la en que he nacido he de deberlo al amor: el será la primera causa, el primer móvil: no será yo la que esclavice mi voluntad por la vida, ni la que sacrifique mi juventud, por un puñado de oro ni por la mas brillante corona.

Mi anciano escudero, mi fiel guardador, mi viejo Will en fin. me acaba de anunciar que tiene compradas tres mulas para el viage: se halla todo dispuesto, y la suerte esta ya echada... Angel guardian de Ana Bolena, eleva al Criador tus blancas manos y tus celestes ojos para impetrar de él tienda una mirada paternal sobre su protegida, cuando camine á través de los campos de la Turena y del Langüedoc.—No tiembles, Nancy, no tiembles desde tu Inglaterra, porque yo cantaré á lo largo de

aquellas frondosas y fértiles praderas.—
Cálmate, porque yo no me estraviaré en
la selva horrible del Dante.

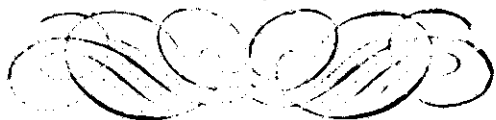
.
Cerrada esta carta y pronta ya á mar-
char, la vuelvo á abrir nuevamente pa-
ra noticiarte un suceso extraordinario.
Acabo de recibir pliegos de Inglaterra:
entre ellos, sir Tomás Bolena, enérgi-
camente me dá orden de pasar nueva-
mente á su lado, sin añadir la razon por
la que obra de este modo. ¿Podré li-
songearme que sea el cariño paternal el
que le obligue á proceder de tal modo?
¿Será tal su pasion por la hija á quien
dió el ser que no quiera verla espuesta
en medio del agitado oleage que el mar
de la Francia amenaza tragar para siem-
pre sus mas caros objetos?—Será quizá
que mi buen hermano haya trabajado
hasta conseguir del árido y duro co-
razon de sir Tomas, lo que yo pensara
siquiera?.... no lo sé; pero lo que es
cierto, que mi destino va á cambiarse

totalmente, y que mis ilusiones van á verse desechas, con la misma facilidad que se deshace una nube de humo, al impulso de la mas ligera brisa. Yo misma no podré esplicar la multitud de sentimientos que á un mismo tiempo torturan mi alma. Secreto presentimiento me dice que al retornar á la madre patria, ha de operarse en mi vida un cambio total, mas que he de sufrir y padecer; hasta no he conocido que dejaba en Francia..... ¿por qué no lo he de confesar? el recuerdo de mi primer amor: de esa preciosa, de esa dorada ilusión que no se estingue ni se apaga, que dura en nuestro pecho hasta bajar al helado sepulcro: que es tan divina como los sueños de la infancia y tan encantadora como una maga.

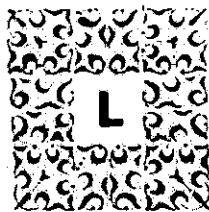
He corrido toda conmovida y agitada al cuarto de la princesa Margarita con la carta en la mano y ambas hemos llorado amargamente, al vernos separadas de hecho para siempre. Mas es forzoso. Paciencia: tú Nancy mia, me

darás el consuelo que tanto necesito, porque mi corazón está destrozado. Reuniré todas mis fuerzas, apelaré al raciocinio; al talento y lograré algún día, que señalaré muy cerca, no obstante que sea la Francia para mí un vago recuerdo del pasado y nada más.—Pero nos vamos a ver nuevamente!.... Esto compensa en mucha parte mis dolores, y calma el llanto de mi despedida: la orden de sir Tomás es tan terminante como severa, por lo que ni un momento puedo detenerme: lágrimas copiosas brotan de los ojos de todos en este instante: mi viejo Will y mi nodriza, se han rejuvenecido á la sola idea de volver á su país!... Pobrecillos!... ¿Y yo no he de ser tan feliz como ellos?... Sea como quiera, todo está concluido.

A caballo pues, y Dios decidirá del porvenir.



VI.



legó por fin Ana Bol-
na á la casa paternal,
y desengaños inmensos
encontró desde el mo-
mento en que pisára su
dintel: frialdad, estoicis-
mo, indiferencia y desamor halló en sus
padres, al paso que su corazón rebozaba
por el contrario en alegría, placeres, al-
borozo y cariño: solamente su hermano,

su Jorge, que tantas y tantas muestras de fraternidad lo mas sincera le habia mostrado, fue el que salió á su encuentro ansioso de estrechar contra su corazon al dulce objeto ausente por tantos años. Lady Bolena, madre, únicamente se adelantó hasta la puerta de la habitacion en donde moraba, y su esposo, sir Tomás, apenas abandonó su asiento para imprimir sobre la cándida frente de la virgen el beso paternal: hé aquí como aquel hombre acogia la hija que deberia haber llorado diez años ausente.

Con aquella frialdad que tanto demuestra el carácter inglés, á las admiraciones de Jorge que no cesaba de elogiar la hermosura de su hermana. Solo se dignó contestar con palabras cortadas é inconexas, y con tal ó cual movimiento de cabeza que como en compromiso se veia obligado à hacer.

Muy pocos momentos despues y en aquellos instantes en que naturalmente debieran haber sido consagrados al júbilo por la bienvenida de una hija ado-

ralh, sir Tomas, con voz grave decia:

—Decia, señorita, que no sé á la verdad que vamos á hacer de vos: esta la conversacion que nos ocupaba y que habeis interrumpido con vuestra llegada. Su gracia el cardinal de York no está cierto de alcanzar para vos una plaza de doncella de honor de la reina. Es necesario, pues, que haya una vacante, y habeis llegado tal vez demasiado tarde para sustituir á mis Herber, que ha retornado aver al seno de su familia.

—No os parece, continuó la madre de Ana, que seria útil pasar á York House, y ver lo que podia adelantarse?

—Habeis estado oportuna y pienso tomar vuestro consejo.

Levantóse aquel hombre, y como si se tratase de la suerte de una persona que le fuese gravosa, solo se ocupó de desviar nuevamente de su lado á aquel ser angelical que hubiera podido formar el encanto y la delicia de otro que no hubiera albergado en su pecho un corazón tan duro é insensible: abrió la mam-

para de la habitación y salió de la habitación.

A pesar del origen francés de la familia de los Bolenas, los actuales poseedores del ilustre apellido, habían llegado à adquirir aquel baroiz de orgullo que cubre regularmente à los cortesanos ingleses: aquel egoísmo, atributo principal de los nobles británicos, orgullo y egoísmo que nada puede romper y cuyo contacto es mas repulsivo que el de una máquina eléctrica.

Calculemos pues, en vista de estos esplicados hechos, la sorpresa y el dolor del alma privilegiada de Ana Bolena, al verse, no obstante de ser su familia rodeada de personas en quienes no herian ni una sola de las sublimes pasiones que deben abrigarse en corazones desinteresados y benéficos.

—Ay! dijo à media voz Ana à su hermano: ¿qué cambio es este que noto en nuestra familia? ¿Esta es la felicidad que me prometia al allegar nuevamente à vuestro lado?... ¿Dónde se han ido los de-

liciosos días de mi infancia en que de entre todos los supremos gozos, se llenaba mi corazón con el néctar nutritivo del beso encantado de mi madre?... Todo ha desaparecido. ... ¿De quién ha aprendido mi padre esa sensibilidad comercial que veo le domina y le subyuga?...

Porque en efecto; siempre que el rígido inglés dirigía sus razones á la encantadora Ana, era tan solo para reprimirla, para reprenderla, para echarla en cara sus pequeñas faltas, hijas de su hermoso carácter, mas que se apartaban tanto del rigerismo político.

--No hagais eso así, señorita.—Portaos de otra manera.—¿Dónde habeis adquirido esos modales?...—Nadie ríe como vos.—Es necesario que cambiéis de trages. Vuestras extravagantes modas no son conocidas en nuestra corte.—Ese peinado es ridiculo y no quiero que hagais fijar sobre vos la atención de los demás.

A todas estas amonestaciones, Ana nueva-

pre, resignada y contrita solo solia con-
 testar — Señor, así se estilaba en Blois.

Veinte y cuatro horas concedieron de
 descanso tan solo á la viagera, para pre-
 sentarla en Ham-Ton-Court, en donde
 habitaba la reina. Profundo silencio, tran-
 quila soledad y mudo aparato, era el es-
 pectáculo que presentaba este palacio in-
 teriormente. Con precaucion y sigilo abrié-
 ronse las puertas, y padre é hija pasa-
 ron á una sala, en donde Catalina de
 Aragon, esposa actual de Enrique de Va-
 lois, rodeada de sus damas y doncellas,
 oia con grande fervor leer un libro de
 piadosas oraciones. Esta era la hora des-
 tinada al recreo. Leíase en aquel mo-
 mento uno de los versículos religiosos,
 y sir Tomás, comprimiendo el aliento y
 caminando de puntillas, colocóse al lado
 de su hija para aguardar con paciencia
 el instante oportuno para la presentacion.
 Concluido que fue aquel y llegado este,
 dejó la reina su labor que era un borda-
 do esquisito de tapiceria, y tuvo lugar el
 anuncio del personage que esperaba.

El gran cardenal de York habia hablado y su alto crédito era tan incontestable, y su posicion tan aventajada cerca de las reales personas, que era imposible que nada le fuera negado. Despues de transeurrir los cumplimientos de ordenanza, Ana tomó lugar en el circulo silencioso que formaban las doncellas, retirándose su padre à muy poco, satisfecho, altivo, orgullecido de tal distincion.

La reina Catalina de Aragon, esa muger de quien todo cuanto pretende expresarse acerca de su devocion será demasiado corto su comparacion con la realidad, escedia en mucho en punto à su carácter monástico y beato à la Reina Claudia, difunta, muger que habia sido de Francisco I de Francia. Bajo del régio vestido, que ostentaba por deber, y no por voluntad, ceñia à su cuerpo el hábito del orden Tercero de San Francisco, que no realzaba nada por cierto sus formas femenijas. En cualquier es-

tacion del año, abandonaba gustosa el lecho para asistir à los officios, y tornaba á levantarse nuevamente á las cinco de la mañana para practicar otras muchas devociones que por inclinacion se entregaba con exceso. Acostumbraba ayunar todos los viérnes y sábados, y lo mismo hacia en todas las festividades de la Virgen. Confesaba cada cuatro dias, y comulgaba cada ocho, pasándose hasta cinco horas seguidas hincada de rodillas sin levantar siquiera la cabeza del pavimento que la sostenia. Hermosa, sin duda al nacer, debiendo á la naturaleza dotes que muchas hubieran envidiado, los ayunos y silicios que voluntariamente desde corta edad se habia impuesto, habian logrado apagar su belleza, eclipsándola casi definitivamente: su salud se desmejoraba, asi mismo de dia en dia, y viviendo para Dios, segun sus palabras, olvidaba de todo punto hasta su propia conservacion. Huia de la necesidad de adornarse, lo que hacia cuando no podia pasar por otro punto, y por no contrariar

abiertamente las órdenes de su esposo, que á cada paso la reconvenia por su poco esmero en el tocador: reducida siempre á la conversacion del cardenal de York y otros señores prelados, no cuestionaba sino sobre puntos religiosos, alejando de todas sus damas el ocuparse de materias que no fuesen fervorosas y del culto: hé aquí en pocas líneas detallada la muger, á quien la alegre Ana Bolena, se veia precisada á rodear á toda hora, á seguir á todas partes y á servir en cuanto le era marcado por su posicion.

Y bien: ¿habrá quien al considerar á nuestra amable heroína sepultada en aquella régia tumba y al lado de un cadáver vivo, habrá repetimos, quien no discolpe el que á cada instante echára de menos la corte divertida cuanto discreta de la princesa Margarita?... Habrá quien pueda encontrar criminales las lágrimas que sus ojos derramaban á contemplar el trueque de la pasada por la presente vida, de los placcres por la tristeza, de las

mas finas galanterias por la aridez mas claustral?... Seamos imparciales y confesemos que para una jóven de veinte años que dia tras dia ha visto deslizarse rápidos como la luz del meteoro dos lustros de su existencia mecida y alhagada entre risueñas ilusiones, no podia dejar de suspirar por lo que habia perdido: asi que, las noches enteras pasábalas hablando de su Francia en compañía de su nodriza, no dejando de lanzar al aire encerrada en su habitacion su fresca voz para cantar las canciones que habia aprendido con la princesa Margarita, sin economizar de cuando en cuando sus preciosas lágrimas, únicos tributos que le era dado consagrar al pais en que habia sido tan feliz.

No obstante los sermones y repetidos consejos de sir Tomás á su hija Ana, no fue necesario que esta hiciera innovacion alguna en su porte y sus vestidos: las otras damas de honor, comenzaron á imitarlo, poco despues algunas señoras de la alta clase, y últimamente, la

moda ejerció su influjo en aquella corte, de la que puede haber sido regeneradora la envidiada señorita Bolena. Y decimos envidiada, porque en efecto, apesar de la vida claustral y monástica que nuestra alegre heroina llevaba, sus gracias y hermosura eran citadas tan de continuo en todos los círculos de la primera gerarquía que las mugeres envidiaban sin conocerla, á la dichosa criatura que era el móvil de tan lisongeros elogios: los hombres por su parte, qué podrán hacer?... Limitarse á suspirar por un imposible desconocido, y á buscar el modo útil para llegar hasta la reina, lo que no dejaron de alcanzar algunos, tornando admirados y confundidos por haber hallado en Ana prenda aun más encantadora que las que la fama concedía; tanto se prodigaron y repitieron los holocaustos que se consagraban á la hermosa inglesa, que hiriendo los oídos del monarca los incensos de sus cortesanos, pensó también en la dama de honor de su esposo, si bien ageno todavía, de

que aquella muger habia algun dia de hacer su martirio, despues su felicidad y luego sus remordimientos. Determiné pues, pedir á la reina Catalina algunas horas de conferencia pública, para alcanzar por este medio conocer á la hermosa camarista.

Datos hay para afirmar que esta entrevista, primero en que los régios ojos de Enrique VIII se fijaron sobre el semblante de Ana Bolena, se verificó en el jardin de la reina. Cruzáronse varias pláticas inocentes y sencillas en que el monarca se dignó dirigir la palabra á varias jóvenes, y entre estas á nuestra heroína. Al de grande interes fue el giro de la conversacion, y lo pudo por tanto Ana desplegar ni su ilimitado talento ni aquella gracia tan natural con que el cielo la habia dotado, y que formaba sobre todas sus perfecciones el complemento de sus encantos y sus gracias. No obstante, aquella noche Enrique VIII no se ocupó con sus favoritos de otra cosa que de la doncella de honor de su esposa,

de sus muchos hechizos y del talento perspicaz con que el cielo la habia dotado. Hay quien asegura que desde esta noche, merced á la impetuosidad de las pasiones de Enrique, conociese en él que habia recibido una fuerte impresion.

Como la adulacion rodea siempre á los principes, como los aduladores secan en su corazon todo sentimiento que no sea el de elevarse á costa de las mayores hajezas, y como las hajezas son indiferentes á esa clase de hombres que nutren solo del contento de los reyes aunque para alcanzar este tengan que inmolár su propio honor, no faltó quien, de los que rodeaban á Enrique se determinára á darle un consejo diciendo:

— Señor, si yo ciñera sobre mi frente la corona de un pueblo de los mas grandes y poderosos, si yo abarcára en mi mano uno de los cetros mas potentes del mundo, si yo en fin me llamase Enrique de Inglaterra en vez de suspirar rendidamente como un simple ple-

beyo, me lanzaria á mano armada á obtener lo que por mi posicion estaba en el caso de ecsigir de mis vasallos. Adornado con mis mas preciosas galas, rodeado del aparato deslumbrador que tanto seduce y encanta á las mugeres, marcharia lleno de confianza en busca de la prenda apetecida.

Debemos decir ahora que el que hablaba de esta manera era Francisco Brian, primo carnal de la señorita Bolena: véase pues, la humillacion que anhelaba el cortesano de Enrique. Afortunadamente, este último, comprendiendo demasiado bien el carácter de aquella, contestó á Brian:

—Y ten por seguro, que tu pompa seria despreciada como el aparato de un necio: que tu poder seria pisoteado por esa niña: almas semejantes no se doblegan así tan fácilmente á la aparente dorada esteridad ni á la vista de un amante coronado, porque este al cabo deshouna.

—Señor, no me convenceis, ni es im-

posible que pueda daros pruebas de lo que sucedería, porque nuestros destinos sobre la tierra nos ha hecho nacer en diferente escala: mas á pesar de todo: ¿quereis enviarme en vuestro nombre á mis Bolena, y vereis la respuesta de mi comision cuán alhagadora y humilde es, aun mas, quizá, que lo que esperarse debiera?

—Consiento, pues, replicó Enrique, mas ten presente que escederte en una sola palabra mas de aquello que vas á oír puede costarte mucho: le dirás que me ha cautivado su talento, y que le suplico encarecidamente se digne concederme su permiso para hablar en francés con ella un corto rato: esto y nada mas: ¿entiendes? esto y nada mas te repito, ó cuenta con mi enojo.

—Señor, desempeñaré vuestro mandato con toda la fidelidad que me es tan propia, y quiero perder mi glorioso apodo de vicario infernal de vuestra Gracia, si el mismo diablo no me reconoce por su maestro de eleguencia.

Cuatro palabras acerca de Brian: Francisco Brian, nacido de buena familia, pues ya dejamos dicho anteriormente era primo carnal de la señorita Bolena, habia crecido sin aprender á hacer nada, sin ser nada, ni aspirar á nada: sabido es que desde tiempo inmemorial, los que nacen segundos, han tenido y tienen por precision que dedicarse al estudio de alguna ciencia, al claustro ó á la milicia, las tres carreras que pueden abrirles un porvenir, sino brillante, á lo menos capaz de mantenerlos á aquella altura de orgullosa posicion que no desmerezca del rango de su cuna. Francisco Brian habia nacido segundo en su casa, y no obstante no habia optado por nada, lo uno porque su pensamiento demasiado inconstante para fijarse en una sola idea, no le permitia formar vocacion decidida; lo otro porque su contestura harto endeble no era la mas á propósito para trabajos mentales ni corporales, y por último, porque dotado de un carácter, decididor y picante, frivolo en demasía

y altamente perezoso, no era útil más que para vivir en perpétuos ocios, embelleciendo, si tal nombre quiere dársele, la existencia de los demás con sus chistes tan agudos como à veces insolentes. No habia merecido à la naturaleza no solo una bella figura, sino lo que es más, ninguna de las dotes que lo pudieran hacer pasar por un hombre regular siquiera. Era muy pequeño, la boca demasiado grande, su cabeza de rara construcción estaba casi escenta de cabello, sus piernas eran desproporcionadas, y su cintura muy gruesa, se alzaba hasta un punto que solo mediaban algunos dedos desde ella hasta los brazos: por lo demás su aspecto, à pesar de su fealdad era bastante simpático. Con tales prendas, y tales alcances, creció Francisco Brian, hasta la edad de veinte y seis años, en que una casualidad lo hizo aparecer en la corte presentado por su hermano, con motivo de unas fiestas reales. Prendóle à Enrique así su rara figura como su genio decididor y alegre, y

fue lo bastante para elevarlo á la dignidad de *buson*, que así podrá llamársele, y sobradamente tendremos lugar en el discurso de esta historia, de probar que no es escagerado el juicio de su posición respecto de Enrique que acabamos de formular. Mas Francisco Brian bajo aquella informe certeza escondia tambien una pasión: esta pasión era la del oro y los honores: colocado ya á la altura citada, formulóse un plan por el cual trazaba en su imaginacion un porvenir independiente y lleno de comodidades: la carrera diplomática era considerada por él tan en iguales circunstancias con las suyas particulares, que no tenia inconveniente en repetir, que la misma estrategia palaciega se requería para llevar á cabo un negocio de estado en que se envolviera la felicidad de un estado, que el hacer la felicidad particular de los monarcas, puesto que de la de estos dependia la de aquellos: él por lo tanto se consideraba un diplomático consagrado tan solo á satisfacer en cuanto estu-

viera de su parte los menores caprichos del rey: todo lo inmolaba gustoso en tratándose de esto, y hé aquí explicado por qué motivo él era el primero que se proponía influir en el corazón de mis Bolena, para hacer de ella una querida de Enrique VIII. Una vez ella en posesión del corazón del rey, Francisco Brian, subiera como la espuma, y llenaría sus arcas con los magníficos regalos del rey de Inglaterra: hecha esta corta explicación, veamos ahora el resultado de su encargo, por él solicitado.

Andemos pues, nuestra interrumpida relación, y digamos que Francisco Brian en efecto pasó à ver su prima, a la cual no obstante su promesa, en vez de comunicar à su prima las órdenes de su dueño, intimó con grosero lenguaje, con las mas groseras palabras y ademanes mas innobles lo que su capricho y su intención llevaban por objeto: otra que la criatura angelical à quien se dirigia lo hubiese escuchado con indignacion, delatandolo en seguida à sus padres, para

reunir el riesgo que pudieran acarrearle aquellas proposiciones manadas de la boca de un monarca: Ana por el contrario, empezó por despreciar los insultos que envueltos en una nube de cortesía y en nombre del monarca le dirigia su primo, y concluyó por condenar al olvido lo que ella no queria que apareciera como sucedido: habia aprendido á conocer el mundo en todo su verdadero valor y resignábase á entrar en una nueva lucha si necesario era para derrocar las asechanzas de sus enemigos: habia batallado y aun alcanzado la victoria en contra de un poderoso antagonista como era Francisco I, porque en pró de este hablaba su corazon, y habia ahogado la voz de este y habia continuado pura no obstante su amor; porque mis Ana habia amado á Francisco I, ¿cómo pudiera dar en su alma lugar al temor de un hombre como Enrique de quien la alejaban tanto su carácter y proceder bruscos?... No existia, pues, el peligro, y aun cuando este en reali-

dal fuese de tanto prez que esigiera atincherarse para combatir, no era nuestra joven heroína capaz de volver el rostro: como todas las almas grandes buscaba los momentos para acrisolar mas y mas su virtud á toda prueba. Limitóse Ana á despedir á Brian echándole en cara su proceder, y dejóle obrar á su merced — Hecha la esposicion del modo de conducirse en la corte de este hombre, no deberá extrañarse que al volver al lado del rey le aseguran que el corazón de la joven se hallaba muy dispuesto á dar cabida en él á el amor ilegal del impetuoso Enrique.

En cambio operóse en la conducta del monarca que no dejó de ser notado de todos los que lo rodeaban: tenia por costumbre pasar al lado de la reina durante la noche, dos horas solamente, interin las cuales cenaban juntos, alejándose en seguida para ir en busca de aventuras misteriosas, encubiertos é incógnitos: hacia ya tiempo que Enrique habia renunciado voluntariamente á los

privilegios y derechos de marido: desde los acontecimientos de que nos ocupamos el rey de Inglaterra dejó de concurrir á sus expediciones nocturnas, permaneciendo en compañía de su esposa largas horas que invertía al parecer en inocentes solaces, pero que no tenían otro objeto que mirar y remirar á la hermosa camarista, y alborozarse en alegres pláticas así con ella como con todas las demás, si bien dejábase traslucir su interés en el conato con que siempre distinguía á la encantadora Ana. La reina no bailó en la asiduidad con que su marido la visitaba, sino una prueba de cariño: de puro afecto: de desinteresado amor.

Catalina de Aragon, cuyos hábitos é inclinaciones hemos descrito al principio, amaba al rey, porque convencida de que no había mayor felicidad que cumplir con su deber, miraba una obligación en amarlo aun con delirio si necesario era. Si esta señora hubiera sabido cambiar cualquiera de sus grandes

virtudes por la menor gracia exterior, al menos por una coqueteria fácil de sostenerse aunque no se sienta, ninguna muger hubiera hermanado en poder, y jamás su esposo se hubiera emancipado de su dulcísimo yugo. ¿Cómo podrá creerse nunca que esta muger, tan modesta, tan pura y sencilla llegase jamás á dar cabida en su corazón á la desconfianza y á los celos? ¿Cómo era posible que en los divinales y encantadores dotes de talento y hermosura con que Dios habia enriquecido á su joven doncella, diese ella nunca mas que un medio portentoso por el cual habia el rey trocado sus placeres llenos de agitacion por aquel mas tranquilo que experimentaba cuando embriagado largas horas al son de la voz de Ana acompañada del instrumento que Francisco I la habia regalado, parecia transportado á otro mundo mas ideal y poético? ¿Cómo podia ella ver una rival en aquella niña tan juiciosa y afable? No era á Ana á quien habia que

sujetar, observar ni espiar, no... era al salvaje corazón de Enrique de Lancaster.

La joven camarista, si bien avisada por el mensaje de su primo Brian de aquel capricho régio, no había hecho mayor reparo, ni dado grande importancia á las galanterías del que no obstante, ya sentía encerrado en su pecho el aguijón del deseo, que caracteres como el de Enrique VIII matan y destruyen doblemente: en cuanto á sus cualidades para agradar, hablando con justicia, debe decirse, que si bien su talento no era muy aventajado y desconocia ciertos accidentes, que puestos diestramente en juego logran seducir á una muger, tenía en cambio en su semblante y toda su persona nobleza, desembargo y hermosura: mezclaba á sus palabras una afabilidad cortesana, que aunque mentida porque ya hemos dicho era mas brusco que cortesano, no dejaba de dar á su conversacion algun interés duradero hasta el punto en que hallaba algun obs-

tículo que se opusiera al logro de un deseo mas ó menos jacto: entonces ya aparecía tal cual era: trocábase en violento é indomable, y ni la voz de la razon era oída por mas respetables que fuesen sus consejeros, ni la equidad y la justicia eran buscadas para concluir el negocio: la fuerza, la tiranía, el poder eran empleados severamente, y en la lucha no hay que decir, sucumbia siempre el mas débil: campo tendremos para hallar ejemplos de los que decimos en el discurso de esta historia. Habia hecho morir á dos personas, tal vez con injusticia, pero acompañó á estos actos ciertos contornos de procedimientos judiciales, lo que habia hecho no sentir, ni aun olvidar demasiado pronto á las dos desgraciadas victimas. Un hombre tan solo habia amarrado, por decirlo así, aquella voluntad fuerte: Wolsey que con su política ambiciosa habia hecho del rey un instrumento de sus caprichos. Se acercaba, no obstante, el día en que supoder iba á estrellarse, en que la espada

de la justicia debia destruir las balauzadas, y derramar torrentes de sangre; desgraciado Wolsey, que habiendo creado por ti mismo el grandioso edificio sobre que te ensoberneas vas á caer desde tan alto á una sima profunda y oscura, mas pobre y mas desgraciado que el mendigo que ahora implora un socorro de tu mano: el templo de tu fama va á ser horadado por su cimiento, y la mano que ha de tornarlo en escombros es la mano débil de una muger que va hacer cambiar de faz á toda una nacion, de las mas fuertes y poderosas!

La naturaleza en sus creaciones, Dios en sus lecciones, parece que como ley sabia, han establecido ese equilibrio admirable, que se encuentra por doquiera y que se nota en todos los seres. Al lado de la desgracia de un inepto, ha colocado el orgullo que hace tener de si mismos á los que alcanzan un elevado talento: tambien hállase probado, por esta teoría que no tiene poca parte de práctica que generalmente á los génios

irascibles es anexo un humor inconstante que los hace ser poco peligrosos... pero al nacer Enrique, nació para ser una escepcion de esta regla. La cólera de este príncipe era constante, horrible y de larga y rencorosa duracion; su terquedad rayaba en embrutecimiento; la violencia de sus pasiones no reconocia valla que los contuviese, siendo algunas veces, en medio de su esfervescente furor solo un capricho en su esencia. Nadie tan perseverante como él: nadie tampoco ha incurrido jamas en tantas contradicciones.

Mas era hombre, en fin, y todos al nacer, como condicion precisa de nuestra naturaleza, venimos al mundo acompañados de alguna debilidad: Enrique VIII dejábase dominar de la omnimoda voluntad de su ministro Wolsey y de las ruegas: mas todo el que durante su vida llegó à poder jactarse de imperar sobre su ánimo, pagaron con su vida. Vengóse de sus queridas que lo habian visto prosternado humildemente, y envió al

patibulo á sus favoritos, siendo más sordos para con ellos, y sin querer escuchar ni sus justificaciones ni sus ruegos que si hubieran suplicado á una roca: una vez lanzado al ódio, una vez sentida en su corazon la hiel del aborrecimiento, y dado lugar á la venganza, esta se llevaba á su término con toda perentoriedad, sanguinaria, pública ó infamante: de este modo, solo así, adquirió este rey el sobrenombre del *Leon de Inglaterra*, con que lo apelladaron sus súbditos, y que la historia no le ha cercenado: y no se crea que al hacer la exposicion de este hombre, uno de los primeros de su siglo, nos guia ni espíritu de partido, ni parcialidad alguna: hablen pues, todos los cronistas, y ellos, tan contestes en esta opinion, serán la mas segura prueba de la realidad de nuestro aserto.

Largo tiempo quizá hubiera permanecido encerrado dentro del corazon de Enrique el fuego de amor que en él habia encendido la señorita Bolena, si así

circunstancias remidas á la vez no hubieran venido á darle impulso. Tarde ó temprano sin embargo, debia suceder, porque era preciso que sucediera: cuando hombres del temple de aquel monarca han recibido una impresion semejante, fuerte, profunda é irresistible, son á manera de la piedra que se desprende de la cima de una montaña: gira en encontradas direcciones, aquí y allí, rodando siempre hasta el abismo, en el que al cabo se sepulta: cruzará en su caída distintas vias, pero al cabo llega hasta el fondo: no podrá adivinarse cuanto tiempo estará pendiente, pero al cabo tarde ó temprano, y desmoronando en su tránsito cuanto encuentra, para, se asienta y se fija.... Esto era Enrique: los medios eran desconocidos, incalculables é inseguros, pero es cierto que debia estallar en su frenesí, y así sucedió por fin. Los grandes acontecimientos que desde aquella época para adelante comenzaron á tener lugar en Inglaterra, han sido atribuidos en su origen por muchos

escritores á causas mas ó menos legales, pero en verdad sea dicho, la primordial; la que en su esencia bastó para conmovér pueblo, grandeza, religion, y trono, fué la hermesura de Ana: esta muger estaba destinada para ser el cisma de una de las naciones mas potentes, y para como alfombras de su planta los primeros y mas respetables hombres: veremos, pues, si habemos razon sobrada para decirlo.

No era solamente el monarca el que quemaba inciensos de adoracion en las aras de la belleza de la encantadora doncella; no: cien apuestos caballeros de los mas distinguidos de la corte, suspiraban dia y noche sin alcanzar por premio á sus desvelos otra cosa que una sonrisa de coqueteria, una palabra de cumplimento ó una mirada de lástima: Ana se entretenia en manejar á su capricho los corazones de sus amantes, sin ofrecerles nada, sin concederles nada, sin corresponder á nada salvo es, que cuando el objeto que anhelamos se nos mues-

tra esquivo, altanero y desdeñoso, amamos con mas locura y mas echamos en olvido, edad, circunstancia y clase, pasando ó retrocediendo á la edad de un niño sin reflexion y maníático, que por mucho que conozca ó le hagan conocer el mal, se acerca á él, lo busca y todo le es amable con tal de conseguir á veces el mas fútil pasatiempo: pues bien, Ana habia hecho de sus adoradores, otros tantos niños, en medio de los cuales se divertia arrojando una mirada que se disputaban con obstinacion.

Pero como era preciso que aquel estado no fuese duradero, como era imperiosa la ley del destino, y mas en la volubilidad de una muger, que llegara el momento que, de entre tantas mariposas como revoloteaban á su rededor, alguna, quizá la menos pintada se posase sobre la flor, Ana llegó á concebir, no digamos amor, capricho por el caballero Percy, hijo del conde de Northumberland. Es cierto que él no llevaba una corona sobre sus sienes ni un cetro en-

ra sus manos: pero él era libre, y la elevadísima nobleza de su ilustre progreso, la alta consideracion que gozaba su familia en la corte, sus inmensas riquezas y su inmensurable poderio, eran mas que suficientes dotes para que todas las jóvenes casaderas, miráran al joven Percy, como con partido brillante y capaz de mover á codicia. Además, el caballero, estaba adornado de esa ambicion de gloria plausible siempre á los ojos de cualquier muger, ambicion que no pudiendo llenarse en medio de la paz de que Inglaterra disfrutaba, habia hecho de él, por divertir su hastio, un cortesano disipado y vicioso: no duró en él mucho tiempo tampoco tal género de vida, y decidió pasar á Italia á ofrecer su espada y su brazo al emperador. Aquel carácter altivo, aquel ardiente deseo de aventuras, aquella predisposicion por todo lo grande y elevado, tenia cierto encanto para Ana, que no obstante su adhesion por la paz y la tranquilidad, hallaba atractivos en Percy,



que en otras ocasiones tal vez hubieran sido ante sus ojos causas para el mayor desamor. No prodigaba el caballero como sus densas rivales, delante de la deidad, las tiernas flores de un amor esencialmente poético, porque ni era cotenido en materias de galanterías, ni menos la lisonja podía ajustarse á su modo de pensar: antes bien, huía del lado de Ana, cuando rodeada del deslumbrante círculo de jóvenes galantes, se paboneaba como Sulcama absoluta en medio de sus esclavos: jamás se vió á Percy alzar del suelo el pañuelo de Ana, ni llevar su abanico, ni recoger un guante, y esta conducta, hija de su modo de pensar, hacía creer á todos no era él el que codiciara ni menos alcanzase la joya que los demás se disputaban. Mas cuando sola, separada de todas, acercábase Percy al lado de la señorita Botena, el semblante de esta se animaba, dejando á un lado la frialdad palaciega, y desprendiéndose de sus labios una sonrisa de verdadero placer, recibía al am-

hicioso noble, con el mayor afecto, con la mas cumplida alegría.

Entregábase el uno y otro comúnmente á idealizar los mas uacarados sueños, á formar las mas brillantes esperanzas sobre el porvenir, buscando por todos los medios un nombre para la historia, llevando el jóven Percy tan al estremo comúnmente su enaltecido entusiasmo, que envidiaba la gloria del conspirador, bien pereziese sobre el cadalso por haber intentado destruir un trono, bien triunfante, lograra humiliar en el polvo los mas elevados poderes... «¿Cuán grande no es, (decia) aparecer en medio de la multitud que se agita y afana por mirar á un solo hombre, y bien triunfante y abatido oír por todas partes, «ese, ese es el que ha conmovido á una nacion, á la Europa, al mundo, y ha logrado sugetar con su mano el hilo de que han estado pendientes tantas ecsistencias y tantos destinos.» Creedme, señora, envidio hasta un traidor, con tal que su traicion sea tan grande, que á

través de los siglos ruede su nombre, y se repita, muriendo su memoria al morir el erbe entero... Y si despues de tales discursos, el atrevido Percy hablaba de su amor y ofrecia su mano á la jóven camarista, entonces esta turbada y confusa, trazaba en su mente el cuadro de una vida novelesca y agitada.

Complaciase Ana Bolena en hacer valadero su imperio sobre el corazon del heredero de Northumberland, haciéndole pasar incesantemente desde el amor á la ambicion. Estudiaba en él, punto por punto los efectos producidos por la constante lucha de aquellas dos pasiones, siendo para doro y amargo desengaño el encontrarse al fin, y sin sentirlo, presa y vencida entre las redes del hábil enamorado. Percy repetia que era desgraciado, que su alma sufría, y su frente abatida y oscura marcaban el sello del abatimiento y el infortunio. ¿Cómo era dable que Ana, siempre anhelosa de practicar el bien de prodigar consuelos, dejára de acorrer á endulzar los sufi-

mientos del jóven Percy?... ¡Ay! su generoso intento no le advertia aunque desde la compasion al amor hay un solo paso, y que este lo damos sin sentir, y amamos sin saberlo!... Y así fue con efecto: porque cuando restituida la calma á Percy, este apartó de su semblante el velo de tristeza que hasta entonces lo habiera, cuando tornó la sonrisa á sus labios y la alegría á su pecho. Ana conoció que su dicha quedaba sujeta para en adelante al capricho de un hombre que amaba, al orgullo del conde de Northumberland, á una veleidad del rey, ó á un cálculo de Wolsey: cualquiera, la mejor de estas causas podía destruir para siempre su esperanza.

Ella creia haber amado á Francisco I, pero en realidad no habia sido así: aquello que Ana habia sentido era no mas que un juego de su imaginacion: ahora queria radicalmente: Ana lo comprendió, como tambien que su suerte se hallaba fuertemente ligada á la del hombre de su predileccion: si el azar, el

destino ó la casualidad la separaban de Perey, Foraria con amargura, porque dentro de su corazón no alentaba otra idea alhajueña que la de su pasión que cada vez crecía: Ana había amado demasiado tarde, es verdad, porque amaba á los veinte años; pero este era su primer amor, y gozando de él dichosos días pasó en mágicos y sencillos placeres, velando en el más profundo misterio su secreto, porque el tener Ana tantos admiradores, hacían pasar desapercibidas las muestras que á cada paso ofrecía del suya al enamorado caballero; mil alhajueños proyectos se formaron, y mil esperanzas ilusorias nacieron; pero así proyectos como esperanzas debían muy en breve ser destruidos por el soplo del viento de un contrario destino.

Ningunas de cuantas mugeres rodeaban á Ana, ni aun las más poderosas y bellas habían hasta entonces mirado en la encantadora camarista, valor tan grande que fuera suficiente á luchar con ellas para arrebatárles el codiciado é impuro

amor del monarca; porque preciso es hacer esta confesion por vergonzosa que sea: tal es la condicion humana, que admitimos á veces hasta la deshonra voluntaria y alegremente, con tal de que esta venga vestida de esplendor y magnificencia: el brillo de la corona creemos á veces que basta para cubrir el deshonor, y no obstante la mancha de este es tan profunda y duradera que resalta y se perpetúa para siempre: asi que, no extrañaremos que la mayor parte de las ambiciosas jóvenes que formaban la corte de Enrique de Valois, sonáran, por cualquier medio alcanzar los favores de su dueño, y con el favor la grandeza: pero repetimos que todas hasta entonces seguras en sí mismas, no vieron en Ana nada mas que una muchacha, bonita sí, pero sin los demás encantos necesarios á interesar el augustó corazón: y sin embargo, ella, ella sola era la rival que habia de destronarles á todas: ella sola, la que con su virtud y su belleza habia de conmover á un rey

tan poderoso, á una nacion tan grande. — Ocasion sin embargo presentóse muy en breve, por lo cual ya llegóse á proclamar el argumento del drama para que habia de servir de ancho al escenario todo el reino de Inglaterra.

Creemos dejar ya sentado, bien al principio de este libro, que el astuto y entendido cuanto ambicioso cardenal, tenia el mejor cuidado en adormecer al leon coronado, ahogando sus naturales instintos en medio de continuos y agitados placeres: nada era costoso para Wolsey, con tal que su privanza fuera eterna, y su poder ilimitado. — Enrique era, entre otras cosas, ciego partidario de los bailes, y á decir verdad el monarca danzaba primorosamente, contándosele, no por adulaçion, y sí por justicia, por el primero entre los mas diestros bailarines. Hé aqui la causa por la que Wolsey menudeaba esta clase de saraos, en los cuales hacia reunir todo lo mas bello en cuanto á damas, y to-

do lo mas galan en cuanto á caballeros. En una de estas fiestas fue por fin en donde estalló la pasion de Enrique, en donde Ana Bolena oscureció á todas sus infinitas rivales, en donde tuvo principio en fin el gran cisma que habia de conmover por sus cimientos la nave del Estado, y hacer rodar bajo la enrojecida hacha del verdugo la cabeza del potente Wolsey, victima de los ojos encantadores de una niña.—Dos veces bailó el rey con la bella camarista, y el ardor de su sangre no le permitió simular su turbacion al imprimir en la frente de su pareja el beso de costumbre.

Momentos despues paseábase Enrique enlazando su brazo con el de su privado, y entre ambos suscitábase muy bajo el siguiente diálogo:

—¡Oh Wolsey... Wolsey: tú que eres el hombre privilegiado de mis reinos, el *non-plus* de la elocuencia, tú que poseses el secreto de conmover y convencer al corazon; ábreme el camino por

donde yo pueda llegar al término de mis deseos: es preciso, créelo, es preciso que esa jóven me ame ó que en contrario caso muero yo, y tú, y mi reino todo.

—Señor, creo muy firmemente que eso que me decís es una broma: ¿quién como vos, puede poseer el arte de agradar ni de persuadir al corazón de una jóven? ¿quién como vos, puede espresar el fuego que abrasa vuestra alma y vuestro más ardiente deseo?... Vos, hábil general en las lides del bello sexo, debéis por vos mismo emprender esta batalla en la que seguramente ya os miro salir victorioso.

—Pues no es broma, Wolsey, no: créeme lo último que voy á decirte:—Ya ves el puesto que ocupa: ya ves que jamás ha habido hombre en Inglaterra en cuyas manos hayan descansado tan por completo los altos poderes del Estado; ya ves que nunca pudieras desde tu oscuridad haber soñado con la honra de llamarte, mas que consejero, íntimo amigo

del rey de Inglaterra..... pues bien, de buena gana te daría aun la mitad de mi reino, con tal de que esta noche, al salir de esta fiesta, pudiera libremente dirigirme á la modesta habitacion de esa jóven y ser acogido por ella con amor y con ternura.

—Señor: vuestra Gracia no piensa lo que dice: ¿qué provincia consentiría nunca en pasar de las manos del gran Tudor á las mías tan humildes y oscuras?..

—Wolsey, no me adules, y piensa en lo que te digo: piensa en tornar á tu rey el reposo, la quietud, la paz, la ventura: piensa en derribar la muralla que me divide de Ana: piensa, en fin en el recurso que es necesario poner en accion para que yo sea dueño de tan hermosa jóven.

—Ya lo encontraremos, señor, puesto que sabemos positivamente á quien hemos de pedir el remedio de ese mal: mas moderad los ardientes ímpetus de vuestra pasion, porque vuestra preciosa sa-

hubiera podido resentirse. Pero decidme, señor, habéis dicho cuando menos á esa hechicera todo el mal que sus ojos han hecho en vuestro corazón?

—No, Wolsey, no: las palabras han espirado en mi garganta sin osar salir hasta mis labios; porque en presencia de esa mujer me siento desfallecer y me faltan las fuerzas para arrostrar sus miradas.

—Si fuera posible que os oyera en este momento la victoria era segura: qué mujer resistiría á esa emoción tan profunda: hablad, señor, hablad con ese fuego y os responde del éxito de la empresa.

—Crees que lograré conoverles?

—Ciertamente.

—Y será muy larga su resistencia?

—Señor, aun cuando la haya, os proporcionara dobles placeres vencida que sea al cabo.

—Es que si se prolonga la lucha, me siento próximo á sucumbir.

—Por tan poca cosa?...

—No puedo vivir así.

—Y entonces...

—Entonces es necesario que esta misma noche sepa el fuego de amor que de vera: vé, háblale y logren tus elocuentes razones ayudadas de las mas grandes promesas lo que por conseguir daría un cetro y mi corona.

Separáronse en seguida los dos personajes yendo el uno á encubrir las afecciones que combatian su alma en una partida de juego empeñada en uno de los salones de descanso y el otro á encontrar en medio de la agitacion del baile á la muger predestinada para gobernar la Inglaterra. No tardó mucho en hallarla, é instantes despues comenzáronse á cruzar repetidas razones y argumentos, que á lo que podía notarse por los infinitos curiosos que de todos los ángulos de la sala, observaban los mas pequeños movimientos, eran de la una parte hechos con calor, y de la otra acorridos con irónicas sonrisas y ademanes de altanería: quizá si hubiera sido po-

sible allegarse mas á los interlocutores, se habrían entendido estas razones que la encantadora Ana contestaba al cardenal de York:

—Nada creo, y dispensadme, señor, de cuanto me decís ahora.

—Pensad bien en ello: cuanto os digo es la pura verdad, y son cuanto haréto serios, porque de vuestra decision penden este momento consecuencias muy terribles.

El cardenal levantóse despues de largorato, y Ana volvió á aumentar el número esplendente de bellezas que ornaban el festin: sin embargo, Ana caminaba triste y pensativa.

Cálculos mil comenzaron á formarse por do quiera: quien aseguraba que el cardenal de York obraba por su cuenta en el negocio, quien disputaba que no era mas que un instrumento de ejecucion de su Augusto amo; quien se adelantaba hasta á profetizar que la conferencia del ministro y la jóven era sobre asuntos de estado que habian de

dar ruido entre la corte de Francia y la de Inglaterra, con la que se creía en correspondencias á la jóven camarista.... pero concluyó la fiesta, y combatidos por opuestos sentimientos abandonaron aquel lugar, llevando, los hombres una dosis de amor y de envidia algo mas crecida que la que habian traído; las mugeres la rabia de los celos; el jóven Percy medio loco y su Gracia desesperado. Ana por su parte, asustada de sí misma y de la revolucion que habia causado y podia causar en el corazon del monarca, tanto mas cuanto que aquel corazon era el indomable corazon de Enrique de Lancáster: pasó, pues, la noche en prolongada consulta con su inseparable amiga mis Savage.

Amaneció el siguiente dia, y como por un impulso eléctrico corrieron las nuevas de todo lo acaecido en el baile de la noche anterior, haciendo acrecer en los jóvenes de la nobleza el deseo de alcanzar una sola mirada de la muger de moda: con efecto, bajo mil es.

pecciosos pretextos llenáronse los jardines de la reina á la que le acompañaban sus damas, rodeando á Ana desde luego aquel enjambre de golosos, á quienes en vez de agradecer sus obsequios, maldecía en secreto, porque la privaban de hablar con Percy; porque ahora mas que nunca tenia necesidad de verle: la conferencia del cardinal la habia puesto en alarma: ó una fuga ó un matrimonio secreto y pronto, eran los únicos recursos que se presentaban capaces de poderla librar de las persecuciones del Rey, y segun datos precedentes, Percy se hallaba dispuesto á secundar sus intentos.

Mas una ocasion era necesaria, precisa y capaz para poner á cabo alaman- te si bien no de ciertas minuciosidades que siempre ofenden al hombre que ama, á lo menos de los motivos tan superiores que habian hecho nacer en el corazon de Ana el pensamiento de oponer un dique á las exigentes propuestas del monarca. Claro es que esta ocasion no podia ser otra que la que diariamente

se le proporcionaba en los jardines durante los paseos en que la bella camarista acompañaba á su ama la reina: como todos los días presentóse ésta seguida de sus doncellas de honor, y estas á su vez de la nube de cortesanos que quemando inciensés ante sus amadas, hacian un pretesto para lograrlo de mil atenciones con la esposa del rey: antes de ahora hemos dicho que ninguna de todas aquellas jóvenes reunia en torno de sí tantos adoradores como la hermosa Ana, ni ninguna tampoco se veía precisada como ella, dominada de un pensamiento superior como lo estaba por el hombre de su predileccion, á combatir en lucha abierta contra aquella cohorte de importunos que haciendo causa de la meor mirada, de la mas pequeña sonrisa, la impedian á veces cruzar una sola palabra con el celoso Percy, que arrinconado acá ó allá aguardaba con resignacion el momento en que, sin llamar la atencion, podia entregarse sin recelo á sus pláticas de amor.

Sin embargo de la natural impaciencia, apesar del desasosiego continuo y de la exigente posicion en la señorita Bolena se encontraba este dia, nadie hubiera podido adivinar á través de su sonrisa angelical, que aquel alma padecia al verse obligada á sostener una conversacion con los á quienes miraba con odiosidad; porque tal es nuestra natural inclinacion: aborrecemos á los que aun inocentemente son el obstáculo: del menor de nuestros gozes: del mas pequeño de nuestros deseos.

No obstante, dotada Ana de un talento superior, sabia muy bien el medio por el cual á la par de no desairar á ninguno, lograr separarlos poco á poco, hasta verse sola y aislada. — Percy, en silencio y apartado ardia naturalmente en celos; se consumia su enojo, porque para aquel que ama una nada hasta para esacervarle y enfurecerle, y á cuanto rodea al objeto de su pasion maldice, abomina y aborrece: su misma pasion le cegaba, porque si hubiera

observado con mas detencion, hubiera advertido que disminuian poco á poco los importunos. Por fin llegó el momento anhelado, y el enamorado heredero de Nortumberland, acercóse á su dama mal parado aun con el espectáculo de la escena precedente.

—No aborreceis á esos majaderos?...
Preguntóle Ana.

—Señora: yo soy quien con mas justicia puedo y debo haceros esa pregunta, por alcanzar de vuestros lábios alguna respuesta que me tranquilice, toda vez que vuestra afabilidad para con todos me hace delirar de celos y de enojos.

—Pues que con tanto anhelo aguardais mi contestacion, os diré que me son insoportables, tanto como á vos; mas que á vos quizá, porque vos no combatis en sus deseos, sus amores y sus galanteos pesados y fastidiosos: pero dejemos esto aparte, amigo mio, y tornemos la vista á negocios de mas importancia y de los cuales dependen nuestra

dicha verdadera: sí, me, pues, y creed an-
 tiopadamente que todo cuanto voy á re-
 velaros es la pura verdad y que solo
 movido de las circunstancias agravantes,
 que vos ignorais mas que yo lamento,
 es haceros una revelacion que acaso me
 sea enojosa. Entre todo ese enjambre
 de apuestos doneeles que por mi mal
 han dado en festejar mis gracias, segun
 su repetido decir, hailos tambien de
 considerada valia y merecida opinion, es
 por la nobleza de que pueden hacer alar-
 de, como por sus bienes de fortuna: el
 estado de mi casa, si bien puede en no-
 bleza competir con la primera, no es
 igual en lo demás, y si Tomás mi pa-
 dre, si no por ambicion, á lo menos
 por conveniencia en mi favor, puede muy
 bien conciliar mi enlace con algun otro que
 no seais vos: mi corazon, no lo dadeis,
 rechazará toda clase de sugestion amoro-
 sa; pero un deber me obligará á obe-
 decer á aquel á quien debo la vida:
 dentro de mi pecho y mientras perman-
 neza libre, seréis solo el que habitará

y estará consagrada mi alma solamente para el que he escogido, consultando tan solo mi inclinacion: pero si mañana sir Bolena, que no escuchará el grito de mi amor, me enlaza con otros que no seais vos, un deber me hará olvidaros: es decir: que aun cuando una voz grite dentro de mi corazon en vuestro favor, victima resignada al cruel sacrificio, sufriré mi dolor sin volver siquiera la vista sobre el hombre à quien amara algun dia: ved, pues, lo que acabo de deciros: consultaos á vos mismo y preguntad al caballero Percy cuál es su deber en un caso semejante, sin olvidar que la menor tardanza puede dar por resultado desgraciados accidentes, que será tarde à remediarse mañana mismo. Pensemos unidos en contrastar la desgracia que veo apocsimarse á pasos agigantados, porque en todo esto veo envueltos secretos aciagos presentimientos á que dá lugar mas que otra cosa, la idea positiva de que la voluntad del monarca se entrometa en este negocio, y

¡esto conocéis la imposibilidad de resistir á sus mandatos.

—Pues yo, señora, os contestaré que antes que logren la posesión del tesoro que codicio, les ha de ser necesario arrancarme la existencia en campo abierto y combatir cuerpo á cuerpo conmigo todos esos almirados caballeros, tan llenos de afectos como escasos de valor: Si, porque no creáis que pretendo alcanzar vuestra mano atrastrándome á los piés de ese déspota que apellidan rey: no: yo no he nacido para suplicar, y mi frente no se abate ante hombre alguno: y tan grande, tan superior es mi determinacion y mi arrojo, que con él me siento capaz hasta para derribar de su trono al engreído hijo de Richmond, digno descendiente de esa raza execrable de avaros y asesinos.

—¡Oh Percy! Lo veis?... Soy la postera para todo en vuestro pensamiento y vuestro corazón: todo lo anteponeis á mí. Devorado sin cesar por vuestra comezon de celebridad, nombre y por-

venir, remontais vuestro vuelo hasta el disparatado inmenso espacio de esas quiméricas ilusiones con que soñais, desconociendo hasta el principio y fin de lo que Dios ha hecho, y queriendo abarcar con vuestra débil mano hasta los destinos elevados de los principes mas grandes de la tierra: esas son locuras, y esas locuras, por mas que á mis ojos lleven el sello de grandeza y superioridad, sobre la turba de los demás hombres, son locuras que nos conduciran á la muerte.—No, no me amais, Percy, ó á lo menos le manifestais así.

—¿Qué no os amo, señora?..... Oh! me injuriáis?... ¿Qué no os amo?... ¡Quién poseyera un ejército y se encontrara ahora delante de las puertas de esta ciudad de esclavos para entrar en ella y destruir por mis manos todo lo mas alto y poderoso de ella, entregando al pillaje los ricos y dorados palacios donde habitan los que porque han debido á la suerte haber nacido de padres que se distinguieron por sus hechos algun dia,

hoy se engríen con altos puestos, que ni merecen ni han conquistado mas que con la intriga la adulacion y el favor. Ah! yo arrancaria la corona de la cabeza de Enrique y la colocaria á vuestros piés para que la holláscis con vuestra planta. Veriais, señora, entonces si os amo, porque mi espada sería rayo fulminante que trocaria en cenizas cuanto vos rolea: Y luego, cuando sobre un monton de escombros y ruinas apareciese como el ángel vengador de los oprimidos, cuando vuestra voz fuera la ley, comprenderiais que todo era obra de mi esfuerzo y vuestro amor: de ese amor que desconocéis porque no se parece al de esos otros inmundos gusanos que se arrastran con humildad ante las gradas del trono.

—Ay Percy!... Veo que obraré con imprudencia si insisto en unir mi suerte á la vuestra; porque ni he logrado ni lograré que vuestro corazon me pertenezca á mí sola por completo: debo olvidaros por mi bien y vuestro bien, pa-

ra evitarne yo muchas lágrimas, y á vos el deseo de acometer esas proezas tan locas que nos conducirian á la desgracia.

—Me estais atormentando, señora: ¡oh! poned á prueba mi afecto: exigirme un sacrificio por grande, por costoso que fuere, y si á él faltáre sereis dueña entonces de acusarme de mentiroso. ¿Qué quereis, decid? disponed de mi brazo y mi espada: dad una sola señal y vereis cómo corro á arrancar una á una las viduas de todos esos engreidos palaciegos que cercan al trono y que zumban en vuestro rededor, y que sin duda me roban poco á poco vuestro amor: vereislos tendidos á mis piés para que sirvan de alfombra de los vuestros. ¿Qué peligro habrá que yo no desafle? exceptuadme á mi padre y todos los demás me parecen nada: polvo, humo: gusanos miserables fáciles de estrujarse de un solo golpe.

—Pues bueno, Percy: si es cierto que no aguardais mas que mi orden para

obrar: puesto que deseais conocer el medio por el cual podeis obtener la seguridad de un amor, este no es otro sino que renunciéis á todas esas locas ideas que en continua lucha dentro de vuestro corazón me roban la mitad y mas preciosa parte de él: y tened cuenta con lo que voy á deciros: mi voluntad es inflexible, de hierro, y una vez pronunciadas las palabras por mis labios todos los poderes de la tierra no son bastantes para hacérmelas retractar. Si queréis proseguir creando fantasmas, jamás obtendréis mi mano: no quiero llamar esposo, ni lo llamaré nunca á un hombre que está sediento de sangre. Elegid, pues, Percy entre Ana Bolena y las batallas, y elegid al momento porque no quiero alimentar por mas tiempo el fuego de una pasión tan loca: Sí, Percy, loca, porque amaros á vos, es amar á un visionario. Renunciad á esa existencia tumultuosa y agitada, y considerad que muger alguna habrá de conformarse á pertenecer á un rebelde, azote de la pa-

tría donde naciera, que tarde ó temprano ha de ser presa del verdugo y el cadalso: ya sabéis mi resolución: ó vuestra soñada gloria, ó mi mano, caballero.

Cuando entre una realidad encantadora y una ilusión quimérica se emprende esa lucha en que combaten el corazón y la cabeza, siempre triunfa el corazón, porque supeditando á todo otro pensamiento secundario, ahoga cualquiera idea que no esté en contacto con el objeto que se ama. Tanto mas debería suceder ahora, que por buena ó mala suerte de Percy, sus ideas de grandeza no eran otra cosa que sueños, y los sueños son tan lejanos y difíciles, como ver brillar el sol en todos sus fulgores á la hora en que la naturaleza imitando á los mortales, reposa también y descansa en el letargo de la noche: así, pues, los encantos de Ana triunfaron, y sometióse el fogoso amante á la voluntad y á la voz de su querida, jurando con docilidad, consagrarse á ella y no mas

que á ella; para lo que desde luego iba á empezar á poner en acción todos los necesarios y útiles medios que les fuesen precisos hasta llegar al deseado término de un enlace tan suspirado por Ana en aquellas circunstancias, porque la situación apuraba.

Indicóle Ana en seguida que el primer paso que debía dar era solicitar el consentimiento del cardenal de York, así como el de sir Tomás Bolena, no olvidando escribir á su padre, el que á aquella sazón ignoraba todos los pormenores de semejante empeño.

—Sobre todo, decía Ana; no acaloreis con el ministro, caso dado de alguna repulsa, porque esto pudiera tener fatales consecuencias. Por lo que hace á mi padre nada teneis que temer: vuestra propuesta será escuchada con la atención que os mereceis.

—Creed, señora, que ni el uno ni el otro me arredran: ninguno de los dos me pueden estorbar legalmente el poseerlos: solamente á mi padre temo, porque

una vez en mi contra no tendria fuerza bastante para resistirle.

—Escribidle.

—¿Y si aun asi se niega?

—Entonces nos resignaremos á esperar.

—Que Dios no me deje de su mano ni un instante si se negase. Nunca un Northumberland ha osado revelarse contra las canas y el legitimo derecho de sus padres. El mio, mas de una vez se ha encolerizado contra mí por mis infinitas prodigalidades, y no obstante que he sabido que las causas eran tan leves, he temblado á la sola idea de su enojo, y he corrido á implorar su perdón: ¡Oh! señorita: vos no conocéis á mi padre; si yo contrariase sus preceptos seria capaz de matarme por sus manos, y yo le dejaria obrar sin oponer la menor resistencia, porque es mi padre, despues de Dios y vos, lo que idolatro sobre la tierra.

Revelaba en tales palabras el joven Percy tal respeto hacia el autor de su

vida, y pronunciaba tales frases tan sentidamente, que conmovida Ana hasta el punto de derramar algunas lágrimas de sus ojos, rogó á su amante transmitiese á una carta el grave compromiso de arrostrar el primer impulso de enojo del viejo conde de Northumberland: no se demoró un momento pasar á la ejecución del proyecto, y en el cuarto mismo de la encantadora camarista escribióse el pliego que dirigia al padre el respetuoso hijo. Este trabajo fue desempeñado por los dos amantes, intercalando Ana en aquella carta algunas frases tan tiernas, tan graciosas y tan sencillas, que ellas por sí solas bastaban para conmover el corazón del anciano señor, y hubieran bastado con efecto, si casuales é infortunados acaso, no hubieran hecho de todo punto inútiles todos estos primeros pasos.

Aun cuando en el sentido de Percy, no cumplia sino con un deber de política, en pedir el consentimiento del cardenal para su boda con la señorita Bo-

lená, dirigióse con toda premura á la habitacion del favorito, á quien sin rodeos de ninguna clase manifestó el objeto de su visita.

Bien observó Percy, desde el principio de su narracion, por los pliegues que surcaban la frente del ministro, por el movimiento continuo y agitado de sus ojos y por las palabras inconexas con que á cada paso lo interrumpia, que no le era tan fácil como habia llegado á pensar el que el representante de los poderes de Enrique VIII accediera á sus deseos. Pero al cabo de un momento de pausa, despues de haber cesado de hablar el caballero, el cardenal volvióse secamente, y clavando sobre el rostro del jóven una mirada altiva á la par que recelosa, dióle por contestacion, era un imposible lo que deseaba, imposible en el cual no debía ni aun pensar, de aquel momento en adelante.

Vana fue la promesa que habia prestado á su amada el caballero de no ec-sasperarse, ni ec-sasperar al cardenal, por-

que dando rienda suelta á su ira, levantóse ante el ministro añadiendo:

—Pues yo os digo que ese casamiento se hará; se hará aun á despecho del mundo entero, ó consiento si no en ser esconderado del glorioso título de Northumberland, con cuyo apellido me envanezco.

—Amigo mío, calma: calma y atendedme. ¿Podreis creer que yo, tan solo por un capricho sea capaz de causaros un disgusto grande como es el apartaros de esa muger que quereis? No lo pensaréis sin duda, porque en contrario caso me hariais muy grave ofensa. Hay otra voluntad mas fuerte que la mia; mas activa, mas en accion y á la cual nada puede resistirse: esta voluntad es la del monarca, que os tiene dispuesto otro enlace, mas brillante, y sobre todo mas de su gusto. No echa en olvido tampoco el porvenir de mis Bolena, á quien reserva otro marido; y de otra suerte os hablaría, creedme, si no fuéseis vos el que pidiese la mano de la señorita Bo-

lena: si fuéscis otro, repito, en vez de negárosla, acompañaria al consentimiento que deseais la oferta y aun los títulos de grandes mercedes, empleos y concesiones, mas estos unidos á condiciones de cierta especie que no me atreveria jamás á manifestar al heredero de Northumberland: conozco vuestra altivez y sé que por vuestras venas corre la mas esclarecida sangre de Inglaterra, y hé aqui por qué, me limito á añadir á lo ya espuesto, que no labreis vuestra desgracia, volviendo á insistir en tal demanda: vuestra ruina y la ruina de vuestra familia serian los frutos que recojeriais tan solo, faltándoos, si no sabeis conteneros, un paso tan nada mas para rodar hasta el fondo del abismo que se abre ante vuestros piés: conoced vuestro deber y buid del volcan por sobre que vais pisando, antes que su fuego os abraze y os devore.

-- Señor cardenal: no sé qué sentido dé á vuestras palabras, y casi estoy tentado á creer que pretendéis mosaros de

mi. No comprendo ni vuestras amenazas ni vuestro temor, pero de cualquiera suerte, no quiero hacer cuenta de que las he escuchado. ¿Qué extraña puede ser mi petición? amo á la señorita Bolena: su cuna es digna de mi cuna: su casa puede unirse á la mia: ella tambien me ama.....

Llegada la cuestion á terreno tal como el de tales contestaciones entre el ministro y el atrevido Percy, no quedábale al primero mas recurso que apelar á los medios violentos, así es que sentándose delante de su bufete púsose á escribir él mismo, murmurando entre dientes y como espantado palabras inconexas y vacias de sentido: no obstante, á cada momento añadía: ¡Amado!... amado, Dios del cielo!... Desgraciado Percy, desgraciado.—La carta que escribia, era dirigida al conde de Northumberland, y en ella lo suplicaba encarecidisimamente, se presentara en la corte tan pronto como recibiera aquel aviso: Con efecto, no habia pasado mucho tiempo, cuando un correo de gabinete salia á escape por una

de las puertas de palacio, interior que por otra el joven Percy, tambien aguijando su caballo, daba al escape en direccion de la habitacion feudal de sus padres.

Gran campo para sérias reflexiones estendíase delante de la vista del enamorado caballero, porque haciendo de su pasion la causa legitima de un rompimiento ya se soñaba empeñado en una lucha en contra del monarca, en la que estuvo vencedor, se presentaba orgulloso y altivo, teniendo á sus piés al terrible Enrique VIII de Inglaterra.—Si el rey me negase su consentimiento, entonces... ¡oh! entonces tendrá que llorar mi resentimiento y mi venganza. Mi abuelo tambien; por motivos quizás mas fútiles, revelóse contra Enrique IV: Sí; una sola palabra fue bastante para sellar una ofensa, y esta ofensa, bastante por sí misma para hacerlo arrepentir, porque su trono flaqueó sobre sus cimientos, estando próximo á desmoronarse.—Aun existen los hijos de los que acompañaron

á mi abuelo en su descontento: aun en el Norte alientan los ciegos partidarios del nombre de Hostpar, y yo sabré reunirlos, haciendo revivir la memoria del que fue mas grande que los demás, porque luchaba contra un magnate: Si, yo lucharé igualmente y acaso, acaso, llegue un dia en que mi amada me deba una corona.

Verificóse la entrevista entre sir Tomás Bolena y el amante de su hija, y si bien el primero notó la grande agitacion de Percy al pedir por esposa á la encantadora Ana, no quiso formar juicio aventurado, y contestó el maneebo que no habia por su parte obstáculo alguno para semejante enlace, sino que antes por el contrario celebraba tal ocasion para unirse con vínculos los mas estrechos á la esclarecida casa de los Northumberland; pero que esto se entendia, median-do el consentimiento del conde.

Por desgracia ó por fortuna, porque no sabemos como lo nombraremos sin equivocarnos, la carta del ministro lle-

gó á manos del viejo señor, antes que la tan estudiada y bien dirigida que su hijo en union con su querida habian enviado en el mismo dia: cual fuera el contenido del pliego del favorito, cuales las razones que en él emitiera, y cuáles en fin los medios que pudiera emplear, no son absolutamente desconocidos; pero sí podemos decir, que el conde se presentó en el gabinete del cardenal muy pocas horas despues. Limitóse Wolsey en un principio á esponer al orgulloso noble, clara y sencillamente la relacion de los amores de su hijo con la señorita Bolena, los progresos de su pasion y la definitiva decision que habia ostentado en su presencia cuando le habia insinuado que el monarca reservaba darle en casamiento otra jóven no menos hermosa y noble: harto conocia el cardenal que esto le era suficiente para concitar al conde en contra de su hijo. Sabia que de esta suerte, y herido el amor propio del anciano Northumberland por no haber á su hijo pedidole permiso para amar

á la señorita Balena, escallaria con todo su impetu arrancando por decirlo así en el primer momento hasta la esperanza al jóven para poder aguardar que algun dia tornase á nombrar á su amada: con esto, todo quedaba arreglado sin ruido y sin escándalo. — Con efecto, todo iba saliendo como lo habia previsto, y el conde hizo llamar á su presencia en el mismo gabinete del ministro al enamorado Percy; que vino á aparecer por tal recurso culpable de desacato y atrevido.

— Venid, caballero, venid: con que vos por todos medios procurais atentar á mi reposo, mi quietud y mi tranquilidad? ¿Con que vos, poniendo en olvido lo que os debeis y me debeis dia por dia hallais los mas santos deberes y hasta la obediencia de que me sois deudor?... Percy, Percy: os he perdonado muchas faltas: os he disimulado vuestras prodigalidades, vuestros vicios, vuestras locuras, y nada ha bastado para conteneos: sois orgulloso, libertino y disipador, •

y à todo esto pretendéis añadir la impunidad y el descanso!... Pues bien, tened presente lo que vais à oír, porque lo juro solemnemente y en presencia del ministro del rey: desde este instante no sois nada mio: conservareis solo el apellido de vuestro padre, porque no puedo quitároslo; pero mis bienes y mi título serán de vuestros hermanos, y pobre y desnudo de todo, huireis de la morada de vuestros antepasados porque sus puertas se cerraron para vos.—Id pues, de este modo à ver si los Bolena, consenten en admitiros en su familia.— Tales fueron las primeras palabras del conde de Northumberland.

—No es eso, señor, no es eso, (replicó Wolsey) lo que debéis hacer, y ni el rey ni yo lo consentiríamos nunca: solamente debéis impedir que nuestro buen caballero Percy contiúe en sus amores porque...

—Ah!... descuidad: porque en cuanto à eso..... creed que..... no sé qué deciros: mas de cualquiera suerte no vol-

verás ni aun á pensar en semejante boda.

—Sí, sí, conde: eso es lo prudente, porque en el caso contrario arriesga en la partida tal vez no menos que su cabeza.

—Qué habéis dicho?... Creo, quiero creer que he oído mal; muy mal: ¡Su cabeza! ¿Y quién será el que venga á cercenarla de sus hombros?... ¿Creeis por ventura que la enrojecida cuebilla de vuestras baetas llegan hasta el cuello de un Northumberland?... Ah señor cardenal! os equivocais: son demasiado duros y no hay para ellos ni dogales ni puñal. . . ¡Su cabeza!... La cabeza de mi hijo!... Sangre de Dios... Venid, Percy, venid: partamos a Warkivorth, y esperemos allí al osado que quiera probar su valor y su osadía.

—Partamos, exclamó Percy, (transportado de alegría), partamos y que nuestros vasallos empuñen sus viejas y aguerridas armas.

— Milord, os habeis vuelto loco. Casi dudo que habéis tan ligeramente. Habéis interpretado mal el sentido de mis palabras: ni el rey ni yo queremos haceros daño de ninguna especie, y esto es tan al contrario, que S. G. me ha encargado os notifique un nuevo favor. Este es el matrimonio que ha determinado contraiga vuestro hijo con la señorita Talbot, que como sabéis es de las primeras noblezas, considerada y opulenta: además el rey os prepara para ese día un presente régio y como preliminar de los contratos ha puesto á mi cuidado entregaros este despacho por el cual se confiere á vuestro hijo un mando superior en el ejército.

— Eso es diferente: suplicoos pues, que disimuleis mi ligereza y que olvidéis mis palabras: decid al rey en mi nombre ..

— Qué aceptais sus generosos ofrecimientos?

— Si, milord, si; nada hay en ellos que no esté en armonía con mis sentimientos.

— Entonces solo falta el beneplácito de vuestro hijo.

— De mi hijo?...

— Si milord.

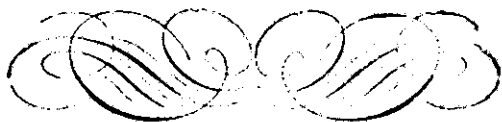
— Basta mi palabra.

— Si es así, pasemos á palacio y en él se firmarán los contratos.

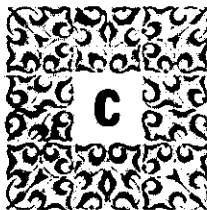
— Sigüeme Percy: te lo mando.

— Estoy perdido: todo está terminado.

— Baluceó el jóven siguiendo á su padre triste y silenciosamente. — El cardenal tambien con su risita acostumbrada é interin atravesaba las galerias de su palacio reflexionaba en el lance, diciéndose á sí mismo — ¡Qué raza tan orgullosa es esta de los Northumberland!



VII.



cosas hay tan admirable-
 mente dispuestas, tan
 inconcebibles, y tan ines-
 peradas, que solamente
 considerando son emana-
 das y dirigidas por la
 mano de Dios, es como puede el hom-
 bre alcanzarlas ó definir las. Las mas pe-

queñas causas, las circunstancias mas indiferentes, el mas imperceptible accidente de la vida del mortal, son à veces el principio de esos cambios que en el teatro del mundo vemos sucederse, y con los cuales se truecan en primeros actores los que yacian tal vez relegados y oscurecidos. El sino de la criatura, el destino que el Omnipotente le reserva, el porvenir que le prepara acércase paso à paso hasta llegar à su término, y para ello todo cede, todo cae, todo es nada, porque una fuerza superior acrece y supera à los mas obstinados inconvenientes, à los obstáculos mas invencibles.

Quién hubiera podido creer que el amor del único hombre que habia logrado interesar el afecto de Ana, que aquel amor tan puro y tan casto que tenia por único y solo objeto el lazo de una union eterna, habia de ser un escalon para allegar hasta el lugar preparado para la encantadora muger! Quién se hubiera determinado à asegurar que

aquella firme é impertérrita voluntad del enamorado Percy habia de estrellarse con tanta prontitud, y que sus juramentos repetidos cien veces fuesen tan fugaces como la ilusion de un niño! Quién, finalmente pudiera concebir ni aun en el instante de mayor delirio, que el ambicioso noble á cuyos ojos el mundo era pequeño, al que las mas supremas cabezas parecian las de los reptiles mas inmundos, al que abagaba la idea de conquistar para su esposa una corona, fuera el primero en ceder ante las repulsas y reconvenciones mas ligeras? Ciertó es tambien que estas eran emanadas de los lábios de un padre; ¿pero qué ley reconoce el amor, cuando él llega á aquel grado en que dentro del pecho se ahogan todos los otros sentimientos?..... ¡Oh! los que nunca hayan cerrado su alma al inefable goce de adorar á una muger, los que no hayan escuchado ni una vez el mágico acento de una boca angelical que nos dice: «Yo te amo» serán los que

defenderin quizá que el respeto filial acallaba en Percy el grito de su pasión: él no podía ignorar que su amada despreciaba altamente los oropelos mundanales; que ambiciosa solo del afecto que le había consagrado, jamás hubiera retrocedido ante su desgracia y su abandono: había demasiado nobleza y magnanimidad en Ana, para olvidar á Percy desheredarlo, cuando había amado á Percy el opulento; y sin embargo ante la imágen de su pobreza y del cojo de su padre, secó su corazón y ahogó el grito de su conciencia que le acusaba de perjuro, y loco ó ingrato sin apreciar el tesoro que perdía, obedeció y dió su mano á otra mujer: mas volvamos al principio: era necesario que así sucediese para que Ana siguiera adelante en su camino y llegase hasta el trono y el cadalso.

Ni una queja, ni una súplica, ni el menor lamento pronunció el heredero de Northumberland, cuando con imperioso ademán le ordenó su padre firmase el

contrato por el cual quedaba enlazado con la señorita de Talbot, ni mucho menos cuando preparada la ceremonia siguióla hasta el altar: frío y silencioso tendió su mano y solo articuló el sí que lo esclavizaba para siempre. Mas cuando llegó el momento en que se adelantaron á felicitarle y en que se le mandó abrazar á su esposo, cayó sin sentido en el frío suelo, hiriéndose en la cabeza contra las lozas del templo. Este fué su único desahogo, así como la única espresion de un sentimiento que no sabremos decir si era producido por su orgullo herido ó por el recuerdo de su amada: despues vuelto á su estado normal dió el brazo á su consorte y acompañóla hasta el coche que lo esperaba para conducirlo con ella á las provincias del Norte á donde llegaron sin novedad alguna.

En tal estado las cosas, fué puesto al cuidado del cardenal de York el encargo de comunicar todas estas particularidades á la interesante camarista.

Después de un prolongado esordio en que el cardenal procuró ostentar y hacer alarde de toda su ciencia cortesana y en que pintó con los colores mas denigrantes la conducta del jóven, así como con los mas allagüenos la pasión del rey, concluyó con añadir: «Conoced, pues, señorita, esenta de disfraz mi dolo la verdad del caso: la mano de nuestro monarca por si misma es la que ha conducido este negocio, y todo por vuestro amor, porque os ama contra la efusion de la idolatria.» Así se contradecía aquel gran hombre empezando por atribuir à Percy la culpabilidad y concluyendo por quitársela, gravándola sobre Enrique, que ageno de los medios, porque todo era obia de Wolsey, no habia hecho otra cosa que aprobar lo que el Omnipotente ministro dispusiera para contribuir á los reales placeres y asegurar su poder eternamente.

No era la señorita Bolena muger que se entregara ante el ministro ni que se entregara á su pesar: por el contrario,

altiva é irónicamente volviése á su eminen-
 cencia diciendo:

— Señor, sería yo ciertamente indigna
 de tantos favores sine los pagara con
 creces y tal como ellos merecen. Diréis,
 pues, al rey, que en prenda de mi afecto
 puede contar con que desde hoy en
 adelante no me volverá á ver por mi vo-
 luntad; y que si de la suya me obligase
 à estar presente en aquellos momentos en
 que la obligacion me ordene hacerlo, no
 lograré violentarme hasta el punto ni de
 dirigirle una palabra ni de contestarle á
 las que me dirija.

— Libreme el cielo, señora, de seme-
 jante locura, porque tales razones como
 las que pronunciáis no son sino lo conse-
 cuencia inmediata de vuestro primer arre-
 bato.

— Muy bien: quereis por ese medio pro-
 porcionarme la satisfaccion de que sea yo
 misma quien se las diga?... Quedareis sa-
 tisfecho: Enrique VIII y su primer minis-
 tro el gran cardenal Wolsey, son los dos
 hombres primeros de Inglaterra; pero si

como su poder es estensivo á catorce millones de hombres lo fuese á todos los que pueblan la redondez del mundo, si mandasen en el mundo todo, Ana Bolena los desafiaria con arrogancia, porque es su honor mas grande que ellos, podeis ya retiraros, señor cardenal.

—Sin duda mi noble hechicera, habeis estudiado en vuestro espejo que es la cólera una de las pasiones que mas favorecen vuestro encantador semblante, porque sabeis serviros admirablemente de ella, y os confieso que subyugariais el corazón mas duro, si mirárais al que lo guardase en su pecho con su hermoso enojo: pero loquilla: aun no dejando aparte que el rey haya obrado tal vez con sobrada tiranía, debe de servirle de disculpa que vos y sola vos sois la que le habeis trazado su conducta: no obstante, él os perdona y pronto, muy pronto tendreis pruebas que os corroboren lo que os digo.

—Por Dios, señor cardenal, exclamó Ana llena de despecho é indignacion, por Dios que es harto ridiculo y humillante el pa-

pel que estais representando: uno de los primeros principes de la iglesia, tercero de un capricho impúdico y obsceno de su monarca! Confidente de un amor tan insolente como despreciable, ¡oh! creedme! Si llegára un dia en que lográtais seducirme, va os rendiria el justo pláceme cuando nos halláramos los dos cara á cara en el otro mundo; y frente á frente del supremo juez que ha de juzgaros.

—Muy bien: continuad, continuad de ese modo, y no temais que por ese desahogo se altere mi ánimo ni me malquiste con vos: esa cólera que demostrais ahora ha de cambiarse muy en breve en agradecimiento: teneis una bella alma y el reconocimiento que me debereis os trocará en complaciente y benigna: reservad para mí en el entretanto toda la amargura de vuestras quejas y el amor para Enrique, porque él os adora y es digno y muy digno de él.

—Es decir que debo combatir contra ese amor y contra vuestras asechanzas?... No creais que me acobardo: pero rogad al cielo que no llegue á ser vencida, por-

que mi derrota también os comprenderá: creed que el primer uso que haría de mi poder sería derribaros por tierra para que conociérais que á veces el insecto tiene fuerzas para destruir al tigre, sino con la fuerza con la astucia.

—Desearía que mañana, hoy mismo se efectuara el cumplimiento de esa amenaza: haga Dios nos encontremos en breve en semejante terreno, porque alcanzaría para el monarca la tranquilidad y para mí una amiga: esas armas con que queréis derrotarme, encantadora niña, se emplean cuando no se pone la felicidad: pero ya dichosa, como en ese caso seriais, plácemes mil serian dado á este pobre vasallo que no mira otra cosa que contribuir por todos los recursos conocidos á conservar á su patria el mejor de todos los reyes.

—¡Oh! me vengaré! ... no vengaré!... decía Ana, derramando lágrimas ardientes de sus encendidos ojos.

—Retírome, pues, seductora hechicera: tornad á vuestra calma, y pensad en el

porvenir: á él reservo el logro de mis desvelos: todo era bien al cabo, porque convendréis en que debéis seguir el camino que se os abre. Por vos, por vuestra familia, por cuantos os rodean debéis considerar tenéis en vuestra mano su suerte: Jorge, ese hermano á quien tanto amáis sera elevado á un puesto al que por otro medio no podría aspirar jamás, y vuestros dandos todos, agrupados al rededor del trono, os bendecirán por haberles proporcionado una vejez tranquila y opulenta: reflexionad y decidid en vuestro juicio.

Levantóse el cardenal, hizo un profundo acatamiento ante la jóven camarista, deblando su orgulloso y erguido cuello ante la solicitada concubina. cuando se levantaba con alivéz delante de la grandeza, y disponíase ya á salir, cuando incorporándose Ana, se adelantó hasta salirle al paso, y con voz enérgica dijo al cardenal:

— Monseñor Wolsey, príncipe de la iglesia, opulento cardenal, favorito del rey de Inglaterra, hábil diplomático, científico ministro, decid á vuestro amo que su amor

hasta hoy me asustaba; pero que de hoy en adelante lo desprecio: mas que como vuestro encargo de Tercero ha sido tan fielmente desempeñado mereceis una recompensa, y esta será tenedlo presente el triunfo de que Ana Bolena se aparte del lugar en donde tal ofensa se le ha hecho: es decir que lo que habeis logrado con vuestra presencia, es que la señarita Bolena, parta al último rincón del mundo para huir de la vista del hombre que degradándose ha querido degradarla.

Sin dar lugar á la menor respuesta, internóse Ana en las habitaciones contiguas, dejando á Wolsey petrificado y sin accion ni aun para dar un paso: no obstante el cardenal, despues de algunos segundos dejó vislumbrar sobre su frente dos ó tres surcos que producian sus cejas al arquearse, y murmuró entre dientes... sea lo que Dios quiera: dicho esto salió á pasos cortos y tardíos.

La deliberacion de Ana era heroica, sublime, digna de un alma como la suya: la casualidad habiala hecho escapar de las ma-

nos de Francisco I de Francia: las asechanzas del ministro inglés y los torpes deseos de Enrique habíala robado el hombre que su corazón había elegido para esposo: ella ya no sería sino la esposa de Dios: permanecía sola en el mundo, y encerrando en su alma el recuerdo de todo lo pasado, vivía rogando al cielo prolongara la vida de su padre y hermano, únicos apoyos que en el porvenir le quedaban, puesto que la suerte habíala negado el de un marido, que es el mas sólido y el mas verdadero.

Ya no juzgó conveniente la embelesadora camarista ocultar por mas tiempo á su hermano aquellas particularidades de su vida; y venciendo el natural empacho que siempre resulta á una muger de hacer confesiones semejantes, en presencia de su amiga mis Savage, puso en conocimiento de Jorge el secreto que por tantos dias escondiera: de comun acuerdo aprobaron la resolusion de Ana de partir de la corte y pensóse en seguida en el medio de efectuarlo: como siempre en circunstancias de este jaez, se apeló á una supuesta enfermedad, y Ana

Boleña enfermó tan repentina y gravemente que se negó absolutamente la entrada en su habitacion á todo el mundo por disposicion del facultativo: á los muy pocos dias declaró el mismo, que solo hallaria la paciente alivio á sus dolencias, dejando la corte y pasando á respirar aires mas puros: como era muy fácil alcanzar la licencia de la reina, muy pronto hallóse todo dispuesto, y Ana partió para el castillo de Hever, perteneciente al condado de Kent, sumiendo en el desconsuelo á sus innumerables amadores, en el asombro á toda la corte, á los cantores de su belleza entregados al efímero placer de recordar en sus versos los destellos de aquel sol que se alejaba, y al monarca de su desesperacion, y poseido de continuo de un mal humor del que eran victimas todos cuantos le rodeaban.

No será necesario que nos estendamos demasiado para pintar la triste vida de nuestra retirada heroína: conocido su carácter, su viveza y sus costumbres, no será difícil creer que las mas amargas lágrimas empa-

ñaban muy á menudo sus angelicales ojos; allí ante los viejos tapices del feudal castillo, ante los vetustos retratos de sus antepasados, cuyo origen se perdía á través de los mas remotos tiempos, reconocíase mas digna que nunca de pertenecer á un Northumberland, y por lo tanto mas sentida de la pérdida del bien soñado. No un mes ni dos duró esta angustiosa situación; fueron necesarios muchos meses y muchos esfuerzos de parte de sir Jorge y mis Savage que habian acompañado á Ana en su destierro, para que la risa volviera á aparecer en sus lábios, el carmin en sus mejillas y la paz en su corazón.

No estinguida nunca, sin embargo, en la mente de mis Bolena la idea de su regreso á la corte y el recuerdo de los pasados placeres, aguardaba llena de ansiedad un dia tras otro dia el en que se anunciara de espresa órden paternal el presentarse en los salones en York House, en los que tantas galanterias habia oido; en que tantos suspiros se habian escaldado á sus ojos y por sus ojos; en que tantos incienso se habian

quemado y cuyos holocaustos eran holocaustos de su hermosura: acostumbrada á pisar por sobre una alfombra de flores cortesanas, que es todo lo ilusorio que puede crear una jóven, el árido erial porque hora sus días corrían, era doblemente amargo; doblemente triste; doblemente monótono: la muger que habia sido amada de dos reyes y dos reyes de los mas grandes y opulentos del mundo, la que se habia visto rodeada y aun cansada de la adulacion de tantos áitos hombres, hoy carecia hasta de un miserable trovador que cantase á su ingratitud y sus rigores: tal es nuestra condicion humana: mis Bolena habia renunciado voluntariamente algunos meses atrás á todos estos goces, y mis Bolena los apetecia ahora con todo su corazón. Pero el orgullo, ese orgullo que forma en mucha parte el veje de fuerza y divinidad con que santificamos á la muger, contenia á la encantadora Ana, y por nada del mundo se hubiera rebajado hasta manifestar aquel descontento que se le rogase lo que apetecia: que se le suplicase, que se la solicitase, y en este caso con-

ceder como favor lo que era para ella un favor.

Sir Tomás Bolena, por su parte, desconociendo absolutamente las causas de aquella tan repentina como larga ausencia de su hija, perdíase en mil conjeturas: él también ansiaba el regreso de su hija: la satisfacción que le resultaba en presenciar sus triunfos lo engracia, y el buen señor atagaba su excesiva vanidad, al espectáculo de tantos corazones, heridos con el dardo de amor, y que Ana domaba á su antojo: así pues, no dejaba pasar un día sin instar porque Ana volviese á su lado: todo era inútil: Ana necesitaba otras instancias: la de la pública opinion: la personal de la nobleza: la de todos sus admiradores.

Mas era llegada la época en que sir Tomás Bolena se retiraba de la corte para entregarse á los placeres de la cacería, cosa porque tenia una predileccion estremada. Verificóse su partida y su arribo al castillo morada de su hija, fué muy oportuna para disculpar en adelante la ausencia de la

camarista del lado de su soberana.

No habían pasado muchos días desde el en que el noble inglés había abrazado á su hija bajo las feudales bóvedas del castillo de Héver, cuando trasladada la corte á Greenwich, recibióse tal noticia, que no dejó de causar cierta impresion en Ana, porque situado este real sitio en el mismo condado de Kent, resultaba tener muy inmediato al enemigo de que en vano había querido huir. Y en vano repetimos, porque con efecto, en una de las mañanas en que sir Bolena rodeado de su familia se encontraba sentado á la mesa, presentóse á las puertas del parque un gentil-hombre que solicitó ser conducido hasta el anciano señor, del que una vez en su presencia le notificó se aprestára para recibir al monarca, que en calidad de vecino solicitaba una visita. — El antiguo noble corrió al encuentro del rey gozoso y aturdido del honor que se le dispensaba. — Sir Jorge espantado y trémulo quedóse petrificado y sin aliento aun para apartar el vaso que tenia en la mano, y Ana, recelosa pero simulada, corrió á

encerrarse en su aposento.

Seguido de una corta, pero lucida comitiva, penetró Enrique en el castillo, enal disimulando el verdadero objeto de su visita: su voz trémula, sus palabras incesantes de todo punto y su zezobra, daban á conocer que mentía al fraguar el pretesto con el cual queria hacer creer era su visita impulsada de muy distinta causa que la que la sugería: el atrevido Brian, de que anteriormente hemos hablado á nuestros lectores, pretendió auxiliar á su dueño; pero solo contribuyó con sus enmarañados disparos á hacer más crítica la posición del pobre rey, sobre el que sir Jorge clavaba tales miradas, que le demostraban en toda su estension la fuerza de un resentimiento que se estrellaba en la dignidad del agraciado.... sir Tomás presenciaba todo esto, pero sin notar la menor cosa, por carecer de antecedentes lo uno, y porque en tales momentos solo él embriagaba la honra de tener al rey por huésped.—Cruzó la conversacion largo rato sobre cosas de todo punto indiferentes, y ya habia transecurrido una hora,

cuando el monarca preguntó si no tendría la dicha de poder ver á mis Bolena, ya que por buena fortuna se hallaba en su casa: Jorge salió enviado por su padre, pero no tardó muchos momentos en tornar á presentarse diciendo á Su Gracia, en nombre de su hermana, lo dispensara, pues que se hallaba un poco indispuesta y además en traje inoportuno para recibir la augusta visita. Glacial silencio reinó despues por algunos segundos en todos los circunstantes: Enrique rompiólo al fin, dejando estallar toda su cólera, reprimida demasiado tiempo...

--¡Oh! juro por la memoria de mi padre que si llega mi ánimo á cansarse, he de echar por tierra hasta la última de estas torres, terraplenando la profuundidad de sus fosos con los mutilados cadáveres de sus moradores. -- Despues se adelantó á la puerta, bajó las escaleras, y llegó á la del castillo en donde montó á caballo partiendo con la velocidad del rayo, interin que sir Tomás entregado á profundas meditaciones se devanaba los sesos no sabiendo á qué atribuir aquel arranque de cólera, y tan abis-

mado en sí mismo que hasta olvidó presentar el estribo á su rey y su señor.

En vano fue querer investigar las causas del enojo de Enrique por mas que sir Tomás, ya con maña, ya con amenazas procuró recabarla de sus hijos: sus hijos siempre contestaron que todo lo ignoraban, y sir Tomás quedó en su ignorancia aguardando un dia tras otro, el que debía poner término á sus dudas é incertidumbre. No transcurrieron muchos: la segunda visita de Enrique viuo á ponerles término, porque en ella mostróse el rey tan alegre, tan jovial, tan franco y de buen humor, que el señor del castillo atribuyó ya decididamente lo ocurrido á uno de aquellos arranques tan comunes en el carácter del soberano.—Enrique habia recapacitado que nada conseguiria de aquella muger por la violencia ni la amenaza, y determinóse á proponer ante ella todos sus fueros y prerrogativas, para alcanzar con el ruego, con la súplica lo que tanto anhelaba y que aun veia tan lejos.

Hay un Dios que vela por los culpados: en la segunda visita de Enrique al cas-

tillo de Hever, fué tan fortunado que alcanzó encontrarse frente á frente con su amada, si bien esta en union de su padre: confiado éste, ignorante de todo y anhelante de reconquistar el afecto perdido, no le costó mucho trabajo al enamorado monarca apartarle de aquel lugar, quedando solo con la encantadora Ana. No era cosa de desperdiciar la ocasion tan suspirada: postróse á sus piés y con el ardor natural del que ama verdaderamente dirigióle los mas afectuosos cariños; las mas tiernas reconvenciones.

—Conozco Ana que me aborreceis: mi amor os inspira espanto, y huís de mí tan tenazmente como huía la víctima de su verdugo: vanas para con vos todas las pruebas de la mas accendrada ternura, os habeis propuesto desesperarme á fuerza de desprecios: nada son á nuestros ojos, ni grandeza, ni fausto ni poderio: conozco muy bien que no seas un tesoro que pueda comprarse, ni es tal el intento al deciros estas palabras, el que así lo comprendáis; pero ¿rendir humildemente á vuestros piés esa misma grandeza, fausto y poderio, el presentarme ante

vos como el último de mis vasallos no la gran conmoveros? .. Habrá merecido mas ese insensato de Percy, que el monarca que arrojaría á un abismo su cetro y su corona si así lograra verse amado de vos?.. .. Tenéis un alma tan empedernida que gozais tal vez con hacer infelices?— Pues bien: si me es preciso borrar vuestra imágen de mi corazón, buscaré la muerte en los combates, porque la muerte solo podrá conseguir lo que mi amor y mi razon reprueban: muera yo; si muera, y mi muerte conmueva á la Europa entera: la desolacion caminará á mi lado y millares de victimas serán inmoladas en el altar de vuestras ingratitudes. Necesario es que yo sea odiado del mundo todo, pues que soy odiado de vos.

¿Qué responder? Qué decir?... Pueden tanto las palabras de un rey joven, amante, humilde, que llora, y llora con el corazón! Ana sintió que la piedad hacia huir de su pecho el resto de resentimiento producido por seis meses de soledad y aislamiento, y dejando fijos sus ojos en los de Enrique, hizo aparecer en sus labios una sonrisa, y no

tuvo valor para retirar de entre las del rey su mano, que aquel estrechaba convulsivamente. ¿En alma tan pura como la de Ana, tan buena por esencia, podía entrar la cólera, cuando tenía á sus piés á un rey, y este rey se declaraba su amante con tales muestras de verdad? .. Tales espectáculos tienen tanta fuerza!... dicen tanto aun sin hablar palabra!...

—No: os equivecais: yo no os ódio; no puedo odiaros: los Bolenas al nacer, heredan de sus padres el amor por los príncipes de Lancaster.

—No supongais lo que no existe: ¿si me amárais, á lo menos como á príncipe, os complaceriais en matarme tan tiránicamente? ..

Una lucha de pasiones vivísimas combatian en este momento el espíritu de la jóven: de un lado su deber: del otro el amor sincero de Enrique, porque no habia que dudar: Enrique no menta en aquel momento... ¿qué hacer?.. Tal vez la súplica del amante hubiera triunfado; tal vez en uno de aquellos momentos en que la mujer sucumbe,

porque es esa su suerte, tal vez, repetimos Ana se hubiese perdido para siempre, no obstante haber demostrado en mas de una ocasion su entereza y arrogancia; pero una casualidad devolvióla todo su valor. El lugar en que se encontraban á la sazón era una prolongada galeria, al largo de la que hallábanse colocados todos los venerables retratos de los ascendientes de la ilustre familia de los Bolenas: Ana levantó la vista, y casualmente tropezó con el de Isabel Gray, aquella tan virtuosa matrona que dando ejemplo de abnegacion, habia consentido en morir perseguida, mas bien que sucumbir al amor del rey Eduardo: mas de una vez Ana contemplando aquella hermosa cabeza, se habia entregado á las ilusiones doradas que acompañan siempre á esa edad florida en que tan solo se sueña en prosperidades y bienandanzas, y mas de una vez habia recordado la respuesta de la heroina á las pretensiones de su perseguidor: tambien recordóla en esta ocasion solemne, y volviéndose á Enrique le dijo:

— Señor, soy demasiado poco para ser

vuestra esposa, no obstante pertenecer á la proceraz nobleza de Inglaterra: pero me tengo en mucho á mí misma, para que consienta en ser vuestra querida.

—Pues bien; júrolo aquí á presencia vuestra y llamando sobre mí la venganza de Dios si falto á mis juramentos. Sereis mi esposa, y os pertenecerá mi trono, mi reino y mi corazón: preciso será tal vez remover obstáculos inesplicables: preciso también abrir la guerra con cien reyes: pero triunfaré de todos á su despecho, y en la constancia que mostraré para llevar á cabo mi designio escucereis cuanto os adora este hombre.

—Señor... señor!... Qué decis!... Una corona teñida con sangre no descansará sobre mis sienes: un cetro arrancado por el asesinato no lo tocarán mis manos: un lecho tras de el cual se levante la sombra de una víctima, no será el lecho en donde descansen Ana Bolena.

—No; no os atormentarán tales remordimientos: estad en mi poder: sereis reina de Inglaterra, pero subireis al trono sin que

resbaléis en sangre.

Aquí terminó la conferencia de los dos amantes: del rey y la vasalla: Enrique VIII que había venido esta vez solamente acompañado de Francisco Brian, partió para Greenwich á escape tendido, y seguramente hubieran atravesado todo el camino sin hablar una palabra, si Brian no hubiese roto aquel silencio.

—Habéis por fin, hablado, señor, á mi inhumana prima?

Nada replicó Enrique: ocupábanlo pensamientos muy serios: Brian continuó:

—Ni aun una palabra ha merecido vuestra gracia de esa endiablada muger?... ¿ni la menor respuesta?... ¿ni la menor esperanza?...

—La tengo: repuso el rey.

—Lado sea Dios. ¿Y pagará tantos afanes con otros tantos placeres, sin duda en la próxima entrevista?...

—No.

—¿No? Pues os juro que yo antepondría á la última mugerzuela que pudiera andar perdida en el mundo, á esa descon-

tentadiza y remilgada donecilla.

—Silencio, Brian.

—No puedo callar, señor, porque me dá ira do esa conducta grosera, y si fuese que ves, la robaria y lograria mi deseo por la fuerza ya que no de voluntad.

—Sí; pero su familia.....

—Se la encierra en un castillo.

—Y el porvenir?... y la historia?... y el mundo?

—Necesades!... de qué os viene ser rey de Inglaterra si os han de imponer esas consideraciones como al último plebeyo.

—Quizá tu parecer, á no ser imposible, fuera mejor que .. pero...

—Mejor qué? .. señor.

—Silencio, Brian, silencio.

—Loro debe de estar y loco ha de estar sin duda: murmuró el confidente, y ambas callaron porque entraban ya por las puertas del palacio de Greenwich!...

FIN DEL TOMO PRIMERO.

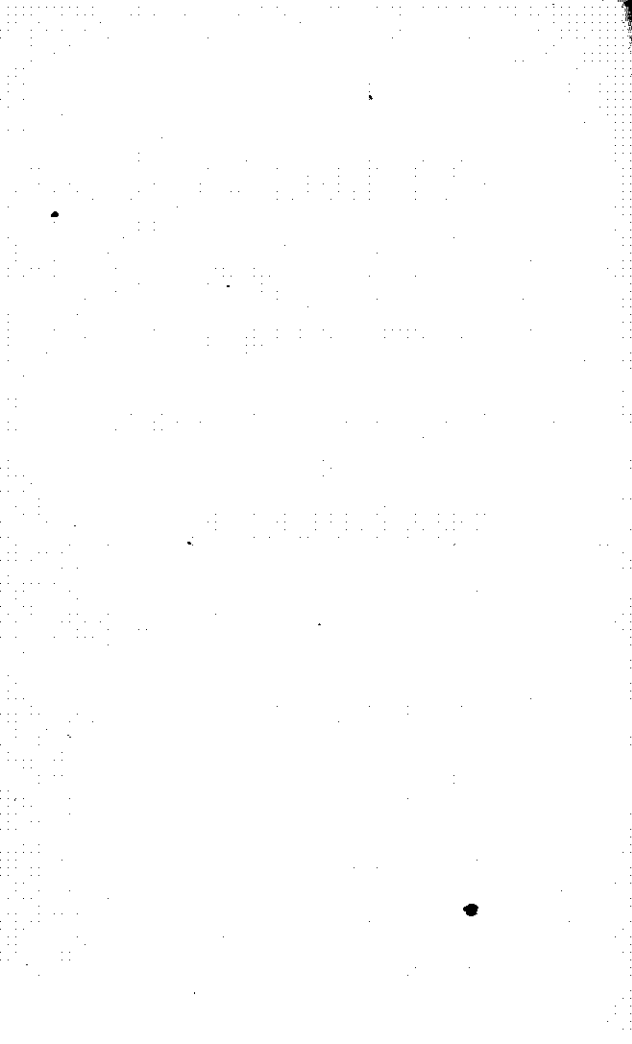
INDICE

DEL TOMO PRIMERO.



	Págs.
I.	5
II. Primera carta de la señorita Bole- na à su amiga mis Ana Savage.	32
III. Segunda carta de la id. id. á su amiga id. id.	51
IV. Tercera id. id.	74
V. Cuarta id. id.	107
VI.	139
VII.	170

ANA BOLENA.



ANA BÓLENA,



NOVELA HISTÓRICA,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS.



ARRESTADA AL ESCAFILLADO

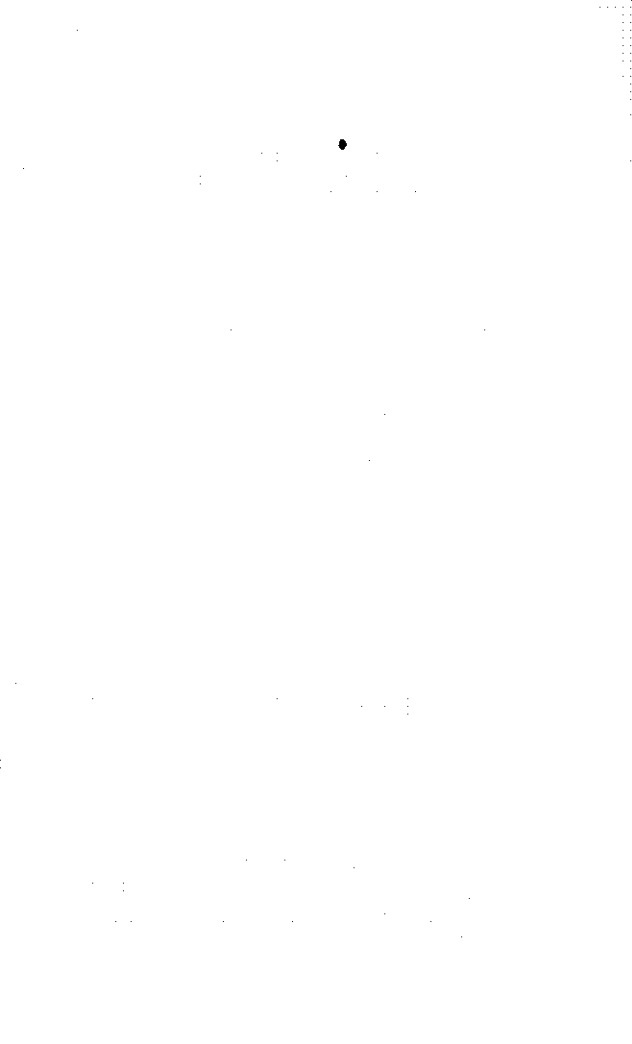
por

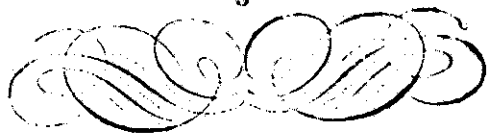
D. J. M. de C.



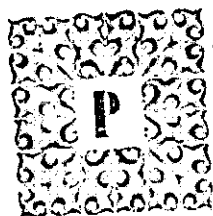
Malaga 1819.

Establecimiento Tipográfico-Literario de don José
García, calle de Granada, número 54.





I.



or elevada é independien-
 te que en la vida de los
 mortales sea la posicion
 que cada qual ocupe, por
 mas libre que se encuen-
 tre de la censura por que
 lo escudo su poder, por mas tranquilo
 que ecsista al recuerdo de su brillante for-
 tuna, hay siempre en el hombre una
 predisposicion natural á encubrir algunas

de sus debilidades y à presentar ante el mundo cubierta la faz con la máscara de la mentira: la hipocresía en muchas ocasiones facilita el logro de tal ó cual mira, y así como el mendigo desnudo y hambriento no repara en la calidad del alimento ni en el arte de los deshechos con tal de satisfacer su necesidad y de cubrir sus carnes, así no suele repararse en la sociedad para conseguir un fin en los medios que se emplean: he aquí lo que también sucedía á Enrique en la ocasión actual. Podía haber dicho descaradamente, apoyado en su poder, quiero repudiar á mi esposa Catalina de Aragon por que es el único medio de elevar hasta á mi á la pobre vasalla que guardada en el alcazar de su honor se defende contra mis sensuales caprichos: podía, repetimos, hacer esta confesion, y el mundo, aunque hubiera murmurado, hubiera tambien soldado á la nueva reina una vez puesta la corona sobre sus sienes: pero Enrique por lo mismo que amaba á Ana Bolena, no queria que recayese sobre ella la in-

famante malediscencia, culpándola de ambiciosa y concitadora en contra de Catalina: así pues, Enrique pensó y pensó acertadamente, en cubrir sus verdaderas afecciones con la máscara hipócrita de sus escrúpulos religiosos: y tan firme fué su resolución que emprendió el trabajo de crear ante los ojos de los que lo rodeaban, un corpulento fantasma vestido de todas las mayores virtudes que encubriera la verdadera esencia de su corazón: sin embargo débese confesar que á Enrique no se adoptaba al papel que con trabajo representaba y soñaba muchas veces, en medio de sus arranques revelar el secreto que se afanaba en encubrir. Además; ¡hay siempre tantos oídos ansiosos de escuchar al rededor de un rey! hay siempre tantos mudos espectadores que dejan furtivamente resbalar sus miradas ansiosos de sorprender al menor movimiento! ¡Son tan esclavos los reyes!... Viven tan espíados!.....

Pocos dias despues de la visita da Enrique al castillo de Hever, un rumor

esparciöse en la corte, rumor qua tomó cuerpo poco á poco y que ya se contaba como una verdad sobradamente probada. Decíase que el rey acababa de llamar á Longlaud, su confesor, mucho tiempo hacia retirado de su lado, para consultar con él sobre varios escrúpulos de conciencia, que una dilatada conferencia de más de cuatro horas habia mediado y que este tiempo excesivo para un simple ecsámen de conciencia, habia sido invertido en esplayar el monarca sus remordimientos á cerca de la legitimidad de su enlace con la reina Catalina. Después de esta conferencia religiosa el rey se habia mostrado muy triste y cabizbajo y esto acabó de ratificar las que no podían llamarse mas que temerarias sospechas.

Todos cuchicheaban, todos enloquecían queriendo desentrañar las causas, las verdaderas causas, pero inútil, todo inútil. Enrique con su aire contrito imponía silencio y terror aún á los mas fuertes y nadie, por osado que fuera se hubiera de-

terminado á pulsar la vibrante cuerda del corazón del rey.

—¿Podrá originarse la tristeza de su gracia de desamor ó de excesivo amor hacia su esposa?...

—No hay que preguntar eso, milord, decía la condesa de Surrey: su gracia habrá conocido al fin que es un verdadero delito tener una esposa, modelo de virtudes y de amor y huir de ella por entregarse á impúdicos placeres: no dudeis que el rey si ama y ama á su consorte.

—Pues es así, convenid conmigo mi amable condesa, en que es una cosa nueva y sorprendente el mezclar al confesor en un asunto puramente de familia; yo por mi parte no buscaba para reconciliarme con mi mujer el consejo sin mediación de nadie mas que de mi voluntad y mi cariño.

—Por Dios, señores, exclamó un caballero de San Juan, que no sabéis de lo que realmente se trata: esos escrupulos son nacidos, y esta es la verdad tan solo de la duda sobre la validéz legiti-

ma de su matrimonio. Nadie por cierto ignora que la reina contrajo su primer matrimonio con el hermano mayor de su gracia, que Dios llamó á sí tan prematuramente. Cierta es que el Sumo Pontífice, en breve especial, declaró nulo dicho enlace por hallarse ya el príncipe Artus atacado de la enfermedad que lo condujo al sepulcro cuando contrajo dicho matrimonio, autorizando al mismo tiempo á la viuda para pasar á ser la esposa de Enrique: pero este no está seguro de que la union contrada con la viuda del primogénito, no sea si no desuabable y llena de culpa á los ojos de Dios.

— Podrá ser muy bien milord; pero van transcurridos diez y ocho años, y en tan largo periodo su gracia ha podido sentir esos remordimientos sin dejarlos para esta hora: es tarde para eso.

— Tarde podrá ser; no me opongo: pero tambien pueden ser legitimos esos escrúpulos: los delitos de un siglo se espian en una hora: y quien se atreverá á asegurar que no haya sido un ver-

verdadero castigo del cielo la muerte de sus hijos?... Tal vez el negar un heredero varón sea decreto de Dios indignado en contra del trono.

—Sabeis que lo que se desprende de vuestras razones puede muy bien significar se trata de repudiar á la reina Catalina?

—Eso es imposible, añadió la condesa: es demasiado virtuosa para...

—Y además tia del emperador.—Repuso otro de los presentes.

—No puedo menos de concederos lo que decís: pero no es por eso menos cierto: me atreveria á jurarlo sobre la cruz de mi espada.

Cada cual á su manera, ó segun sus sentimientos comentaba el suceso: los políticos, en medio de la mayor alegría, creian ver en cambio total de negocios, que haciendo variar aquella situacion normal les abria campo para alcanzar algun escondido deseo: los que creados por el favor de la reina cifraban en el poder de esta la conservacion de sus puestos lamenta-

ban acaso tan impensado: los adaladores de Enrique se daban el pláceme anticipadamente por las primicias que deberían concederseles al enlace con la nueva soberana, si bien ignorantes de quien pudiera ser ésta: en fin, las mugeres lloraban el presente; los hombres presentaban el porvenir.

—Señor; nadie nos oye: pero si no fuerais mi rey y mi señor, os juro que en este momento me reiría hasta reventar; me reiría como cuando un diestro payaso conmueve con sus contorsiones y mamarrachos la hilaridad de todo el concurso; me reiría como suelo reírme cuando mi peluquero, por adularme, se empeña en hacerme creer que mis cabellos son los más tersos y sedosos que ha peinado en su vida, siendo así que és bronco, recio y encarnado. Me reiría, vuelvo á repetiros, por que no puedo comprender que és eso de conciencia y de escrupulos: y lo entiendo menos aun, cuando que sois vos quien pronuncia tales pa-

labras.

Así hablaba el atrevido Francisco Brian, á quien sobradamente conocemos, interior que Enrique, abrumado en meditaciones, casi no escuchaba las razones de su Mercurio: al cabo volvió en sí, y después de cesar un profundo suspiro dijo con voz dolorida y paciente.

—Ay Brian, Brian!... Estoy abrumado bajo una acusacion que yo á mi propio me hago: bajo el peso de un incesto.

—Un incesto!... Os comprendo menos todavía. ¿Qué tontería es esa? Pero aun cuando eso fuera... En fin... eso que supone?...

—Miserable, calla: ¿es decir que para tí son indiferentes los epítetos que el vulgo ignorante pueda lanzarte, y los nombres mas abominables en que te moteje?...

—Continúa á oscuras, señor: lléveme el demonio en medio de mas mayores placeres si tantos misterios no me aburren, y si todos ellos me son tan insignificantes como una nada.

— Brian: en tu corazón se han secado todos los buenos instintos: en tu pecho no hay ningún resto de lo bueno y vives podrido y encenagado en el lodazal del vicio: tu aliento quema y me verá en la necesidad de apartarte de mi lado.

— No hablemos de eso: ¿qué diantre! desechad esas ideas téticas de que, hace algunos días, os veo sin cesar acometido. Vamos, ¿quereis que disponga una cacería?... Un paseo en las barcas?... El viento es favorable: vamos á Londres?... Comeremos à bordo y beberemos algunas botellas de vino de Francia. Os parece bien?...

— No, no: puedes escusar por hoy hablar de semejante cosa.

— Me obligareis á que piense en divertirme solo: pero os daré un prudente consejo, desechad tales manías, por que vuestra razón se resiente.

Despues de este corto diálogo, Francisco Brian salió, dejando á Enrique solo y abismado profundamente en sus

hondas meditaciones.

El cardenal Wolsey, á quien no podían ocultarse las verdaderas causas de aquel cambio operado en su ilustre dueño, no se había engañado en las aparentes razones que este le había dado en apoyo de su conducta: no ignoraba las repetidas visitas que el monarca efectuaba á Hever y aquí y con razón encontraba la piedra fundamental de los regios escrúpulos.— Solo también y sentado en su bufete, calculaba á sangre fría que intentar oponerse á la voluntad de Enrique sería un trabajo impropio y sin resultado, porque todo se estrellaría contra aquella voluntad de bronce que nada doblegaba ni torcía. En otro concepto, aborrecía demasiado al emperador Carlos V para que no celebrase aquella ocasión que se le presentaba de abatir su orgullo, tanto cuanto pudiera: Carlos V. había allagado dos veces su ambición prometiéndole la realización de un sueño que hacía mucho tiempo e ocupaba sin descanso: es-

te era el trono de San Pedro: la tiara pontificia: el báculo pastoral del orbe cristiano: pero Carlos V en ambas ocasiones habia burlado á Wolsey, poniendo al frente de la iglesia, primero á Adriano, y despues á Clemente VII.— En hombres como Wolsey estos agravios ni se olvidan, ni perdonan.

Un proyecto grande, colosal, monstruoso, se levantaba al lado de estas ideas, porque Wolsey todo lo reducía al cálculo político, y tambien en esta ocasion queria utilizar un acontecimiento tan nunca esperado. Las dificultades, decíase Wolsey á sí mismo, proporcionarán tiempo al rey para alcanzar la posesion de su adorada Ana Bolena: su obstinacion nunca bien decidida no le dejará abandonar la obra que ha principiado. Efectuado el repudio de Catalina de Aragon y satisfecha su passion por Ana, solicitaré y alcanzaré la mano de una princesa de Francia para el rey Enrique, y el emperador Carlos V quedará doblemente herido y maltratado en su orgullo y su poder.

No debía suceder nada de esto: aquella que contaba Wolsey como pasión pasajera, debía cimentarse, arraigarse, profundizarse y fructificar, arrastrando en su desarrollo el omnimodo poder del cardinal ministro: quizá su vida:—La niña frágil que debía de servir tan solo de juguete para entretener el hastío del monarca, había de triunfar a despecho de todos, y en un solo soplo destruir la obra de muchos años, de muchos desvelos, de muchas adulaciones y de muchos estudios: tal es nuestro sino: nos echa la ambición y nos remontamos hasta el cielo, creídos en que ya salvada la altura no hay fuerza que nos haga descender y luego el impulso del mas pequeño viento nos hunde, nos mata tanto mas dolorosamente cuanto superiores nos hemos visto.

En cuanto al público, nada pueda juzgar del amor ni del concepto de Ana; por que no muy orientado de las frecuen-

tes visitas á Héver, cual podia complicar en los escrúpulos del monarca á la encantadora camarista.—A su vez, tambien en Héver se ignoraban las novedades de la córte, que no eran pocas á la verdad: pero de esta ignorancia vino á sacar á la tranquila familia una carta del cardenal de York, que en medio del mayor asombro fué recibida y que anunciaba un sin limites de favores, derramados tan pródiga como repentinamente. Segun ella, nombrabase á sir Tomás, tesorero de la casa real: su dominio de Bochsford Hall quedaba erigido en Paria, y se le esperaba al momento en la córte para conferirle el título de lord, é instatarlo en la cámara alta.—Tambien se nombraba á sir Jorge, vizconde, confirniéndole al par una mision para Flandes.—Con respecto á Ana, á la dama de honor, nada se decía, porque no convenia ni podia convenir al rey que esta saliera de Héver: antes por el contrario queria quedase aislada, sola, entregada enteramente á si misma.

Grandes temores invadieron el corazón de Jorge, particularmente en el momento de partir de Héver, y así se lo manifestó á su hermana, quien por su parte tranquilizolo jurandole antes consentiría perecer que ceder un solo paso atrás en el difícil y penoso papel que se había impuesto: la inseparable y prudente amiga de Ana, mis Savage, también empenó su palabra de no abandonarla ni un momento con sus consejos y razones.

Las cosas marchaban por el camino que debían marchar á lo menos en su principio: ya no se hacía un misterio en la corte del repudio de Catalina de Aragón: el grito unisono y compacto que se levantaba y en diferentes ecos atravesaba el espacio era imposible creer dejara de llegar hasta la infortunada reina.—Pero constante en su carácter sufrido, resignado, angélico, oyó la triste nueva sin murmurar siquiera: ni la mas leve queja salió de sus labios: los escrúpulos del rey si á sus ojos fueron justos

ó no, quedaron escondidos en su corazón y no dió á su enemigo el tiempo de verla humillada ni abatida. Juntas sus manos sobre su pecho, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y un ¡ay! que espresaba toda la intensidad de su desgracia fueron los solos desahogos de aquella alma tan combatida por los desengaños.

— Con que los escrúpulos de su conciencia le acusan á él, cuando á mí hace tanto tiempo nada me dice la mía!... Dios tenga piedad de mí y de mi pobre hija María! El rey no acostumbra ceder cuando concibe un proyecto: pero sea lo que el Señor disponga: yo me resigno á todos los males que le plazca enviarme, con el recogimiento de las almas inocentes: hágase su omnipotente voluntad

La mente de la infortunada reina, recorría detenidamente toda su vida pasada queriendo encontrar una causa legítima para el desamor de su esposo; pero en vano: toda su vida era una serie de virtudes y nada podía haber escondido

ni aun en lo mas hondo del corazon que fuese indigno de su nacimiento y su castidad: los recuerdos de su infancia desplegabanse ante sus ávidos ojos, y asomando en ellos unas lágrimas prorrum-pia.

— ¡Oh España; patria mia!... cara patria! ¿Porque abandoné tus playas queridas para inmolarme á las exigencias ambiciosas de dos naciones que querian estrecharse, aun cuando yo pereciese? ¿Por qué accedi tan facilmente á dar la mano á un rey entre el cual y yo se levantaba un cadáver asesinado?...

Estas y otras exclamaciones que en el momento del primer dolor salian de los labios de Catalina, fueron pronunciadas delante de muchas de sus damas: entre estas comenzose á levantar ese murmullo que acompaña siempre á critica mordaz, que destroza, investiga, profundiza y alambica hasta hacer que la victima, por subsanar el error de sus sentidos, manifieste secretos escondidos.

Catalina volvió en sí misma, pero ya

estaba obligada á obedecer á todos aquellos que la interrogaban con sus miradas: conoció debía explicarse y llamando entorno suyo á sus doncellas, continuó de este modo:

—Voy á contaros esa historia, por que no os asombreis de haber escuchado palabras que pueden significar en mi contra, torciendo su verdadero sentido. Cuando el católico rey D. Fernando, mi augusto padre, dió mi mano en casamiento al principe Arthur, heredero del monarca de Inglaterra Enrique VII, tenía éste encerrado en la famosa torre de Londres á un noble caballero llamado el conde Warwick, último vástago de la familia de los Platagenést, si bien no había causa ni razon fundada de ninguna especie para procedimientos tan tiránicos. Causas que siempre me han sido desconocidas llevaron á aquel infortunado joven al cadalso: desde aquel dia de luto para él y de bodas para mí, no ha cesado su recuerdo de perseguirme ni he cesado tampoco de pedir al cielo por él.

mi padre declaró a Enrique VII, que si la muerte del caballero Warwick, jamás su hija seria la esposa del primogénito de Inglaterra: ¿qué podia yo oponer á voluntades semejante? Una pobre muger no puede nada: manifesté á mi padre mis escrúpulos pero este procuró deshacerlos haciéndome presente que cuando razones de conveniencias general se interponen, no es culpa condenar á los menos por el bien de los muchos. Callé y obedecí: úni-me al principe Arthur, y mientras el sacerdote consagraba aquella union, otro sacerdote tambien estonaba al lado de una cabeza ensangrentada que acababa de rodar, la última plegaria de caridad evangélica. La muerte del caballero Warwick, fué ejecutada en presencia de dos caballeros de la corte de mi padre, quedando por este precio vendida la mano de su hija: ni mi escasa inteligencia, ni mi abandono por los asuntos políticos, me han permitido jamás llegar á conocer el profundo misterio de esta historia tenebrosa: pero sea cual fuere, las manchas

de sangre que entrogecieron mi velo de virgen, pareceme que eanegrecidas y clavadas siempre ante mi vista, son como tantos cometas de saego que me han anunciado desgracias; pero desgracias terribles como las que ahora me rodean: házase la voluntad del cielo; no osaré resistir, pero me inmolan, inocente, sin duda és alguna otra mira política y ambiciosa.

Así concluyó la piadosa reñua, y todos guardaron el mas profano silencio: aquella muger casi santa, incapaz de condenar á su marido, atribuía á enojo del cielo lo que realmente era una consecuencia de las desenfrenadas pasiones de Enrique.

Redoblábase cada dia las visitas de Enrique, sus paseos y expediciones al castillo de Héver, unas veces seguido de algunos de sus caballeros, otras acompañado lo más que de Francisco Brian: el motivo de haber alejado á sir Tomás y á Jorge del lado de la encantadora Ana, estaba muy conocido, y toda la corte en-

contó ya la esplicacion de aquel cumulo de honores prodigados en un solo dia al padre y al hermano: no obstante, la corte no creia, no podia creer el pensamiento de Enrique avanzase hasta una distancia tan enorme. — Probaba el monarca al mismo tiempo todas sus armas en la joven camarista, codicioso de un lado de alcanzar más pronto lo que le faltaria tan solo un indisoluble lazo, y de otro el evitarse cruzar el intrincado laberinto de dificultades que se habian de desenvolver al publicar un proyecto, que habia de ponerlo en guerra con la Europa y particularmente con Carlos I de España. Pero Enrique se engañaba en su cálculo; no reflexionaba sus resoluciones, y se iba á ciegos su camino.

Sabido es que cuando una muger dá entrada en su corazon y su ánimo á la idea del matrimonio; (y cuenta que hablamos en general y sin particularizarnos acerca de Enrique) no hay ningun poder humano que la haga sucumbir bajo de ningun aspecto: ciérranse su alma y

y sus ojos á toda palabra que no lleve el sello del santo nudo, y sus ojos ciegan para no ver más que la senda que la conduzca á su trazado destino. Qué podría pasar entre Ana y Enrique que la primera no tuviera previsto!... Preparada á la defensa hacia muchos dias, ahora lidiaba con dobles fuerzas, porque conocia que era amada verdaderamente, y cuando la muger conoce que el hombre que está á sus pies y que le dice *te amo* lo dice con el acento del que suplica, entonces se acerca así misma y es tan fuerte como un muro: es inconquistable: no hay mas que seguir rogando y obtener por piedad y en trueque de nuestra libertad, lo que de otra suerte no veriamos realizado. Con cuantas más seducciones no se presentaria á Ana la idea de una ceremonia nupcial si el novio llevaba sobre sus sienes una corona! Si á Enrique no le hubiese cegado su pasión, hubieran podido recordar habia ofrecido tan precioso joyel y que es muy deslumbrante este adorno para no procurar comprar

lo á cualquiera costa. La guerra era pues desigual: de la una parte combatía el amor ciego, que todo lo ofrecía y á todo sacumbía; de la otra, la ambición simulada con apariencias de candor y de inocencia; Ana, como toda muger, era ambiciosa y codiciaba una diadema.

Ningún interés había logrado mover en el corazón de mis Bolena las repetidas muestras de afecto y aprecio que Enrique VIII le prodigaba su cesar; pero á los primeros pasos dados para el divorcio comenzó á sentir que miraba al rey con menos desden que otros días; que el recuerdo de Percy se desvanecía poco á poco, y que el agravio recibido de la magestad por haberle robado su amante se hacía cada vez mas tibio: ¿qué explicacion daremos á este enigma?... bastará la esposicion de tal circunstancia para atornar el juicio que encierra el párrafo precedente! Y sin embargo, una reina justa, benéfica, llena de candor, esenta de crimen ni el más leve, iba á ser sacrificada, inmortalada, humillada por aque-

lla niña: mas el rey de Inglaterra dejaba venir sobre si y solo sobre si toda la responsabilidad, y él explicaba al mismo tiempo aquellos males que iban á causarse, de una manera tal, que ni habia disgusto en escucharlo, ni quedaban remordimientos en el alma por la parte que en ellos pudiera tener la nueva elegida esposa. Enrique juraba mil veces no des-cansar hasta lograr su objeto, que encontraba fácil y pronto; juraba tambien que aborrecia á la reina Catalina y que era matar su vida dejarlo entregado á aquella vida odiosa y fastidiada; juraba en fin, y esto era lo esencial, adorar á Ana, sentada sobre el trono, por toda una vida de felicidad y placeres. ¿Qué hubioran hecho nuestras lectoras en semejante caso?... no sabemos; pero Enrique de Lancaster era el rey de Inglaterra.

Tambien nosotros defenderemos á nuestra heroina: no nace en el corazon humano solo de una manera el amor: otra pasion cualquiera le dá pábulo, crece sin sentir y ramifica y se arraiga del modo

menos creíble. ¿Por que nó había de ser la ambición la introductora del amor en el corazón de Ana?... ¿Debia permanecer soltera por la vida, despues de haber visto troncharse por su tallo la flor de sus amores?... ¿No era ella libre enteramente? Además; ella estaba destinada á figurar sobre uno de los tronos primeros del mundo; pero ella tambien debía asombrar al mundo sobre el catalso, espiondo todas sus faltas de niña, con una muerte tan injusta como sangrienta.

Sea como quiera, debemos confesar que frecuentemente veíase precisada la señorita Bolena á demostrar al rey más amor de aquel que realmente sentia, porque queria ocultar de que se la creyese guiada solamente del deseo de mandar sobre tantas millares de nombres; tambien lamentaba el retardo de lo que Enrique llamaba su felicidad, y sus palabras espresaban, con protestas repetidas, que su solo deseo estaba cifrado en llamarse la esposa del mas galante y rendido de los amantes.— Muchos verán aquí una nueva cul-

pa que acriminar, porque Ana mentía: nosotros no hallamos sino un deber de pura delicadeza.—El rey había tomado su partido, y con efecto, los preliminares de divorcio pusieron en acción, siendo el ministro Wolsey apremiado para que no cesara un solo momento en tal asunto hasta obtener un buen resultado. En cualquier caso, respecto de la conducta de la camarista, la negociacion no se detendría, sirviendo siempre para una nueva alianza, que proporcionaria dos cosas: algunos días de placer al monarca, y algunas ventajas al Estado. De oficio y publicamente dirigiose al Pontífice una detenida petición, así como innumerables consultas sobre el particular á los principales jefes de la iglesia en Inglaterra: y tan fuerte era la voz que levantaba la Inglaterra toda, que Ana desde su retiro, no pudo menos de asombrarse asomada al abismo que su hermosura abría, y en el fondo del cual veía pruebas repetidísimas del amor que Enrique la profesaba: perdiase su mente en consideraciones más ó menos profundas, se-

gen el labo por donde contemplaba su porvenir y su destino, y momentos hubo en que aquel corazón grande para una mujer, doblegado y lleno de pavor, intentó romper de una vez y para siempre aquella cadena que parecía sujetarla á las gradas del s6lio: un fantasma oscuro y de amenazante aspecto se presentaba en sus sueños, y este la contemplaba barbotando palabras sin sentido, pero horribosas y de muerte... ¿Será cierto que la voz de los sueños, sea la voz de lo venidero, que nos enseña nuestra salvacion 6 nuestra ruina?...

Crece en el corazón ocultamente la llama de amor: crece y se arraiga, y en nuestro enloquecimiento, olvidamos cuanto debemos á la sociedad: nada importa para el que ama la censura de la sociedad; ni ser motejado por la maledicencia; ni la bafa de sus inferiores: cubierto con un velo pasa todo por ante 6, porque hay una idea que supeditando á la razon, lo concentra todo: todo lo abisma todo lo confunde. — He aquí la se-

tuacion de Enrique; Enrique amaba más de lo que él creía, y por esto abandonado á sus propios instintos, no procuraba cubrir las exterioridades, que son tan necesarias en la corte: cierto que Enrique era rey: pero una declaracion de divorcio no lo autorizaba aun para prodigar públicamente sus obsequios á otra mujer, y menos á una vasalla: pero cada momento, cada instante que el monarca veíase libre de los, para él entences, tan enfadados asuntos de Estado, abandonaba su palacio para trasladarse á Héver, las más veces, como antes hemos dejado dicho, acompañado solo de Francisco Brian: su caballo tabia aprendido con tanta certeza el camino, que fácilmente podia el caballero entregarse á sus meditaciones, sin el temor de equivocarse el sendero: el sonido de la corneta del castillo anunciaba su llegada desde bien lejos, y á esta señal el pesado puente, girando sobre sus goznes, caía para dar entrada al enamorado Enrique: tambien la encantadora Ana, corria al escu-

char el sonido gutural de la trompa gnerera, á colocarse en uno de los más elevados torreonos, para saludar desde allí al que aguardaba, sinò lleoa de la mayor ansiedad, á lo menos con la gratitud del agradecimiento: Ana en efecto tenia que agradecer á Enrique: él le daba pruebas inequívocas de su fé.

Corrian las horas desapercibidas para los dos amantes y la jóvialidad de Ana, hacia que muy comunmente olvidasen la realidad material que los circua; és decir, Ana, ya se creia remontada á la suprema dignidad: Enrique soñaba con ser ya poseedor de aquel tesoro de juventud y de belleza: mas cuando al separarse el uno del otro, la realidad venia á mostrarles que aun distaban catrambos de la ambicion que inundaba sus almas, solo quedábales para fortificar su espíritu, la esperanza y el amor: ébrio de pasion el rey, de reconocimiento Ana, momentos hubo en que algo mas que un «Adios» indiferente ponía término á las amorosas des-

pedidas. -- Buscaba no obstante Enrique y buscaba en union del bribon de Brian, un medio por el cual reducir á su amada á rendirse en aquella lucha comenzada: pero si Enrique habia ofrecido poner á las plantas de Ana una corona, menos le asustaba esto, no obstante los graves compromisos que habia de acarrearle, que el esperar largos dias las determinaciones de la corte de Roma: la bella camarista en union de su amiga mis Savage, por su parte estrechaban el sitio haciendo árida y sostenida la defensa; así que, vano era que en cada visita el monarca pusiera en accion algun nuevo ardid, por que la plaza, preparada de antemano, burlaba todos los esfuerzos del enemigo sitiador: las maquinaciones de Enrique, tenian por opositores la virtud y la ambicion de su amada: humillado, vencido, ante aqueila muger incorruptible, doblegaba Enrique poco á poco su voluntad de hierro, la fiereza de su carácter y su indomable continente, viniendo al cabo á caer rendido y sin aliento y trocando su poder despótico por

la mansuetudine de un cordero: esto complacía á Ana, porque ella notaba los progresos que hacia en aquel ánimo que nadie, ni su hábil ministro Wolsey habia logrado hacer débil como el de un niño. — Habia además en Ana otro poderoso elemento, otro recuerdo que siempre unido á su invulnerable honor, la ayudaba á consumir la obra que habia emprendido de conquistarse una corona: este recuerdo era el de Percy; del hombre que habia amado con todo su corazon, arrebatado por el que ahora gemia lamentando sus rigores. Perdida para ella la ilusion de su alma, contemplaba el porvenir que al lado del que habia elegido por inclinacion acendrada hubiera gozado y creía que la diadema, que el cetro, que el troco de Inglaterra, no eran más que una remuneracion justa: una indemnizacion, mezcuma acaso, del bien que se le habia arrebatado tan villanamente. — En las alternativas que nos irán ofreciendo la serie de estos sucesos, llegaremos á encontrar que Ana, no obstante.

llegó á amar á Enrique, y aún que no estuvo muy distante de sucumbir sin lograr su objeto ó su reparacion como ella la llamaba.

Encerrado y sitiado el vicario de la iglesia Católica dentro de su castillo de S. Angelo, otras muchas cosas de mayor interés ocupaban su atencion, y los caprichos del monarca de Inglaterra debian ser olvidados y con justicia, para dar lugar á mayores consideraciones — No obstante; una, dos ó tres comunicaciones apremiantes consecutivas, y autorizadas en debida forma como asuntos de Estado por el cardenal ministro, dieron por resultado que su Santidad en carta particular contestara á Enrique: pero esta contestacion aplazaba un término: ofrecia que el Santo Padre se ocuparia del asunto, que era muy grave, y que resolveria segun su conciencia á la peticion de su muy amado hijo: que además ésta seria sometida á la deliberacion de un concilio de cardenales, para alejar toda clase de escrúpulos: pero que, anticipadamente, y para

en el caso de que el fallo de estos fuese favorable, concediale el permiso para elegir nueva esposa que hiciera su felicidad. —Esto no era prometer nada, por que quedaba pendiente de la voluntad de unos cuantos secesagenarios, que no serian quizá tan fáciles de doblegar á las cesigenias de Enrique. Bien lo comprendió este; pero haltabase en la posicion mas espinosa del mundo: no sabia qué partido tomar: por de pronto tuvo que dar las gracias al Papa, reservándose obrar de distinta manera si la ocasion lo cesigia: ya comenzaba el monarca inglés á coocer que aquel divorcio, reducido á una cuestion de conciencia, iba á ser un proceso tan escandaloso como interminable. Todos los dias salia un nuevo correo para Roma; todos los dias renovábanse las comunicaciones, y el hábil, el diplomático, el óestro ministro Wolsey, se entregaba á nuevas cavitaciones, sin alcanzar la solucion de aquella crisis matrimonial. —Desesperahalo más que nada, el recuerdo de que la dignidad de Inglaterra

su crédito como político y la dignidad de su menarca, se aventurasen así, por una mozneca loca que engreída y adúlada se le antojaba hacerse la cruel, siendo así que, tal vez, concedería luego por capricho, lo que había negado con tanta obstinación: quizá hiciera poseedor de sus hechizos á un amante vulgar, despues de despreciar á un rey. Comenzó, pues, otra marcha: constituyose en consejero de amores y era de ver como el hombre que vestia el capelo de cardenal, ensayaba diestramente, aputando hasta los últimos, todos los medios de perder á una muger: de arrancarla su honor; de deslourarla para siempre.

Al dia siguiente del en que recibiose esta carta, partió Enrique para Hóver, muy decidido y provisto de los recursos inventados por Wolsey, determinado á vencer á cualquiera precio: antes que retroceder en su intento, habiale dicho el ministro, debía emplear hasta la violencia: presentose á Ana, resuelto, atrevido, emprendedor: tal vez en el primer momen-

to comenzó su plan, pero rec-jó muy en breve: el continente de Ana, su semblante entre amenazador y suplicante y su mano estendida hacia el monarca rechazándole con energía, hicieron caer por tierra aquel castillo de ilusiones: Enrique prosternose á los pies de Ana, pidiendo perdón con humildad, cesando yá de combatir en su mente los perniciosos consejos del ministro, que hubieran para dar lugar á las respetuosas adoraciones del amante.

Difícil sería poder continuar detallando con acierto los pormenores de las régias entrevistas, si la casualidad no nos hubiese proporcionado la siguiente carta, contenciosa de muchos accidentes reservados: Así pues, melinmosla con tanto mayor gusto, cuanto que ella nos facilita sin mayores esfuerzos, poner de manifiesto los rasgos en que abundaba el caracter de Enrique, ya de amor, yá de ira, yá de crueldad. Escrito dicho documento desde el castillo de Haver por la hermosa camarista, á su amiga mis Sa-

vago, parece lo cierto que sus líneas no contendrán apócrifas mentiras, concuerda como és por nuestros lectores la extraordinaria confianza que unia á las dos compañeras de colegio: dice la carta que citas, del modo siguiente:

«Querida y prudente Narcis.»

«Desde el momento que te has separada de mí hermano, vivo con doble temor, pues me parece no existe en mí la misma fuerza que antes para oponer dique á las persecuciones que me rodean de parte de mi real amante: te hallas fuera de mí, y como tú eras el ángel privilegiado que guiaba mis pasos con tanta sensatez por el camino oscuro y estrecho que la suerte me ha destinado á atravesar, temo y con razón perderme sin querer en cualquiera de sus muchos laberintos. El rey también, convencido de que se ha retirado su más penoso enemigo, recobra nuevo vigor y aprovecha la tregua que le has ofrecido abandonando el combate. Con la mayor confianza os-
teata cierto que venceré que me abruma

y me lastima: hace con esto lo que más le conviene, por que si hoy apareciese débil, debería temblar por su causa: no te cause sorpresa que compare mis amores con las escaramuzas de campaña, por guardar no poca analogía: lo más temible para mí, son las sorpresas nocturnas: así pues, antes de recojerme, no omito hacer una requisa general dentro de mis habitaciones, cerrando con llaves y cerrojos hasta la más pequeña pieza. No podré decifrarte la agonía de estas horas, tan solas como desveladas: tiemblo al menor rumor, palidezco y me estremezco y todo és para mi causa legitima para un nuevo sobresalto: si el viento mage y sacude las puertas de una ventana, creo verla abrirse y aparecer por ella el hombre coronado, que despojado de su dignidad me asalta como un ladrón: si un mueble queda envuelto entre las sombras de la luz que oscila sobre él rayos inciertos, páreceme que toma acción y se convierte en mi perseguidor; por último, si una ligera cortina, perdiendo su inmovilidad con

el más ligero, sólo toma movimiento, entonces, Ana, entonces ya se me figura ver á Enrique que la levanta y adelantándose hasta mí, se ríe de mi aflicción y me escarnece por su victoria... ¡oh! esto es cruel, muy cruel: apoyada sobre mi brazo derecho, aguardo pase la noche, hasta que el sueño me tiende, cuando ya los albores del vecino día comienzan á aparecer por detras de las cimas de las encrestadas montañas.—¿No es verdad que soy digna de compasión? ¿No es cierto que vale más mil veces nacer fea y despreciable, ó no ser amada jamás, que agostar los más hermosos días de nuestra vida entre el temor, la zozobra y la duda?...

Entre los mil ardides con que el bello Rolando procura hacerse interesante á mis ojos, ha inventado el de mostrarse triste y confundido á la hora en que nos separamos; no puedo leer en su corazón la causa, por que me falta aquella perspicacia que te distingue tan particularmente: y como siempre nos inci-

namos á pensar lo malo, no se por qué se me figura que no es un dolor sincero por nuestra separacion lo que le aqueja, sino que la rabia y la vergüenza se apoderan de él, al ver perdidas sus mas sigilosas acechanzas y descubierto su juego atrevido, que yo rechazo y desbarato. No quiero hacerle el agravio apesar de todo, de creer que él sea el autor de semejantes ardores para triunfar de mi virtud; otra mano oculta lo dirige; sus amigos, quizá, y creo tener la certeza de no equivocarme; estas perniciosas máximas sean nacidas de su árbitro consejero: del despreciable cuanto entendido cardenal; no te asustes de que te hable así de un príncipe de la iglesia; pero si su conducta respecto de los asuntos de Estado le ha grangeado para con el mundo la fama de entendido diplomático, en los negocios que son de poco interés privado, es venenoso y malvado, porque para él no son nada la honra, el honor, la nobleza ni el nacimiento. Pero Dios que lee en su corazón así como en el de

todos esos malvados palaciegos que rodean á Enrique, sabrá premiarnos algún día el estado de amargura y temor en que me ponen, cuando me contemplo hecha el blanco de sus sarcasmos y del violento carácter del monarca. ¿Qué haría de mí si llegase un momento en que se quisiera emplear la violencia conmigo? ¿Yó, débil muger, incapaz de resistir el menor impulso?... Sucumbiría sin remedio; pero al sucumbir, el malvado no gozaría mucho de su triunfo: pagaría con su vida y esto no te sorprenda: pues si á mis fuerzas falta la necesaria resistencia para oponer un dique al nervudo brazo de Enrique de Lancáster, mi mano no temblaría al atravesar su corazón: el mío es muy grande; muy grande, y solamente corazón es necesario para llevar á cabo, no un crimen, sino una reparación justa. — Ya puedes conocer si estas cosas, que hemos tratado hasta aquí con la susceptibilidad de dos niñas, no tienen también sus consecuencias bien funestas y trascendentales.

Si cierta melancolía y dejadez que creo leer en el alma de Enrique, apesar de las galas de cortesania y amor con que procura encubrir las, fuese anuncio de que su alma se fastidiaba, y reconociendome indigna de llevar una corona determinara no presentarse más en el castillo de Hèver, entonces, Ana, no sé si me volveria loca: creeme que yó no sé por qué temo al desenlace de este porvenir que me anuncia males envueltos entre dichas: no sé si amo al rey por más que quisiera convencerme à mí misma de lo contrario: tengo por el gratitud, agradecimiento, tener: no sé lo que à él me liga: ¿Se presentará el amor tambien bajo estas formas? Puedo olvidar que és mi señor, y que se diga rendir su corazon à los pies de la vasalla? ¡Pero és tan temible Enrique!—Oh! si amaneciera un día en que no sonase en mis oidos el eco de la corneta que me anuncia su llegada, si permaneciera este recinto solitario y abandonado sin verlo aparecer por sus puertas, creo que bastaria para que retorna-

se á mi espíritu la tranquilidad que hace días ha buido. — Tampoco creas seme oculta, sería acabar de perder mi crédito el verme abandonada: si el rey cansado y lleno de hastio huyera mi afecto y corriera á prosternarse á los pies de otra hermosa, tras de perder, Ana mia, la esperanza..... de casarme, siendo tan poco afecta al claustro, nadie creería en mi virtud, habiendo sido virtuosa: todo el mundo me despreciaría, habiendo yo despreciado.

No hay en mi corazón secretos para tí, y no cumpliría con mis deberes si no te confiase una debilidad: en unos de estos últimos días, en que el cielo se ostentaba oscuro, borrascoso, y en que furiosos los elementos desencadenabanse sobre la tierra, lanzando contra ella sus estragos, el bello cazador llegó á las puertas del castillo, despreciando las tempestades para visitar á su amada: és preciso convengas conmigo, en que esto és novelesco y sublime: recibió como de costumbre de mis labios el ceremonioso be-

sa de llegada y templase su codicia, quedando pagado y alegre; más lo templó tal continuó, y Enrique vióse obligado á volver del mismo modo: ya próximo á salir, miróme con humildad como diciendo, necesito un besó, cuyo fuego me da calor para atravesar el camino: yo le quise complacer y adelantandome dile el besó que anhelaba por despedida: le faltado á tus instrucciones, querida Ana: pero estaba tan interesante Enrique en aquel momento! ¡Había tal sumisión y tanto amor en sus ojos!—Perdoname pues, y mas aún cuando te añada, que como favor concedido una vez no hay acción para ser negado en lo sucesivo, pasando á ser costumbre, puedes aumentar tu registro con un besó diario, é inscribir en tus cuentas un abrazo de más al día.

Al otro del suceso referido, Enrique llegó mas tarde de lo acostumbrado y los síntomas mas agravantes de cólera y de despecho nublaban su frente alarmame en un principio atribuyéndolos á

ensa de entidad: pero demandándole sus penas ocultas, si penas pueden caber en un rey contestome que su amigo Norris habia tenido la avilantéz de bromearse con sus amores: desengañada ya y tranquila en algun tanto no pude menos de reirme estrepitosamente.—Despues le rogué me refiriese ininuciosamente las bromas que tanto le habian incomodado, pues queria compartir con él las penalidades de nuestros amores.—Sabes lo que contraria al caracter de Enrique el menor sarcasmo: palideció al momento y vomitando enojo volviose à mí exclamando:

—Señora; hame dicho que el leon de Inglaterra se ha vuelto un perrillo faldero, que lame los pies con humildad de una simple doncella de honor.

Causome enojo hablandote con franqueza el descaro del caballero, por que conozco y aprecio en su justo valor esas chanzonetas picantes de los cortesanos que encierran tanto veneno como una vibro-

ra emponzoñada: pero encerré en mi corazón el disgusto, y rogué perdonase á Norris, á quien habia hecho encerrar en la torre: jamás hubiera tenido semejante idea; el huracan estalló en mi contra, despareciendo de la faz de Enrique el amor, la benignidad y la dulzura con que siempre me habla.

— Poco os importa, es bien conocido que el ridiculo de esos inmundos palacios caiga sobre mí: poco es ó nada para vos que sea el objeto de su burla; poco, en fin, que con el descaro con que pudieran hablar á sus lacayos, hablen á su rey, que puede, sin embargo hacerlos perecer á una sola señal: vos, unida á ellos, tambien me burlais, y con mofa escarneceis que efectivamente cecista tendido con humildad á vuestros pies.

— Callad, señor, callad: no me hagais que olvide que sois el monarca y mi voz se vea obligada á acusaros: ¿Os creéis por ventura con accion para recon-

verirme?... Sois hombre, como los demás, y pretendéis recriminarme cuando yo sola tengo ese derecho. . La ingratitude, siempre la ingratitude: qué exigis de mí?... acaso mi deshonra?... tenéis títulos bastantes á exigirla? ¿Y esos sarcasmos por qué os incomodan tanto? Tal vez me engañais desde hace muchos días, y vuestras intenciones no son las que continuamente me repetís. Pero, sabed, Enrique, rey de Inglaterra, que vuestra corona no és bastante, ni lo será nunca, para alcanzar ese medio que indicais pondria fin á las habladurias de vuestros cortesanos.

Esta enérgica filípica, querida amiga, causó el efecto que yo esperaba: aun antes de concluirlo. Enrique habia caído á mis pies, y con el alemán más humilde impetraba su perdón, cubriendo mi mano de besos: quise mostrarle generosa, y haciéndole levantar, puséme delante de mi clavicordio: canté, acompañándome, una canción que habia aprendido en la corte de Francia, cuya letra y melodía expresaban

los verdaderos goces del amor puro y desinteresado. Con el mayor silencio escuchó el rey hasta el último acorde; pero cuando llegó este, senti sobre mi cuello la impresion de dos labios ardientes: di un grito, y corrí hasta llegar á los jardines, á los cuales siguióme mi desesperado amante, jóvial, alegre y arrepenitido, ofreciéndome en prenda de reconciliacion el perdón del caballero Norris: con esta condicion consentí en que torcase la paz à reinar entre nosotros.

Grande és mi obra; muy grande: pero si llega un dia en que la Europa entera la reconozca, ¿qué mayor gloria para una muger?... Si, Nancy; mi ambicion llega hasta el punto de hacer de ese hombre indómito y altanero, cuyos arranques conmueven al mundo, un ángel de ventura para sus pueblos: la áncora salvadora de los súbditos de esta gran nacion: en fin transformar un demonio, en un arcángel: él tambien no podrá menos de agradecerme, por que el dia en que su alma comience á espe;

rimentar los inefables goces del bien obrar, libará ese consuelo celestial que Dios reserva para los justos y que tanto dista de Enrique.

Muy comprometida me veo, te repito, en tu ausencia: dos ó tres días después del suceso que te he referido, nos paseábamos por los jardines, é insensiblemente se había adelantado la hora de marcharse el rey: era muy tarde: el tiempo continuaba nebuloso, triste y amenazaba una tempestad: en tal estado, suplicóme mi real amante, le concediera pasar la noche en el castillo.

—Y qué opondríamos entonces contra la malediscencia de Norris y vuestros demás cortesanos? No sería necesaria otra cosa, para que públicamente se me echase en cara el baldon de una falta no cometida aún: vuestras visitas han arruinado una gran parte de mi reputacion, y podéis conocer que en cualquiera de los dos términos, á que quiera conducirne mi destino, me toca salvar esas apariencias terribles. Si un día llegase á ser

vuestra esposa, la mujer que V. G. elija para brillar á vuestro lado sobre el trono de Inglaterra debe estar esenta del menor lunar, para que sus servidores no encuentren una sonrisa que asomara á sus labios, y que en vano querrian ocultar á mis miradas: si por el contrario, debo ser siempre la hija de sir Tomás Boena, sin escudo real de vuestro nombre, ¿cómo podré yo lisonjearme de poder reconquistar el tesoro más precioso de la vida?... ¿Qué será de mí, ennegrecida con la mancha de haber sido el instrumento de pacer de Enrique de Lancáster?... Convenceos, señor, y no os detengais más: partid.

A esta mi detenida, cuanto decisiva contestacion, mostróse Enrique lleno de sentimiento y amargura, y despues de un momento de silencio, miróme lleno de amor, exclamando:

—Siempre objeciones, dificultades y respuestas llenas de acritud para mis más leves deseos: siempre negándome la más pequeña muestra de vuestro amor: siem-

pre eliminando el menor riesgo que podais correr por mí, cuando yo arrosto tantos peligros por vos: hablad, señora; decid una vez que quereis mi vida y me vereis, sin murmurar la más pequeña queja, derramar hasta la última gota de mi sangre.

Habiamos llegado, durante estas razones, á uno de los sitios más apartados del jardín, y en donde hay una especie de barranco ó precipicio, abierto allí con objeto de recoger en él las aguas que riegan todo el parque: Enrique contempló por un momento la profundidad y continuó:

—¿Veis ese agujero, que no sé qué fondo tenga?... Pues haced una señal, y como prueba de lo que acabo de deciros, contemplareis que me arrojó sin temor de perecer.

—Guardaos de tal locura, Enrique: ese agujero que veis, es cuatro veces más hondo que la altura de vuestro cuerpo: guardaos, repeto, porque.....

No pudo decir más: cuando le oía mi

mano para apartarle, Enrique habia desaparecido en el fondo del barranco: tú me conoces y sabrás calcular lo que pasaria por mí en aquellos instantes de afliccion: corría; gritaba; pedia auxilio; Enrique estaba perdido segun mi conciencia, cuando síentome agarrar por detras. Vuélvome, y ya fuera de la profundidad tan temible, el rey se esforzaba en calmar con la mayor ternura, *con demasiada ternura*, mi susto, y mi agitacion: mis fuerzas sucumbieron y, presa por la cintura, ninguna resistencia podia oponer á las colosales fuerzas del monarca: mas un recuerdo se apoderó de mí: un vértigo horrible asaltó mi imaginacion, y haciendo un esfuerzo desesperado, me evadí de los brazos de Enrique buscándolo amparo en la roca: pero el rey no me siguió: volvíme y casi me hizo reir su insensata alegría: su placer infantil: sus movimientos de niño: saltaba en todas direcciones, esclamando, *ella me ama: me ama.*

Me acerqué á él nuevamente y nos despedimos en paz; los más amigos del

mundo, porque no quiso turbar su gozo con recouvençiones que habia merecido. Mas si no hablamos de la imprudente accion cometida para abusar de mi debilidad, si lo hicimos del esmero que deben poner los que se aman, es no incomodarse mutuamente. Enrique se mostró tan respetuoso, que casi olvidé su proceder atrevido.

Inprudente és, á fé mia, la jóven que teniendo por ejemplo á la virtuosa Ana Savage, y por norma sus consejos pasa largas horas al lado de un hombre galan, enamorado y lleno de osadía como lo és Enrique: sabrás que la noche que se siguió á este dia, fué muy cruel para mí, porque mi sueño me reprodujo la imagen del peligro que habia pasado el rey, tan solo por demostrar su passion. ¡Y és tan interesante en esos momentos el que nos ama! ¡Hay tanta elocuencia en sus miradas! ¡Se encuentra una tan pre-dispuesta á pagar tales finezas! ¡Dad por qué no estas tú tambien en Haver para ser mi ángel bueno, al lado del que

¿es mi ángel tentador..? — A la siguiente mañana tomó el rey como de costumbres pero poseído de los sentimientos más puros, más castos, más religiosos. Repitióme cien veces su intento prometido de hacerme su esposa: discurrió largamente sobre los medios puestos en acción para conseguirlo y de los imposibles que le quedaban que destruir hasta llegar al término de sus deseos. Yo le oía y te recordaba, combatiéndote en mi corazón, por el juicio demasiado severo que de él tienes formado: no lo olvidado, no, tus últimas palabras. — «Guardate,» me digistes, «Ana Bolena, de que ante tus ojos el brillo de esa corona, sea un meteoró de luces tan brillantes que te ofusquen y te cieguen. Si eres tan débil que por un momento solo, manifestases tu entusiasmo, esa corona desaparecerá para no volver en la vida. No te diré yo que el rey no te ame; pero no des tanta fé á su necesario desvelo ni á sus más poderosos sacrificios, porque eso hará volar los sacrificios y los desvelos. La misma ga-

«*gracia que te ofrecerá su sinceridad apasionada, será la más peligrosa, la más cierta de todas las seducciones.*»—Ya ves si lo sé de memoria: pero quisiera yo saber, cómo, con tan pocos años, has adquirido ya esa sabiduría octogenaria, que te pone tan á cubierto de las acechanzas del mundo. ¡Ay Ana! Cuánto te debo! ¿Qué sería de mi inespéncia, sin tu sensatez y tu juicio?.... ¡Ay amiga mía! si por fin llegare el día en que mi sien esté coronada, en que luzca en mi frente una corona, hexas de reinos las dos, mucho, mucho, encerradas ambas dentro de mi magnífico retrete, recordando estos pasados sobraños y estas persecuciones del mundo: yo sabré desquitarme entonces del mundo continuo en que me hace vivir el amor de Enrique.

Corre el tiempo veloz para él á mi lado y pasa para mí lleno de zozobras, porque no desperdicia la menor de mis acciones para utilizarla en sus placeres: acécha el que alargue una mano para estrecharla y besarla con frenesí: busca y co-

busea el modo de caer á mis piés, para apoyar su cabeza sobre mis rodillas: yo yá lo conozco, y difícil sería llegara á sorprendeme: el *colegial* se muestra rebelde, pero no cedo. No te admira la palabra, porque me hallo respecto de Enrique como el maestro que dirige á un niño en cuyo corazón está germinando lo malo y á el que quiere iniciar en lo bueno. Porque mi objeto, querida Ana, yá te lo he dicho; es que la Europa diga asombrada un día que el león de Inglaterra se ha vuelto manso y sin fieltro bajo la influencia de una mujer. Mucho me ha de costar esto sin embargo, porque las raíces del mal están muy profundizadas en su alma: habla y me asusto, con la mayor indiferencia de la muerte que le dará, de los tormentos que hará sufrir á aquel ó al otro que sirve de oposición á sus proyectos. No es por la ausencia del horror y de la muerte por donde yo quisiera llegar al trono de Inglaterra.

Mi situación es muy grave y la he co-

nocido por un incidente casual que tuvo lugar entre nosotros: él es la mejor prueba de ese carácter feroz para con todos, atributo principal del hombre que pretende ser amado. — Antes de tu marcha, habia yo regalado al caballero Wiath, uno de los que con más frecuencia acompañan al rey, una linda sortija, por la causa que voy á explicarte. — Su talento es distinguido, sus modales los más atentos y está dotado de una bondad para conmigo, que me encantan, haciéndolo recomendable á mis ojos. — Hay cierta intimidad entre nosotros, porque pretendo que sea uno de los que me ayuden en la árdua empresa de hacer valer á Eudique en conducta y pensamiento.

Ayer, en fin, llegó el rey, pálido y desencajado, con los vestidos en desorden y lleno de un furor que fué bastante para alarmarme. Sentose frente á mí, mal queriendo cubrir la rabia que lo dominaba. Veia estallar por segundos aquella oculta tempestad, mas como mi conciencia estaba tranquila, llegueme á él y le dije:

— Muy bien, señor, muy bien: ¿es de este modo como acostumbra los reyes de Inglaterra á entrar en casa de una pobre mujer que aguarda con impaciencia el momento de ver llegar al que la ama? ¿Qué tenéis esta mañana que hasta os hace olvidar los rendimientos que se deben á una señora?

— Os lo diré... ¡Ira de Dios! y también lo que acabo de hacer por ella!... — Contestadme sin vacilar: habéis regalado una sortija al caballero Wirth?...

— Sí: le respondí con tono pícaro y melador. — Y había yo penetrado todo el misterio y prevenido el remedio: permaneci tranquila.

— Por lo menos sois franca: me parece por vda mia. ¿Y cuando disteis, señora, esa sortija, que és y no otra cosa una prenda de cariño, prenda que yo no os he merecido; cuando, decid, cuando? Antes de conocerme, ó despues del principio de nuestros amores?

— Mucho despues de haber empezado V. G. á dispensarme el honor

de sus visitas.

—Con que no he engañado?... ¡Dificil era que yo la desconociese! La he visto en vuestra mano no hace muchos dias.

—Sí, cierto: en este dedo era en el que la llevaba: ya veis que no está: ¿pero qué tenemos con todo esto?

—Os estais burlando de mí?... confesais que era vuestra, que la llevabais en vuestra mano, que la habeis regalado al caballero Wiath, y sin embargo os mostrais!... ¿Creéis por ventura que no tomaré venganza de que se me esté engañando como un niño?

—Oh! eso es otra cosa: permitidme que os hable, rey poderoso y lleno de celos: celos que os hacen favor y que os relajan á la vez, y quedareis satisfecho, porque hay que explicaros lo que vos ignorais y que os hará callar seguramente.

—Decid, señora, y sed breve, porque estoy conociendo me vais á engañar nuevamente: no ganeis tiempo: no trateis de

inventar, porque desgraciada de vos si llego à convencirme de ello: vuestro talento és muy suspicaz y en sus redes me envolveis.

—Al vuestro apelo: revolved, buscad á ver si hallais algun motivo honroso y plausible que pueda indemnizar ese obsequio hecho al caballero Wiath, que és por cierto digno de aprecio.

—Señora, os repito no querais ganar tiempo: decidme á contestarme, ú os condenaré sin remedio.

—Veamos; veamos pues, si encontráis ese motivo, porque al hallarle quediéreis suficientemente castigado de haber pensado así de una señora; porque tambien los reyes se engañan y quizá mas á menudo que otro cualquiera. — ¿No encontráis nada?

—Nada, nada.

—No me admirá: la cólera os ciega: sois digno de lástima.

—Os mostris de mí, señora? . .

—Escuchad y agradeceidme el que descienda hasta á justificarme de una culpa

no cometida.— Dicho esto, presenté á S. G. recado de escribir y poniendo la pluma entre sus dedos, continué.

— Tomad la pluma, señor, y sed mi secretario: yo os dictaré.— El rey obedeció. Yo dicté la carta que sigue:

— «Querido primo Wiath: he llegado á saber que Ana Bolena te ha regalado una sortija: deseo, por razones particulares, más de gran fuerza, saber en el momento, el porqué fué hecho este obsequio. Palabra por palabra me referirás las tuyas, porque.... habiéndote francamente, los celos me devoran.»

El rey firmó y cerré la carta.

— Ahora enviad á Greenwich á cualquier criado, previniéndole no regrese sin traer la contestacion. Os referiré entre tanto lo que repetirá la contestacion de Wiath, y si no estuviesen contestes, podéis descargar sobre mí todo el peso de vuestro enojo.— Hallábanosnos precisamente el caballero y yo en esta galería é inmediatas á esta misma ventana, cuando aconteció ese escandaloso suceso

que os ha hecho olvidar hoy que habláis conmigo. —Yo le pregunté, si aún vuestra gracia conservaba su costumbre antigua, de salir disfrazado de noche, á pie y solo con el tenan de Brian, en busca de esas aventuras en que siempre se mezclan los vicios, provocados en las mugeres inmundas que tanto abundan por desgracia: el caballero dióme una respuesta, que si vos se la hubieseis dictado, no hubiera sido ni más diplomática, ni más fina, ni más evasiva tampoco: no obstante, adiviné la verdad, y quise conspirar contra vos y con su ayuda para separaros de esa clase de placeres que os rebajan y os relajan: yá podeis entenderme: Wiath ofreció ayudarme, y yó le entregué una sortija, como prenda de recuerdo, la que á cada vez que la mirase, le renovaria la memoria de su palabra acabada de empeñar. Esto és todo, señor: ¿pero por qué no enviáis esa carta?...

—No, nó: no quiero enviarla, porque

eso és cierto, muy cierto. Por esa razon ayer el picaro de Wiath me detuvo en Greenwich, sosteniendo un fuerte altercado con Brian que sostenia á toda costa debiamos salir juntos. Ana, disimulad á mi corazon estos arranques de celos, en gracia á lo menos de ser nacidos de tanto amor como me inspirais: soy un insensato; un loco, y merecia por mi estupidez.....—Y rompia la carta convulsivamente, pagando su enojo, que una vez despertado ha de caer sobre alguno, con su misma persona que destrozaba sin piedad, tanto que crei se ahogaba: un fuerte ataque de nérvios sobrecogióle en seguida, y pasóse el dia, yó en preparar un cordial, que el rey tomaba de hora en hora, interio le reconvenia amistosamente, y él arrancando á cada momento suspiros de lo más profundo de su corazon.

He aquí, mi querida Ana, el resultado de mi justificacion. Pero si yó no hubiese sabido hacerla ¿qué hubiera sucedido? Ese hombre, ese rey, á manera

de aquel general moro al servicio de Vauccia, quizá me hubiera sepultado bajo de los escombros del castillo: cual él, en su exceso de celos hubiera sacrificado una víctima.

Mañana no vendrá el rey y esta idea me hace ser muy feliz, porque concibo que nada turbará mi alegría: mi hermosa alegría que tal vez bura cuando sea su esposa, para nunca más volver: mañana, sola y entregada á mi misma, discurriré incesantemente por las dilatadas arboledas de mi hermoso jardín: el tiempo está sereno: la brisa perfumada de la tarde reshalará sobre mi frente, llena de encantos inexplicables: en alas del viento que mueve las hojas de los árboles y cruza en todas direcciones el espacio, te enviaré un amante beso: recíbelo tú, porque és la expresión del alma más inocente.

Soy muy insensata en soñar felicidades, cuando está por el contrario, siempre suspenso sobre mí el infortunio y el

pesar: rodeada de engaños y lazos los más mezquinos, sucumbo á cada paso: ¡Qué escena tan lamentable! tan horrible! Peor mil veces que todas la que te he referido.—Escucha y tiembla por mi.

Me desperté hoy al nacer el día, y no pudiendo conciliar nuevamente el sueño, salté del lecho y abriendo mis ventanas me entretenía en contemplar los divinales encantos, que el Señor ha predicado á la naturaleza: el trino del pintado ruiseñor, el murmullo del agua que serpea bajo de mis balcones, la fragancia de las flores, que no obstante la aridez de nuestro clima se conservan lozanas, merced á el cuidado y esmero de mi jardinero, en fin, esa voz misteriosa que al primer albór de la aurora se levanta trayendo á nuestros oídos esas palabras mágicas que adormecen el pensamiento y nos seducen locamente. . todo se presentaba á mis ojos, formando un panorama sembrado de tantas bellezas que me hicieron olvidar la realidad y hasta que me hallaba sin cubrir mis carnes,

ni aun con un mal peinador. Eran ya las siete y media, y como por una parte se me habia noticiado que el rey no vendria hoy, y por la otra nunca acostumbraba hacerlo hasta el medio dia, habia descorrido los cerrojes de mi habitacion con objeto de llamar á Ketti, mi doucella, para que entrase á vestirme. Un ligero rumor me hizo volver repentinamente la cabeza, creyendo que ésta se habia anticipado, cuando..... no sé cómo te lo diga: veo delante de mí al principe. ¡Ayer era él mismo, que al verme desnuda enteramente desnuda, cruza sus brazos, y en vez de retirarse, permanece contemplándome, asomando en sus labios una sonrisa de triunfo. En el primer movimiento de horror que su presencia infundióme y no pudiendo con otra cosa, envolvíme en las cortinas de la ventana, intimándole que saliera ¿creerás que lo hizo?... Tampoco: adelantose lleno de audacia y se atrevió á pedirme el beso de llegada y además otro á la fuerza. Resistíme inútilmente: sus manos buscaban

por bajo de la cortina los contornos de mi cintura, logrando atraerme á sí y estrecharme contra su pecho. ¡Oh! si hubiera tenido en aquel momento un arma con que herirle, seguramente lo hubiese muerto: luchabamos con desesperacion el uno y el otro, hasta que al cabo, él más forzado, pero yo más astuta, inclinándome al suelo cuanto pude, conseguí escapar: toque la campanilla con la mayor energia y Ketti apareció: el traidor huyó de mi y yo corrí en seguida los cerrojos de la puerta.

Las angustias de mi alma durante este dia fueron inesplicables: me consideré la muger mas digna de lástima de cuantas pueblan el mundo. Encerreme en mi cuarto y un mar de lágrimas, desprendiéndose de mis ojos, regó el pavimento de mi estancia: en vano el villano seductor vino sumiso y arrepentido á llamar cien veces á mi puerta: sorda á sus ruegos, los cerrojos permanecieron corridos.—¿Es imposible que el miserable me hubiera podido ver sin que

en su rostro se marcasse la vergüenza de su accion?—Desde mi ciudadela le dirigí una carta llena de graves cargos, de amargas reconvenciones, y creo que si aún conserva un átomo de moralidad, habrá sufrido mucho con ella.—Marchóse desesperado, según he sabido posteriormente por las gentes de mi servidumbre.—Olvídaba decirte que en mi carta le prevenia no volviera á presentarse hasta ser llamado por mí.—A las pocas horas he recibido una epístola dilatadísima en que con el mas humillante lenguaje, pide perdón y me habla de virtudes y de matrimonio y... qué sé yo de cuantas cosas más: esta carta no era más que el anuncio de su llegada, pues á muy poco tornó á presentarse á mi vista. Su llegada me hizo lanzar un grito de horror, que lo detuvo asustado, inmóvil y sin articular palabra.

¡Oh! En lugar de entregarme locamente á las ilusiones de conquistar una corona, debería consagrarme á guardar el honor de los Bolenas, yá tan mancillado

por la malediscencia de los unos, por las persecuciones de los otros, por la peñidía de todos: para esto, concibo que és el mejor medio, huir sigilosamente en una noche muy oscura, llendo á vuscar en Francia la tranquilidad que anhelo; el respeto á que soy acreedora por mi nacimiento y mi conducta, y el porvenir feliz que delante de una jóven se presenta al lado de un ser que ame, por más que no esté adornado de la púrpura y el oro de una diadema. Porque yó encontraría ese hombre: sí; estoy segura. No todos los amantes tienen un alma tan de cieno como la de este: cierta estoy de que el generoso quanto delicado Francisco, hubiera sido incapaz de observar una conducta tan indigna de un rey. — ¿No consideras mi suerte?... ¿no me compadeces? Yo que he nacido para ser dichosa, vivir tan infeliz!.. — Se me ha arrancado el perdón y he tenido el pesar de escuchar, á ese que dice que me adora, en vez de sumergir para siempre en el olvido el recuerdo de la escena que te he des-

erito, reproducirla á cada momento, gozando en su memoria y repitiendo que fué de gozes inefable para él.

Por otro lado, creo que me han proporcionado ventajas las demasias del monarca: antes temia á mi corazon y á sus violencias: ahora no temo sino lo segundo, porque mi corazon ha concluido por revelarse contra un amante tan grosero. ¿Crees tú que él sea capaz de intentar por medio de la fuerza el logro de sus brutales deseos? Si lo crees, dímelo, y huiré en el momento: si no, puedes felicitarme; seré reina, porque mi fuerza y mi altivez se han centuplicado, y ellas y mi ambicion han crecido hasta una altura tan superior que yó misma me asusto: han crecido tanto, cuanto se ha aminorado mi amor. Voy á descifrarte de una vez todo lo que pienso en este punto: si el matrimonio no fuera una cosa necesaria para la consumacion de mis proyectos, toda mi vida permaneceria soltera, sin temor de que el demonio tentador me venciera en mis ideas. Si, porque des-

de hoy para en adelante, será insensible, y no he de sosegar hasta hacer sucumbir á ese hombre, que quiere formar tantas víctimas cuantas mugeres anhela su capricho.

Muy distinto giro han tomado nuestras conversaciones: no suenan ya palabras de amor en nuestros labios, porque no bien pronunciada la primera por el audaz monarca, sé contenerlas recordándole la distancia á que debe mantener sus respetos si ha de alcanzar al fin el término de sus deseos.—De continuo se ocupa de los negocios del divorcio, de las consultas dirigidas al clero y de la parte más ó menos activa que tomen las naciones extranjeras en este tan ruidoso asunto: las medidas más euérgicas, las resoluciones más violentas serán emprendidas, dice el rey, si por un azar inesperado, aquellos á quienes está sometido el fallar en el negocio, lo hiciesen en contra de sus deseos.—Me voy convenciendo que no lograré nunca regenerar ese carácter feróz, si bien no entiendas que

ceso de trabajar en mi obra comenzada.

Una vez estinguido en mi corazon aquel sentimiento desinteresado que me hacia empezar á amar á Enrique, ahora que mi empresa tiene muy diverso objeto, se han mudado mis propósitos para lo venidero: hallo en mí la necesidad de ocuparme en cosas serias. Quisiera contribuir por mí misma á mi elevacion y engrandecimiento: se apodera de mí el fastidio, porque la ociosidad, la inaccion me asustan: encerrada en mi solitario castillo, nada por desgracia me és dado emprender. Todos los privilegios han sido concedidos á esos orgullosos hombres á quienes nosotras pobres mugeres tambien estamos sujetas. La guerra, y la intriga; combatir é intrigar... ¡oh! son dos medios para alcanzar cuanto se anhela, y para los cuales son necesarios los dotes que yo, estoy segura, poseo como cualquiera de ellos: valor, constancia, astucia. Capaz de lidiar cuerpo á cuerpo con el más fuerte, de rivalizar en paciencia con el Job de

la escritura y en astucia con el más hábil político y sentirme aquí, tan débil, tan impotente como el niño que teme el castigo de su maestro. Si á lo menos ese trono que yo quiero se hallara ocupado por una muger, entonces... yo no sé lo que haria entonces: pero emprenderia, discurriria; y este trabajo incesante, así mental como físico, robusteceria mi cuerpo y mi imaginacion haciéndome llegar, tal vez, al fin de mis dorados ensueños: sí, Nancy mia; me han hecho ser ambiciosa: han hecho nacer en mi alma la rabia de la envidia y el deseo de la suprema grandeza, y mis lãbios no pueden yã satisfacer su sed sino en una copa de oro presentada ante mí por un grande-hombre que doble su rodilla y bese la orla de [mi vestido poniendo su rostro al suelo que yo pise.

Tal vez sueño: quizá deliro: pero esos son mis goces ahora; los sueños de losa mi mente: más allá de ellos hay un

abismo sin fondo: un espacio dilatado lleno todo de sombras ensangrentadas: un caos oscuro en donde discentro errante y sin concierto tropezando á cada instante hasta caer despeñada... ¿á donde?... no lo sé: á otro caos más oscuro que el primero y en donde me estrello y sucumbo con ignominia. Acaso mejor que el círculo de brillantes, almenado de riel dorados borones, me convendría más ceñir mi sien con una blanca guirnalda: acaso mejor que sentarme cuatro pies más altos que los otros, sería mi felicidad sentarme sobre yerba: acaso, en fin, sería mejor que tener por marido á un hombre como Enrique de Lancáster, aceptar el amor del último de sus vasallos con tal de que este fuese amado de mi alma!... —Pero nó, nó, mil veces nó. Mi destino me llama sobre un trono: yo llegaré á él: yo seré reina: yo mandaré.

Esta voz que suena en mi alma, y que se contradice á cada paso, nó sé si és la de un ángel ó un demonio. No sé si me advierto que debo ceder ó que de-

Lo continuaré como la piedra que se desprende desde la cúspide de una montaña y rueda sin cesar hasta lo profundo, así voy rodando á merced de los sucesos de mi vida, cuya solución problemática me es desconocida absolutamente. Y sin embargo; si mi amante retirára sus promesas y me abandonára, yo no sé cuáles medios emplearía para atraerle. ¿Volaría yo en su persecucion? Mi honor me lo prohibiria. — ¿Le escribiria? — No, tampoco, porque esa carta seria un libelo infamante contra mi honra que yo misma arrojava en medio de esos inmundos cortesanos para que se distrajeran á costamía. Sola y abandonada, despues de haber prestado al mundo un escándalo con mis amores, me veria obligada para ocultar mi vergüenza á correr á esconderme dentro de las altas paredes de algun convento, en donde moriria hasta el nombre de Ana Bolena, reemplazado por el de la religiosa: pero nó; esto seria demasiado y para suceder és necesario que todos los rigores de la suerte se desata-

sen en mí contra: cuento con emolumentos de gran fuerza para salir victoriosa, y uno de los más principales son los mismos defectos del monarca. No és, aún en el caso de perder la partida, una derrota sin gloria la que sufrirá: la obra es grande y yo muy pequeña, y esto solo és suficiente para labrar mi posteridad. ¿Y qué cosa mejor pudiera yo emprender que reproducir nuevamente el ejemplo de Isabel de Gray? Apenas á vuelta á Francia, de regreso de su prision, Francisco I, cuando ya se ocupa de un matrimonio político. El débil y medroso Percy, me abandonó por una simple amenaza de su padre. El aislamiento que sufro en Héver no puede serme más odioso. Quiero, pues, salir de él para entrar nuevamente en el mundo, de un modo brillante, deslumbrador, que seduzca y sorprenda. La idea de que una muger sea bastante á cambiar los destinos de la orgullosa Albion, de que más de un príncipe viva en sobresalto y continuo augear pasando celos y enojos; de que por

el amor hacia esa mujer se conmueva hasta el Pontífice en su silla y de que esa mujer sea yo, es bastante para hacerme despreciar todas las demás consideraciones. Pero me haces falta Nanci; me haces falta para explicarte muy extensamente todas estas cosas que escritas pasan tan rápidas como la luz de un relámpago: vuelve a mi lado cuanto antes y juntas llegaremos hasta el dorado sillón, en que yo me sentaré sola, pero te ocultaré á tí entre los pliegues de mi manto, para dirigirte á cada paso mis miradas y reír á hurtadillas, interin pasamos el fastidio de alguna ceremonia, que me sea preciso presenciar.—Hay también otra causa interesada: todos los monarcas necesitan y poseen sus consejeros, que los iluminan en las materias más árdnas y les ayudan á soportar la pesada carga del gobierno: pues bueno, tú serás mi ministro-consejero, título que has tenido y tienes, pero que obtendrás de oficio y que podrás ostentar entre los grandes: yo seré reina, y tú mandarás por mí: más

claro: tú me dirás lo que debo mandar y mandaré: tú serás la cabeza que piense; yó la mano que ejecute. Y si el viento de la desgracia hiciese naufragar nuestro bajel, entonces abrazada la una á la otra, podremos mejor resistir el furor del huracan, y luchar denodadamente hasta el momento postrero.

Voy á comunicarte dos noticias que te sorprenderán y te dejarán absorta: é; la primera, que he adquirido un sentimiento ruin que no habia hasta el presente sentido; y la segunda que sin pedirte consejo, sin consultar tu parecer, he tomado una enérgica determinacion. No ignoras, creo que me habia reconciliado con el cardenal de York, el que habia llevado en amabilidad hasta el punto de comunicarme secretamente, por cartas las más galantes y corteses, los trabajos que se tomaba en el asunto del divorcio, y de los resultados que ellos iban produciendo.—Hace ya un mes que no tengo carta suya, y este tiempo es el mismo

que hace se halla ausente, en Francia, á donde pasó á grangear para Enrique el apoyo y amistad de Francisco I. Este prolongado silencio, me se hacia muy sospechoso y comenzaba á temer, sin saber por qué causa.—He salido de estas dudas y de un modo muy cruel: bien te he dicho yó siempre que desconfiaba de ese hombre: bien segura he estado en todas ocasiones de que él és mi mayor y más terrible enemigo, porque une á sus perfidias la hipocresia con que sabe adornarlas, y con la que logra engañar, si bien conmigo no és muy fácil que lo consiga. El rey dióme ayer á leer los despachos que acababa de recibir de Francia y el primer documento que se presentó ante mi vista, fué la peticion formal que el ministro de Inglaterra habia hecho de la mano de la princesa Reneé, para el monarca que representaba.

No pude contener el primer ímpetu de mi enojo y casi destrocé el papel que tenia entre mis manos; pero devolvíselo por fin al rey diciéndole.—Vuestra gra-

cia pudiera muy bien aprovechar su tiempo en otra parte y no malgastar de esa manera el más precioso tesoro que poseemos: porque creed, señor, que en el castillo de Héver lo estais desperdiciando y me sería muy satisfactorio me excusaseis el honor de recibirlos.

—Es decir que me arrojaís?...

—(Qué es lo que debo hacer?... Vuestro ministro en este asunto, creo, por las muestras, que se burla descaradamente de una persona: y como del rey de Francia no juzgo que pueda ser, és necesariamente de mi: tened, pues, presente, que no és él bastante para abatir el orgullo de los Balenas: nada me és dado esperar de vuestro tan decantado *legítimo* amor, y no debo por más tiempo contribuir á pasar por una impúdica cortesana, cuando ni lo soy ni tampoco lo seré jamás; nunca.

Levánteme para salir, pero el rey se interpuso para impedirlo: yó lo rechacé y entonces con la mayor humildad rogóme que lo escuchase: yó continué:

Si, rey de Inglaterra: nunca me familiarizaré con la idea de la brillante perspectiva del puesto que me ofrecéis: ser vuestra concubina és tan deshonoroso como serlo del último de vuestros soldados. Vuestro celoso ministro, queriendo para vos lo mejor, yó lo confieso, os proporciona un enlace digno de vuestra alta gerarquía: Ana Bolena está demás por consiguiente, y contad con que se han roto entre nosotros todos los débiles lazos que nos unian.

Arrojóse de rodillas y à mis piés el monarca, jurándome por su honor, por el lustre de su corona y la memoria de su padre, que Wolsey habia procedido por sí y ante sí, pues que no le habia dado licencia para ello.

—Muy bien, repliquéle entoces: he aqui un rey digno de serlo: ¿de qué os sirve el poder que heredasteis de vuestros mayores? Así dispone un hombre cualquiera de vuestras mas caras afecciones. ¿Qué és el cetro en vuestras manos? Os asemejais así á uno de esos muñecos de

goznes que obedecen hasta en su menor accion á la mano del maquinista que los maneja á su autojo, para representar esta ú aquella farsa de teatro. En verdad que no lo hubiera creído nunca.

—Pues bien, Ana; yá que és preciso confesaroslo, os diré que Wolsey nunca ha podido llegar á ver en el amor que os profeso, otra cosa que uno de los muchos pasatiempos de que tantos recuerdos hay en mi vida anterior: para él la doncella de honor de la reina Catalina, no és la digna de reemplazarla en el tálamo y en el trono: pero le dejo obrar porque sus luces, sus talentos me son necesarios para concluir la enojosa cuestion del divorcio: mas finalizada esta, el rey de Inglaterra tiene sobra de entereza y de valor, no solo para hacer rodar la cabeza de Wolsey por más sujeto á su voluntad que aparezca, sino tambien para caer sobre la Francia, empuñando una espada, y darle la reparacion que quisiese, si su arrogancia se mos-

trase resentida.

—No comprendo esas consideraciones. Vuestro ministro, el sábio cardenal me engaña ó me insulta. Ese hombre con sus estudiados cálculos, con su refinada intriga, con su estrategia palaciega, es el muro que se ha levantado para dividirnos: él trabaja incesantemente por labrar mi ruina, por arrancarme la honra, y yo por mi parte, como á mi vez no soy ni puedo ser tan fuerte para pagarle del mismo modo, debo vengarme con abortecerle, con odiarle: y le aborrezco y le odio y lo desprecio apesar de sus talentos y de su elevada clase: pero este dice incapaz de ser hipócrita será leal; tan leal como implacable.

Hubo un momento de silencio: el rey mientras éi, miróme con ojos radiantes de placer, como si meditase en aquel instante alguna cosa que pudiera lisonjearme y dijo por fin.

—Ana: mi adorada Ana: dejad que logre ver en mis manos la bula que ha de declararme libre, y entonces os en-

tragaré á Wolsey su cuerpo y bienes para que dispongais de su suerte.

—No se dirá señor, que Ana Bolena, haya jamás causado ni la muerte ni la pobreza de nadie: mi venganza quedará limitada á verlo relegado de los negocios: ausente de donde mis ojos puedan verle: de donde mi oído pueda escucharlo: de donde su infernal aliento me quemé y me consuma: enviadle á su diócesis de York y que cual buen pastor de Jesucristo se limite á dirigir el espíritu cristiano de sus cometidos, mas no los asuntos de esta nación que tiene un rey, y un rey demasiado fuerte para gobernar sin su aynda.

—Más podremos hacer si Wolsey os incomoda: podemos formular contra él, por cualquier motivo, un proceso de tres dias, y al cuarto hacer rodar su orgullosa cabeza bajo la entrogcida hacha del verdugo.

Oyes esto, Nancy amada?... ¿Lo oyes?... Pues estas palabras tan lúgubres y terribles las pronunció de un modo in-life-

rente; como si se aventurase en la partida un puñado de dados que cada uno equivaliera á algunas libras esterlinas: y sin embargo era de la vida de un hombre de la que así disponia: y con la misma frialdad con que anunció aquella resolución, sería capaz de llevarla á cabo: esto me asusta; te lo confieso.—Pide á Dios, tú que eres justa buena, que me conserve el ascendiente que tengo sobre el rey para impedirle cuantas veces pueda cometer semejantes atrocidades.

No podré menos de confesarte, y vergonzoso me és decirtelo, que en aquel primer momento de mi exaltacion, lejos de horrorizarme las palabras de Enrique, hubiera querido poner mi mano sobre el cetro, hubiera dado cinco años de mi vida por verme reina, para enseñar á ese cardenal, elevado por la excesiva débil generosidad de su amo, como se debe tratar á una muger, que si no por su estirpe, por su conducta, por sus virtudes y por su alma mas grande que la de

toda otra cualquier soberana, es digna de ser su reina, quizá mejor que todas esas orgullosas princesas extranjeras.—Soy incapaz de guardar mucho tiempo el rencor de una ofensa que se me hace, y es probable que olvide ésta que tanto me ha lastimado, y aun que llegue á perdonar á Wolsey: pero guárdese de despertar mis iras, reproduciendo sus agravios; porque si estas fuesen tales que estuviesen aun en mi memoria el día en que yo suba al trono, entonces, te juro que habrá de pasarlo *muy mal*: no sé hasta donde llevaria mi enojo, y puede que señalara el día de mi coronacion con algun hecho horrible y sangriento.

Vá á trasladarse la córte de Greenwich á Lóndres, y Enrique quiere y con repetidas instancias me lo ruega, que deje á Héver y vaya á habitar un magnílico palacio que en la capital me tiene preparado.—Desde el día en que me instale en él, dice que anunciará públicamente sus intenciones y me rodearán

de la grandeza que es consiguiente á la que ha de ocupar el trono: todos sus amigos serán los míos, y la nueva reina tendrá su corte y sus aduladores por consiguiente.—No és esto obrar con lealtad?—En los momentos en que el rey me haría esta proposición, vagaba mi vista, errante sobre los mil objetos que se dominaban desde aquel lugar: los árboles del solitario parque; los vetustos y silenciosos salones; los venerables retratos de mis ascendientes, y aún parecíame que estos me hablaban aconsejándome que era la ocasión de obrar: «Vé, me decían, vé y conquista el lugar que un día te hará figurar entre nosotros con una corona en la cabeza.»—No he titubeado: acepté y estoy decidida á seguir el torrente de mi destino. En virtud de todo esto el rey no volverá ya por aquí: me aguarda impaciente y amoroso y yo correré á él orgullosa con mi triunfo.—Vá á comenzar mi reinado, y en calidad de tal soberana presunta, hemos hablado largamente de nuestros negocios. La pri-

merá cosa que hemos decretado ha sido
 la desgracia de Wolsey. Una gran obra
 me propongo, obra que será plausible á
 los ojos de cuantos me rodean: quiero
 compensar este acto de severidad con otro
 de justicia y benevolencia: el virtuoso To-
 más Moro vá á salir de su oscuridad, ele-
 vándole á la dignidad de canciller de In-
 glaterra, digno premio á sus virtudes. Es-
 tos asuntos no vayais á creer que me ro-
 ben todo el tiempo: yo sabré compár-
 tirlo equitativamente y siempre habrá al-
 guas horas destinadas á que juguemos
 juntas como en nuestros primeros años,
 cuando encerradas en el convento hallá-
 bamos la alegría y el solaz que nos pro-
 hibian las austeras reglas monacales en
 el amor y simpatías de nuestros dos co-
 razones. La fortuna que por tanta tiem-
 po nos ha tenido abatida y sin esperan-
 zas, parece que se ha cansado y con su
 inconstancia trata de hacerme dichosa,
 célebre, inmortal: por quién? no te pa-
 rece que bastará para labrar la inmorta-
 lidad de una mujer el que la historia cuen-

te que supo por sí sola grángearse un trono? Oh! esta idea me embriaga.—Dentro de tres días se efectuará mi marcha para la gran ciudad de Lóndres: está la suerte echada y mi palabra que he empeñado, és mi primera obligacion.—Voy á regenerarme: á recrecer sobre mi misma, y yó sabré hacer de la niña loca, descontentadiza, temerosa y perseguida, la muger de entereza, de ánimo, de voluntad resuelta y de energia indomable. ¡Valor! ¡Orgullo! Venid en mi auxilio. Desecharé la debilidad propia de mi sexo y me nivelaré á un hombre, y á uno de esos hombres mas decididos y tenaces.—Qué trages, qué adornos he de mandar hacer en llegando á Lóndres! Qué magestuosa debo aparecer con el manto sobre los hombros y como resaltará la blancura de mi cuello al lado de las finas perlas que me ha regalado Enrique! La estrella de mi destino alumbra con vivos resplandores y ella eclipsa las nubes de la pasada borrasca:—Su disco fulminante compete con los rayos del sol: yó seré tan gran-

de cuanto pequeños serán todos los que me rodeen. Mi alma, mi corazón, están consagrados á la gloria

¡Qué insensatez! ¡Qué necesidad! Cuánta es la presunción humana! La ilusión que me ha sostenido desaparece instantáneamente: cuántas nuevas desgracias!—Cinco minutos han bastado para promover un horroroso desorden en mi ánimo y mis ideas. Mi imaginación está tan en derrota que dudo volver á mi centro natural.—Mas quien podía esperar lo que ha llegado á sucederme.

Habría ya concluido esta carta, que puede llamarse mas bien apunte histórico de los sucesos ocurridos en los dias de tu ausencia, y buscando más dilatado campo en donde ensanchar mi espíritu, bajé al jardín, comenzando á discurrir por las dilatadas arboledas, y despidiéndome una por una de todas las flores que por tantos dias han presenciado la amargura de mis sentimientos: daba el último adios á aquellas plantas consultoras de mis

penas, cuando siento pisadas como de un hombre muy cerca del lugar en donde me hallaba, y que es uno de los más solitarios del parque: volvíme y.... con efecto, un caballero se presenta, arrojado y resuelto: casi no quería dar la razón á mis ojos: pero miro nuevamente y... no hay duda: era Percy!!!...

—«No; yó no soy ni un cobarde, ni un traidor.»—Estas fueron las primeras palabras que sus lábios pronunciaron, con un acento que no podré describirte, porque tenía algo de sepulcral; algo de fantástico; algo de horrible y amenazante.—«No; yó no he huido de la muger que amaba sin sentimiento ni dolor, sacrificándola imposible á los favores de un monarca, ni á la ambición de un anciano, ni á mi cobardía y mi temor. Estas palabras que estais escuchando, Ana, son de lo íntimo del alma, y hubiera muerto por lograr llegar hasta vos para haceroslas escuchar: falta sin embargo probarlas y os las probaré.»

Seguidamente y en medio del sobre-

cojimiento que habia embargado todas mis facultades, me tomó de la mano, y haciéndome sentar á su lado comenzó á referirme los detalles que acompañaron á su enlace con la señorita Talbot, el respeto profundo que debía á la voluntad de su padre, las órdenes apremiantes del viejo duque, que sufría las instancias repetidas del rey y de ese odioso cardenal, la fatalidad que pareció arrastrarlo en aquel negocio llevado á cabo en tan pocas horas, y el lazo horrible que con tanta destreza le habia preparado Wolsey, para hacerlo pasar desde su despacho al del monarca y desde este á la capilla de palacio, en donde se efectuó el matrimonio. Yo quisiera haberte visto colocada en mi posición, querida Ana, para acabar de comprender que pueda haber un alma tan fuerte que resista á esos momentos en que el corazón, dilatándose al escuchar las palabras del hombre que nos ha amado, nos pide perdón indemnizándose con las maestras más inequívocas de sinceridad y respeto: quisiera, repito, haberte visto en mi

logar, para ver tu modo de conducite; porque yó me sentia desfallecer. El dolor retratado en su semblante, los acentos humildes de su voz, el lenguaje propio de un alma que mira perdida y para siempre su dicha, llegaron á levantar de nuevo en mi pecho una hoguera que yó creía estinguida yá de mucho tiempo, pero que me he convencido no estaba sino cubierta por la ceniza de los resentimientos. Una hora hacia que nos habiamos encontrado, y ya... ¡insensatos! no existia en nuestra mente ni una memoria de los sucesos que nos arrebatarán el uno del otro. En fin, Nancy; para no prolongar más este relato; Percy solicitaba mi amistad que creía perdida, y yó le concedí mi amor. Imploraba mi compasion, y yó me juzgaba más desgraciada que él: mi antiguo amante, el hombre que yó habia soñado mio, maldecia amargamente su suerte, y yo lloraba. . lloraba con todo mi corazon: lloraba sin consuelo y sin esperanza.

Por fin, despues de algunos momen-

los, exclamé: ¡Ah! Percy! Por qué estais casado?—Estas palabras produjéronle un movimiento convulsivo, nervioso, que me puso por el pronto en más angustiosa situación: entretanto corría el tiempo, y la noche con su enlutado manto cubria á nuestros propios ojos los objetos que más de cerca nos rodeaban: nada interrumpia nuestro lúgubre silencio, y así hubieramos permanecido, Dios sabe hasta cuando, si no hubiesemos visto brillar á lo lejos las luces de las antorchas que conducian mis criados, los cuales me buscaban por todas partes: aquella luz fatídica que venia á interrumpir nuestro mudo padecer, hizo recobrar á Percy su energía, y levantándose con ademán resuelto, clavó en mí sus encendidos ojos, rompiendo sus labios en amargas quejas.

—Con qué no amas al rey? (añadió:) con qué no lo amas?

—Quizá le hubiera amado sin haberte vuelto á ver.

—Pues bien: puesto que yo estoy ca-

sado, es preciso que seas reinã de Inglaterra: es preciso que te cases igualmente.

—Desgraciado! Qué me aconsejas?... ¿Qué he de hacer Dios mio, qué he de hacer?...

—Escucha: resistir á esa mano oculta y poderosa que va guiándote al trono, es un imposible y además una locura que podria costarte la vida. Obedece á tu destino: á ese destino que nos ha hecho ser desgraciados, pero que podemos dulcificar todavía. Pronuncia tus votos con resignacion como yo lo hice; y cuando ambos nos hallemos iguales, cuando ni tú puedas echarme en cara mi cobardia ni yo tu infidelidad, cuando mi conciencia no pueda reconvenirme de haber sido el obstáculo opuesto á tu elevacion y tu grandeza, entonces... entonces... Dios tendrá piedad de nosotros. Si, porque Dios es bueno y no mirará con cólera un amor que ha producido tantos sufrimientos. Júrame ahora guardar ese mismo amor en lo mas es-

condido de tu alma; reservarme tu corazón, dedicarme tu asistencia, apesar de las régias insignias, de tu fausto y tu grandeza.

—Te lo juró.—Y lo juré con toda entereza y decision: sin vacilar un momento.

—Jura tambien que el lazo que nos vá á unir será indisoluble y tan fuerte, que resistirá á los golpes y adversidades de la fortuna.

—Lo juro, Percy, lo juro.

—Jura, en fin, que si logro allegarme hasta ti, que si alcanzo verte, te hallaré tal como hoy, amante, enamorada, y decidida á todo y para todo.

—Lo juro tambien, y Dios sabe si és cierto mi juramento.

Un instante despues Percy habia desaparecido: las luces y los gritos de mi servidumbre se hallaban tan próximos, que un momento hubiera bastado para sorprendernos juntos.

Ya todo ha muerto para mí: todo: seré infeliz en medio de la grandeza, del

poder, del triunfo: à mis ojos no será ya otra cosa la córte y la diadema, que una carga pesada; una máscara enfadosa con que cubriré mis sentimientos: aquel deseo de hacer inmortal el nombre de los Bolenas, la gloria, el esplendor, no existen tampoco: no llena yá mi corazón si no el amor; el verdadero amor: amo á Percy y le amaré mientras viva: aguardo tranquila las consecuencias de mi falta, y no me hagas ni reconvenciones ni advertencias, porque por más doloroso que pueda serme el desagradarte, resistiré á tus consejos con heroísmo: mas no entiendas que mis locas ideas, me arrastren hasta olvidarte: siempre respecto de mí, cuando no otra cosa, serás un espejo de refracción que me haga ver la distancia que medie entre tu virtud, tu juicio y tu talento y mi delito, mi insensatez y mis locuras. ¿Puedo darle gracias al destino por hacermos reina, cuando el llegarlo á ser me ha costado mi paz y mi tranquilidad?... La verdadera tranquilidad del alma, que és la que proporciona un

amor inocente y correspondido.—Sin embargo, dentro de una hora parto para Londres: allí te espero con ansia; ven á mi lado porque te necesito para llorar con confianza en tu seno. Me es necesario, yá roto el bagel de mi valor y mi firmeza, encontrar un diestro piloto que á fuerza de conocimiento y calma, logre, cuando no otra cosa, evitar que se estrelle contra una roca. Llena de dudas te envío esta carta, porque és la mayor de las locuras, confiar al papel secretos de esta naturaleza, y mucho más en la posición en que me hallo: pero no puedo callártelos: robozan, saltan, se derraman del vaso en que se hallan encerrados, y nadie puede recogerlos sino tú que harás buen uso de ellos, convirtiéndolos en un manantial fecundo de advertencias útiles que serán sin duda alguna, ya que no bastantes para hacerme olvidar al hombre que causa mis padeceres, á lo menos la antorcha que me alumbra en el tortuoso camino que

voy á atravesar: rompe esta carta, porque una fatal casualidad puede hacerla reaparecer algun dia, y ella seria la prueba de un crimen que sin embargo no está consumado y del que, solamente Dios que lee los corazones, es capaz de alcanzar el término que tendrá: temo de mi misma porque cuando manda el corazón, cesa la razón de dictarnos sus consejos.

Sufro en este momento más de lo que piensas y compraria á costa del mayor sacrificio, poder tornar á los dias tan dichosos que hemos pasado juntas en el convento, cuando todos nuestros placeres estaban limitados á contar las flores que crecian en el jardin, ó á ver serpentear alegremente los peces del estanque. ¡Cuanto solemos engañarnos! Entonces codiciaba los agitados placeres del mundo, y ahora los lloro porque soy muy desgraciada. ¡Ay Percy!... por qué has vuelto! por qué me amas todavía! ¡porqué te amo yo tambien!... ¡Porqué no eres libre! .. Porqué Dios se complacerá en

verme tan afligida cuando pudiera ser tan dichosa!--Adios y hasta Lóndres en donde te aguardo: adios.

Tu amiga, siempre invariable,

Ana Bolena.





II.



Grandes, muy grandes acontecimientos se abren delante de nuestra heroína: tan grandes que sin dudas podemos decir, que no obstante su fuerza de ánimo, su espíritu varonil y su esforzado aliento, en más de una ocasión hubiera retrocedido, á no sujetarla el ju-

ramento empeñado á su amante. Cierta que cual ella habia previsto y codiciado, la estrella de los Bolenas iba á eclipsar aun al mismo sol, desde el punto en que Ana se presentára en Londres: cierto que debía apagar á cuantas otras la rodearan; cierto en fin que la altura á que iba á verse elevada era inmensa, era superior, era digna de envidia... pero no menos cierto era tambien, que cuanto más alumbrara, tanto mayor debía ser la oscuridad que se siguiera. Ella debía llamar la atención de la Europa entera, y llamarla por dos veces de un modo bien distinto.... ¡porque á cuanto precio no debía comprar la caprichosa contestacion la grandeza y el oropel deslumbrante! ¡Cuán cara, pobre muger! Cuán cara, puesto que tras del trono se levanta el cadalso, y tras de la corona el hacha y tras de la régia pompa la infamia y la deshonor!... y tú misma, tú, has sido y serás todavía la que continúes labrándote por tí misma el tajo sobre que has de apoyar tu hermosa cabeza despues de haberla apo-

yado sobre las almohadas del lecho real de Enrique de Lancáster: ese amor violento á que has abierto en tu corazón entrada; ese amor que has jurado á la faz del cielo y en presencia de tu amante, te devorará á manera del veneno, enpozándote y convirtiéndote en el ser más despreciable: en una acusada de adulterio, sentenciada por las cámaras, acusada por tu esposo y única propiedad del ejecutor de la ley: del verdugo de Enrique VIII.

Pero no anticipemos resultados, que al cabo hemos de ver revestidos de todas sus circunstancias, y tornemos á nuestra narracion, más acompañada de interés que hasta ahora lo ha sido.—Veamos pues, cómo se presentó en la corte de Inglaterra la yá olvidada doncella de honor, recordando á los pocos instruidos en semejantes asuntos, que aún existía, y existía para mandar en todos ellos.

Enrique con efecto había querido no perdonar nada para la presentacion de su amada en la capital, y su entrada en ella

casi fué, por decirlo así, una entrada triunfal: una ovacion solemne, tan solemne como era de esperar, atendido el amor y el rango del futuro marido: un suntuoso palacio preparado de antemano la recibió en su seno, y desde aquel día, este fué la residencia perenne de todos los más altos personajes, amigos de Enrique, de los primeros jóvenes de la dorada nobleza, de la turba adulatora de palaciegos que no distinguen al quemar sus inciensos ante el ídolo de moda, si es ó nó digno, con tal de alcanzar el logro de sus pretensiones, y por fin de aquella otra clase, que desechada y arrojada de los salones del poder no encuentran justicia por más justicia que tenga, y acuden á impetrarla por medio de la querida del rey: — Ana no podia hacer desaparecer de entre la opinion del pueblo este vergonzoso concepto; naturalmente la ignorancia induce á la malicia y esta á pensar mal: y como por otra parte, nada sino un amor dignísimo podia adueñarse de las largas y continuadas visitas

del monarca, duraderas á veces hasta horas muy adelantadas de la noche, he aquí la confirmacion de semejantes pensamientos. Ya no hubo misterios para el pueblo sobre los supuestos escrúpulos de conciencia explicados poco tiempo antes por el rey: ansiaba su libertad porque así podía entregarse más libremente á sus caprichos: las conversaciones generales versaban en todos los círculos así altos como pequeños, sobre el desenlace de aquella crisis matrimonial y cada cual pronunciaba un fallo anticipado, regulando según su parecer el parecer de la Santa Sede; pero circunstancias que muy pronto aparecieron en la recargada atmósfera, hicieron enadar el fondo de las creencias del vulgo: estas circunstancias fueron la conducta que comenzó á demostrar el mismo cardenal de York, de regreso de su viage; de Francia: Wolsey no dejaba pasar un solo día sin visitar á la favorita; hablaba de ella con la mayor consideracion: acallaba la malediscencia de los que osadamente la culpaban, y sus continuas res-

petos y ceremoniosa política, daban á entender que aquella mujer simbolizaba un misterio de mas trascendencia: no podia ser yá aquella jóven la mancelia de Enrique; no podia ser la doncella prostituida al deslumbrante amor del monarca: no podia ser finalmente Ana Bolena, el juguete de una ilusion momentánea: era la primera, la única persona en la nacion ante quien el rey doblegaba su altiva voluntad, y por consiguiente la poderosa mano que iba á introducir las mayores reformas.

No era todo, respecto de Wolsey, veneracion por la que debia ser su soberano, por más que de este colorido se vistiera la conducta del mismo á los ojos del pueblo: habia en él tambien algo de duda sobre aquella ponderada resistencia y tan decantada virtud que preconizaba Enrique y no podia creer cómo, á despecho de las muchas asechanzas del rey, aconsejadas por él, aún se mantenía invencible la doncella de honor: sus capciosos lazos habian sido estériles, y tra-

taba de redoblarlos en cuanto estuviera á sus alcances: una nube preñada de desgracias vislumbraba en su horizonte, que si bien todavía inesplicables, le asustaban y llenaban de temor.—Pero todo inútil: el rey casi, en su frenesí amoroso, estaba á punto de volverse loco, y nada era, no obstante, á los ojos de la señorita Boleña, aquel arrebató ni aquella pasión: había en ella fijo no pensamiento y nadie alcanzaba á deslumbrarla. Guardando la ocasión en que quizá los caprichos de una muger le proporcionara su dicha, dejaba ya á la casualidad el logro de sus deseos; porque si Enrique estaba resuelto á ser el esposo de Ana, tampoco le desagradaba la idea de conservar su libertad ó de contraer otro matrimonio, que reuniese á la novedad de una nueva esposa, las conveniencias de Estado. Mas de un modo ó de otro los preliminares del divorcio se sucedían, y los asuntos pendientes con las córtés estrangeras se multiplicaban sin descanso. Las instancias á Roma, las embajadas, los emisarios, los

despachos, las comunicaciones, todo lo que podia contribuir al logro del proyecto, nada se perdonaba. Carlos I de España, Y emperador de Alemania, llegó ya á mirar formalmente por el honor de su tia, y las diferentes córtes europeas cuestionaban sobre aquel ruidoso negociado, considerándolo cada cual segun sus mayores ó menores simpatias con el rey de Inglaterra. Con los ojos fijos sobre esta potencia, se aguardaban los resultados que debian emanar de la definitiva decision del Papa.

Hasta de presente, en lo que llevamos narrado, nuestros lectores no habran podido encontrar sino una intriga galante, sino un capricho de un monarca, sino los juegos de una niña ambiciosa: pero desde aqui en adelante, y á proporcion que vayan pasando las páginas de este libro irán notando cómo esta intriga, cómo este capricho, cómo estos juegos, fueron la causa de la conmocion de un reino, el que se vió muy pronto presa de las más violentas con-

vulsiones, no calmadas en los tres últimos siglos. Cada cual también y después de conocidas las prendas, así morales como físicas, que adornaban á nuestra heroína, habrá concebido de ella la opinión que más arreglada y justa le haya parecido; pero en lo sucesivo, no podrá mostrarse indiferente á tantos sucesos como se enlazaron á la existencia de la misma. Campo tendrá para admirar á dónde puede llevar un deseo contenido, en caracteres como el de Enrique VIII, así como el imperio que ejerce la belleza sobre el ánimo más esforzado y valiente, cuando se halla unida á un talento perspicaz y á un alma grande, elevada y noble por condición y por principios. Ojalá logremos ser tan claros en nuestra narración, que alcancemos pintar los hechos que van á ocuparnos, sin dejar ningún género de duda ni de incertidumbre para conocer á fondo y en toda su extensión, á todos los personajes que han de figurar en primer término en el transcurso de esta historia.

Largamente consultaba el rey á todos los hombres más sábios de su reino, que había hecho reunir á su lado, y las mañanas enteras eran consagradas à consultar las sagradas escrituras, para encontrar en ellas todo lo que tuviera conexión con la gran cuestión presente, de hacer legítimos los escrúpulos de conciencia de Enrique, respecto de su matrimonio con la viuda de un hermano. El Levítico y el Deuteronomio, esplicados con inmensos comentarios por los más profundos Teólogos, que por esta ó la otra causa eran servidores ciegos del enamorado monarca, presentábanse de mil maneras, hallando alcabo argumentos de grave causa, de inmensa prueba que no solo podían ser apoyo para la demanda del régio divorcio, si que también para hacer incontestable lo alegado por el esposo.

El confesor Longland, el limosnero Fox; el dean Paces y otros muchos esclarecidos varones, conformes y unánimes

en la opinion de ser legitima, justa, debida y religiosa la demanda de divorcio, escorbaban aún más al rey, declarando que, aun en el caso de que lo escrito refutase el hecho en casos parecidos, no debian atenerse á la Vulgata, ni á ninguna otra version, pues que pudieran haber sido interpretadas al traducirlas del hebreo: que en cuanto al original estaba muy claro no los admitia como legitimos tanto más si eran acompañados de circunstancias tales como las que estaban presente, en que era el bien de toda una nacion el que iba unido á la tranquilidad de conciencia del monarca. No es decir por esto que aquellos respetables señores supiesen el hebreo; pero de antemano acordos yá con Roberto Wacfeld, profesor de dicha lengua, para que no los desmintiese, cosa que facilitó en gran parte el oro que prodigó Wolsey, y en gran parte el miedo, pudieron sostener sus opiniones, quedando altamente lucidos en el lance. Enrique nunca era servido á medias, porque el temor que su solo nomi-

bre inspiraba era el aguijón más seguro para remover inconvenientes.

Cargado de infinitas consultas, de opiniones, de despachos, y hasta de una carta autografa del mismo rey, enviose á Roma un nuevo comisionado extraordinario: pero para que de este comisionado no hubiera que temer, bien por mirar con negligencia su deber, bien por interesarle poco un buen resultado, fué electo en calidad de tal, lord Bolena, padre de la futura reina. Nada faltaba en aquellas comunicaciones, en tanto extremo, que Enrique no vaciló al tomar la pluma para escribir al Pontífice, en hacerle sabedor de ciertas enfermedades ocultas de la reina que le causaban repugnancia y que lo habian alejado de ella durante muchos meses: el ministro favorito se opuso en vano á esta impúdica declaración, porque Enrique, firme en su intento, envió la carta, sin variarle un renglón.

Los altos círculos femeninos de la corte, en los cuales se hallaba gran número de jóvenes, con otro no pequeño de

señoras de edad proveya, tambien á su modo, á sus alcances, á sus deseos, y segun las simpatias que por la reina sentian, opinaban dando su parecer en pública voz y en cualquiera parte; las jóvenes anhelaban el triunfo para Ana, cosa disculpable entre aquellas bellas que apetecian tener por señora una reina joven, hermosa y llena de dulzura, que les hiciera olvidar la autoridad, el rigor y la beatitud de Catalina de Aragon.—Las de edad más avanzada desafiaban ser una injusticia y una traicion, despojar del trono á una matrona virtuosa, santa, justa é irreprochable para cederlo á una mozueta sin juicio, orgullosa, loca y sobre todo no nacida de sangre de reyes: estas últimas, á fuer de campeones esforzados sostenian su opinion con más valor que lo hubieran hecho los mas barbudos barones.

Bajo el nombre de conde de Wiltshire, que poco antes le habia sido concedido, partió para Roma el lord Rolena, harto convencido sin embargo de

que nada conseguía, conocida como la era la mala voluntad del Papa, á la cual contribuía á poner más en contradicción la poderosa influencia del emperar Carlos V. Sin embargo, sometiose á adelantar lo que pudiera, cuando no todo lo que deseaba, y en esta virtud comenzó sus trabajos diplomáticos. Muchos, muy largos días hicieéronle pasar en escusadas y nulas ceremonias de etiqueta, durante los que se le prodigarón infinitas atenciones, rendimientos de consideración y lisonjas á su vanidad; pero le aquí todo, y el celoso comisionado perdía el tiempo que apremiaba cada vez más sin hallar una esperanza.—Al cabo de muchos desvelos, todo el resultado á que pudo aspirar, fué á que se le concediera pasase á Inglaterra un cardenal romano. Facultado en to la forma por el Papa para resolver definitivamente en el asunto. Clemente VII, á fin de hacer ver buenas disposiciones concedió tambien el derecho de que los diputados ingleses pudieran elegir, de entre tros que demar-

có, el que más de su satisfacción hallase: cierto, muy cierto que los tres propuestos cardenales, de entre los cuales decia Clemente VII podia elegirse, eran hombres de profundo saber; de elevado talento y de caracter respetable; pero tan ancianos y enfermos, que era imposible creer pudiera ninguno arrostrar las penalidades y trabajos de un viage dilatado, por muchas precauciones que se tomaran. Esto deberá bastar para conocer el sentido verdadero en que se hallaba el Pontífice, y la fuerza de las influencias que en él ejercia la corte de España.

No se desanimó en su empresa el lord Bolena: antes por el contrario tomó de su cuenta deslumbrar con dádivas á los tres cardenales electos, hasta comprender en ellos cual era el más á propósito, y hacer recaer en él la eleccion que estaba en su mano. Ricas tapicerias al uno, magníficos caballos ingleses al otro; sumas considerables, por fin, á los tres, bajo cien ingeniosos pretextos, fueron empleadas, y por último de-

sidióse que el cardenal Capeggio fuera el representante y delegado del Pontífice: este recibió de primer regalo una bagilla de oro, valor de muchos miles de libras

Largos dias transcurrieron en los preparativos del viage, pues la salud del cardenal hacia indispensable tantas preven- ciones, que estas hubieran cansado á cual- quiera otro que no hubiese sido el con- de de Wiltshire, padre de la prometida esposa de Enrique VIII.—Llegó por fin el momento, y *el fortunado* cardenal se- guido de toda la comitiva que habia acom- pañado á lord Bolena, salió en direc- cion de Lóndres: pero las jornadas que se hacian eran tan cortas, tan cortas, que todos se prometian llegar á la capital al cabo de tres meses lo menos, y aún esto sin contar con algun repentino ata- que de gota, muy frecuente en su emi- nencia, que le obligaría como siempre á guardar cama: Capeggio era muy an- ciano repetimos, y además caprichoso por añadidura, y orgulloso no obstante sus

años y su sagrado ministerio. — Diariamente recibía Wolsey noticias de todos los puntos á donde llegaba la comitiva, detallándosele en las cartas hasta la más pequeña circunstancia que ocurriera, con una esacta nota de las palabras y acciones del delegado: por ellas, anticipadamente, estaba informado el ministro de Enrique, de las flaquezas del buen viejo, á quien embriagaba el fausto y por lo tanto el dinero, el cual solia emplear muy bien en largos ratos de juego, que despues de cenar admitia siempre y en el que tenia una suerte detestable: pero el cardinal decia que solo así conseguia llamar el sueño.

No se perdía el tiempo por cierto tampoco en Londres: lejos de esto, acumulábanse y preparábanse pruebas en que poder apoyar la demanda de divorcio, y que justificasen conducta tan escandalosa, y en un marido que lo era ya de aquella muger, no menos que diez y ocho años. — La reina Catalina habia sido desterrada á Greenwich, y desde su retiro

sabía muy bien la asiduidad con que se informaban de todas las circunstancias que ocurrieran en su primer matrimonio, aun aquellas que más pueden ofender el pudor de una mujer, y tan encubiertas hasta entonces, que ella misma dudaba por dónde ó como podían llegar á oídos de sus enemigos — Nada oponía en su dolor á semejantes procedimientos: con aquella resignacion que la caracterizaba, aguardaba los resultados, ofreciendo al cielo devotamente tantas humillaciones como afligían su alma, interin que mortificaba con nuevas penitencias su pobre cuerpo. — Tal vez si Catalina de Aragon no hubiese dejado bucnamente á Dios el cuidado de velar sobre su causa, que era tan justa y legítima, tal vez, repetimos, hubiera logrado un fin distinto en aquel bochornoso asunto; si dejando su apatía hubiera llamado en su pró á los que tenían deseos de defenderla y á los que por derecho les tocaba, tal vez Ana Bolena no la hubiera sucedido en vida, en la dignidad real de que la despo-

jara al cabo.

Enrique VIII alegaba y sostenia con entereza y energía haber protestado en toda forma y verbalmente en el instante mismo de su matrimonio con la reina Catalina; y aun cuando esta version no tenia probabilidad de ser cierta por haber transcurrido tal número de años, los doctores tomarónla en consideracion. Buscaron estos con ahinco una persona que, así por su carácter, como por sus años, fuese suficiente á testificar semejante protesta. Por fin, nombraron para que compareciera al anciano y virtuoso Warham, arzobispo de Cantorbey, para quien la verdad era un idolo y que sabia declararla siempre aun á despecho de las más tiránicas é interesadas sugestiones. Presentóse con efecto, pero aquel emientísimo prelado despues de recordar todas las circunstancias por las cuales el difunto rey Enrique VII consumó é hizo negociar el casamiento de su hijo con la princesa española, y de traer á la cuestion las palabras del padre del

actual rey, en que él mismo se daba enhorabuena por las grandes utilidades que habian de resultar con el tiempo á la Inglaterra del citado casamiento, concluyó por decirnos recordaba, apesar de haber estado presente á todas las ceremonias del matrimonio de la reina Catalina, si semejante protesta, ni tampoco acto ninguno de repugnancia por parte del príncipe: que antes por el contrario, él mismo habia firmado los despachos enviados á Roma, en que se solicitaba el breve necesario, del cual existian aun en Londres dos copias.

La exaltacion de Enrique VIII al llegar el prelado á este punto de la declaracion, fué tan grande, que olvidándose de su propio decoro, del que debia al tribunal y á las causas y dignidad del testigo, ciego de cólera, el rostro demudado y temblando de despecho, exclamó con acento amenazante.

—Ese viejo ha perdido la memoria ó quiere engañar á los jueces.

—Señor, replicó Warham: en cuanto á lo primero, puede ser: en cuanto á lo segundo soi incapaz de ello.

Mas como cuando un rey desea cualquiera cosa no faltan jamás almas bajas y adaladoras, vergüenza y oprobio de esa inmundada clase llamada *cortesanos* que venden su honor, su conciencia y sus personas á la primera insinuacion del monarca, que depongan con el mayor desearo cuanto se les exige, tambien en esta ocasion alzarõse cien voces para decir y afirmar, en el momento en que los jueces-doctores investigaban si el primer matrimonio de Catalina de Aragon se habia consumado, que no solo estaban seguros por la voz misma del principe Arthur, sino que hasta habian presenciado los *pormenores conyugales*: la viuda duquesa de Molfolk espuso, que si bien el hermano mayor de Enrique era muy jóven cuando sus bodas, estaba en un estado de robustez tal que ninguna de todas sus *facultades fisicas* estaba por desarrollarse: que además algunas intrigas

amorosas habidas en alguna dama, le había valido el concepto de hombre, apesar de sus pocos años; y últimamente, que ella en persona le había acompañado hasta el lecho nupcial, dejándolo al lado de su esposa.

El conde Fitz-Walter añadió á estas razones.

—Lo mismo puedo decir, señores, porque no obstante que el principe se quejaba de la fiebre, no dejó por eso de ir á la alcoba de su consorte.

—Yo lo ví en el lecho de la princesa; concluyó la vieja duquesa.

—Y al siguiente día, volvió á decir el conde Fitz-Walter, el principe celebraba sus venturas contándonos que la tierra de España producía encantos inexplicables.

—Yo así mismo, dijo á su vez el caballero Willoughby, fué admitido esa misma mañana en la habitación del principe y aún tuvo el honor de escanciar su copa, con la cual brindó por la felicidad de los carados.

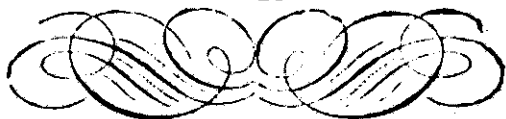
—Nada hay que pueda poner en duda

la virilidad del príncipe, replicó por último, con voz grave el conde de Shrewsbury: yo me casé de quince años, señores; tengo hoy día treinta y dos y mi hija tiene diez y seis cumplidos.

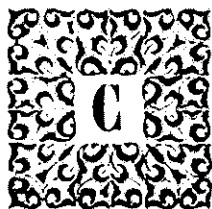
—El placer de Enrique al escuchar á aquellos falsos testigos, no puede ser ponderado: daba gracias á todos ellos con los más expresivos ademanes y aguardaba pagarlos con toda largueza. como así sucedió: el conde de Fitz Walter fué nombrado conde de Sussex y todos proporcionalmente. Wolsey sufría; sufría horriblemente al espectáculo de aquella nobleza tan orgullosa y de quien había recibido tantos insultos, echándole en cara por más de una vez su oscuro origen, que ahora así se doblegaba y prostituía por una recompensa mezquina, comparadas con aquellas mentiras que tanto la empañaban y hacían se nivelarse con la última clase de la nación. Una sonrisa de desprecio, asomaba entre sus labios y sus miradas llenas de altivez contra la turba aduladora, baciau

bajar a esta sus cabezas ante el hombre que les echaba mudamento en rostro aquella conducta tan poco honrativa y caballerosa.





III.



nando por fin llegaron á Londres las nuevas de que el cardenal Cappigio se habia decidido á pasar el mar, que se hallaba próesimo, y próesimo tambien el desenlace de aquel ruidoso asunto, aumentóse la agitacion; los ánimos se exasperaron en los defensores

de la reina, y la esperanza creció en los adictos de Ana. Abocado estaba el rompimiento del esposo con la esposa, y este rompimiento no podía menos de ser el prólogo del rompimiento de guerra con la corte de España y quizá con alguna otra potencia de Europa.

Llegó por fin á Londres la comitiva del cardenal con el lord Bolena, y sin descansar un momento pasó este á dar cuenta á Enrique VIII de los pormenores de su comision: aconsejóle así mismo que ordenase la salida de Ana de la capital durante la decision del asunto, tanto porque su espíritu padecería demasiado teniendo tan cerca los muchos enemigos que la combatian, cuanto porque parecía como que su permanencia en el lugar donde se iba á dar la batalla, era un insulto para la reina que debía quedar vencida: no fué muy fácil recabar de Enrique este permiso, pero concediólo por fin, consolado con la idea de que

esta separacion sería la postrera, y de que esta ausencia le proporcionaria despues el doble placer de hacerla entrar en Lóndres en tiempo, presentándola así más ostensiblemente ante los que habian de ser sus vasallos y habian de proclamarla como soberana.—En este concepto, Ana Bolena, seguida de una lucida y espléndida servidumbre, volvió á salir de Lóndres, trasladándose nuevamente á su castillo de Héver, por algunas semanas solamente.

En cuanto al delegado del Pontífice, yá fuese cumpliendo con sus instrucciones, ya que realmente necesitara reparar sus débiles fuerzas, lejos de mostrar la actividad que Enrique apetecia no bien llegó á Lóndres, cuando se metió en cama, despues de enviar al rey las muestras de su rendimiento: muchos dias tomose para descansar, alegando siempre la gravedad de sus achaques, su gota y su avanzada edad. Enviaba diariamente á preguntar por la salud de Enrique y de Wolsey; recibia con las mayores aton-

riones á cuantos pasaban á visitarle y hacia votos al cielo porque mejorase su situacion para poder dedicarse cuanto antes al servicio del monarca. — Este puso á disposicion del cardinal todos los mejores y más científicos doctores de su corte, pero Capeggio los recibía siempre diciéndoles que sus males no tenían curacion, que eran achaques muy crónicos, y hasta reusó de todo punto levantar los enormes emplastos con que cubria sus piernas: esta conducta comenzó á infundir grandes sospechas en la corte.

Por fin: el representante del Papa, fijó el dia 22 de octubre para dar principio á las sesiones consistoriales. El ánimo de Enrique tan esasperado por aquella próroga que contra su voluntad habia sufrido, apareció nuevamente satisfecho, y todo el mundo, aun sin tomarse el trabajo de leer en su corazon, hubiera conocido en su rostro el placer y la esperanza de ver llegado yá el término de sus afanes: imprudente conducta en verdad,

porque no era lo que más le convenia: en semejantes circunstancias, la confusion es tan natural, cuando es verdaderamente la conciencia la que arguye, que siempre acompaña á todos nuestros actos aquella incertidumbre aneja al que se presenta ante el tribunal de Dios, no para conseguir la realizacion de un deseo impuro, sino para limpiar el corazon del remordimiento de una culpa.

Amaneció el dia deseado y reunióse el juzgado, los oidores, los fiscales, infinidad de sacerdotes, muchos granjales, y por fin el rey y la desgraciada Catalina de Aragon: Capeggio comenzó su discurso todo en latin, y fué tan prolongado que invirtió en él mas de cuatro horas seguidas. Estendióse este á muchos puntos, que si bien nada tenían que ver con la cuestion suscitada, probaban la gran erudicion, profundos conocimientos en historia y otras cualidades relevantes que poseía el buen abogado. Habló del saqueo de Roma, de la cautividad del sucesor de S. Pedro, de la gloriosa muert-

te del cardenal de Borbon y de la grave responsabilidad que pesaba sobre los ministros de Dios, en el exacto cumplimiento de sus deberes: por fin; de todo menos del objeto para que habia sido convocado tan respetable auditorio. Casi ya anochece; cuando Capeggio daba fin á su discurso, y solamente al acabar dijo, aunque muy de paso, algunas palabras sobre los escrúpulos de Enrique, añadiendo que el Papa haria cuanto fuera posible, segun su conciencia, para desvanecerlos y hacer feliz á uno de sus más queridos hijos.

Llegó la segunda sesion: el cardenal delegado ocupó el primer lugar y los régios esposos tomaron asiento en el banco de los abogados.—Una coincidencia digna de referirse, vino á turbar aquel día el ceremonial prescrito.—Cuando el *ogier apparitor* llamó al rey, este con voz entera y sonora, contestó:

—Heme aquí.

Mas cuando á su vez tornó á llamar á la reina, esta, en vez de contestar las

palabras marcadas en el ceremonial, levantóse y con paso seguro atravesó la sala yendo á caer de rodillas ante las plantas de Enrique. En seguida tomó la palabra y pronunció un dilatado discurso, vestido de las imágenes mas interesantes, de la más fervorosa súplica y de las más evangélicas ideas. Quejose de su soledad, de su aislamiento, de su desamparo en medio de una corte en la cual no habia para ella ni un rostro complaciente, ni un alma benéfica, ni un corazón amigo: recordó al Rey las constantes é incesantes pruebas que en el largo periodo de su matrimonio le habia prodigado; el amor sin limites que su pecho habia guardado para él y solo para él, y querellose por fin de la adversidad de su destino que le habia reservado tanto dolor al cabo de una vida tan llena de felicidad y de constancia. Sacó tambien á la cuestion los grandes sacrificios que habia costado al difunto rey Enrique VII el arreglar aquel casamiento, y la parte activa que habia to:

mado en él el monarca actual, cerrando su peroracion con Jesafiar publicamente á sus enemigos á que probasen ante los jueces el hecho más leve que pudiera menoscabar su honor y dejar caer una mancha en su conducta pasada: que por lo tanto, protestaba contra toda determinacion que fuese contraria á arrebatarle sus derechos de reina y su cariño de esposa.

Seguidamente salió del salon en vez de tornar al banco que ocupaba, siguiéndola sus damas, no obstante de habérsele hecho presente que su ausencia en tales momentos embarazaba la consecucion de los trabajos del tribunal.

Gran trabajo costó á Burique, en efecto, recabar del cardenal Capeggio el consentimiento para que continuase el proceso en ausencia de una de las partes interesadas — Pasó este en seguida á examinar todos los precedentes reunidos, los trabajos practicados por los jueces-doctores y las notas de las declaraciones habidas de los testigos, citados para pro-

bar la legalidad de la demanda y de los motivos sobre que se apoyaba. Ni un solo documento, ni la más leve de todas las diligencias fué aprobada por el representante del Pontífice, concluyendo por tachar de viciosos y mal conducidos los procedimientos y decretando por fin, era necesario comenzarla de nuevo.—La cólera de Enrique estaba próxima á estallar, al ver la rebeldía con que obraba Capeggio. Poco acostumbrado á encontrar oposicion á su voluntad, el ver ésta contrarestada por un cardenal, vendido quizá, según su parecer, á sus enemigos, le hacia olvidar el respecto que debía al delegado de Roma: no era fácil pues concluyese felizmente el asunto que lo habia traído, como al cabo sucedió.

Continuaron aun por algunos días las enojosas conferencias, que seguían en el mismo estado y sin producir resultado, hasta que una tarde, enojado el rey, lleno de ira y resuelto á todo, salió del salon al mismo tiempo que Capeggio, y agarrando

á este de un brazo, apartóse á un lado desde donde no pudiera ser oído, rompiendo por fin el dique de su enojo y di-diéndole estas razones.

—Creo, señor cardenal, representante del Pontífice, que habeis traído de Roma para mí, una bula de su Santidad en la que se autoriza mi divorcio: ¿vuestra intencion no és hacerla pública, tan pronto como el asunto esté tan claro como vos y el Papa deseais?

—Señor; con todo el respeto de que sois acreedor, debo manifestaros que las instrucciones del sumo Pontífice, serán mi norte y mi guia en tan delicado asunto: ellas son un profundo secreto, depositado en mi seno: una norma que yo no puedo abandonar y que cumpliré con fidelidad.

—Enhorabuena sea: pero si no me equivoco, creo que nada os he preguntado acerca de vuestras instrucciones, pues ni las sé ni quiero saberlas tampoco: os he preguntado por una bula de que debeis ser portador y que me és la necesaria

para concluir el divorcio: quiero que me digais cuando pensais publicarla.

Su eminencia iba á tomar la palabra para lucir su gran erudicion haciendo una larga explicacion que probablemente no vendria á decir nada, cuando enojado Enrique lo atajó preguntandole:

— Señor cardenal, en Roma no se sabe contestar si nó nó.

— Porque tened entendido, continuó Enrique, cada vez más furioso, que si vuestro amo; si el Pontífice romano con su báculo y su tiara, sus muchos años y sus palabras almiaradas os hubiera enviado sin ser portador de la bula, si se hubiese querido hablar de Nos por medio de su representante, haciendo-me dormir con vuestros discursos en latin, os aseguro, que de esa irrision sabria tomar una venganza atroz de que yo le reservaria ni la tiara, ni el báculo, ni los años ni sus palabras: asi pues, concluyamos definitivamente: necesito esa bula: la quiero y hacedme el favor de ponerla en mis manos antes de pa-

sar más adelante.

Aquí volvió el rey la espalda á Capeggio, dejando á este tan asustado y sorprendido que apenas tuvo lugar, una vez repuesto del primer sobresalto, para correr á encerrarse en su casa.—La verdad sobre la cuestion de la existencia de la hula, no se sabe aún, ni nada de ella hablan los apuntes históricos de aquella época: pero Wolsey repelia á Enrique muy á menudo que él la habia visto y tenido en su mano; más como quiera que el monarca en esta ocasión yá comenzaba á desconfiar de su ministro por creerlo unido al delegado del Papa para prolongar todo lo más posible el proceso, nada hay que lo afirme, y aun hay quien atribuya á ardid de Wolsey para calmar la ansiedad de Enrique el aserto de que la hula existiera.

Hasta entonces nada de todo lo ocurrido parecia haber llamado la atención del pueblo, que dormido sobre su miseria dejaba á los grandes el cuidado de debatir aquellas cuestiones: pero de pron-

to, como las olas del mar, levántase y alborota, y reunido en inmensos grupos por todas las plazas, por todas las calles, por todos los mercados, clama, amenaza de muerte contra aquel puñado de viejos doctores reunidos para destronar á la que veían y amaban como reina. No conocían á Ana, y por lo tanto, aunque sus voces solían mezclar la palabra favorita, ahogabase en el instante, llevando el encono al ministro Wolsey que era el que juzgaban conducía el hilo de aquella negociacion: el terror comenzó á apoderarse de los individuos que componían el consistorio; los áuimos de los cortesanos se apocaron, y los amigos de Ana llegaron á temer por su existencia: todos, menos Enrique temblaron al aspecto de aquel pueblo que se levantaba: con la mayor sangre fría dictó las órdenes más crueles y terribles y en muy pocos días batidas mortalmente todas las partidas que recorrían los campos, solo quedaron reducidas á montones de cadáveres, de que el rey no volvió á acordar-

se y que sirvieron de ejemplo terrible á los descontentos y revoltosos, retrayéndolos por mucho tiempo de la idea de nuevas conspiraciones.

No fué este suceso notable ocurrido en aquellos días, porque á las disenciones de los hombres, uniose la cólera del cielo que descargó sobre la Inglaterra una de sus implacables venganzas: una horrible epidemia que se generalizó en muy pocos días, casi diezmó las poblaciones, sembrando el terror, el luto y la desolacion en millares de familias: solamente en Londres, ascendieron los atacidos á cincuenta mil, de los cuales fueron muy pocos los que escaparon del rigor de la enfermedad: era esta desconocida y particular, y consistia tan solo en un sudor copiosísimo que creciendo sin cesar durante veinte y cuatro horas, llevaba al descanso eterno al desgraciado que en este periodo de horas, recibia la mas leve impresion de aire. La misma Ana Bolena fué atacada de aquel horrible mal, lo que fué causa de que el ministro Wolsey llegara á concebir espo,

ranzas de ver terminadas sus tareas y afanes, hijos de los que, poco á poco veia resentirse su salud: no estaba así dispuesto sin embargo, porque Ana tuvo la felicidad de sanar: á los dos dias el favorito se convenció de que no era su suerte sino seguir luchando en la obstinada demanda que sostenia, bien en contra de sus convicciones, y solo por mandato de su dueño. El pueblo bajo, sobre el que principalmente se ensañó con furia aquel azote epidémico-contagioso, ignorante y por lo tanto superstitioso, no veia en todo aquello mas que el castigo de Dios por las demasias de los grandes y los caprichos escandalosos del monarca, y maldecía en silencio de todos, y aborrecia de muerte á la señorita Bolena, y juraba venganza tan pronto como una ocasion favorable le proporcionase los medios.

«No sabemos á que poder atribuir la conducta de Enrique durante el tiempo que duró aquella plaga: pero es lo cierto, que encerrado en su oratorio, ho-

ra tras hora del día y de la noche, entregábase á las meditaciones mas profundas orando con el mayor fervor y demandando con sus cuantas la salud para su pueblo. ¿Esto seria miedo de la justicia divina, hipocresia ó arrepentimiento de sus faltas? Se ignora de todo punto, mas el nombre de Ana Bolena no salió de sus labios, y dió orden espresa para que se suspendiesen las diligencias del divorcio.—No conseguia engañar, apesar de todo esto al cardenal ministro: no lograba desvanecer en aquel la idea de que renaceria al cabo su amor y sus deseos cuando menos se pensase, y sin duda con mas violencia, con mas fuego, con mas impetuosidad que primitivamente: así que Wolsey se prevenia mientras la tregua, para dar principio á la lucha con mas vigor y constancia.

¡Oh! Y que bien leia Wolsey en el corazon de Enrique VIII!... Huyó por fin la peste de Londres, y huyeron tambien del Rey los escrúpulos y los temores:

la terrible palabra *divorcio* volvió á sonar, y de nuevo cardenales y doctores, jueces y testigos fueron convocados para cumplir su cometido. Mas no era Enrique de Lancáster el hombre á propósito para sostener por mucho tiempo sobre su rostro la máscara de la hipocresía, á la que algunas veces le era necesario recurrir: así que arrojóla lejos de sí, y dispuso que aun antes de que finalizase el proceso, la señorita Bolena se restituyera á la corte y ocupase el palacio que habia habitado, y se le rodease de lujo, adulacion, pompa, grandeza y deslumbrante brillo.

Tampoco puso mucha resistencia por su parte la señorita Bolena y presentóse en Londres con efecto, como deseaba su real amante: muy pocos dias despues debia ponerse fin por el cardenal delegado de Roma el asunto del divorcio, y su fallo postrero, que Enrique aguardaba con ansiedad, iba á ser la declaracion de una guerra contra el poder espiritual, guerra de que resultó un cisma



en la iglesia de Inglaterra, y cisma que hundió el catolicismo en aquella nación, adoptándose la religion reformada.

—Contrariamente opinaba el ministro favorito de Enrique sobre la vuelta de Ana á la capital: con todas sus fuerzas instó, suplicó, impetrando á los pies del monarca, le dejase obrar por si en todo lo que perteneciera á aquel particular, y mas principalmente en impedir el regreso de la amada del Rey que con su sola presencia podria comprometer el resultado de un negocio tan espinoso como difícil: Wolsey, sin embargo, no consiguió su solicitud levantándose ante las plantas de Enrique mal parado de aquel desaire, y exclamando con enojo, harto mal enveubierto.

—Señor: veo que he perdido enteramente toda vuestra confianza, cuando ya no dais oídos á mis consejos: es una verdadera desgracia para mí: veo que os soy molesto, y me retiro.

—No, Wolsey, no: yo no despre-

eio, como tú supones, tus consejos: todos los reyes deben tener sus consejeros que consultar: pero si estos lo aconsejasen en contra de sus convicciones, de su parecer ó de su voluntad; se debe hacer cuenta de que no los ha oído: si así no obrase, ni sería rey, ni digno de mandar, ni otra cosa mas que un juguete de sus cortesanos.

El ministro favorito de Enrique, en union de los jueces, pasaron á invitar á la Reina Catalina, la vispera del dia en que debía pronunciarse el fallo definitivo, para que asistiese á aquella sesion, ya que se habia negado á presenciar los anteriores: un discurso elocuente y lleno de bellas imágenes pronunció Wolsey en esta ocasion, para lograr su objeto, pero fué inútil: la reina, cada mas resuelta á no apartarse de la decision que habia tomado oyólo con la mayor bondad, pero contestó á su vez.

—Milord cardenal: creo que las flo-

res con que habeis salpicado vuestro discurso, están muy bien colocadas: creo así mismo que os anima el mejor deseo: creo, en fin, en la sinceridad con que me asegurais habeis trabajado y trabajais por recabar un próspero resultado, y dar el triunfo á quien lo debia obtener por la justicia: todo eso lo creo, pero no creo tengais el intento de obligar á una pobre muger, que no entienda de leyes, ni de manejos cortesanos, á que vuelva á un lugar en donde ha sufrido tanto, tanto y tanto: Los dos difuntos monarcas, es decir Enrique VII y Fernando el Católico, ejecutaron mi matrimonio y debo conceder á aquellos principes todo el talento y buena intencion que merecen, para mi conciencia, formaré el juicio que merezca del fallo de los jueces: pero me someteré á él, rogando únicamente digais á vuestro dueño, que tema no dar á sus hijos, que han de sucederlo en el trono, con tan funesto como vergonzoso ejemplo..... ..

• • • • •

A proporción que se habían ido adelantando los días para llegar el fijado, de la última sesión. Se habían aumentado también las espléndidas dâdivas que Enrique hacia al cardenal Capoggio; pero ni estas, ni sus amenazas, hacían variar la conducta del delegado de S. S. Con la mayor gratitud, daba gracias al monarca por sus regalos, y con la mayor sangre fría contestaba à los documentos de Enrique, eludiendo siempre una respuesta definitiva sobre el modo con que pensaba conducirse. La impaciencia del enamorado rey, acrecia por consiguiente.

Mas amaneció el día que se aguardaba por tantos, con tanta ansiedad: desde muy temprano llenáronse todos los asientos del gran salon, y el rey que no debió estar presente à semejante acto, escondióse tras de la celosia de una tribuna, acompañado de Dubbelluy à quien habia tomado afición. Su pecho respiraba con dificultad, su pulso laia tan violento que en su curso que-

ria romper las arterias, y su cuerpo todo tembloroso y en continuo movimiento, daban á significar bastante para comprender el estado de su espíritu. —Capeggio habló, y habló estensamente; mostrando primero las razones en que podia apoyarse el divorcio, y despues las que se presentaban en contra: dividió luego en cuatro puntos el discurso, y los esplayó estensamente, siempre haciendo gala de su erudicion y de sus talentos. Por fin llega al final, y en medio de un sepulcral silencio, que reina en el estenso recinto, se escuchan las razones que hicieron prorrumpir el auditorio en murmuraciones de despecho y descontento, y que fueron la mecha que puso fuego á la cólera real, tan contenida hasta entonces, por algun resto de alhagadora esperanza.

Las palabras postreras de Capeggio, fueron estas:

—Finalmente, señores, mi insuficiencia es infinita y la cuestion barto grave

para que un simple siervo de la iglesia, un humilde pecador se atreva à resolverla: Tan solo aquel en cuyas manos se sostiene el cayado patriarcal que gobierna el gran rebaño de ovejas cristianas, solo aquel que sucesor de S. Pedro ocupa tan dignamente su silla; solo aquel sobre que desciende el sacro fuego del Espiritu Santo; puede resolverla segun su conciencia y segun la gracia divina: nuestro Santo Padre Clemente VII delegó en mí facultad de que reconozco no ser digno, y con el sentimiento mas profundo; me veo obligado à remitir à Roma la solucion del negociado.

Una terrible imprecacion salida de detras de las celosias de una de las tribunas, y pronunciada por una voz demasiado conocida, puso fin à la gran peroracion del cardinal Capeggio. Tambien el duque de Suffolk, en alta y clara voz, añadió abandonando su asiento y en medio de la risa mas insolente:

—No podia sér otro el resultado: que habia de esperarse de esa bandada de cuervos? hélo aqui: ese viejo italiano se ha burlado de nosotros como en otras ocasiones han hecho sus iguales, sin temer que la Inglaterra haga un escarmiento en uno de ellos, puesto que no llegan hasta nosotros sino para hacer daños y cometer disparates.

Wolsey trató de contrarestar, tomando seguidamente la palabra, el efecto que pudieran haber hecho en el auditorio las razones del duque; pero vaua fué esta diligencia, porque los tumultos crecieron en el salon y aquella lucida reunion concluyó por dispersarse en el mayor desórden.

Enrique volvió á su palacio, mordiéndose los labios de ira y maldiciendo de Roma, de los cardenales y de su insensatéz; por haber confiado á otros lo que debia haber hecho por si mismo.

—Si hubiera tenido á mano un ar-

cabuz (decia Enrique) ciertamente hubiese muerto à ese imbecil con la misma indiferencia y alegria con que lo haria con un javali cuando los perseguimos à traves de nuestros bosque.

A la noche y segun costumbre marchó à casa de su amada, à quien mezclada de blasfemias é improprios, refirió la relacion de lo sucedido, jurando vengarse de los que causaban su desesperacion. Ana, apartándose un momento del resentimiento que tambien nacia en ella al ver el resultado de la empresa, no cuidó mas que de consolar y distraer à su amante, del que logró aplacar en algun tanto la cólera que lo dominaba. Poco despues, el enamorado rey, sentado sobre un cogen y apoyada su cabeza sobre las rodillas de la hermosa doncella, escuchaba, embriagado de placer, las tiernas palabras con que la señorita Bolena lo consolaba de una desgracia que podria tener remedio, aguardando con resignacion.

Dos ó tres horas despues, los car-

denales Wolsey y Copeggio, solicitaban presentarse al rey por medio del uigier que guardaba la puerta de la cámara de la encantadora Ana: pero no bien escuchó Enrique los nombres de sus servidores, cuando contestó, en voz tan fuerte que pudo ser oída desde fuera:

—Decid á esos charlatanes, que no quiero verlos, porque estoy muy satisfecho de sus supercherias: que se marchen y me dejen cenar con mi amada porque para nada los necesito: de hoy en adelante arreglaré mis asuntos por mi mismo, y creo tendré el placer de añadir algunas mas arrugas á los semblantes caducos y severos del Vaticano.

Razones tan terminantes no podian menos de turbar la tranquilidad del legado y concluir con su jovialidad estudiada y su aparente é imperturbable calma.

—Ya estais oyendo, señor; dijo Wolsey á Copeggio; ya estais oyendo el

ánimo de nuestro príncipe, y tened entendido, que entre lo que Enrique VIII dice y lo que hace, hay tan poca distancia que puede alcanzarse con la mano: yo le conozco hace muchos años y puedo aseguraros que mas nos valdria arrostrar por todo, que provocar la colera del rey, hacedlo entender asi á Clemente VII, porque á él tambien le cuadra quedar en buena armonia con la Inglaterra.

—¿Y qué hará nunca, por mucho poder que reuna el rey de Inglaterra, qué hará contra aquel que es representante de Dios y guarda las llaves del Paraiso?....

—¿Qué podrá hacer?... Oh! no me lo preguntéis, porque, os asustaríais de oirlo.

—No, decidlo; decidlo: lo quiero, lo deseo saber.

—Pues oid, cardenal,^o voy á satisfaceros.—Wolsey se inclinó y dijo en voz muy baja á Cappeggio algunas palabras que produjeron tal asombro en el le-

gado, que comenzó á sanguiarse sin descanso, exclamando

—Jesus! Jesus!... Se atreveria á tanto!

—*Non dubitate*; replicó Wolsey.

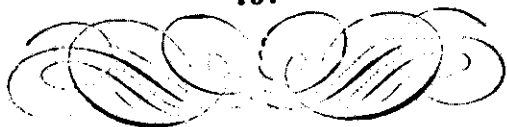
No trató de detenerse por mas tiempo. Capeggio en una corte en donde se creia con tan poca [seguridad]; no obstante, solicitó una audiencia de despedida y se le concedió á instancia de Wolsey: Tambien el monarca quiso hacerle un último obsequio y convidó á comer á su misma mesa al politico cardenal: con la mayor atencion y urbanidad y sin que ocurriese el mas leve disgusto, transcurrió casi toda la comida, y así hubiera terminado, sin un accidente puramente casual.

Casi á los postres, uno de los pagés que asistian la mesa, al tiempo de llenar las copas, volcó una entera encima del legado, manchando todo su traje.—Esto bastó para provocar la ilaridad de Enrique y comenzó é reir con tanta mayor alegria, cuanto que aque-

llo le vengaba en cierto modo, pues hacia al cardenal un agravio, y éste por medio del último de sus pages.—Capeggio, sin embargo de comprender aquella risa burlona, y de picarle la chanza, disimulado y diestro hasta el último momento, rióse así mismo, contentándose con quitarse tranquilamente su sobrepepliz de eccege y entregarla al importuno sirviente diciéndole: «Te la regalo para recuerdo de tu torpeza, y para que seas mas diestro en lo sucesivo.»

Al siguiente dia salió de Lóndres, empleando en el camino hasta Roma, muchísimo tiempo, menos del que habia empleado en venir á Lóndres.





IV.

Después de la ausencia de Cappoggio, el carácter de Enrique parecía haberse agriado doblemente: su humor era de continuo descontentadizo y travivario y rara vez lograban los que le servían ser recibidos con dul-

zura, el ministro Wolsey, que mas corcavo à él que otro ninguno tenia ocasion para contemplar los estragos que su pasion hacia en el Rey, interiormente reia de verlo tan apocado y entremalo inventando à cada hora mil absurdos proyectos, de inaccesible ejecucion y por lo tanto irrealizables.— No obstante, inquietábale el advertir que poco à poco el Rey le retiraba su confianza, y que la complacencia con que de muchos años atrás recibia sus consejos, habia desaparecido: esto hacia cruzar sobre su frente de cuando en cuando algunas nubes de terror, que luego se apacaban, considerando à su solas los infinitos medios que tenia en su mano para mantenerse en el poder, el ningun valor del enemigo que lo combatia, que no ignoraba era la jóven Bolena, y por último, el imperio con que aun podia contar, ejercia sobre el ánimo del monarca.

Una noche retiróse à su palacio mas preocupado que de costumbre, por

que su señor había llevado su enojo hasta la amenaza de apartarle del puesto que ocupaba, como así lo aconsejaban los que verdaderamente querían su bien.—Harto descubiertas estas palabras para no conocer de que lado venían, ninguna duda podía tener ya el hábil diplomático de que se le combatía en guerra abierta, y que el odio mas refinado escondido en el corazón de su enemigo, era el que se iba comunicando en el del que hasta entonces lo había mirado como á su único consejero.

A grandes pasos discurría en todas direcciones por su cámara prorrumpiendo de cuando en cuando en exclamaciones de desesperacion.

—Estoy perdido, (leer:) estoy perdido sin remedio; Si Enrique VIII no logra triunfar de esa muger, veo mi caída segura. ¡Y será una mozueta sin talento, sin imaginacion, sin poder, mas que el de sus lindos ojos, la que haya destruido en un solo dia la obra

de veinte años? ¿Será cierto que esa miserable que ayer se arrastraba por el suelo como un humilde reptil, hoy ose llevar su intento hasta volver á la nada, de donde ha sabido salir, al que desde ella ha subido tan alto, tan alto que el mundo entero lo venera, lo acata y pronuncia su nombre con respeto?

— Oh! esa loca criatura no comprende que si es ella solamente el barranco que se atraviesa en mi camino, sabré llenarlo con su cuerpo para pasar por encima? ¿No comprendo que cuando poderes tan grandes de la tierra se doblegan ante la voluntad de Wolsey, Wolsey no reparará en quebrarla como un frágil vaso de vidrio que se rompe al primer soplo?

— Oh!... mas yo soy un insensato: no parece sino que el mundo entero se desploma sobre mi según me acobardo!.... Cualquiera se reiría con razón... nada; adelante, pues, en el camino emprendido. Continúe Enrique en su pasión,

ella me conviene; me hace falta: quiero que se efectúe ese divorcio porque tanto suspira. Pero en el entretanto que consume sus fuerzas en correr en pos de esa felicidad tan soñada, yo le prepararé el lecho en que debe descansar.

Tornaba á meditar, y nuevamente estremeciase: calculaba el carácter de Ana; su firmeza, su decision, su arrojo y determinacion altiva de que habia dado ya tantas pruebas en diferentes ocasiones, y no hallaba tan fácil la victoria. Llevado de sus pensamientos, siguió avanzando mas al porvenir, y parecia que Enrique, lleno de delirio amoroso, colocaba la diadema sobre la frente de Ana sacrificándola por primer regalo de boda, la cabeza del ministro que tan su enemigo se habia mostrado.

De la una idea pasaba Wolsey á la otra, siempre combatiendo con sus dudas, hasta que por fin trazóse á si mismo el plan que debia seguir y

que le habia de asegurar la permanencia en el mando, dijose que nada asegura tanto la validéz del vasallo, como el desvelo por su soberano y el prevenir hasta sus menores caprichos, lo que no impedia que el vasallo secretamente se ocupase del porvenir de su rey; así pues, tomó la pluma y de la misma mano escribió una carta particular á Francisco I de Francia, asegurandole que Enrique insistia en pedir la mano de la princesa de René.

— Si, despues de terminado su trabajo; si Ana Bolena es tan audáz que se atreve á hacerme frente, yo sabré contenerla con mano de bronce, poniendo entre ella y el trono un muro indestructible que la separe para siempre de sus soñadas ilusiones: ese campo que tan sembrado de flores va quedando, yo lo haré trocar en espino y árido, empujándola cada vez mas á la orilla del precipicio, y así comprenderá que no se juega con tau-

la facilidad con el cardenal Wolsey.

Sonrió un momento, y pensando en estas ideas, acostóse mas tranquilo; pero su sueño fue agitado y lleno de fatídicas imágenes que lo amenazaban de muerte del espectáculo que despierto había trazado, dormido pasó á otro muy contrario. Doblada su rodilla ante una muger, hecha reina, esta lo despedía con desprecio y altanería. Quería replicar y con la calma glacial del que se venga sin encontrar recursos para mitigar su venganza, señalábase el cadalso de Cromwel y el hacha del verdugo: al mismo tiempo creía escuchar la voz secreta y misteriosa que le decía.

—Wolsey.... Wolsey.... Tú eres rico y poderoso.... posees mas bienes que muchos principes: tú, hijo de un cor-tador de carne de Ipswich has llegado á privado de un rey: tú has dado impulso en Inglaterra á las artes, al comercio, á la industria: te rodea una falange destumbradora de cortesanos que

adivinan y obedecen tus antojos, tus caballos arrastran lujosas gualdrapas esmaltadas en oro.... pero tú, Wolsey, morirás pobre y en la desgracia: tú que has declarado la guerra á las naciones que has dado la paz á otras; que te has levantado hasta lo mas alto, caerás en lo mas hondo y te harás de derribar una niña, con la misma indiferencia que derribaría un jarron de flores por buscar la mas graciosa para prendérsela en un baile: con la misma facilidad que rasga un vestido cuando la modista no ha acertado á hacerlo tan á su gusto como quiera. Ten cuidado Wolsey, porque tu poder no es nada ante la belleza de una niña antojadiza, loca y de negros y vivos ojos.

Al levantarse á la mañana siguiente el ministro de Enrique, impresionado aun con sus insomnias, juraba en su corazon la perdicion de Ana, resuelto á emprenderlo todo, á hacerlo todo, á destruirlo todo, por conservar aquel poder, aquel fausto, aquella gran-

deca que le embriagaba y adormecia.

—Marchemos, marchemos à nuestra empresa, y todas las furias del averno, todas las víboras ponsoñozas derramen su veneno en mis labios para que cada palabra sea un puñal de cuatro filos que hiera à mi adversario. —Asi hablaba el cardenal al dejar su habitacion para trasladarse al real palacio.

Trasladémonos tambien nosotros à la residencia de Enrique y penetremos un momento en su despacho, donde lo hallaremos, revolviendo y poniendo en órden una porcion de papeles esparcidos por su bufete: entretanto Brian à quien ya conocemos, paseábase en todas direcciones, formando diferentes giros por la estancia, y cantando una cancion, à cuya música entonces muy de moda, adaptaba con zocarroneria la siguiente letra; cuyo sentido iba dirigido al monarca.

Si en mi cabeza brillara

La corona de Inglaterra,

Conmoveria la tierra

Por mucho que le pesára.. .

—Gran bribon (dijo el rey sin volver la cabeza:) ¿ni aun los asuntos de la política, que para ti son un laberinto, has de respetar en tus bromas?

Brian continuó sin hacerle caso:

Al pontifice romano,

Y sin miedo por mi amor

Guiado por mi valor

Ese nudo gordiano....

—Brian, cállate, cállate por el diablo porque no puedes hacerlo mas mal. Si todos los poetas te se pareciesen, no habria por cierto muchos libros llenos de sus alabanzas.

Tampoco contestó Brian, limitándose á cantar.

Faltas cometen los reyes;

Mas falta ninguna vi

Como haber dejado ir

Al portador de los breves.

—Cargue contigo el infierno; sempiterno

terno charlatan, coplero de mala guisa, adulador descarado....

—Vaya, señor, mas piedad para quien desea tu bien.

—Pero todo está demas porque ya se ha concluido. Quisiera haberte visto en lugar mio, para probar tu talento. ¿Qué hubieras hecho?... Estoy cierto que me contestarás alguna tontería.

Brian nada respondió:

—Vamos, habla; habla pronto ó te hago cortar las orejas.

—Con que tu alteza quiera mis orejas al saber mi opinion.

—Si; pronto, muy pronto.

—Pues bien: allá vá, y consiento en perderlas siempre que mi opinion no sea la mas acertada.--Si en vez de haber tributado tantos obsequios, de haber prodigado tantos y tan costosos regalos á ese viejo irrisorio y gotoso de cardenal, le hubieseis amenazado con desollarlo vivo y enviar su piel á Roma no se hubiera divertido tan á nuestras espensas, ni se hubiera vuelto á su

tierra, satisfecho de dinero y de haber jugado con el rey de la blanca Albion como repetía en sus discursos....—Ahí no os conozco, desde que os habeis vuelto honrado y virtuoso, desde que la conciencia y la religion han operado tal mudanza en vuestras costumbres, desde que en vez de vino os habeis consagrado al agua, careceis de energia y decision: otros tiempos hubierais con el vaso en la mano, y con ayuda de vuestro muy fiel servidor Francisco Brian, hubierais, digo, inventado algun medio por donde salir triunfante: pero ahora. . .

—Tienes razon por vida mia: pero este desgraciado asunto ha sido manejado en todo y por todo por ese Wolsey que....

—Que se hurta de vos, sino como Capeggio, un poco mas todavia. Hasta aqui habia llegado el diálogo, continuando Brian en sus paseos, y el Rey registrando y acomodando sus papeletas, entre estos hubo casualmente la última

carta de su ama: la desdobló, leyó algunas líneas, apareciendo á sus labios una sonrisa de satisfacción.—En seguida añadió hablando consigo mismo:

—Y aun hay quien encuentre indigna de poder llevar la corona de Inglaterra á la muger que posee en tan alto grado un talento tan superior, tanta gracia y tal encanto..... oh! qué seres mas despreciables!

Calló un instante, y luego volviéndose á Brian tornó á hablarle en tono afable y cariñoso.

—Mira Brian: escucha; voy á leerte un párrafo de esta preciosa carta: no: mejor será de la anterior, porque aun no he olvidado que era mas encantadora.—En donde está?... Yo la habia puesto en este sitio: quiza se habrá atrevido á tomarla?...

—Ola! Tambien eso?—Pues no os causeis discurriendo: vuestro ministro: vuestro cardenal: vuestro Wolsey.

—Y para qué?

—Quien es capaz de imaginarlo? Pa-

ra como estoy convencido que os tra-
ce traicion y todo cabe en él....

La mampara del cuarto de En-
rique se abrió y el ugier anunció al
señor cardenal de York.

—Cállate Brian; dijo el rey en voz
baja.

Entró Wolsey pero un secreto pre-
sentimiento hizole mirar con escudri-
ñadores ojos la fisonomia del rey y
la de su amigo.

—Mucho habeis madrugado por mi
vida: acaso traeis para que lo firme
el discurso en latin para el gran maes-
tre de Francia?

—Si me lo permitieseis, Señor, os
hablaria sobre un proyecto que tengo
imaginado y que es de la mayor im-
portancia.

—Respondedme á lo que os he di-
cho: ese discurso no está escrito to-
davia? Vive Dios que no alcanzo. Se-
ñor ministro, en que passis vuestro
tiempo?

—Señor: le tengo concluido mas lo

he olvidado encima de mi bufete.

—Pues lo quiero en el momento, en el momento: Brian, corred á York House y decid en mi nombre al secretario de milord que os lo entregue sin demora.

—Cromwell no lo entregará ni aun así tampoco: yo mismo volveré por él.

—No ha de ser así, señor cardenal: siempre como vos quereis, parece que abusais demasiado del poder y que llevado de vuestra ambicion de mandar, os olvidais que yo soy el Rey queriendo que el monarca os obedezca lo mismo que el último de vuestros criados.—Escribid un billete á vuestro secretario, que lo llevará Brian, interin me participais esos proyectos.

Wolsey no replicó: silenciosamente escribia, pero mientras tanto pensaba en que bajo aquel ardid se ocultaba otra causa: notó tambien que el Rey hacia señas á Brian y este se sonreia: al pie del billete escribió á su secre-

tario prudencia y atención.

El billete pasó de las manos del cardenal á las de Brian y este salió en el momento: Wolsey con la mayor tranquilidad preguntó:

—Como ha pasado V. G. la noche?

—Muy mal. Lo acaecido me tiene ecesasperado.

—Señor, aun resta un recurso: consultad á las universidades europeas, y mediante el dinero, ganaremos su opinion, anulando despues con un concilio ese matrimonio que tan en cuidado os pone.

—No está mal imaginado: pero eso da tan largas esperanzas que seguramente me habré muerto antes de ver finalizado el negocio: oh! el amor de Ana me consume lentamente y yo la adoro cada vez con mas vehemencia. Tu, Wolsey, que tanto sabes, que haces frente á todo y hallas siempre remedio para todo, como no has calculado los medios de darme la vida.

—Como vuestra gracia no piensa mas

en el casamiento.

—Es que ese recurso tambien lo veo ahora cerrado: por lo tanto, si tu alcanzas algun otro para proporcionarme lo que anhelo, sea como fuere, no tendré mas que pedir, y seria capaz de dejarte gobernar solo, para entregarme á mis ilusiones mas libremente.

—¿Me permitis que os hable con toda franqueza?

—Sea, mas pronto.

—Pues bien: debo deciros que habeis equivocado desde el principio el camino: la ambicion es general en los humanos y mas todavia en una jóven: ella ha creído encerrar el sendero hasta el trono y he aqui la causa de sus desdenes: ha visto en vos al rey enamorado, y ha dicho, yo seré reina á su lado: de suerte que, bien considerado, sois para ella la escala para subir al poder: el instrumento de su obra.

—Ah! Eso es muy bajo, Wolsey, y tales pensamientos no caben en un alma tan pura como la suya: sou solo

dignos de un corazón viciado, y el de Ana es un corazón virgen todavía de la maldad y de la hipocresía.

—Olvidais señor, que es mujer? Las mujeres no tienen mas arma para combatir que su astucia y la mentira: en esos lazos dispuestos con tanta destreza como deslumbrantes apariencias, es donde ductua la pobre libertad que el hombre aprecia en tan alto grado.-- Mas por un momento supongamos que la señorita Boleua os ame, porque es imposible teneros al lado y no amaros hasta por los corazones mas de hielo: ¿pero es menos por eso su delito? no: se ha dicho á si misma: cuanto mas tiempo dure esta ilusion en el corazón del monarca, mas seguridad tengo de ver humillado á mis pies al que es mas grande, mas alto, mas poderoso que yo; que todos los demas hombres: y cuanto mas noble el que ruega, tanto mas grande el que desoye la cuita: cuanta mas humildad tanto mayor engrandecimiento.

—Calla, calla Wolsey ¿posible es que mi posición sea tan vergonzosa como me la representas? Cúbrese mi frente de rubor al contemplarme el jugueto de esa muchacha, y la cólera

—¿Y cómo á vuestra profunda penetracion se ha escapado el intento de esa niña?--Llevais una corona en vuestras sienes y no quereis que haya cálculos en una muger que no teniendo mas medios de elevarse que el de un matrimonio, se le presenta una ocasion tan favorable á su intento! Si posible fuese que por dos dias á lo menos, os segregaraís de la corona, cambiaria de tal modo en su conducta, que el mas cruel desengaño os curaria radicalmente de pasion tan vehemente como insensata.

—Ah! no lo digas, porque la sola idea mu mata: no llegue ese desengaño porque entonces.....

—Y si al cabo de un sin número de padecimientos, de súplicas y de humillaciones os concede una caricia, es

porque teme que tanta crueldad os des-
vie de su lado: entonces como el mé-
dico que mira desfallecer al enfermo á
quien importa alargar la vida, os repo-
ne con un triste beso ú otro favor se-
mejante tan leve como fingido.

—Eso es infame; infame: si de una
vez cayera de delante de mis ojos la
venda que los cubre; si mi ilusion
hiciese lugar á una realidad tan amar-
ga, su vida seria poco para espiar lo
que padezen.

—Su vida! señor, no es eso: esis
injusto: hace lo que debe hacer, porque
no está en ella el mal, sino en vos, en
vos solamente.

—Pues qué partido me queda?... La
amenazaremos con un proceso, fundado
en que atente á su existencia de sumo-
narea, enredándolo á cada paso en los
lazos de su endiablada astucia.

—Y qué adelantariais?...—Entonces ese
amor que buscáis se trocaria en el mas
irrisorio desprecio?

—Despreciarme!

— Sí; sin duda; despreciaros, porque.....

— No me argumentes mas: discurre: discurre pronto un medio cualquiera y no desgarres mas la herida de mi alma que brotando sangre sin cesar me acerca á la última desesperacion.-- ¿No encuentras un remedio?

— Uno hay: pero decidme con franqueza: qué os place mas: qué preferis; ser su amante ó su marido?

— Confíate que.....

— La verdad, Señor.

— Pues bien: yo compartiria gustoso la corona porque fuese mia, pero si podia obtener sin tal sacrificio la posesion de su hermosura.....

— No digais mas: os comprendo: quisieris, segun vuestro corazon, verla vuestra adorada concubina, mas bien que vuestra respetada esposa.

— Sí, pero acaba: no se á donde vas á parar.

— ¿Quereis hacer durante ocho dias, absolutamente lo que os diga?

— Si.

— Pues eso es todo: y antes de nada, lo más necesario es convencer-nos de si con efecto sois amado, y para esto dejareis pasar tres días sin ver á vuestra sirena.

— ¡Y podrá acaso?

— Pues no habéis de poder! Además es absolutamente preciso. Durante ellos, os manifestareis tan indiferente, cual si hubiéseis arrancado de vuestro corazón todo deseo y toda pasión: convendrá también que en el concepto de la corte esteis enfermo, lo que os será muy fácil, encerrándoos sin ver á nadie y permaneciendo en cama: y como es necesario que alguien observe los efectos de esta nueva en el ánimo de la señorita Bolena, podéis nombrar... por ejemplo, al caballero Wiat, que es astuto, tiene talento y tiene esa táctica sabia de leer en el fondo del alma: por él sabremos hasta sus menores acciones y podremos calificar con acierto.

— Wolsey....., y si Ana no me amase?

—Si no os ama, es la muger mas falsa y despreciable de cuantas pueblan el mundo. Pero si tal aconteciese, ¿qué escrúpulo tendriais todavía en vengaros de ese mónstruo, de iniquidad y de ambicion?

Yo os aconsejaré los medios: la haremos traer desde su palacio á vuestro dormitorio, y de grado ó por fuerza la arrojaremos sobre vuestro lecho para que con su deshonor os indemnice de tanto como llevais sufrido: ella es vuestra como lo es el reino que gobernais tan gloriosamente, y sin embargo se revela contra su dueño: pues bien, antes sois vos que ella, porque estais llamado para hacer felices á vuestros súbditos.

—Si, tienes razon: la fuerza la hará sucumbir.—Pero y si me ama en efecto?

Entonces apelaremos á otros medios; y todo consistirá en aguardar ocho dias mas; porque á los ocho dias sin remedio, siempre que sigais gobernandoos por mí, será vuestro ese tesoro de gracias.

— Si, cuenta con mi obediencia: manda: me resignaré á mi papel de vasallo: pero y si á despecho de tus acechanzas nada consiguiéramos?

— Entonces.... señor.... entonces, cuando no haya otro remedio, sea reina y gobierne á vuestro lado: sin vuestra esposa y señora vuestras aun cuando haya que encender para conseguirlo, una hoguera tan grande, tan grande que su fuego abrase á la Europa entera: tesoros semejantes no son fáciles de hallar, y si vos hubieseis tropezado con uno, todo precio seria poco para pagarlo. Dios no ha hecho ninguna pura é inmaculada sino aquella que destinó para su madre, y esta seria sin duda, despues de Maria, la primera de todas las virgenes.

— Abrázame Wolsey; abrázame: reconozco tu inmensa superioridad y nada soy á tu lado. Tú te alzas sobre todos los hombres: mi eterna amistad es la mas corta de las ofrendas que puedo tribu-
tarte y te ruego que la aceptes entera:

sus opiniones para mi serán oráculos.

De este modo hablaba el apasionado Enrique, olvidando en su delirio lo que era y quien era el que decía ser su superior y su eterno amigo: no obstante; es la condicion de los hombres y aun mucho mas de los principes: interin necesitan del apoyo del vasallo, humilde besan el yugo que ó la situacion ó sus pasiones ó la conservacion de sus tronos les imponen: mas cuando cumplido su objeto aquel vasallo no es á sus ojos mas que el recuerdo de una humillacion sufrida, el vasallo es sentenciado y desterrado y ahorcado si es preciso, para evitar que propale un pasado denigrante y bochornoso de su monarca: asi son todos: la ingratitud está arraigada en sus corazones: la llevan por norte, y no parece sino que es una de las brillantes piedras que adornan la corona; desde el instante en que se ciñe sobre sus sienes, comienzan á ser ingra-

tos hasta con el padre que les dió el ser, con el pueblo que los mantiene en esa altura y que pudiera derribarlos de un soplo, como se estingue una luz al mas leve movimiento.

Con efecto, desde aquel momento circuló la noticia en palacio de que el rey habia caido enfermo, y que nadie podia llegar hasta él segun expresa órden de los doctores: solamente Wolsey y Brian quedaron exceptuados de este órden.

El ministro despues de dejar las cosas en el arreglo necesario para este plan de su invencion, regresó á York-House, si bien satisfecho de la obediencia de Enrique, poco confiado en el écsito de sus trabajos, porque no echaba en olvido el carácter de Ana y la resistencia que esta podia presentar como hasta entonces, á las pretensiones del rey.

No tardó mucho en llegar nuevamente á la presencia del rey el celoso Brian, conduciendo el discurso en latin

que habia deseado el rey, y que no era más que un pretesto para sorprender, si era posible, alguna falta del cardenal, tal, por ejemplo, como la desaparicion de las cartas de la señorita Bolena.

—Y bien, Brian: ¿esas cartas....

—No he visto ninguna por mas que he revuelto entre bromas y veras todos los papelotes de su Eminencia: además yo cual secretario Cromwell, estan cauto que me acechaba sin descanso y sin apartar de mi sus parduzcos ojos no obstante, traigo aqui un papelillo que pude al descuido meterme en el bolsillo, y que no se si será de alguna utilidad: tomad, señor, leedle y con eso sabremos:

Desdobló el rey el pedazo de papel que parecia cortado de un borrador y leyó lo siguiente:

»Su Santidad con su tan profunda penetracion comprenderá por la situacion de cosas que le determino, que la herida es profunda y dificil de cic-

»trizarse con medios paliativos: solo un mil-
 »lagro pudieras salvar al paciente. — Pongo
 »ante sus ojos aquel corazon, tal como es
 »en sí, y desnudo de toda clase de
 »disfráz: así podrá conocerlo y juzgarlo.
 «No olvide sobre todo el carácter de
 »aquel hombre....»

—Esta es letra del cardenal: no hay
 duda en ello; pero que significará esto
 de el corazon, y la herida, y el ca-
 rácter y el hombre....

—Algun asunto de religion, de culto;
 porque era canalla fraileasca para todo
 mezclan el corazon: quizá hable del co-
 razon do Jesus y de las llagas de san
 Francisco y de las lágrimas de la Mag-
 dalena.

—Calla necio: quizá, y creo no me
 equivoco, hablan de mí en este pape-
 lucho que crees de ningun valor.

—De vos? Pues si es de vos, segu-
 ramente está probado ya quien es el
 traidor; el del rapto; el que se ha lle-
 vado la dulce correspondencia.

—Calla, te repito. Ten presente que

no he retirado todavía á Wolsey mi gracia; que lo respeto por sus talentos y porque sin dula alguna es el hombre mas útil y adelantado de mis reinos: cuando veas su puesto libre entonces, si has aprendido todo lo que él sabe, podrás congratularte para reemplazarlo en su silla.

Callaron los dos, y el rey comenzó á repasar el discurso que Brian le habia traído: entre las hojas del libretto, hallóse un pliego cerrado, que llevaba este sobre:

«Estado de los bienes del muy poderoso señor Wolsey, gran cardenal de York, canciller de Inglaterra etc. etc.

Por entero levó Enrique todo aquel documento, creciendo su indignacion, pintado en su rostro, á cada linea que sus ojos revisaban. Con efecto aquello era escandaloso, inaudito: el poderoso Wolsey habia reunido mas bienes que el mismo rey, y estas riquezas tan cuantiosas, tan crecidas, eran amonto-

nadas de las esacciones hechas al erario. Las rentas del ministro eran mayores que las de la corona: su vagi-lla ascendia á un valor sin tasacion: la cantidad en metálico era de millones de libras; y las piedras preciosas de todas clases, de una consideracion que escedia á todo lo hasta entonces visto.

—Oh! esto es monstruoso, exclamó el rey arrojando el papel al suelo con el mayor furor: esto es monstruoso: ese ambicioso va poco á poco esquilmando á la pobre Inglaterra, la arruina; la devasta y se encenaga en sus riquezas que sin piedad le ha robado. ¡Miserable! Cuán caros le vende sus servicios. A trueque de un poco de talento y picardia ha empobrecido mi tesoro y aun querrá mas todavía. ¡Oh! desgraciado de tí Wolsey, si llega un dia en que yo descubra que me engañas!

Una idea luminosa presentóse quizá en la mente de Enrique, porque una

leve sonrisa apareció en sus labios, sus ojos brillaron, y su frente se desarrugó momentáneamente: recogió el papel, lo contempló un instante y en seguida lo dobló con cuidado y lo guardó en su bolsillo.

—Cuenta, Brian, exclamó el rey, con que nadie llegue á saber lo que aquí acaba de pasar, ni la aparición de semejante papel en medio de las hojas de ese cuaderno.

—Descuidad, señor: yo soy sordo, mudo y ciego.

—Eso quiero.

No tardó muchas horas en correr por toda la ciudad la noticia de la indisposición del rey, y de boca en boca llegó hasta el palacio de Ana Bolena: una carta tierna y apasionada fué puesta á poco en manos de Enrique en que su amada lamentaba aquella desgracia y le pedía no hiciera ninguna locura, por mas que su corazón lo sintiese, en ir á verla hasta que estuviese completamente restableci-

yo. Pero algo más debería contener la carta por que interin que Brian asomado á una ventana distraia el fastidio, el rey que habia permanecido leyendo en silencio, dió un terrible puñetazo sobre la mesa que casi la derribó en el suelo.

—Brian!... Brian!... Ven aqui pronto. Qué infamia! Con qué es decir que los espías nos rodean, que nada hay seguro para ellos, ni honor, ni rey, ni respetos....

—Pero que es esto, señor?

—¿No te lo he dicho todavía? Han robado.... escuchá bien.... han robado á la señorita Bolena las cartas que yo la habia escrito: todas: ni una siquiera la han dejado.... Ah!... Yo haré des-cuartizar y quemar y hasta pulverizar las cenizas de todos esos cortesanos vendidos... vendidos.... á quien?... he aqui mi duda. Pero juro por la sagrada memoria de mi padre que no he de dejar ni uno solo si esas cartas no parecen.

— Señor, mas calma: ¿porque habeis de acusar á tantos?... Pensad mas bien de...

— De quien?... ¿de quien?.

— De Wolsey.

— De Wolsey?... Si, tienes razon con efecto: ah traidor! aquella nota que sorprendistes en su casa.... aquellas palabras... »Pongo su corazon desnudo á vuestra visita....«—Esas son mis cartas que por conducto suyo han pasado á poder del Pontífice!— Pronto, Brian, á caballo: no repates en nada. Capoggio aun no puede haber salido de mis estados: alcánzale, y ó que te entregue esas cartas, ó hazlo pedazos sin temor ninguno.

— Pero como he de partir?... Solo, ó con ...

— Con veinte arqueros de mi guardia.

— Pero como he de probar! ..

— Si, si, dices bien: poderes, necesitas poderes: he aqui tres firmas en blanco; estíendelos como tu quieras.—

Cerre, vuela.

— Yo me voy; con que al viejo....

— Si no te entrega las cartas la colgarás de una encina.

— Pero y si él no es quien lleva las cartas?

— Satanás te lleve y ardas eternamente: marcha pues.

— Y si Capeggio se ha embarcado?

— Lo perseguirás hasta en la mar: dale caza: abogale.... abogale.

— Pues bueno si no lleva las cartas, le quito cuanto se nos lleva y lo....

— Si, quitale lo que quieras, pero acaba de irte.... — Todavía esta aquí? Brian, mira que descargo en ti la ira que me abrasa.

— Pero si no tengo dinero.

— Toma estas bolsas todas llenas de oro.

— Dadme ese puñal con mango de oro.

— Tómalo, pero quitate ya de mi

vistã.

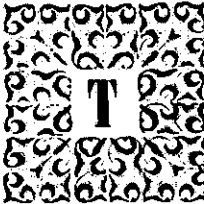
—Corriente, estoy ya en Douvres.

No digeron mas: concluidas estas razones, Brian salió precipitado.





v.


 iempo es de que echemos una ojeada sobre nuestra heroína de quien nos ha sido indispensable apartarnos por añadir los hechos que reunidos evocuen de sí el desenlace de nuestra historia.—Se podrá recordar es-

erita la última carta que dejamos inserta, dirigida por la señorita Bolena á su amiga mis Savage, cual era la disposicion de su espíritu, cual su determinacion, y cual el cúmulo de males que ella misma se preparaba con su proceder y su juramento. En virtud de ella y mediante el especial encargo que á la compañera de colegio se hacia, procuró esta llegar á Londres. todo lo mas pronto que le fué posible, despues de obtener no sin trabajo de su familia la dejasen correr al lado de la favorita, y á quien debia salvar de mil riesgos que por su misma mano se labraba la acalorada jóven.

No influyó tampoco menos que el ánimo de la señorita Bolena, al par de los consejos de su amiga, la ambicion que comenzó á despertarse en su corazon. Desvanecida la primer impresion que en aquel alma ecsaltada habia producido la entrevista inesperada del parque de Héver, tranquiliza-

da de su primer arrebató, vuelta á la calma precedente comenzó á delinear ante sus ojos la cadena de infortunios que, una vez llevada á cabo su promesa habian de seguirse á la infidelidad del real esposo. Ana Bolena era muger muy inconstante é inconse-
 cuente, tanto mas cuanto que era adu-
 lada y querida por el soberano. La
 solemnidad del proceso, la llegada á
 Londres del legado pontificio y mas
 que nada la energia y actividad con
 que Enrique apresuraba todos los asun-
 tos concernientes al divorcio, hicie-
 ron encender el deseo un momento
 apagado de poner una coraza, que le-
 jos de ver en lontananza encontraba
 bajo se mano.

Aquella pompa desconocida de que
 se veia rodeada, tanta grandeza, tan-
 ta lisonja, tantos aduladores cortesa-
 nos que sin cesar quemaban inciensos
 en derredor de su belleza, la hicie-
 ron soñar con las ilusiones del mun-
 do, con las regalías del poder.— Si

hubiérase buscado en su corazón el amor, el verdadero amor, sin dificultad se hallaría que este era de Percy, de su amante Percy, barbaramente sacrificado por la pasión del monarca: pero Percy estaba ausente y su ausencia le hacía desmerecer y entivar aquella pasión que no obstante existía: el Rey estaba presente y este aumentaba cada día las pruebas de su firmeza. La razón como hemos dicho recobraba su imperio en la cabeza de la favorita, y esta, en primera línea le hacía ver, que nada podía esperar de un amante que estaba unido á otra mujer, mas que crimen, vergüenza, humillación y pesares.

Había tantas razones para creer en la escesa caballerosidad, franco carácter é ideas rectas del caballero Wiatt, que el ministro cardinal no se atrevió á instruirle minuciosamente de los proyectos del Rey, ni de sus tercidos intentos: limitóse á comuni-

carle habia sido elegido por S. G. para averiguar por medio de un ardid si el amor que la señorita Bolena le aparentaba era ó no cierto. Y como ningun pretexto podia ser tan plausible de fácil realizacion como una enfermedad fugida, de aqui el cumplimiento de las órdenes soberanas. Wyatt no vaciló y marchó al palacio de la amada de Enrique: presentóse á ella con aire sentimental y compungido, aun antes que detallase el objeto de su mision, adivinólo la jóven Ana y preguntó llena de la mayor ansiedad.

—¿Qué le ha sucedido al Rey?

—Señorita, su vida peligrá horriblemente.

—Dios mió! Es cierto?... Ah! Yo quiero verle. ¿no me será permitido?

—Escuchadme primero.

—Decid pronto, caballero.

—Triste es la nueva, pero debo cumplir con mi deber.

—Acabad. ¿Cual es esa nueva que con tantas precauciones me anunciáis?

—Que vos únicamente sois quien lo conduce al sepulcro. La violencia de esa pasión que esconde dentro de su alma, y de la cual es víctima ya tres años consecutivos sin haber alcanzado el menor consuelo por vuestra parte, han inflamado su sangre, y acercan su muerte, deteriorando á pasos de gigante su vida y su salud. Yo conozco que esta nueva os será muy triste, pero aun quizá sea tiempo todavía y puede que si vos....

—Oh! si.... yo haré cuanto sea menester para apartarle del sepulcro.

—Pues bien: os toca obrar; consultad con vuestro corazón, y Dios os conceda el acierto necesario.

—¿Con qué hemos llegado hasta ese punto? Marchad y prevenidle que parto al momento: que vuelo á aliviar si me es posible su mal y su dolor: estoy cierta de que mis cuidados le devolverán la calma. Y si no pudiese

á fuerza de desvelos comprar su salud, á lo menos me verá de continuo, y yo no me ocultaré á los ojos de los cortesanos. Mi reputacion se menoscabará pero quedará aun mas deshonrada que si llegase á morir? no debo pues, guardar consideracion alguna: nada puede detenerme, siendo yo la causa de sus desgracias.

Muy poco faltó para que el caballero Wiat, pusiera término á las inquietudes y padecimientos de Ana, diciéndola la verdad: pero habia recibido órdenes muy estrechas y severas del Rey acerca del incógnito de aquella aventura. Asi pues; partió, mandando Wolsey en seguida un correo con nuevas de mejora acerca de la salud de S. G., evitando así que la señorita Bolena cometiese la indiscrecion de presentarse en palacio.

Pintar la efusion de Enrique, su loca alegría, su último arrebato de placer, sería prolijo y difícil; abrazó á Wiat y le regaló un magnífico dia-

manlo.

—Oh! ya no hay duda, Wolsey, no hay duda: ¿ves como me ama? ves como no es la corona la que enciende en su hermoso corazón la pasión que me demostraba, sino que lejos de ser la ambición el móvil de su proceder es la mas acendrada llama?

—Tanto mejor, señor, tanto mejor para vos y para todos.

—Pues bien, y ahora que haremos para vencer los escrúpulos de esa jóven? discurre pronto y no me martirices con la duda:

—Ahora señor, es menester aparecer ante sus ojos de muy distinta manera: hasta ahora, por donde quiera que ha caminado, os ha visto siempre detras, obedeciendo á sus menores caprichos: necesario és que por la inversa sea ella quien os busque: para esto existe un excelente medio: aparentando que desesperado de hallar la felicidad en que sois, que arredrado por los obstáculos, cambiáis de con-

ducta y póngas en práctica el olvido. Cuanto más vayáis leyendo de ella, al ver vuestro desamor, mas se acercará á vos, devorada por su orgullo ofendido, por sus cálculos ó su pasión si es cierto que existe, menoscabada y herida con el olvido. Veréis desaparecer esa seguridad y valentia con que ha luchado hasta ahora, y fija en su mente la idea que encierra el abandono y el desprecio, volviendo á la nada despues de tres años de ostentacion, grandeza y valimiento, apurará los recursos para recobrar á *costa de todos* el valimiento que pierde. Creedme señor, el amor es una guerra, en la cual se emplea no solo la fuerza sino el ardid, y comunmente es vencedor el que mas diestramente maneja las cartas de su gran juego. Despnes, el amor mismo dictará las condiciones de la paz, condiciones que serán sean cuales fueren, porque ellas allanarán el camino para ascender al lugar que se ha perdido.

—Wolsey: yo conozco tu profundo saber y lo que abundas de sutilidades de ingenio: no ignoro tu brillante lógica: pero nada de esto hace aquí falta: no es necesario más que buen ingenio y claridad en las ideas: hablame sin rodeos y dime lo que debo hacer.

—Con efecto, lo que os he dicho es el pensamiento; tracemos ahora el modo de ponerlo en acción. En primer lugar, anunciaremos esta noche, que os hallais totalmente restablecido, y mañana, como para dar á entender que habeis renunciado enteramente al divorcio, enviareis á preguntar con el mayor interés por la salud del emperador Carlos V, de que podian informaros su embajador en nuestra corte: esta pregunta debe ir acompañada de un buen presente, con lo que lo predispondreis en nuestro favor.—Concluida que sea esta ceremonia cuyo resultado aguardaremos, nos pondremos en marcha para Windsor, desde donde escri-

biréis á mis Bolena, pero de un modo tal que ella note en el language de vuestra carta cierto desamor repentino; un grado menos de la pasión que os ha alimentado y que ella acogia benévolutamente por ser el camino de un matrimonio: debereis hacer mencion en la misma de la fiebre cruel de que habeis estado espuesto á perecer, de la cual ella sola ha sido la culpable; y finalmente que reconociendo la ninguna esperanza de alivio, os habeis decidido á no verla mas, menos que, llamado por ella, medio la promesa formal de una correspondencia mas tierna menos austera.

—Bien y luego?

—Luego, luego señor, nos entretendremos en la caza, mientras os llega la interesante respuesta: en virtud de su contenido veremos lo que la prudencia nos dicta hacer.

—Pero y si no nos contesta?

—Tranquilizaos, mal conoceis á las mugeres, contestará.

—Y si esa respuesta es por el contrario de como tu te la figuras? Y si su lenguaje, tierno, apasionado y amoroso, se ha trocado en frio, desdenoso ó indiferente?... Y si es un definitivo rompimiento?

—Os repito que conocéis mal á las mugeres: ya vereis como vuestro recelo es infundado, y aun la hallareis mas remisa que anteriormente?...

—Bueno; mas busquemos nosotros los extremos contrarios. ¿Si fuera al contrario qué se haria?..

—Seguiríamos cazando algunos dias sin demostrar la debilidad menor; sin dar á entender lo que sentiamos realmente.

—Wolsey: Te has propuesto divertirte á mis espensas? Adonde piensas que vayamos á parar?

—A donde mejor os conviene.

—Esos atajos para llegar al punto deseado me parecen los mas torcidos, y de menos provecho.

—Harto habeis avanzado perdiendo un tiempo precioso por el recto camino, y ved lo que habeis conseguido.

—Imposibles son tus consejos.

—Dificiles, pero no imposibles.

—Mas tu no consideras lo que tu rey va á padecer con esas crueles torturas á que quieres condenarlo?

—No son mas que ocho dias de sufrimientos; ¿y qué son ocho dias para comprar tantos otros de *inefables placeres*.

—Pues bueno: tu me respondes del éxito y hay de ti si este es contrario á mis deseos.

—No tengo inconveniente si os sometéis enteramente á mis consejos.

—Te empeño mi real palabra: mas no olvides que pagarás con cuanto tienes, con cuanto eres, con cuanto quieres el engañarme descuidadamente.

—V. G. descanso en mi: manos á la obra.

Como hasta las menores acciones de la vida de los reyes están inspeccionadas y sabidas tan de cerca, en esta ocasion como en tantas otras, al siguiente dia hizose público el paso dado por Enrique para reconciliarse con el emperador. Tambien se supo la partida de Londres para Windsor á donde el Rey pensaba cazar algunos dias.—Nadie regulaba; sin embargo, que no fuese la primera diligencia, pasar á visitar á la señorita Bolena; pero con notable asombro no hubo lugar á semejante visita y aquella turba adulatora, creyéndola ya en desgracia no pensó siquiera ni aun en los favores que acaso habian recibido por su mediacion.—Fatal era la situacion de la pobre Ana: atormentada incessantemente de crueles reflexiones, su imaginacion le presentaba las desgracias que ocurrían y todas por su sola causa: la enfermedad del rey, las desventuras de la buena y caritativa reina, de la virtuosa Catalina de Aragon, condenada

al olvido por alimentar la pasión de Enrique el deseo de nuevos amores, y finalmente los grandes compromisos que iban á pesar sobre la Inglaterra, acaso una guerra cruel y asoladora de un éxito dudoso, y en la que se hallarian interesadas varias naciones de Europa. No obstante, su acerbo dolor por esta causa, no ahogaba el de la suya propia: ser olvidada despues de tres años, despues de tantas promesas, despues de haber sido el blanco de la malediscencia, de los cortesanos, esto era mas horrible que nada, y este pensamiento que tomaba un cuerpo gigantesco, colosal, era un vértigo que la hacia derramar abundantes cuanto copiosísimas lágrimas. — Pruebas de este olvido, en honor de la verdad, no existian, pero su corazón se las anunciaba!.... Oh! y tardó bien poco en poseerlas! Una carta llegada repentinamente de parte del rey, se las proporcionó en demasia: estaba concebida en estos términos.

«Querida mia: Tres años van pãsa-
dos y durante ellos, yo, monarca, he
sido mas desgraciado que el último de
mis subditos, y he tolerado lo que el
último de mis subditos se hubiera aver-
gonzado de tolerar. Esto no lo ignorais,
pues que vos sois y habeis sido la
causa única de mis amargos padeceres.
Cuantos medios he puesto en accion y
he procurado ensayar para resarcirme de
mis desvelos han sido inútiles è infruc-
tuosos: cuando mas creia acercarme á
vos, mas os alejabais de mi. ¿Al pre-
sente que me ha quedado? ¿Para maña-
na, cual será mi esperanza? ¿deheré su-
cumbir como un insensato ó como un
niño?—Juzgadlo vos misma.—Pasan los
dias y nada nuevo traen en pos de si,
y yo que estoy llamado para dar vida
y movimiento á una inmensidad de mi-
les de hombres, yo Enrique de Lan-
caster, veo que no se apiadan de mi.—Si
no que por la inversa os mostrais de mi dolor.
—Romperé, pues, los lazos que me esclavi-
zan y con los que poco á poco me ha-

heis apretado el cuello hasta hallarme próximo á cesar el aliento postrero. — Atrinchurada fuertemente en el alcázar de vuestra virtud, no poseo mas pruebas de vuestro amor que vuestras palabras: troquemos nuestros papeles, demostradme *con hechos* que amais solamente á Enrique, porque interin sea ó no, y en la alternativa de si vendreis ó no á lo que os propongo, no tornare á veros: apartado del mundo entero, buscaré en la soledad de los campos el alivio de este mal que me consume. Solo me resta que deciros, que si como creo, no es mi corona lo que mas habéis mirado, vuestro corazon no podrá menos de reclamaros deis licencia para que corra á vuestros pies vuestro desgraciado.— Enrique.»

Un rayo hirió súbitamente á la jóven Ana al terminar la antecedente carta.— ¡Estoy perdida..... perdida..... me abandona para siempre.

—No, Ana, no: tú no conoces el corazon de los hombres, ni mucho me-

nos las intenciones del Rey: tu no comprendes que bajo de esa exterioridad indiferente y esas palabras frias y estériles, hay oculto un plan de mas compromiso?... Si ciertamente; ahora es cuando va á hacerse la mas cruda guerra á tu honor.

Pero que haré? aconsejame: ¿que haré? ¿no conoces, amiga mia que si no le contesto no volverá?

—Eso es imposible, porque te ama.

—Pues no ves esta carta? esta carta que tanta diferencia de los anteriores?...

—Cálmate, cálmate, y convendremos lo mejor que podamos el medio de contrarrestar el mal que nos amenaza.

—Pero esta carta.... esta carta....

No faltaba razon á la descousolada Ana para fundar sus tan serios temores: la firma de Enrique que en todas sus cartas precedentes venia precedida de alguna palabra tierna cariñosa ó de algun dibujo que simbolizase su amor y su constancia esta vez veíase sola y sin decir mas que »Enrique.»

— Qué haremos? . . . Repetía Ana, siempre llorosa y pensativa: = Si lo llamo volverá, pero imponiendo condiciones deshonrosas y exigentes.

— No es lo mas prudente, pero tampoco lo es permanecer silenciosa. Por el pronto dejaremos transcurrir dos ó tres dias para que conozca así que estamos incómodas de semejantes razones.

— Quedó; pues, esto concertado, y Ana, poniendo su entera confianza en los talentos de su amiga, entregóse á ella para seguir rectamente las instrucciones de aquella. No costaba á Wolsey tan poco trabajo sugetar al monarca: su indocilidad rayaba en el frenesí, sobre todo despues de ver el silencio con que contestaba Ana á aquella carta que debía decidir del porvenir de entrambos. Ni la caza, ni las fiestas, ni las gratas esperanzas que le procuraba alimentar el ministro, fueron bastante para distraerlo del mal humor que lo perseguía sin descanso: mil ve-

ces quiso correr á los pies de su amada, confesarle todos aquellos ardides del cardenal ó impetrar humildemente el perdón de la muger que le era tan querida. Otras veces, atrastrado por su carácter iracundo y fogoso queria matar á Wolsey y llevar á las plantas de su idolo, de su amor de su inolvidada Ana la cabeza del que lo habia pretendido alejar de sus ilusiones mas bellas.—No desconocia por su parte el ministro aquellos maquiavélicos pensamientos; no: conocia sobradamente á su dueño para que se ocultára á su penetracion el riesgo que su vida corria llegado el caso de que abortaran en sentido inverso, sus estrategias contra la virtud de mis Bolcna: la tardanza de aquella contestacion hacia á veces oscurecer su frente y reunirlo en meditaciones profundas, porque tres dias ya, para una enamoada era mucho rigor: tres dias para un enamorado, era mucho esperar.—Por fin llegó: Temblando tomó Enrique aquel pliego, lo abrió

convulsivamente interin que Wolsey, se sentaba en un cómodo sillón muy próximo del Rey y desde el cual no podía escaparsele ni una sola palabra.

—Vaya, señor; leed, y leed despacio para que penetremos hasta el fondo el valor de cada palabra: la guerra está abierta: el campo es igual para todos, y no es de esperar otra cosa sino que la señorita Bolena, trate de sacar todo el partido posible, ya que sea forzosa su rendición.

—Dios realice tus sueños, Wolsey: porque si lo que voy á leer....

—Acabad, señor: V. G. tiene mucha paciencia por lo que veo.

Enrique leyó lo siguiente:

»Mi muy bondadoso soberano: —Injusto habeis estado al escribirme, porque apartandoos de la verdad y de la razon, me achacais á la verdad culpas que yo he cometido, y en que, si he podido incurrir, hemos sufrido los dos con penosas consecuencias. Porque ¿qué habeis sufrido vos, que yo no?—Decis

que no os he dado ninguna prueba de verdadero amor, y sin embargo yo creo que por el contrario ninguna os ha faltado para estar seguro de mí. ¿No es bastante que una muger diga que ama para que deba ser creida? ¿Qué prendas de ternura podrian haberseme escigido mas de las que por mil veces os he consagrado? He cauterizado las llagas de vuestro corazon cuando habeis padecido: he enjugado vuestras lágrimas para apartar de vos el dolor: en fin, he sido el bálsamo de vuestra desesperacion, cuando habeis estado desesperado. Y mientras tanto, ¿vos habeis visto las que solitariamente yo he derramado por vuestra culpa? ¿Vos vezeis las que quedan todavía á mis ojos que verter con sobrada razon? Perdoneos Dios la mala idea que de mi cariño habeis concebido. Es una injusticia y una crueldad el decirlo. — Si hoy, por vuestra frivolidad crecis tener razon para poner fin á unos lazos formados por vuestra sola voluntad, es porque nunca ha sido tan dura la cadena que os

ligaba.—Estais en vuestro derecho: haceis muy bien y yo me felicito, porque estoy cierta de que será para bien de todos y particularmente para mí: vuestro reino, vuestra quietud, vuestra esposa reclamaba imperiosamente semejante determinacion: yo me resignaré á mi suerte con el consuelo de que con mi desventura se labra la ventura de los demás. —Poneisme á escoger entre no veros mas, ó volver con ciertas condiciones: prefiero lo primero, porque condiciones *jamás* serán admitidas por mí. —Ojalá que siempre, satisfecho desde un principio de estas mis ideas *de deber*, hubiera permanecido tranquila, retirada en la morada de mis padres donde me sacaron vuestro amor y vuestros mentidos juramentos.—Son tardias estas reflexiones y por eso hoy me conformo á elegir el desprecio mas bien que el deshonor.—Adios, Señor: llevais perdonado el perjuicio que me habeis causado con vuestro cariño, primero, y con vuestro olvido, despues.—«Ana.»

—Voto va Dios!... Wolsey: contempla tu deleznable obra: buena la has hecho: pero ten entendido que me respondes con tu vida: sácame de estos apuros ó ha llegado el fin de tu vida.

Estas fueron las últimas palabras de Enrique después de leer aquella con tanto anhelo esperada.

Wolsey no perdió su serenidad, sino que antes al contrario, con ademán satisfecho y alegre semblante, contestó al rey que permanecía iracundo paseándose al largo de la habitación.

—Señor, no tengais miedo: dejadme obrar; sois demasiado desconfiado. Considerad que ninguna muger se rinde á las primeras de cambio. Además, examinad bien el contenido de esa carta: vuestra muy amada é ingrata señora, se queja y llora por vuestra ausencia, y esto prueba que hay en su corazón mucha necesidad de vuestro amor y vuestras caricias: con que sigamos esta negociación, tal como la hemos emprendido, to-

do concluirá con felicidad: carácter, energía, teson, y ella obedecerá á la ley de su destino. Desde ahora preveo que esa formidable plaza que tan difícil os ha sido conquistar, va á rendirse á discrecion á las primeras evoluciones del nuevo general.

—Pero tu no has oido que habla de renunciar formalmente á mi?

—Ya lo he oido, señor.

—No veis con cuanta resolucion ha escrito por su propia mano que está resignada á olvidarme, aunque sufra, mejor que recibir condiciones?

—Ya lo he visto, y me rio de todas esas palabras pomposas.

—Como puedo esperar llegar ni aun al punto en donde me encontraba, despues de semejantes desaciertos?

—Con mas prontitud que antes y aun mas lejos llegaremos si no os revelais á mis preceptos.

—Es que tu has arruinado mis negocios.

—Estais, señor, obcecado y os con-

vencereis con el tiempo.

—Qué puedo hacer ahora?

—Aparecer mas firme, señor: no doblegarse ante las lágrimas ni los alhagos de una muger. Dos dias han sido empleados para fraguar esa respuesta que tanto os ha arrebatado: nosotros emplearemos tres en nuestra contestacion, y harto será con que esta no sea la última que necesitemos dirigir á vuestra ingrata señora. Sí, es preciso que aqui concluya este enojoso asunto. No hay otro medio para llegar al objeto apetecido que el de abordar al capítulo de los sacrificios; y esta idea, visto por la señorita Bolena su aislamiento y abandono, es la que mas próxima se le presenta. La agitacion en que se encuentra vuestra gracia, es la misma que invade el corazon de la jóven Ana: esas condiciones de que hace mérito, en parte las realzará, en parte serán admitidas, pero nos conduciremos de tal modo, que no llegue á comprender que este es un lazo. El deseo de veros y

de recobrar la esperanza de brillar, oscureciendo á sus rivales, harán lo que resta.

Conocia Wolsey sobradamente, con efecto, lo que pasaba en aquellos momentos en el ánimo de la señorita Bolena: su agitación era ecsaltada, las ideas de su mente desacordes y contradictorias, y el mas completo desórden se habia apoderado de su talento y su raciocinio: sus sueños representábale al rey, postrado ante sus plantas, impetrándole amor, mucho amor, y ella no tenia valor para seguir combatiendo. Despertaba llena de miedo, su pudor recobraba el imperio que egercia en aquella alma tan fuerte como fogosa, y tornaba á comenzarse la lucha: no obstante, nada habia en realidad que temer, porque el enemigo estaba ausente y nada ofrecia esperar que se aprosimára. La realidad era muy triste; la corona habia desaparecido, y el real amante lejos de ofrecerla su pudor, su grandeza y su corazon, corria quizá en busca de ilusio-

nes mas positivas. ¡Pobre Ana! el porvenir que soñaste ha desaparecido por completo.

Llanto, solo llanto copioso y desgarrador era el lenguaje de la desgraciada doncella: llanto únicamente lo que alimentaba aquella existencia tan hermosa, y sin duda á ser mas largo el silencio del rey, que aquellos tres dias tan mortales, su vida hubiera peligrado.— No residia mayor confianza en la consejera de la señorita Bolena: veia eclipsado el claro sol de su amigo que ella habia visto levantarse radiante y lleno de esplendor, sus palabras que caian como plomo derretido sobre el corazon de Ana, ya envolvian la idea de *necesidad cruel, ley del destino, decreto de Dios etc.*— Pero llegó el correo real; aquel correo tan deseado y tan temido, y ambas amigas enjugaron sus lágrimas para conocer el contenido de aquel pliego.

La carta que leyó mis Savage, iba concebida en estos términos:

«Adorada Ana: os amo, sí, os amo apesar de todo: os amo mas que niugun dia de los muchos en que os he adorado con ciega idolatria: os amo por un secreto poder que me induce á ello, aun cuando conozea que sois la causa de todos mis padeceres: un momento de error debe de disculpárseme, porque pasado este he reconocido que mi amor es mas fuerte que mi orgullo herido: mi orgullo, Ana, porque vos me poneis á cada momento de manifiesto, que valgo y me teneis en muy poco, despojado de la corona que brilla sobre mi frente. Tres años consecutivos pasados en pedirlos y esperar, me han proporcionado semejante desengaño. Y os amo apesar de esto y daria mis reinos todos por agradaros en algo. ¡Qué insensato y que poco caballero debo de haber aparecido ante vuestros ojos al impeneros aquellas condiciones para volver á vos! ¡Oh! ahora lo conozco mal mi grado, porque la razon se ha dejado oír haciéndome las reconvenciones merecidas:

de una manera ó de otra siempre hubiera sido para vos lo mismo que basta aquí, y hubiera sucumbido sin remedio: todos mis sacrificios son nada á vuestros ojos, y no hallaría nunca razon para pedir el premio de todos ni cada uno de ellos. No; yo no soy digno de vuestra ternura: me reconozco incapaz de encender en vuestro corazón la verdadera llama de amor, y por eso no os volveré á ver mas: á qué, pues, me conduciría el ser llamado por vos? á besar vuestros piés y alimentarme del polvo que pisáis. Embriagado en el néctar aparente, pero venenoso, que me habeis hecho beber, y de que aun quedan algunas gotas que libar en la copa empozoñada, mi curacion yá veria imposible. Al menos sin llegar á este extremo, lucharé con la muerte é intentaré venerarla: grande esfuerzo me cuesta renunciar á vos; grande esfuerzo separarme de vuestro lado; grande esfuerzo el familiarizarme con la idea de no veros más, y apesar de toda mi determina-

cion presente y definitiva, si pronunciárais una sola palabra correria à Lóndres: mas os pido no la pronuncieis, siuo sentis ningun pesar por lo que me habeis hecho sufrir y estoy sufriendo.—Estoy cierto que la pronunciareis, porque vuestro corazon no encierra la menor generosidad.

Enrique.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

1944

1944

1944

1944

1944

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.



	Págs.
I.	5
II.	104
III.	128
IV.	157
V.	192

